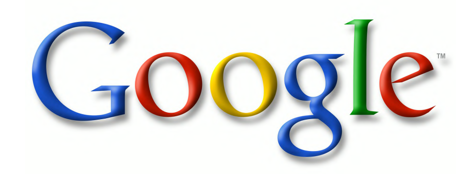








BIBLIOTECA

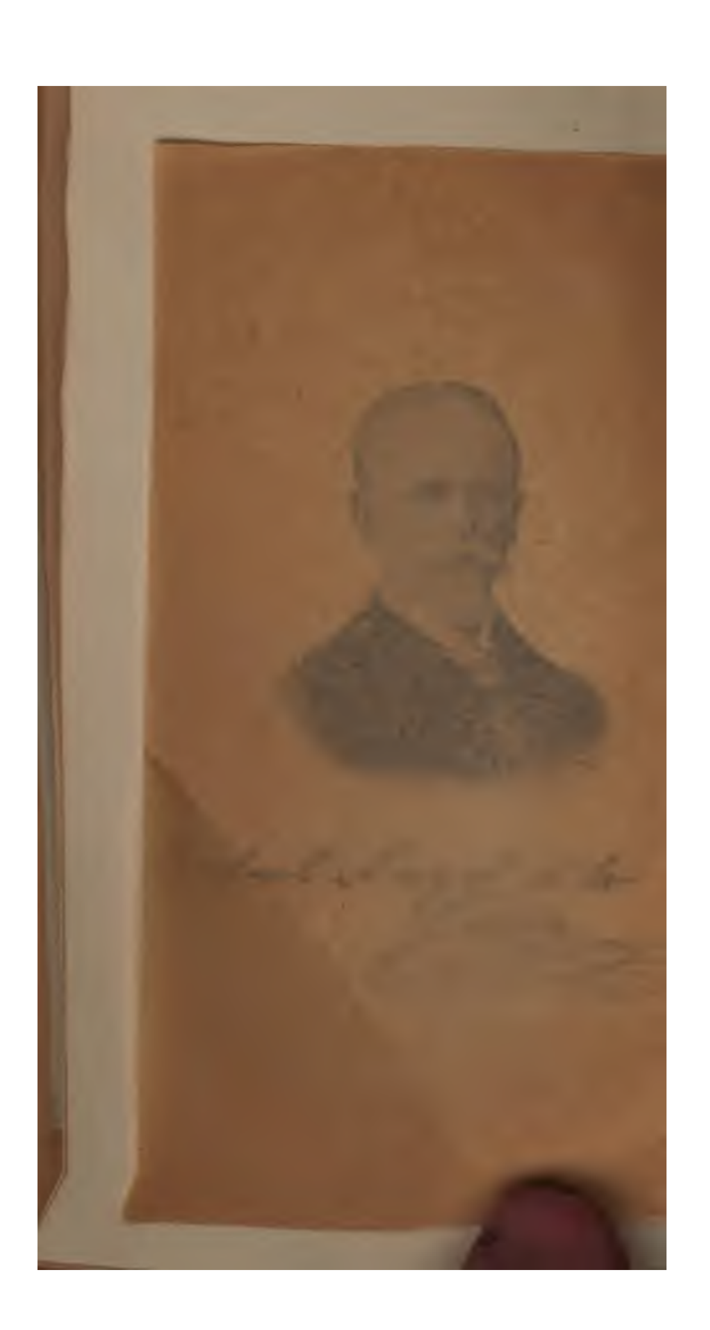
DE

AUTORES MEXICANOS



Rafael Ángel de la Peña


OBRAS





OBRAS

DE

D. RAFAEL ÁNGEL DE LA PEÑA,

Secretario perpetuo
de la
ACADEMIA MEJICANA
y Miembro
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA.

Discursos.—Artículos literarios.
Ensayos de crítica, etc.

MÉXICO

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR,
Cerca de Sto. Domingo No. 4.
1900



NOTICIA BIOGRAFICA DEL AUTOR.

I

ACIO el Sr. D. Rafael Angel de la Peña en esta ciudad de Méjico el 23 de Diciembre de 1837, y fueron sus padres D. Rafael G. de la Peña y Doña María de los Dolores Pedraza de de la Peña.

Recibió de éstos muy buenos ejemplos de virtud; y debido á ellos, y á la religión y piedad en que fué educado, adquirió desde sus primeros años las inclinaciones que se han menester para ser útil á la sociedad y á la patria, consagrándole todas las labores del espíritu y el tesoro de conocimientos que un estudio constante y detenido llega á formar.

Su hermano mayor D. Carlos le guió en los pri-

meros pasos de la instrucción primaria y parte de l secundaria; y también al señor su padre debió l enseñanza del idioma francés, de la historia y de l geografía.

Abandonando en sazón oportuna los estudios de hogar doméstico, entró en el Seminario Conciliar y allí cursó brillantemente las siguientes materias: Latín, Retórica, Lógica, Psicología, Ontología, Teodicea, Etica, Aritmética, Algebra, Geometría, Trigonometría, Cosmografía, Geografía, Cronología y Física; materias todas que formaban en aquella época los estudios preparatorios.

Concluídos éstos, cursó Teología Dogmática, Teología Apologética y Teología Moral.

En lo particular, y siendo ya pasante teólogo, se dedicó también al estudio del Derecho Romano, Civil y Canónico.

Hay que advertir que no obstaute lo difícil de algunas de estas ciencias, el Sr. Peña alcanzó siempre en todos los exámenes que sustentó la calificación suprema por unanimidad de votos, y el primer premio en todas las Cátedras del establecimiento.

Así consta en los libros de actas, y así lo certifican también los diversos triunfos que se registran en aquella época de su vida literaria, pues en edad todavía temprana ganó por oposición la Beca de Honor del Colegio en la Facultad de Teología, y poco después, con la misma circunstancia, obtuvo la importante cátedra de Filosofía, que desempeñó con notable acierto.

En el mismo Seminario tuvo también á su cargo la Cátedra de Teología Apologética.

En la Nacional y Pontificia Universidad sustentó

todos los actos literarios que, según las Constituciones de su Colegio, sostenían los alumnos que alcanzaban el primer premio y la suprema calificación. Recibió el grado de Bachiller en Filosofía, y en el año de 1860 fué condecorado con el de Bachiller en Teología. Estaba á punto de ceñir la borla en esta Facultad, cuando la Universidad fué suprimida por orden del Gobierno.

Por los años de 1863 y 1864 renunció la Cátedra de Filosofía, y poco después fué nombrado Catedrático de Latín y su Literatura, en el hoy extinguido Colegio de San Juan de Letrán.

En 1868 fué nombrado Profesor de Lógica en la Escuela Nacional Preparatoria, y muy poco tiempo después, de Gramática Castellana. Por renuncia que hizo de la Cátedra de Lógica, pasó á desempeñar la de primer Curso de Matemáticas.

En 1887 pasó de esta clase á la de segundo Curso de la misma materia, continuando hasta el día con ésta y con la de Gramática.

Desde 1858, dedicóse el Sr. Peña, de una manera asídua y especial, al estudio de las ciencias exactas, haciendo esto que con el tiempo hubiese llegado á ser en ellas una notabilidad y un consumado maestro, digno del respeto, autoridad y consideración con que siempre lo han distinguido los profesores de dichas ciencias.

Además de profesar en la Escuela Preparatoria las materias que hoy se aprenden en el primero y en el segundo curso de matemáticas, enseñó en época no muy lejana, en lecciones particulares, la Trigonometría Esférica, la Geometría Analítica y el Cálculo Infinitesimal

El esmerado cultivo que en las aulas hizo el Sr. Peña de la lengua latina y de su literatura clásica, no menos que su ardiente afición y amor á ellas, le condujeron fácilmente á los estudios literarios, gramaticales y filológicos, sin abandonar por esto los que han hecho siempre las delicias de su vida, que son principalmente los filosóficos y religiosos. En cierta ocasión acometió la empresa de aprender el griego por sí solo, y debido á su perseverancia y esfuerzos, obtuvo satisfactorios resultados.

El desempeño de sus deberes profesionales lo puso en el caso de estudiar la Filosofía positivista, pero permaneciendo fiel á la escuela metafísica y espiritualista, á que siempre ha pertenecido.

El Sr. Peña, como profesor, ha sido y es excelente; desempeña el magisterio con irreprochable corrección; es exacto, cumplido y acertado en los métodos que sigue; se hace querer y respetar de sus discípulos por su finura y su bondad, y emplea en sus lecciones tal claridad y precisión, aunadas al mayor celo por el aprovechamiento de aquellos, que los frutos que recoge al fin de los cursos escolares son siempre señalados. Debido á esto, los que de él han recibido enseñanza, lo ven con gratitud y con cariño, pues no olvidan ni la habilidad del maestro, ni la exquisita cortesía con que siempre los trató al transmitirles el tesoro de sus conocimientos.

El Sr. Peña, en materia de lenguaje, es una verdadera especialidad, pues conoce á fondo la literatura latina, la española y la mejicana. Goza, tiempo ha, de muy merecida fama, y por eso en 1875 fué nombrado individuo de número de la Academia Mejicana, Correspondiente de la Real Española, la cual

está ufana de tenerlo en su seno, de oír su autorizada voz en las juntas, y de tomar en cuenta su dictamen en todas las cuestiones filológicas y grama ticales que se ofrecen á su estudio. Desde 1883 fué nombrado por sus colegas Secretario perpetuo de dicha Academia.

En 1869 fué nombrado individuo de número de la Sociedad Humboldt; más tarde perteneció al Liceo Hidalgo, á la Sociedad de Profesores de Puebla, á la Academia Teológica Guadalupana instituida por el Ilmo. Sr. Obispo Torres, al Ateneo Mejicano de Ciencias y Letras como Presidente de la sección de Ciencias Filológicas.

En 1899 recibió el diploma que lo acredita miembro honorario de la Sociedad Científica de Geografía y Estadística.

Para concluir esta parte, consignaremos un hecho que honra en altísima manera al Sr. Peña, y que demuestra además el prestigio de que goza su nombre en el extranjero.

En Junio de 1897 recibió una comunicación oficial en que se le hacía saber que D. Miguel Antonio Caro, Vicepresidente en ejercicio de la República de Colombia. lo había designado para que desempeñase en Méjico el cargo de Cónsul General de dicha República.

El Sr. Caro, insigne humanista, sabio crítico y eximio literato, había cultivado relaciones epistolares y literarias con el Sr. Peña, ya por dedicarse ambos á igual género de estudios, ya por pertenecer á dos Academias Americanas, correspondientes de la Real Española, que por razón natural tenían que comunicarse frecuentemente.

X

Conoció eutonces el Sr. Caro todo el valer del Sr. Peña, y queriendo darle una prueba de personal afecto, no menos que de la alta estima en que tenía sus dotes de prudencia, celo y nimia corrección, le mandó aquel honrosísimo nombramiento, que desgraciadamente no pudo ser aceptado, en parte por que el carácter del Sr. Peña es ageno á esa clase de puestos públicos, y en parte por razones que revelan su gran modestia, pues en realidad se reduc'an á temores y escrúpulos en el desempeño de tan elevado cargo.

El Sr. Peña conserva viva é imperecedera gratitud hacia el Sr. Caro, por esa prueba de confianza con que lo honró, y nosotros la señalamos como un hecho que lo enaltece, haciendo notar que el haber declinado el nombramiento avalora más y más sus distinguidas cualidades.

II

Largo y variado es el catálogo de los escritos del Sr. Peña; y en todcs ellos se nota, de una manera muy pronunciada, la tendencia didáctica que sabe imprimirles.

Versan estos casi siempre sobre puntos de filología, gramática, crítica, filosofía, etc., y son rigurosamente científicos el método y el análisis empleados por el autor.

Durante su permanencia en el Seminario, escribió en latín los *Panegíricos* de Santo Tomás y de la

Inmaculada Concepción de la Virgen María; varias *Arengas* pronunciadas en la Universidad, y el *Discurso*, también en latin, que leyó en el momento de abrir el curso de filosofía de que estuvo encargado

En el Colegio de San Juan de Letrán, donde el Sr. Peña se distinguió notablemente por la vasta y rica extensión de sus estudios de humanidades, pronunció igualmente una *Disertación Latina*, cuya tésis fué filosófica; pero tanto esta, como los anteriores trabajos, permanecen inéditos. También han quedado sin ver la luz pública otros dos discursos pronunciados en el Seminario Conciliar, ó sean, oraciones sagradas sobre *El Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo*, y otra sobre *La Soledad de la Santísima Virgen.*

Ya en 1867, el Sr. Peña se animó á publicar algunas obras de su docta pluma; y comenzó con un *Apéndice á la Sintaxis Latina*, que por su raro mérito y excelentes condiciones didácticas fué adoptado como libro de texto en algunos Colegios Nacionales.

En los periódicos aparecieron los *Elogios Fúnebres* de los Sres. D. Juan Durán, D. Gabriel Sagaceta, D. Miguel F. Jiménez y D. José María Vértiz, mejicanos ilustres y beneméritos en las ciencias entre nosotros, á quienes el Sr. Peña dedicó sentidas frases de gratitud y admiración, haciendo al mismo tiempo el elogio de sus virtudes y su saber.

Corren también impresos varios opúsculos, discursos, dictámenes, artículos de crítica literaria, etc., y todos forman un cuerpo de doctrina tan copioso y útil, que bien haría en estudiarlo quien quiera depurar su gusto y adquirir buena enseñanza en materias estéticas.

Vease ahora el catálogo completo de las producciones del Sr. Peña, hasta el momento de salir á luz el presente tomo:

ESCRITOS FILOSÓFICOS.

1 Influencia de los métodos lógicos en el progreso de las ciencias. (Opúsculo.)
2 Discurso sobre las antinomias y deficiencias del Positivismo.
3 Dictamen sobre las modificaciones á la ley de Instrucción Pública en lo relativo á la enseñanza secundaria y preparatoria.
4 Exposición razonada de las modificaciones á la ley de Instrucción Pública propuestas por los catedráticos de la Escuela N. Preparatoria.
5 Exposición razonada de un plan de Estudios para el Seminario Conciliar. (Estudio filosófico y teológico.)
6 Discurso sobre la tendencia actual de la Ciencia, pronunciado en la inauguración de la Academia de Ciencias.

ESTUDIOS FILOLÓGICOS.

1 Tratado de Sintaxis latina.
2 Discurso de recepción leído en la Academia Mejicana, sobre lo que hay de constante y lo que hay de variable en la lengua castellana.
3 Estudio sobre los oficios del artículo.
4 Estudio sobre los oficios del verbo.
5 Tratado del Gerundio.
6 Tratado de los relativos.
7 Estudio filológico y fonológico de algunas letras.

Disertación sobre la definición de la Gramática.
Carta al Sr. Cuervo sobre puntos gramaticales.
Gramática teórica y práctica de la lengua castellana.
Epítome teórico y práctico de la Gramática Castellana.
Compendio de la Gramática teórica y práctica de la lengua castellana.
Estudio sobre el uso y origen de algunos tratamientos.

ESTUDIOS FILOLÓGICOS Y LEXICOGRÁFICOS.

Defensa del Diccionario de la Real Academia en su duodécima edición.
y 3 Discursos sobre el significado de las locuciones adverbiales *a priori* y *a posteriori*.
Mas de cuatrocientos artículos de Diccionario presentados á la Real Academia Española por conducto de la Mejicana, cuando aquella sabia Corporación preparaba la duodécima edición de su Diccionario.

ENSAYOS DE CRITICA.

Breve juicio sobre la Biografía del Sr. Zumárraga escrita por D. Joaquín García Icazbalceta.
Estudio del informe que rindieron sobre los tratados de Matemáticas del Sr. Contreras y del Sr. Terrazas, los señores Parra, Aragón y Flores.
Defensa de la poesía bucólica y juicio crítico de la obra del Ilmo. Sr. Pagaza, intitulada *Murmurios de la Selva*.

4 Estudio crítico de *Angelina*, novela escrita por D. Rafael Delgado.
5 Estudio crítico de *El Bachiller*, novela escrita por D. Amado Nervo.
6 Estudio crítico del *Beato Calasans*, poema escrito por D. Justo Sierra.
7 Juicio sobre el tratado de Ortología que publicó el Sr. Dr. D. José M. Marroqui.
8 Carta-prólogo al Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros sobre algunas producciones literarias del Sr. D. Joaquín Baranda.

ARTICULOS Y DISCURSOS SOBRE ASUNTOS DIVERSOS.

1 Elogio de un cuadro mural, pintado por D. Juan Cordero.
2 Discurso sobre la enseñanza de Humanidades y especialmente del latín.
3 Discurso pronunciado con motivo del jubileo sacerdotal del Ilmo. Sr. Labastida.
4 Discursos latinos pronunciados en solemnidades literarias, y en actos universitarios.
5 Discursos pronunciados en la Escuela N. Preparatoria.
6 Reseña histórica de la Academia Mejicana.
7 Artículo sobre el General D. Nicolás Bravo.
8 Discurso leído en la distribución de premios á los alumnos de las escuelas nacionales el 24 de Marzo de 1900.

III

Como escritor, el S. Peña se distingue por su atildada corrección. Su estilo es siempre limpio y castizo, pulcro y pulido, y se revela en él el buen hablista, el lector asiduo de los grandes modelos españoles, el conocedor profundo de los secretos del lenguaje.

Con sus obras ha enriquecido nuestra literatura, contribuyendo en gran manera á difundir sanas enseñanzas gramaticales y literarias.

En la Academia Mejicana ha figurado siempre como uno de los más celosos y fieles mantenedores del brillo del idioma español, y también como uno de los que con mayor asiduidad y constancia contribuyen al noble fin del instituto.

Su discurso de recepción, que versó *sobre los elementos constantes y variables del lenguaje castellano*, es verdaderamente notable, porque en él resplandecen variados conocimientos filológicos y un estilo severo y elegante. Sus trabajos para el *Diccionario* merecieron la aprobación de la Academia de Madrid, y por ellos recibió el Sr. Peña expresivas felicitaciones.

Hablando de los trabajos académicos del Sr. Peña, ha dicho un escritor:

"Los trabajos del Sr. Peña, muy propios de un Académico que se propone llenar concienzudamente sus deberes, son en nuestro concepto de lo

más notable que en su género se ha producido en Méjico. Revelan una gran suma de conocimientos gramaticales, filológicos y de humanidades en general; una notable erudición, estudios vastos y profundos del lenguaje y muy en especial del idioma castellano. Su estilo es terso, correctísimo, muy bien cuidado y abundante en palabras y giros de buen gusto. Indudablemente el Sr. Peña presta un gran servicio á los estudios gramaticales y filológicos, y excusado es decir que se ha penetrado bien de lo que significa la divisa de la Academia: *limpia, fija y da esplendor*. En todo se muestra celosísimo de la pureza del idioma, de la propiedad y recto significado de las palabras, del buen nombre de los autores españoles á quienes admira y cita á cada paso en testimonio de sus afirmaciones y enseñanzas. Por último, puede decirse que es en Méjico el más atento vigilante en la guarda del lenguaje, y sus escritos insertos en las *Memorias* de la Academia, honran en muy alto grado á la corporación de que es miembro, justifican el acierto de su elección y creemos que aun la Academia Española verá como timbre de gloria suyo el gran renombre de que el Sr. Peña disfruta en el campo de las letras."

La fama y autoridad del Sr. Peña, como filólogo y gramático, se ha acrecentado y se ha afirmado de una manera inconmovible, con la publicación, en 1898, de su *Gramática teórica y práctica de la lengua castellana*.

Fruto esta obra de más de veinte años de estudio perseverante, en ella se encuentra lo más selecto que en materia de enseñanza gramatical puede apetecerse. En sus jugosas páginas puede adqui-

rirse la doctrina más rica, más acertada, más seriamente meditada y aquilatada, como que toda ella la ha venido acumulando el autor mediante el análisis de cuantos autores han tratado esta materia, así como de las autoridades que podían robustecer y confirmar sus preceptos.

Unánime ha sido el aplauso tributado al Sr. Peña por su *Gramática*. De los numerosos juicios emitidos, citaremos tan sólo los siguientes, por ser de personas que gozan de alta autoridad.

El eminente filólogo y crítico colombiano, D. Rufino José Cuervo, autor del monumental y portentoso *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*, dijo al Sr. Peña en alguna de sus cartas:

"*Beati quorum iam mœnia surgunt.*

" Vd. ha dado fin á su obra admirable, y merece las felicitaciones íntimas de todos los que bien le queremos, y más que todo el agradecimiento sincero por el cúmulo de doctrina clara y cierta que ha sabido encerrar en su libro. Desde el punto en que lo recibí continué su lectura sin descansar hasta la última línea, y aseguro á usted que estoy pasmado del número de hechos en que yo no había reparado y que usted registra y explica del modo más cumplido."

En otra ocasión y lugar dijo el mismo esclarecido filólogo que la "obra del Sr. Peña es edificio rico y grandioso, de plan completo y armónico en que se encierra toda la ciencia gramatical de nuestra lengua.

"Es incalculable el número de observaciones y hechos nuevos que contiene la incomparable obra y pasmosa la claridad y precisión que ostenta el autor en el lenguaje didáctico."

Los sabios Padres Agustinos del Real Monasterio

del Escorial, en su periódico *La Ciudad de Dios* de 20 de Diciembre de 1898, al hablar de la gramática del Sr. Peña, se produjeron en estos términos:

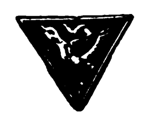
"El Sr. Peña viene á continuar con su excelente gramática la serie de magistrales estudios que han consagrado á nuestra lengua no pocos autores americanos, como Andrés Bello, Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo y Marco Fidel Suárez. A pesar de las modestísimas palabras con que presenta al público su trabajo, bien puede afirmarse que ha sabido reunir en él todo lo más útil que encierran los de sus predecesores, aumentándolo con un gran caudal de observaciones nuevas, fruto del propio saber y de la observación perseverante y bien dirigida. En esta obra se ve al profundo conocedor de los principales filólogos y gramáticos, y no menos de los prosistas y poetas españoles, que pasan por modelos de lenguaje puro y castizo."

Por último, el sabio é incomparable D. Marcelino Menéndez y Pelayo ha dicho:

"Esta Gramática es, á mi juicio, una de las mejores que tenemos, y quizá no se ha publicado otra igual después de la de Bello y de las adiciones que le hizo Cuervo." (Las adiciones á Bello á que se refiere el Sr. Menéndez y Pelayo son las sapientísimas notas publicadas por el Sr. Cuervo y añadidas á la Gramática del insigne venezolano. Las más completas son las publicadas en la edición de París del año de 1898.) Continúa el Sr. Menéndez y Pelayo, diciendo de la Gramática del Sr. Peña: "En ella he encontrado rica materia de fructuoso estudio y nueva comprobación del sólido saber filológico de su erudito cuanto modesto autor.

"Si llega á penetrar en los establecimientos de enseñanza como merece, contribuirá mucho á difundir la sana doctrina gramatical, tan distante de las innovaciones temerarias y presuntosas de improvisados filólogos, como de las rutinas del antigno empirismo."

Tales son el valer y los méritos literarios del distinguido escritor, cuyas obras se contienen en el presente volumen de nuestra BIBLIOTECA DE AUTORES MEJICANOS.



EXPOSICIÓN RAZONADA

DEL PLAN DE ESTUDIOS

PARA EL

SEMINARIO CONCILIAR DE MÉJICO,

presentada al Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo

de esta Metrópoli,

DR. D. PRÓSPERO MARÍA ALARCÓN,

el día 14 de Octubre de 1892



SEÑORES CATEDRÁTICOS:

ANTES de tomar parte en vuestras luminosas deliberaciones, creo de mi deber manifestaros, por qué no he vacilado en admitir el nombramiento de vocal de esta Junta encargada de proponer al Ilmo Señor Arzobispo el Plan de Estudios que haya de adoptarse en el Seminario Conciliar.

El hecho de no pertenecer al docto cuerpo de profesores de este colegio, me coloca en una posición excepcional y aun extraña, para aquellos, que ignorando mis antecedentes, piensan que ningún vínculo me liga á tan ilustre plantel. Mas, por dicha mía, puedo ufanarme de ser hijo suyo; á él debo la mayor parte de los conocimientos por mí adquiridos, que si bien exiguos, me han

proporcionado la modesta posición en que la Providencia ha tenido á bien colocarme.

Aun era yo muy niño, cuando llamé un día á las puertas de esta Casa de Estudios, que me abrió de par en par el santo y sabio arzobispo D. Lázaro de la Garza, de grata é inolvidable memoria. Hoy, señores, que toco los umbrales de la vejez, otro prelado tan amante de su seminario como el Sr. Garza, y tan celoso como él de la instrucción del clero, me pide el contingente de mis tenues y escasas luces, y quiere que colabore con vosotros en la formación de un Plan de Estudios que proporcione al eclesiástico los conocimientos necesarios para la defensa de la Religión y para la salud espiritual de los fieles.

Soy el primero en reconocer qué débiles son mis fuerzas para llevar á feliz término una empresa que ofrece, como ésta, graves dificultades; pero pensé que era deber mío pagar, siquiera fuera en parte pequeñísima, una deuda inmensa de gratitud, y corresponder además de la manera que me fuese posible á la honra inmerecida que me ha dipensado el Ilmo. Señor Arzobispo. Pensé también que si actualmente no formo par-

te del Seminario, soy sin embargo todo suyo, por el amor intenso que le profeso, y por los lazos de antigua amistad que con apretado nudo me unen á su insigne rector y á muchos de sus ilustres profesores. Si hoy ya no me cubre su techo, ni frecuento sus aulas, vivo en él con la vida de los recuerdos, tan dulces y gratos como los ecos no extinguidos de música lejana.

Consideré en fin que no acometía solo la empresa, sino que en tarea tan extremada me hallaba al lado de doctísimos profesores, que aquí unos, y en Europa otros, todos han dado gallarda muestra de su claro entendimiento, ilustrado criterio y profunda ciencia. Ellos son, pues, quienes realizarán el generoso intento de nuestro venerable prelado, desenvolviendo y dando forma al pensamiento contenido en las bases que se sirvió fijar S. S. Ilma. y Reverendísima.





ENCARGADOS el Señor Presbítero D. Francisco Labastida y el que habla de presentaros un proyecto de Plan de Estudios, acordamos proponeros el que sigue á continuación, después de haber conferenciado detenidamenta sobre asunto de tanta entidad.

PROYECTO de un plan de estudios preparatorios y profesionales para el Seminario Conciliar de Méjico.

ESTUDIOS PREPARATORIOS.

PRIMER AÑO.

Aritmética y Algebra.
Primer año de francés.
Gramática Castellana.
Ripalda.

SEGUNDO AÑO.

Geometría Plana y en el Espacio, Trigonometría Rectilínea.

Analogía latina hasta concluir el tratado del verbo; traducción del Epítome Historiæ Sacræ por Lhomond y temas de la Gramática de Caro y Cuervo.

Segundo año de Francés.

Primero de Inglés.

Religión.

TERCER AÑO.

Conclusión de la Analogía latina, Sintaxis General latina, traducción del libro de Viris illustribus por Lhomond y del "Bellum Gallicum" de Julio César, temas de Caro y Cuervo.

Física.

Segundo año de Inglés.

Cosmografía.

Religión.

CUARTO AÑO.

Sintaxis Particular latina; traducción

de Cicerón y de Tito Livio; temas de Caro y Cuervo.

Química (en la primera mitad del año.)

Botánica (en la segunda mitad del año.)

Griego—Primer año.

Geografía.

Religión.

QUINTO AÑO.

Lógica, Psicología é Ideología.

Ortografía, Prosodia y Métrica latinas.

Traducción de Virgilio, de Horacio y de Ovidio.

Composiciones en latín originales.

Segundo año de Griego.

Cronología

Zoología (en la primera mitad del año.)

Geología (en la segunda mitad del año.)

SEXTO AÑO.

Metafísica General, Cosmología y Teodicea.

Repaso y perfeccionamiento de los cursos de Latinidad. Versión de las Encíclicas del Sr. Pío IX y del Sr. León XIII. Composiciones originales en Latín.

Etica.
Historia Patria.
Historia General.
Retórica.

ESTUDIOS PROFESIONALES.

TEÓLOGOS.

PRIMER AÑO.

Primer año de Teología Dogmática.
Hermenéutica Sagrada.
Primero de Historia Eclesiástica.
Primero de Hebreo.

SEGUNDO AÑO.

Segundo año de Teología Dogmática.
Exégesis científica.
Segundo año de Historia Eclesiástica
Segundo año de Hebreo.

TERCER AÑO.

Tercer año de Teología Dogmática.
Primero de Teología Moral.

Instituciones de Derecho Canónico.
Primer año de Liturgia Sagrada.

CUARTO AÑO.

Cuarto año de Teología Dogmática
Segundo año de Teología Moral.
Segundo año de Liturgia Sagrada.
Oratoria Sagrada—Canto Eclesiástico.
Cátedra de citas.
Cátedra superior de Lengua Castellana.
(Curso libre.)

CANONISTAS.

PRIMER AÑO.

Primer año de Derecho Canónico.
,, ,, ,, ,, Romano.
Derecho Natural.

SEGUNDO AÑO.

Segundo año de Derecho Canónico.
,, ,, ,, ,, Romano.
Instituciones Teológicas.

TERCER AÑO.

—

Tercer año de Derecho Canónico.
Primer año de Teología Moral.
„ „ „ Liturgia Sagrada.

CUARTO AÑO.

—

Derecho Patrio.
Segundo año de Teología Moral.
Liturgia Sagrada.
Oratoria Sagrada—Canto Eclesiástico.
Cátedra superior de Lengua Castellana (Curso libre.)





EXPÓSICION RAZONADA

DEL

ANTERIOR PLAN

LA traza de un Plan de Estudios pide la resolución previa de gran número de cuestiones abstractas; tales son las siguientes: ¿Qué materias han de ser objeto de la enseñanza? ¿En qué orden y dentro de qué límites deberán estudiarse? ¿Cuáles exigen atención preferente y mayor detenimiento? ¿Qué importancia se ha de dar al conocimiento y práctica de los procedimientos lógicos, y cuál al cultivo del espíritu y de sus diversas facultades cognoscitivas? ¿Qué sistema deberá adoptarse: por ventura el especia-

lista, que durante el año escolar, emplea las fuerzas intelectuales de los alumnos, en el estudio relativamente profundo de una sola materia, ó el enciclopédico, que en el mismo tiempo, aplica la inteligencia del escolar á varios ramos del saber? ¿Habrá de preferirse en los cursos de un seminario la variedad á la profundidad, ó bien la profundidad en los conocimientos del todo necesarios al eclesiástico, como el Latín, la Filosofía y la Teología, y la variedad en los que simplemente son útiles, como la Historia Natural y la Química?

Imposible sería discutir prolijamente en esta breve exposición todas y cada una de las cuestiones propuestas, que sólo en grueso volumen cabrían con holgura. Ni necesito en el caso presente apurar el raciocinio, hasta llegar á las últimas consecuencias; por fortuna para mí, hablo á un auditorio selecto, que por su cultura intelectual, sabrá llegar por sí solo, hasta donde fuere necesario, y aun descubrir en las cuestiones que he de tocar, aspectos y soluciones que yo no haya ni siquiera vislumbrado.

Los que piensan que la enseñanza escolar no tiene más objeto que allegar conoci-

mientos que proporcionen cierto grado de erudición científica, ponen en olvido que con el cultivo de las ciencias, no sólo hemos de proponernos enriquecer nuestra inteligencia con cierto número de verdades; sino que en él hemos de mirar una especie de gimnasia intelectual, que desenvuelva las diversas facultades del espíritu, de suerte que ninguna de ellas se perfeccione con detrimento de las que le son antagónicas, y que además ejercite todos los procedimientos de inferencia.

Si en la elección y orden de las materias de asignatura, no se pierde de vista este intento nobilísimo, logrará establecerse hasta donde es posible perfecto equilibrio en las facutades de nuestra mente, y esto le proporcionará dos grandes cualidades: "la "*receptividad*, en virtud de la cual se habi- "tuará á recibir, sin esfuerzo, todo linaje "de conocimientos, y la *flexibilidad*, por la "que podrá atemperarse á exigencias opues- "tas, descendiendo ya rápida, ya lentamen- "te desde las elevadas cumbres de la abs- "tracción y de la generalización, hasta las "llanuras risueñas y floridas de la fanta-

" sía" (1) y pasando con igual agilidad de los procedimientos deductivos á los inductivos, ó de los analíticos á los sintéticos.

Una disciplina intelectual de esta especie influye grandemente en el criterio científico, dando al espíritu amplitud y elevación de miras; pero ya se deja entender que tales ventajas no se podrán alcanzar en el sistema de enseñanza que he llamado especialista. En tal sistema el criterio es estrecho, como que no traspasa nunca los lindes de una sola ciencia ó de un solo método científico, y no sólo es estrecho, sino también falso, cuando se le quiere aplicar á ciencias de índole lógica enteramente diversa. Así el matemático se extravía en cuestiones morales, si pretende aplicarles el rigor inflexible de las deducciones geométricas; así también el naturalista no puede comprender, las abstracciones altísimas del metafísico, al paso que éste desdeña las pacientes y laboriosas observaciones del primero.

Pero quien cultiva por igual diversos órdenes de ciencias, posee, siquiera de un modo inconsciente, los métodos que le son

[1] Pasaje tomado de un folleto mío.

propios, en medio de sus diferencias, descubre sus afinidades, y pone la consideración en las relaciones que enlazan con parentesco cierto á ciencias que á primera vista se juzgaban extrañas entre sí.

Las razones aducidas justifican, cuando menos, la conveniencia de la enseñanza enciclopédica; pero no basta que sea conveniente, es preciso hacer constar su necesidad.

Nadie objetará nada contra el estudio del Griego, muy útil desde el punto de vista filológico y literario, y necesarísimo desde el exegético; pero tal vez no quepa la misma suerte á algunas de las ciencias mencionadas en el proyecto. Quizá se piense que este Plan aseglara la educación científica de los seminaristas, ya por la índole de las materias, ya por el orden en que coloca algunas de éstas.

Sin embargo, en todos tiempos los Padres de la Iglesia y otras escritores ortoxos eminentísimos han juzgado necesario que el sacerdote católico posea los conocimientos científicos de su época, para que dueño de la verdad, pueda ser también defensor y dispensador de ella.

Vuestra notoria erudición me excusaría de aducir cita alguna en comprobación de este hecho; pero como sea necesario satisfacer también á los indoctos, traeré á la memoria algunas palabras célebres de escritores tan respetables por su ciencia como por la pureza de su fe.

S. Clemente de Alejandría en un capítulo de sus Stromata decía "que una *ciencia* " *extensa y variada* recomienda al que ex- " pone los grandes dogmas de la fe en el "ánimo de sus oyentes, inspira admiración " á sus discípulos y los atrae á la verdad." Sabido es cuanto defendió S. Basilio el estudio de las letras profanas, y S. Gregorio Nacianceno en la oración fúnebre de su grande amigo, se produce en estos términos: "Juzgo que todo hombre de juicio sa- " no concederá que la ciencia debe mirarse " como el primero de todos los bienes te- " rrenales; y no hablo *solamente de esa cien-* " *cia que hay en nosotros*, y que despreciando todo adorno exterior, se dedica exclu- " sivamente á la obra de la salvación y á " la belleza de las ideas intelectuales, sino " también de esta otra ciencia que viene de " fuera, y que algunos cristianos equivoca-

"dos desechan como falsa, peligrosa yca-
"paz de desviar el espíritu de la contem-
"plación de Dios." Haré caso omiso de S. Agustín, de S. Juan Crisóstomo y de otros eminentes escritores, para llegar al famoso abad de Claraval, que en su sermón 36 *super cantica* dice á su auditorio: "Tal vez os
"parecerá que yo aprecio poco la ciencia, que
"casi vitupero á los sabios, y que prohibo
"el estudio de las letras: no lo quiera Dios.
"No ignoro cuánto han servido y sirven
"ahora los sabios á la Iglesia, ya refutan-
"do á sus enemigos, ya instruyendo á los ig-
"norantes; y he leído: Porque tú desechas-
"te la ciencia, yo te desecharé á tí, para
"que no desempeñes el ministerio sacerdo-
"tal."

La necesidad de refutar á los enemigos de la Fe, á quienes se refiere S. Bernardo, no ha desaparecido, antes cada día es más apremiante; pero como el enemigo ha cambiado de armas, nosotros tenemos que hacer lo mismo, surtiéndonos de ellas en sus propios arsenales.

En los tiempos que alcanzamos, multitud de cuestiones teológicas ó exegéticas son examinadas á la luz de la Física, de la Quí-

mica, de la Filología, de la Historia Natural y de otras muchas ciencias, cuyo recuento no es necesario hacer; y el sacerdote católico, que no teme la luz, debe pisar con firmeza el terreno científico en que se le quiere colocar, y demostrar con gran copia de erudición, que no hay conflicto posible entre la Ciencia y la Fe.

Desgraciadamente la mayor parte de los sabios ignoran cuáles son las enseñanzas de la Iglesia sobre muchas cuestiones teológico-científicas y no faltan teólogos, que desprovistos de erudición profana, juzgan de algunas teorías científicas con criterio estrecho, asustadizo y á veces falso.

Estos hechos demuestran hasta la evidencia que la educación del clero ha de ser eminentemente científica. Sólo un clero sabio podrá defender del lobo rapaz á las ovejas que le están encomendadas, y sólo á poder de ciencia, atraerá al seno de la Iglesia á quienes se alejen de ella, más por error é ignorancia que por ahincado odio.

De todo lo expuesto se colige que la instrucción debe adaptarse á los tiempos en que le toque vivir. Si San Gregorio Magno concordaba las Sagradas Escrituras con las

doctrinas de los filósofos gentiles; [1] á nosotros toca poner de resalto la armonía en que viven con la doctrina católica las ciencias experimentales y las de observación. Así lo reconocieron inteligencias de primer orden como el canciller Bacon, el insigne cardenal Wisseman, Moigno, Perrone, Vigouroux, el sapientísimo cardenal González y otros muchos cuya ennumeración sería interminable. Pero si no me es dado mencionar á todos esos ilustres varones, me permitiréis, al menos, que autorice la tesis que en estos momentos defiendo con pasajes muy notables de algunos de los insignes escritores que he nombrado. El último de los citados se produce así en su obra intitulada "La Ciencia y la Biblia" "Despréndese de lo dicho que si no deben prescindir "de las ciencias físicas y naturales en su estado actual los escritores católicos que traten de Historia, de Filosofía, de Controversia, de Antropología, etc, mucho menos pueden excusarse de adquirir conocimientos de aquella índole el teólogo y el exé-

[1] En su libro contra Joviniano dice: Hæc autem pauca de Scriptura posuimus, ut congruere nostra cum philosophis doceremus.

"geta. Porque si la Historia Eclesiástica "debe estudiar y analizar y fijar el sentido "y alcance de los documentos nuevos que "se refieren á la Iglesia de Cristo; si la "Dogmática especulativa debe seguir paso "á paso los desarrollos seculares de la Me- "tafísica, y tener conocimiento de los prin- "cipales sistemas y tesis pertenecientes al "citado orden metafísico; si la Filosofía "Cristiana debe tomar en consideración los "descubrimientos realizados en la Psicolo- "gía, la Fisiología, la Biología, con otras "ciencias experimentales que encierran con "aquella relaciones más ó menos directas, "así como también de los sistemas cosmo- "lógicos y de las recientes teorías astronó- "micas y geogénicas, parece indudable que "la Exégesis y la Teología cuyos puntos de "contacto con las mencionadas ciencias físi- "cas y naturtles, á la vez que con la Filología "en sus múltiples é importantes manifesta- "ciones modernas son evidentes, se hallan "en el caso ó digamos mejor, tienen el deber "de no entrar en liza con los enemigos de la "Fe y de la Iglesia, con los representantes de "la moderna idea racionalista, sin poseer "conocimientos relativamente extensos y

"sólidos en las ciencias citadas" Ponderando esta necesidad y este deber, el sabio abate Vigouroux ha escrito en su obra que lleva por título: "Los Libros Santos "y Crítica Recional" estas notables palabras: "Las objeciones científicas raras y "de no gran alcance en otros tiempos, se "han multiplicado en nuestros días, adqui"riendo importancia á causa de los extra"ordinarios progresos verificados en el te"rreno de las ciencias. A exponer y desa"rrollar estas objeciones se han dedicado "los adversarios de la Revelación, para "batir en brecha nuestros libros santos. "En nombre de la Geología impugnan el "relato de la Creación del Mundo; preten"diendo que es inconciliable con los des"cubrimientos geológicos; en nombre de la "Astronomía sostienen que Moisés y los de"más autores sagrados atribuyen á la Tie"rra en el sistema del Universo un papel "que no le corresponde; en nombre de la "Paleontología quieren retirar los oríge"nes de nuestro globo y del hombre mucho "más allá de los límites que se le habían "señalado; en nombre de la Historia Na"tural tachan de erróneos ciertos pasajes

" de nuestros libros santos." No son menos esplícitos Perrone al fin de su Tratado de "Locis Theologicis" y el cardenal Wisseman en sus discursos sobre las relaciones que existen entre la Ciencia y la Religión Revelada. Ponen el sello con su autoridad suprema á la verdad de esta tesis el reciente Concilio Vaticano y el Inmortal Pontífice León XIII. La augusta asamblea en el capítulo IV de su Constitución Dogmática hace la importante declaración que sigue: *"Quapropter tantum abest ut Ecclesia " humanarum artium et disciplinarum cultu- " ræ obsistat, ut hanc multis modis juvet at- " que promoveat. Non enim commoda ab iis " ad hominum vitam dimanantia aut ignorat, " aut despicit; fatetur imo eas quemadmo- " dum á Deo scientiarum Domino profectæ " sunt, ita si rite pertractentur, ad Deum, iu- " vante eius gratia, perducere."* El santo y sabio Pontífice que hoy llena el mundo con su nombre, en su breve de *Studiis humaniorum litterarum* encarece la necesidad de que el clero florezca por el conocimiento de las ciencias hoy cultivadas con ardiente empeño, y la expresa en estas frases: severas y elocuentes: *"Ouius necesitatem rei maiorem*

"*efficit natura temporum, propterea quod in*
"*tanto ingeniorum cursu, tamque inflammato*
"*studio discendi, nequaquam posset Clerus*
"*in muneribus officiisque suis, cum ea qua*
"*par est dignitate atque utilitate versari, si*
"*quæ ingenii laudes tanto opere expetuntur*
"*a ceteris, eas ipse neglexerit.*"

El espíritu de bien entendido progreso que se transparenta en cuantas autoridades llevo citadas, en todos tiempos ha vivificado á la Iglesia y ha resplandecido en sus obras; no es necesario citar ahora cuanto ha hecho por las ciencias, aun en los tiempos más caliginosos para ellas; pero á lo menos haré memoria de los afanes sin cuento del célebre Gerberto, que gobernó á la Iglesia con el nombre de Silvestre II. Después de haber frecuentado las academias en Sevilla, Córdoba y Toledo, (1) según nos informa Balmes, "estuvo en comunicación "científica con los judíos y con los árabes. "A su estudio y talento debe la Europa sus "primeros pasos en las ciencies naturales. "Basta recordar que en el siglo X, llamado

[1] D. José Amador de los Ríos niega que Gerberto haya estado en España.

"de hierro, tuvo cátedras de Matemáticas, "Astronomía y Geografía. Inventó una ta- "bla por la cual explicaba con caracteres "convenientes las operaciones de Aritméti- "ca. Construyó la esfera, á fin de mostrar "el movimiento de los astros, y escribió "varios tratados de Geometría." Por último, él fué también quien introdujo en Europa el uso de los caracteres arábigos. No deberá, pues, causar extrañeza, ni menos motivar censura justa que hoy, casi diez siglos después, conservemos en un Seminario de eclesiásticos las cátedras que él regentó, y establezcamos algunas otras que también él habría creado, si en su época hubieran existido las ciencias que en ellas se han de enseñar.

Entiendo, pues, que el plan de estudios sometido á vuestras deliberaciones ni aseglara la educación del clero, ni menos desencadena sobre él los vientos de los errores reinantes por el mero hecho de proponer el estudio de las ciencias físicas y naturales, con tal de que los textos que se escojan para la enseñanza sean de autores conocidamente ortodoxos.

Juzgo además, que al formar el plan de

Estudios que deba regir en el Seminario, se ha de procurar que el clero no quede fuera del movimiento intelectual que hoy se verifica en todas partes y también en nuestra Patria.

En la actualidad se cursan elementos de las ciencias exactas, físicas y naturales, aun en las escuelas primarias superiores, así oficiales como particulares; tanto de varones como de niñas, y en colegios católicos de primer orden dedicados á la enseñanza de estas últimas.

Á cada paso acaecerá que los cursantes de estos planteles acudan en sus dudas á los eclesiásticos cuyo trato frecuentan, ó que ocurran al párroco ó al confesor, si por ventura tales dudas son de aquellas que inquietan la conciencia; y no sería decoroso que salieran de labios infantiles dificultades y hasta objeciones teológico-científicas que un sacerdote católico no comprendiera y menos acertara á resolver.

Debo también hacer constar que este plan de ningún modo intenta sacrificar á las ciencias mencionadas la extensión y profundidad con que deben estudiarse las eclesiásticas y la lengua propia de ellas que es

la latina. No pide el presente proyecto que en el Seminario se cursen la Química y la Historia Natural con la vastedad y amplitud que se da á su estudio en las escuelas oficiales, sino según los compendios que se han adoptado en San Sulpicio y en otros seminarios de Francia.

La prioridad que se da á las matemáticas con respecto al latín en el primer año de Estudios Preparatorios ha de ser motivo de extrañeza para muchos que piensan que las ciencias exactas, según este plan, usurparían á la lengua latina el lugar preeminente que de derecho le corresponde en los estudios eclesiásticos. Mas las consideraciones que voy á someter á vuestro ilustrado criterio, quizá tengan eficacia para demostrar que el orden propuesto en la enseñanza de ambas materias es favorable á una y á otra, en vez de serles adverso. Quiero además hacer constar que la *prioridad* concedida al primer curso de matemáticas respecto de la Analogía Latina, de ninguna manera es *primacía*. Expondré, pues, las razones que hay, para comenzar los estudios preparatorios por el primer curso de matemáticas y las que hay asímismo, para

retardar un poco el comienzo de la Gramática Latina.

Parece indudable que una rigurosa disciplina intelectual exige que, quien se consagra á la adquisición de un gran cuerpo de conocimientos formado por grupos diferentes de ciencias diversas, haya de comenzar su tarea por el estudio de las verdades menos complexas, más fácilmente perceptibles y aplicables á otras muchas ciencias que de ellas dependen, y de ellas reciben incremento y ayuda.

Desde muy antiguo se creyó que tales caracteres reclamaban para las matemáticas la prioridad en el estudio. Platón mandó esculpir á la entrada de la academia esta conocida inscripción: "Nemo huc intret geometriæ ignarus". Xenócrates que llevó á la Escuela Platónica la fórmula y el simbolismo de los pitagóricos, solía decir que la Aritmética y la Geometría eran las asas de que nos servíamos para tomar la Filosofía.

Sin embargo, se cree generalmente que las ciencias exactas, por su índole abstracta, ofrecen á los principiantes graves dificultades. Tal vez sea esto cierto, si se trata de la parte más elevada de las matemáti-

cas; pero las abstracciones propias de los elementos de Aritmética, Algebra y Geometría son de las más fáciles. ¿Qué cosa más hacedera, que tomar en cuenta el número, y prescindir de las cosas numeradas, para fijar la atención, de un modo exclusivo, en los procedimientos del cálculo? Así mismo nada es más llano que desentenderse después del número mismo, y considerar simplemente las relaciones que ligan á las cantidades, para llegar al Algebra ó ciencia de las Funciones, y por último, representarse aisladamente las dimensiones de los cuerpos, para estudiar con más facilidad las relaciones de forma, posición y magnitud. Alivia en el presente caso la tarea del entendimiento el que todas estas abstracciones están representadas por algo sensible; ya sea el guarismo ó la letra, ya el signo ó la figura, y todo ello ofrece cómodo asidero á la inteligencia, para aprehender la abstracción ya hecha, y á la memoria, para retenerla. Ni es cierto que en todo caso las nociones abstractas sean las menos accesibles á nuestro entendimiento. Las de orden menos elevado son por el contrario las que están más al alcance de la inteligencia,

porque tanto mejor percibimos una idea, cuanto es menos complexa, pues la simplicidad de su objeto divide y fatiga menos nuestra atención.

Quien haya ejercido el magisterio habrá observado que las demostraciones y operaciones algebráicas por su naturaleza más abstractas que las aritméticas, son también más fáciles; así es que ofrece sin duda más tropiezos y más ocasión de errar una multiplicación de números complexos que otra multiplicación hecha con cantidades literales. Adviértase finalmente que si es labor ardua la del que por primera vez separa ideas que siempre han estado transfundidas una en otra y casi confundidas, no lo es en el mismo grado, percibir abstracciones sencillas, ya hechas por otros, y ésta es precisamente la tarea que se impone al escolar que estudia un curso de Matemáticas.

Justifica además la prioridad que se da á las Matemáticas, la necesidad que tienen de ellas las ciencias que estudian la materia en sus diferentes estados ó manifestaciones. No se puede negar que "las variaciones de "cualidad en una clase de fenómenos co-

"rresponden regularmente á variaciones
"de cantidad, ya en los mismos fenómenos,
"ó ya en otros." y de aquí la influencia del cálculo y de la Geometría en muchos ramos del saber, á los cuales comunican su carácter deductivo y científico. El matemático encierra en breve fórmula, así las leyes físicas y químicas de los seres creados por Dios con peso, número y medida, como las no menos admirables que gobiernan á los mundos estelares, y con mano segura traza las órbitas que recorren estos eternos viajeros, al través de las inmensas soledades del espacio.

Deben también ocupar las Matemáticas la primera grada de los estudios prepatorios, porque ejercitan constantemente la inteligencia en todo linaje de procedimientos lógicos: en sus demostraciones alterna la deducción, que es la más usada, con la inducción, y el análisis con la síntesis. Su lenguaje es modelo de exactitud, concisión y propiedad; y en sus definiciones, germen fecundo de numerosos teoremas, rivaliza muchas veces la síntesis de elevadas concepciones con la precisión y claridad de los términos.

Puede, por lo mismo, decirse que los cursos de primero y segundo año de Matemáticas serán ejercicios lógicos que dispondrán el espíritu de los alumnos para estudios posteriores, desenvolviendo sus facultades y habituándolos práctica é inconcientemente á inducir y deducir, á sintetizar y analizar, á dividir y clasificar.

Tampoco debemos poner en olvido el carácter de completa y universal certidumbre que, por caso excepcional, distingue á las verdades matemáticas. "Su evidencia ora "inmediata, ora mediata reune en común "acuerdo á todas las inteligencias, que en "otras ciencias suelen hallarse divididas "por lastimosa é irremediable anarquía; "pues no siempre las observaciones y en- "sayos inciertos de los sabios conspiran al "mismo fin, ni conducen á idéntico resul- "tado.

"Las Matemáticas, siempre infalibles en "sus pronósticos, y exactísimas en sus pro- "cedimientos, no engañan jamás á quien "las interroga, por lo cual son las más "apropiadas para inspirar al principiante "fe ciega en la ciencia, fe tan necesaria, que "sin ella á poco andar, retrocedería desco-

"razonado por las aberraciones de la inte-
"ligencia que en otras ciencias son inevita-
"bles. Resérvense, pues, los desengaños
"dolorosos que los hombres científicos de-
"ploran, para años más adelantados de la
"carrera, cuando ya el alumno haya cobra-
"do amor al saber y al estudio." (1)

Conforme al plan propuesto debe empezar el estudio de latinidad en el segundo año de la enseñanza preparatoria; habrá tal vez quien juzgue que comienza tarde; yo, por el contrario, todavía lo considero prematuro. Si fuera practicable, sería preferible colocar el primer curso de Latín en el tercer año, después que los alumnos hayan recibido el cultivo intelectual indispensable, para cursar materia tan importante con la extensión, profundidad y aprovechamiento que ella reclama. El eminente humanista "La Harpe" deploraba que se le hubiese obligado á estudiar Gramática latina, siendo aun muy niño. Una balumba de reglas generales y excepcionales, agobiaba su memoria, sin que su inteligencia, según

[1] Lo que está entre comillas se ha tomado d mi "Exposición Razonada sobre modificaciones á l ley de instrucción pública."

afirmaba él mismo, hubiese sacado provecho de tan ruda tarea, ni hubiera tomado gran parte en ella. Mas cabalmente á la inteligencia corresponde participación no escasa en el estudio de la Gramática, si es que la enseñanza de esta materia ha de convertirse de empírica, que ha sido casi en todas partes, en racional y científica.

Preciso es confesar que la empresa está erizada de dificultades, pero debemos hacerles rostro con el intento generoso de levantar entre nosotros el nivel bastante deprimido de los estudios filológicos.

Entiendo además que la enseñanza del latín ha de ser paralela á la del castellano, de manera que resulte de ella un estudio comparativo de ambos idiomas. Punto es éste de capital importancia, y me permito suplicar á esta respetable junta se sirva fijar en él su atención.

El curso previo de Gramática Castellana que debe hacerse en el primer año, prepara al alumno para el de latín; así es que ya podrá ponerse en sus manos una Gramática que enseñe simultáneamente ambas lenguas, haciendo el cotejo de sus giros y modismos, de sus reconditeces y primores,

mediante escogida y copiosa colección de frases y locuciones tomadas de los clásicos.

Cuando el cursante haya podido allegar considerable caudal de frases latinas y castellanas, en que rivalicen la propiedad y pureza de las voces con la elegancia de la sintaxis; cuando este estudio comparativo hecho á la luz de un texto apropiado, le revele cómo puede nuestro idioma imitar y aun copiar las bellezas de la lengua madre, y traducir los modismos de ésta en otros equivalentes nuestros; cuando haya presenciado cómo el autor y el profesor que le sirven de guías, infieren del uso de los clásicos las reglas gramaticales, podrá ufanarse de haber recorrido con provecho una parte de la senda que hay que andar en el estudio profundo del latín y del castellano; y esa parte es la que él necesita conocer. Habrá aprendido la Gramática Clásica que considera las lenguas como instrumento indispensable para expresar el pensamiento con claridad, propiedad, pureza y elegancia, y como el recurso más apropiado para realizar la belleza por medio de la palabra en las regiones serenas donde impera el Arte.

Pero ignorará todavía la Gramática Histórica, que pone en nuestro oído, ora los vocablos y giros de formas mudables é indecisas que balbucean torpemente los idiomas en su infancia; ora el acento viril y grandilocuente, la frase desembarazada ó elegante, la dicción abundosa y castiza con que se expresan las lenguas durante su juventud y edad madura; ora en fin la locución desmañada, oscura y vacilante que profieren con voz apagada y casi extinta, al tocar los lindes de la extrema vejez.

Ignorará también la Gramática Filológica, que mirando las lenguas como organismos vivientes, sorprende los secretos de su formación, descubre y señala sus alteraciones fonéticas y su *renovación dialectal*; pone de manifiesto las afinidades y semejanzas que tienen entre sí, y formula las leyes que siguen en sus transformaciones, ya se verifiquen éstas por evolución, ó ya por corrupción.

No juzgo que en un Seminario deban enseñarse ni una, ni otra gramática de la lengua latina; ni la Histórica y Filológica como la de Guadia y Wierzeisqui, ni la esencialmente filológica de Federico Diez; sino

una gramática clásica y comparada de los idiomas latino y castellano.

Mas para que esta gramática no sea sindicada de empirismo, es preciso que cuando el caso lo exija, explique el estado presente del idioma por sus estados anteriores ó por la influencia que en él ejercen otras lenguas.

Quien pierda de vista por completo la historia de la latina, ó incurrirá en errores ó no acertará á explicar usos á primera vista arbitrarios y desprovistos de fundamento. Seguirá creyendo que *tuli* y *latum* son formas de fero, cuando en realidad *fero*, *tuli* y *latum* son restos de tres verbos distintos, que en otro tiempo tuvieron conjugación completa. No se podrá explicar que el genitivo singular de los nombres de la primera y segunda declinación expresen relación de lugar, porque no sabe que la flexión casual *i* del genitivo anticuado de la primera y de los nombres de la segunda corresponden al antiguo caso locativo, lo cual nos enseña al mismo tiempo, por qué el genitivo de plural no denota el lugar en donde se está, y sí lo expresa el dativo griego terminado en *i*.

Sin el conocimiento histórico y filológico de la lengua latina quedaría sin explicación la conjugación pasiva de los verbos, pues ni siquiera sospecharíamos que el sufijo *se* fué la flexión característica de la forma pasiva, y que por leyes de transformación bien comprobadas, que no es tiempo ahora de exponer, *legamse*, por ejemplo, hubo de convertirse en *legar*.

El *desideratum* de la enseñanza científica de la Gramática Latina se realizaría en todas sus partes, según el punto de vista en que yo me he colocado, si se escogiese por texto una gramática clásica, que sin ser precisamente histórica, ni filológica, no perdiese de vista ni la historia de la lengua latina, ni la Filología; sino que acudiese á una y á otra, siempre que el caso lo exigiera. Habría de ser además condición indispensable que esa Gramática estudiara simultánea y paralelamente el idioma latino y el castellano.

Parecerá difícil hallar libro de texto que reuna tales excelencias; sin embargo el libro está ya escrito, y la Academia Española ha declarado solemne y oficialmente que

"es obra magistral y la mejor de su género en nuestro idioma." (1)

Al conocimiento teórico de la lengua latina adquirido por el estudio de la Gramática, hay que juntar el de los escritores más conspicuos, pertenecientes á la edad de oro de ese idioma, llamada también época augustea.

No siendo posible dar á conocer su literatura en sus tres grandes períodos: anteclásico, clásico y postclásico, por no consentirlo la brevedad de los cursos escolares, debe sin duda escogerse aquel en que alcanzó el grado más alto de perfección. Ni sería tiempo perdido el que se gastara en la lectura de latinistas del Renacimiento, como el Bembo, Mureto ó Flaminio; más ya que esto no se pueda, creo necesario que los alumnos conozcan á oradores como Cicerón, á historiadores como Julio César ó Tito Livio y á poetas como Virgilio de quien hace entusiasta y merecido elogio el santo y sabio obispo de Hipona.

Si se diera la preferencia á escritores de

(1) La obra á que aludo es la Gramática Latina escrita y publicada en Bogotá por los Señores Caro y Cuervo.

otra época, se cometería un gran yerro de método, poniendo en desacuerdo la enseñanza teórica gramatical con la esencialmente práctica que se adquiere por la lectura y análisis de los escritores latinos, pues muchos de los giros, modismos y vocablos usados por autores anteriores ó posteriores al siglo de oro, no se registran en las gramáticas clásicas, que como su nombre lo indica, enseñan la lengua latina en su estado de mayor pureza y perfección.

Desde el punto de vista estético también es necesario el estudio de esos modelos del arte latino, reflejo vivo del arte griego, y que no conoce aquel á quien sólo se le muestran al través del velo poco trasparente de una versión.

No hay para que traer aquí la enojosa cuestión que se ha suscitado sobre el estudio de los clásicos griegos y latinos; una vez expurgados éstos de cuanto pueda lastimar la Moral, no hay razón alguna para desecharlos, y en este punto es decisiva, bajo todos conceptos, la autoridad del insigne humanista que hoy felizmente gobierna la Iglesia, y que en su Breve "de *Studiis humaniorum litterarum*" se expresa en los

términos siguientes: "Quod autem litteras " dicimus a clero excoli diligenter oportere, " non modo nostrates intelligimus, sed etiam " græcas et latinas. Immo apud nos plus " est priscorum romanorum litteris tribuen- " dum...."

Mas si bajo los aspectos mencionados, es necesario el conocimiento de los autores clásicos, no lo es menos, por motivos también muy poderosos, el de los escritores eclesiásticos. Cuando éstos conocen la estructura íntima de la lengua latina, y la presentan ataviada de sus mejores galas, su lectura proporciona á un mismo tiempo instrucción y esparcimiento; en ellos hallamos la adaptación á las necesidades del día presente, de una lengua ya muerta; con pala bras viejas saben expresar cosas ó ideas nuevas, ó bien introducen felices neologismos que enriquecen la lengua latina, habilitándola para los usos modernos, así los que reclaman la Filosofía y la Política, como los que piden la Ciencia y la Industria. Como dechado de latín eclesiástico, tenemos los escritos del eminente pontífice reinante, reputado hoy el primero de los latinistas contemporáneos. Su estilo tal vez no

tenga la pompa y magnificencia ciceronianas; pero en cambio impone por su majestad, cautiva por su tersura, sobriedad y trasparencia, y enamora por el sello de suprema elegancia que le distingue.

Deberán completar la enseñanza práctica de la lengua latina los ejercicios de construcción oral y escrita que harán los alumnos desde el primer año.

A fin de que tales ejercicios sean provechosos se ajustarán á temas dispuestos de manera que cada uno contenga las voces latinas que va á necesitar el principiante y su correspondencia en castellano. Se expresará la regla que principalmente se intenta practicar, y las demás que hubieren de necesitarse, serán claramente citadas por números ó letras correspondientes á la gramática que se siga.

Los temas que contengan los ejercicios sintáxicos sólo constarán de voces y giros de la más pura latinidad, y desde el principio habituarán al escolar á colocar las palabras según el genio de la lengua latina. Por último, las dificultades de construcción estarán perfectamente graduadas, de forma que comiencen por concordancias de dos

palabras de la primera declinación, y terminen en composiciones que ya consten de varios períodos.

Constarán estos ejercicios de dos partes: la primera contendrá frases latinas, para ser vueltas en español; la segunda frases castellanas, poco diferentes de las anteriores, con el objeto de que sean puestas en latín. (1)

Finalmente deberá también observarse en las traducciones una gradación semejante á la de los temas.

He manifestado, señores, cuáles son mis

(1) Todas estas condiciones reunen los temas que se hallan al fin de la Gramática Latina de los señores Caro y Cuervo.

Si hubiera de adoptarse como texto esta gramática, sería conveniente al explicarla, no olvidar las siguientes recomendaciones que hacen sus sabios autores en la introducción á la edición 4ª .... "no se " acomoda todavía á nuestras costumbres escolares " y sistema de enseñanza la multiplicidad de textos " graduados para una misma materia, por lo cual los " autores del presente libro se han visto obligados " á suplir, imperfectamente, el inconveniente apuntado, señalando con tipos tipográficos de distin- " tos tamaños los dos cursos (el elemental y el superior) que corren entremezclados. Aun así quedan en el primer curso cosas que puede cercenar " el maestro, como secundarias, atendiendo al grado de capacidad del discípulo; en el curso segundo van marcadas con un asterisco las observaciones de escasa aplicación ó puramente curiosas."

ideas sobre el estudio que deba hacerse de la lengua latina en el Seminario Conciliar. Un curso que se ajuste á ellas, ofrecerá las dificultades que presentan los estudios, cuando alcanzan cierto grado de profundidad. En este caso las enseñanzas de la Gramática comarcan por una parte con las de la Ideología, la Lógica y la alta Metafísica, y por otra con las de la Filología é Historia del lenguaje en general, y de la lengua que se aprende considerada en particular. Ya se deja entender que materia tan ardua no es para niños que comienzan el primer año de estudios preparatorios.

La práctica cuotidiana de muchos años me ha demostrado que es más dificultoso para los principiantes el curso superior de Gramática Castellana, que los de primero y segundo año de Matemáticas. "Es una " preocupación harto común," decía el insigne filólogo D. Andrés Bello, "la que nos " hace creer llano y fácil el estudio de una " lengua, hasta el grado en que es necesa- " rio para hablarla y escribirla correcta- " mente. Hay en la gramática muchos pun- " tos que no son accesibles á la inteligen- " cia de la primera edad.

De cuanto llevo dicho se infiere que estudio de la lengua latina ofrece dificul des; pero felizmente no son insuperabl por el contrario, con facilidad podrá ve. cerlas el alumno, si es auxiliado por háb y entendido profesor, y si se pone en su manos un texto apropiado.

Las explicaciones del catedrático sobrias en erudición histórica y filológica; claras y concisas al exponer doctrinas de carácter filosófico, quitarán al curso el aparato temeroso de una ciencia intrincada y oscura, y al mismo tiempo darán á la Gramática fundamentos racionales, siempre que la luz de tales explicaciones refleje sobre puntos de incuestionable trascendencia.

En el Seminario de Bogotá y en otros colegios de la América del Sur, se sigue desde hace años en la enseñanza del Latín el método de los señores Caro y Cuervo, y los buenos resultados obtenidos prueban no sólo que es practicable, sino además ventajoso.

Sería de desearse que los adelantos de los Colombianos en este estudio y en otros filológicos, nos estimularan á seguirlos muy

de cerca, con lo cual ganarían mucho las letras patrias.

He tocado someramente los puntos principales del Plan de Instrucción Eclesiástica en lo relativo á los estudios preparatorios; muy poco tendré que añadir acerca de los profesionales.

La Comisión piensa que no es menos necesario para el clero el conocimiento del Dogma que el de la Disciplina de la Iglesia; pero como no podrían cursarse simultáneamente estas materias, si ambas hubieran de enseñarse con la extensión y profundidad que pide su importancia, creyó conciliarlo todo, proponiendo que el Teólogo estudie durante un año lo que hay de fundamental en él Derecho Canónico, y el Canonista lo que hay de fundamental en la Teología Dogmática; de manera que uno y otro queden en aptitud de ampliar más tarde los conocimientos elementales adquiridos en las aulas, ó de estudiar por sí solos las cuestiones teológicas ó de Derecho Eclesiástico que puedan ofrecérseles en el ejercicio del ministerio.

La cátedra de Citas tiene por objeto verificar y exponer las citas de Santos Padres intercaladas en el texto de Teología Dogmática; cotejar las doctrinas de los mismos padres; señalar los caracteres dominantes de la escuela teológica ó filosófica á que cada uno pertenezca; dar á conocer la influencia que en sus enseñanza hayan ejercido sus ideas científicas y filosóficas y las de la época en que les tocó vivir; y finalmente conciliar las antinomias aparentes que pueda haber en sus doctrinas, como la que se echa de ver en numerosos textos entresacados de diversas obras de Santo Tomás de Aquino, de los cuales unos establecen la Concepción Inmaculada de la Virgen María, y otros enseñan que la ley del pecado de origen no hizo excepción alguna.

Se desprende del objeto que se asigna á esta clase que el profesor que haya de regentarla ha de estar muy versado en letras humanas y divinas, y que no ha de confiarse á teólogo que penetre tan desalumbrado como sus discípulos por las intrincadas sendas de la Patrología.

En la clase de Sagrada Escritura deberá explicarse la Hermenéutica Sagrada, y ense-

ñarse todo lo relativo á la canonicidad, divinidad ó inspiración, autenticidad é integridad de los libros mencionados en el canon tridentino, así como lo concerniente á la autenticidad de la Vulgata. Se darán así mismo las reglas generales y particulares para entender é interpretar rectamente la Sagrada Escritura.

En los tiempos actuales es de todo punto necesario que se consagre especial atención en la cátedra mencionada á la Exegética ó Interpretación Científica, que recorre como dominios de su jurisdicción los dilatados campos de la Historia, de la Crítica, de la Filología y de las ciencias físicas y naturales.

En tan importante estudio deberá combatirse el Naturalismo que pretende presentar como fenómenos ordinarios, hechos indudablemente milagrosos referidos en los Libros Santos.

La instrucción del clero sería deficiente, si no se le pusiera en aptitud de aprovechar en bien de las almas la suma de luces adquiridas con tanto afán; si no conociera teórica y prácticamente los recursos de la oratoria, para instruir á su auditorio, delei-

tándole; para persuadirle del cumplimiento de sus deberes; para despertar en él ó avivar con santa unción los sentimientos de amor á Dios y al hombre; si ignorara los secretos caminos por donde puede el orador llegar hasta el corazón humano, señorearlo y triunfar de las pasiones que lo dominan; si no se le enseñara cómo la inteligencia y la imaginación, la ciencia y el arte, la verdad y la belleza pactan alianza poderosa, para lograr el Bien, que es el reinado de Jesucristo en la Tierra.

Persuadidos del poder de la palabra, creemos que pierde mucho de su virtud y eficacia, si, quien se sirve de ella, no conoce la lengua que habla. El razonamiento más concluyente, la persuación más eficaz, la más luminosa demostración no alcanza á las veces un triunfo decisivo, si se vacía en el molde tosco de lenguaje informe afeado con todo linaje de locuciones viciosas.

Ni basta para cautivar á nuestros oyentes ó lectores preservarnos de tales vicios; es preciso consagrar especial estudio á una lengua tan expresiva y rica, tan eufónica y majestuosa como la que por dicha nos ha tocado hablar; prescindir de ella, decía yo

en ocasión solemne para mí, sería privar á las ciencias de su poderoso auxilio; á la poesía de sus más dulces acentos; de su frase robusta, armoniosa al par que enérgica á la oratoria, y para decirlo de una vez, sería desnudar al pensamiento del ropaje más rico y mejor acabado con que puede ataviarse en los tiempos modernos. Movidos de estas consideraciones, hemos propuesto que al concluir la carrera, se haga un curso superior de lengua castellana, pues los conocimientos adquiridos en el primer año de estudios preparatorios, podrán servir para evitar caídas vergonzosas en el uso de nuestra lengua; mas no para levantar el vuelo, hasta la altura á que ha de llegar á veces el orador sagrado.

Quizá se eche de menos que el presente Plan no haya establecido una clase de idioma mejicano y otra de Teología Mística; nos abstuvimos de proponerlas, porque la asignatura de los cursos profesionales, llena el tiempo disponible para el estudio. Toca á esta respetable Junta resolver si son de estudiarse materias tan importantes; y en caso de que así lo resuelva, ella determinará si se suprime alguno de los cursos se-

ñalados en nuestro Proyecto, ó bien si se aumenta el número de años destinados á los estudios de Facultad Mayor.

La enseñanza del Derecho Natural y del Romano es tan necesaria para el estudio del Canónico, que me parece innecesario detenerme en probar la conveniencia de que se hagan los cursos de una y otra materia.

La Sagrada Mitra encargó también á la Junta propusiera los textos que en su concepto deban adoptarse; y si bien no es ésta la oportunidad de que yo los señale, creo sin embargo, que debo someter á vuestro ilustrado criterio algunas consideraciones generales, que en mi concepto debemos tener presentes, al hacer la designación de autores.

Excusado parece hacer constar que ha de quedar eliminado del cuadro de textos no sólo todo autor heterodoxo, sino también aquellos cuya doctrina en materias de fe y de costumbres parezca sospechosa.

Asimismo deberá procurarse que pertenezcan á la misma escuela y coincidan en sus doctrinas entre sí. Y así resultaría grave inconveniente de explicar en Filosofía la causalidad divina respecto de los actos

humanos, por premoción física y en Teología por concurso simultáneo solamente. El desacuerdo en la enseñanza conduciría por lo menos á un escepticismo parcial, y si el inconveniente no es muy grave, cuando se trata de doctrinas que pueden vivir aisladas en las ciencias, no sucede lo mismo si la contradicción surge en teorías ó doctrinas trascendentales de cuya verdad ó falsedad depende la verdad ó falsedad de soluciones dadas á muchos é importantes problemas. En este caso se hallan las teorías que acaban de citarse, ligadas íntimamente con las discusiones teológicas que han dividido á tomistas y molinistas en la célebre cuestión de *Auxiliis*.

El profesor tiene el deber de enseñar la verdad, y la verdad no puede ser contradictoria, supuesto que es una.

Conviene también que los autores que se estudien en las cátedras de ciencias eclesiásticas contengan ya en lo concerniente á las materias de que traten, las doctrinas enseñadas en las encíclicas y constituciones de los últimos soberanos pontífices y en la Constitución Dogmática del Concilio Vaticano.

Colígese de aquí la necesidad y el deber que hay de desechar aquellos autores, que no obstante ser católicos, sostuvieron doctrinas opuestas á las enseñadas últimamente por la Iglesia, y que no estaban condenadas cuando escribieron y publicaron sus obras.

Mas no habrá motivo para excluirlas de nuestro cuadro de textos, si ya hubiese nuevas ediciones enteramente ajustadas á las decisiones conciliares y pontificias.

Al señalar el texto que haya de seguirse en Filosofía, habrá que evitar dos escollos igualmente temibles. Entre las muchas escuelas que se han disputado el señorío de las inteligencias, hay dos que por opuestos caminos vienen á parar al mismo punto: la empírica y la tradicionalista.

Los sistemas empíricos pretenden levantar el amplio y grandioso edificio de la Ciencia sobre la base reducida y vacilante de la experiencia; con su precursor el canciller Bacon consideran las nociones y conceptos de la razón pura, como verdaderas ficciones; declaran además inaccesible á la inteligencia humana cuanto no cae bajo el dominio de los sentidos; niegan el orden

sobrenatural, reducen los procedimientos de inferencia á la inducción, y la razón queda nulificada.

La escuela exteriorista ó tradicionalista sostiene que no hay pensamiento sin palabra, y que habiendo el hombre recibido ésta de Dios, todo humano conocimiento toma su origen de la revelación divina.

Según parece tanto en las escuelas positivistas como en la de Bonald, la razón queda nulificada, lo cual no veo como se compadezca con las doctrinas del Concilio Vaticano que claramente enseña en el capítulo IV de la sesión III que "hay dos órdenes " de conocimientos distintos no sólo por el " principio, sino también por el objeto; " por el principio, porque en uno conoce- " mos *por la razón natural*, y en el otro por " la fe divina."

La filosofía escolástica reprueba las doctrinas extremas de estas opuestas escuelas y desempeña en la historia del pensamiento humano el glorioso ministerio que reconoce en Santo Tomás de Aquino el sapientísimo León XIII, por estas luminosas palabras de su encíclica "Æterni Patris": " Distinguiendo perfectamente, como es de-

" bido, dice el Padre Santo, la razón de la
" fe, y sin embargo, uniendo una y otra en
" amigable consorcio, al mismo tiempo con-
" servó los derechos de ambas y miró por su
" dignidad; de forma que la razón elevada
" en alas de Tomás hasta la cumbre de la
" excelencia humana, ya casi no puede as-
" cender más, ni la fe puede esperar de la
" razón mayores ó más poderosos auxilios
" que los que ya por Tomás ha consegui-
" do." Es por lo mismo evidente que ordenados los cursos filosóficos del Seminario al estudio de la Teología, el autor que se adopte por texto en esos cursos, ha de ser escolástico y tomista.

Los que no conocen la índole de la filosofía escolástica é ignoran su historia, no ven en ella, como hace notar el cardenal González, "sino un fárrago de sutilezas y de
" cuestiones frívolas ó bien una doctrina
" uniforme y del todo estadiza, ciegamen-
" te adherida á Aristóteles." Al refutar este falso juicio el insigne filósofo citado se produce así: "Mas si por esta escuela se ha
" de entender la Escolástica Cristiana, se-
" gún que se enseña y desenvuelve por los
" príncipes de ella: S. Anselmo, Alberto

" Magno, Santo Tomás, S. Buenaventura,
" Bacon, etc., no contiene ciertamente sis-
" temas erróneos contrarios á un mismo
" tiempo á la Fe y á la Razón; sino que
" comprende una variedad casi infinita de
" opiniones y sistemas, en términos de que
" en la misma filosofía moderna apenas se
" halle opinión ó sistema, de aquellos que
" pueden sustentarse, salva la fe, que no se
" registre en las obras de los escolásticos
" íntegramente, ó por lo menos en ger-
" men."

"La nota ó carácter de la Filosofía Esco-
" lástica Cristiana es la unidad con la va-
" riedad. La unidad, puesto que sujeta los
" sistemas filosóficos á la verdad divina,
" como á criterio indirecto; no admitiendo
" como verdadero, nada que pugne con los
" principios de la fe revelada; pues sabían
" los escolásticos que la verdad nunca se
" opone á la verdad. La variedad, porque
" salva la fe católica, descubrían, defendían
" y desarrollaban múltiples doctrinas y
" opiniones opuestas." Hasta aquí el sabio purpurado.

También se piensa que la filosofía escolástica detiene el proceso de las ciencias

experimentales; pero quienes tal cosa creen, ignoran ó no recuerdan que Alberto Magno " ensanchó el camino de la observación, " aplicándola á todos los séres de la natu" raleza y á todas sus circunstancias, á ex" cepción de la Anatomía. Que creó la des" cripción de los cuerpos naturales desco" nocida de los antiguos, y por último que " fué también el primero que abrazó todas " las partes de las ciencias naturales, bajo " un plan completo, perfectamente seguido " y lógico" como hace notar Blainville, que analizó las obras de tan insigne escolástico.

Los que juzgan que la escolástica desestima el testimonio de los sentidos y los frutos cosechados por la observación y la experiencia en el dilatado campo de las ciencias naturales, han puesto en olvido que según Rogerio Bacon "la experiencia es co" mo la raíz principal de la ciencia; sin " ella apenas puede obtenerse conocimien" to cierto y científico, de manera que los " raciocinios y las mismas demostraciones " matemáticas, no alcanzan plena y cientí" fica certidumbre, si no los acompaña la " misma experiencia."

Como se ve, tales doctrinas están muy lejos de parar el curso de las ciencias experimentales; antes creo que deben admitirse con algunas reservas, que mitiguen su carácter demasiado empírico.

Por todo lo expuesto, entiendo que el autor que haya de seguirse en el curso de Filosofía debe ser escolástico y tomista. Si mi indicación no llegara á deshora, propondría se adoptase la obra de Fr. Zeferino González, tantas veces citado en la presente exposición.

Es circunstancia de capital interés en la elección de textos la extensión con que están escritos. Está fuera de duda que deberán estudiarse con toda la amplitud que fuere posible los cursos de Latín, Filosofía y ciencias eclesiásticas, los cuales preferentemente han de ocupar la atención del Seminarista.

Los de Química, Botánica, Zoología y Geología podrán seguirse por compendios como los adoptados en el Seminario de San Sulpicio.

Tales son las bases que para el escogimiento de textos, me tomo la libertad de someter á vuestra consideración.

Quizá no podrá reducirse á la práctica en todas sus partes el plan de estudios, cuya exposición acabo de hacer, pues es sabido que todo proyecto se propone alcanzar un tipo ideal que casi nunca se realiza en todas sus partes.

Deseoso de cumplir con el encargo que se sirvió encomendarme el Ilustrísimo Señor Arzobispo, he propuesto lo que en mi concepto conviene más á la educación científica del Clero; toca á esta Junta manifestar á nuestro venerable prelado lo que ella crea no sólo conveniente sino asimismo practicable.

Es de esperarse que los doctos profesores que la forman, tomarán consejo de su ciencia y de su larga práctica en el magisterio, al formar el Plan de Estudios que definitivamente propongan á la Sagrada Mitra, y que la instrucción que reciban los seminaristas, conforme á ese Plan, corresponderá á las necesidades de la Iglesia y á las exigencias de los tiempos actuales.

Esta casa de estudios difundirá entonces por todos los ámbitos de la República la luz de la ciencia. que será como la alegre alborada de un día por todos suspirado.

Dueños sus hijos de la verdad, la depositarán como semilla fecunda en la inteligencia de los pueblos, y desde lo alto de la cátedra ó del púlpito descenderán raudales de sabiduría en cuyas linfas apagarán su sed cuantos desearen aprender.

El Sacerdote Católico no quedará fuera del movimiento intelectual que hoy presenciamos con asombro; antes lo dirigirá para bien de la verdadera Ciencia; será hombre de su época, y respetado por sus adversarios conquistará su simpatía y aun su admiración; mostrará que entre la Fe y la Ciencia reina una paz jamás turbada, y rendidos á la evidencia muchos enemigos de la Revelación, al fin creerán en ella y reconocerán de buena voluntad que el Catolicismo, lejos de ser hostil á la civilización de los pueblos, ha sido en todos tiempos autor ó promovedor de ella entre cuantas naciones cubren la haz de la Tierra.

Tales son mis más halagüeñas esperanzás y mis votos más fervientes, votos y esperanzas que realizarán, sin duda, vuestra ciencia y vuestro bien probado celo por la enseñanza de la juventud que os ha sido encomendada.

rores præservantis, *non vero propriam inspiration*[illegible]
cum nihil inspiret, rem perpendenti patet.

"Inspiratio proprie dicta adest in vaticiniis ac my-teriis, assisten'ia autem Spiritus Sancti est in historicis ac doctrinalibus, quæ scriptoribus aut aliunde cognita erant."

El mismo Ianssens presenta como doctrina aprobada por Belarmino, Cornelio a Lapide, Melchor Cano y otros la contenida en esta proposición de Lessio. "Liber aliquis, qualis forte est II Machabeorum, sine assistentia Spiritus Sancti scriptus, si Spiritus Sanctus postea testetur, nihil ibi esse falsum, efficitur Scriptura Sacra." Veamos ahora lo que enseña el Concilio Vaticano en el capítulo II de la Sesión III.

"Qui quidem veteris et novi testamenti libri *integri cum omnibus suis partibus,* prout in eiusdem Concilii decreto recensentur, et in veteri vulgata editione latina habentur, pro sacris et canonicis suscipiendi sunt. Eos vero Ecclesia pro sacris et canonicis habet, non ideo quod *sola industria humana concinnati, sua deinde auctoritate sunt approbati, nec ideo duntaxat quod revelationem sine errore contineant*; sed propterea quod, Spiritu Sancto inspirante, Deum habent auctorem, atque ut tales ipsi Ecclesiæ traditi sunt."

Como se ve, el Concilio no distingue como Ianssens los libros históricos y doctrinales de los que contienen vaticinios y misterios; sino que de todos declara que son canónicos y sagrados, no porque hayan sido dispuestos *concinnati* por la sola industria humana y luego aprobados por la autoridad de

a Iglesia; ni tampoco en el sentido de que conten-gan la revelación sin error; sino porque *"inspirándolos el Espíritu Santo tienen á Dios por autor."*

Por otra parte, el mismo Iansens, quizá contradiciéndose, afirma en el capítulo ya citado, § IV que para el hecho de la inspiración, no hay que distinguir los libros históricos de los demás, sino que esta *asistencia* del Espíritu Santo, se extiende á todos; sus palabras textuales son las siguientes: "Hoc " nostro œvo non nulli dubitant, utrum assistentia " Spiritus Sancti, ad præcavendos errores, necessa-" ria sit *scriptoribus historicis* eo quod historia a vi-" ris sinceris, rerumque bene gnaris scripta; sat " ampla auctoritate polleat.

"Ast hi non perpendunt doctrinam religionis " magna ex parte historicis biblicis inniti; quare si " ipsæ historiæ ab omni dubio inmunes haud essent, " et auctoritatis divinæ, nec doctrina religionis su-" per illis structa talis foret.

" Dein libri historici maximam partem Scripturæ " Sacræ constituant, et Christus et apostoli libris sa-" cris divinam auctoritatem, sine ulla restrictione " attribuerunt. D. Paulus vero omnia quæ in Scrip-" tura Sacra sunt ad doctrinalia refert, cum ait: " Quæcumque enim scripta sunt, ad nostram doc-" trinam scripta sunt" (Rom. cap. 15. v. 4)

Como se ve, Ianssens sustenta con razones concluyentes que la misma asistencia del Espíritu Santo reclaman los libros que contienen misterios y vaticinios que los puramente históricos; está, pues, en abierta contradicción consigo mismo, cuando para los primeros pide la inspiración positiva y verdade-



Señor Académico Licenciado Don Justo Sierra.

S. C., 5 de Abril de 1895.

Presente.

Muy estimado amigo y colega:

ACONSEJABA Horacio á los poetas que dejasen transcurrir nueve años, antes de ofrecer al público los frutos de su ingenio. Usted ha seguido tan atinado consejo, guardando por más largo tiempo en la gaveta del escritorio su "Beato Calasanz," escrito en 1884 y publicado no hace muchos días.

Cuando oí hablar de un poema religioso escrito por usted, lo mismo que cuando se

anunció la última novela de Zola, intitula-
da "Lourdes", sentí vivo interés por [illegible]
una y otra obra. Deseaba conocer el crite-
rio teológico con que ambas han sido escri-
tas.

En cuanto á Mr. Zola, ya sé á qué ate-
nerme. Después de lo que el novelista fran-
cés ha visto en Lourdes y ha escrito en Pa-
rís, tengo para mí, que hay motivo de so-
bra para aplicarle las severas palabras di-
rigidas por el Dios Hombre á ciertas ciu-
dades que se habían desentendido de los
prodigios obrados á vista de ellas: "¡Ay de
tí Corozain, ay de tí Betzaida! pues si en
Tiro y en Sidón se hubieran hecho las ma-
ravillas que entre vosotros, ya mucho ha
que en cilicio y ceniza hubieran hecho pe-
nitencia."

Por lo que mira á usted, tal vez ha que-
rido que se refleje en su obra alguno de
los estados de su espíritu, y aunque sería
temerario afirmarlo, quizá no fuera imper-
tinente inquirir hasta qué punto el poeta se
identifique con el protagonista, pues siendo
el poema psicológico, no carece de interés
distinguir en él lo subjetivo de lo objetivo.
Así vemos que al juzgar la poesía de Nú-

ez de Arce, se discute si su duda es since-
a ó si es tan sólo un *Deus ex machina* y
implemente recurso teórico; si acaso se
xtiende á la ciencia misma; si sólo es filo-
ófica ó bien de otro orden.

Los datos que el "Beato Calasanz" nos
roporciona no bastan para resolver este
naje de cuestiones; algo más se podría sa-
ar en limpio, teniendo en cuenta por una
arte, la escuela filosófica á que usted per-
enece, y por otra lo que nos ha dejado ver
e su hermosa alma en sus escritos hasta
quí publicados.

En el estudio que he hecho del "Beato
Calasanz" y que me atrevo á ofrecer á us-
ed, no hallará observaciones gramaticales,
i léxicográficas; y faltan aquí, no porque
iense yo que la Gramática y el Dicciona-
io tengan poco que ver con las manifesta-
iones del arte hechas por medio de la pa-
abra; sino porque una crítica técnica que
alla exclusivamente con arreglo al código
e la Gramática y á los léxicos de la lengua,
ólo mira al lenguaje, que es la forma más
xterna de la obra que examina, con lo cual,
omo es notorio, nadie puede formarse jui-
io de ésta.

anunció la última novela de Zola, intitulada "Lourdes", sentí vivo interés por leer una y otra obra. Deseaba conocer el criterio teológico con que ambas han sido escritas.

En cuanto á Mr. Zola, ya sé á qué atenerme. Después de lo que el novelista francés ha visto en Lourdes y ha escrito en París, tengo para mí, que hay motivo de sobra para aplicarle las severas palabras dirigidas por el Dios Hombre á ciertas ciudades que se habían desentendido de los prodigios obrados á vista de ellas: "¡Ay de tí Corozain, ay de tí Betzaida! pues si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las maravillas que entre vosotros, ya mucho ha que en cilicio y ceniza hubieran hecho penitencia."

Por lo que mira á usted, tal vez ha querido que se refleje en su obra alguno de los estados de su espíritu, y aunque sería temerario afirmarlo, quizá no fuera impertinente inquirir hasta qué punto el poeta se identifique con el protagonista, pues siendo el poema psicológico, no carece de interés distinguir en él lo subjetivo de lo objetivo. Así vemos que al juzgar la poesía de Nú-

iez de Arce, se discute si su duda es sincera ó si es tan sólo un *Deus ex machina* y simplemente recurso teórico; si acaso se extiende á la ciencia misma; si sólo es filosófica ó bien de otro orden.

Los datos que el "Beato Calasanz" nos proporciona no bastan para resolver este linaje de cuestiones; algo más se podría sacar en limpio, teniendo en cuenta por una parte, la escuela filosófica á que usted pertenece, y por otra lo que nos ha dejado ver de su hermosa alma en sus escritos hasta aquí publicados.

En el estudio que he hecho del "Beato Calasanz" y que me atrevo á ofrecer á usted, no hallará observaciones gramaticales, ni léxicográficas; y faltan aquí, no porque piense yo que la Gramática y el Diccionario tengan poco que ver con las manifestaciones del arte hechas por medio de la palabra; sino porque una crítica técnica que falla exclusivamente con arreglo al código de la Gramática y á los léxicos de la lengua, sólo mira al lenguaje, que es la forma más externa de la obra que examina, con lo cual, como es notorio, nadie puede formarse juicio de ésta.

La crítica literaria procura darse cuenta de las formas internas del pensamiento; es decir: de aquella vestidura interior que más lo deja transparentarse; sobre todo intenta llegar hasta el ideal mismo del artista, y para lograrlo, penetra en los senos más recónditos del alma del poeta; aplica su atención á los procedimientos estéticos que ha empleado éste en la ejecución de su obra; inquiere si el fin que se ha propuesto realizar coincide con el fin que el arte debe proponerse; estudia la influencia recíproca que ejercen entre sí el poeta y su época; busca los antecedentes literarios de la obra que juzga y sus afinidades con otras, ya coetáneas, ya anteriores; hace el recuento de las pérdidas ó ganancias que de todas esas obras le resultan al arte, y más de una vez, tiene que introducirse en heredades ajenas, pidiendo á las ciencias que aquilaten la verdad del pensamiento poético. Bien se echa de ver la diferencia que hay entre la crítica gramatical y la literaria. Una es la crítica de La Harpe y de Voltaire, otra la de Villemain, Sainte-Beuve y Taine; entre los españoles, media diferencia muy perceptible entre Hermosilla por

una parte, y Don Juan Valera, Blanco García y Menéndez Pelayo por otra.

Como al leer el poema de usted, sólo me propuse buscar al poeta, de este último diré lo que buenamente me pueda ocurrir; pero no con el carácter de crítico, pues sería en mí reprensible temeridad, ejercer tan elevada magistratura en la república de las letras; sino simplemente como lector que procura entender el libro que tiene á la vista.

Usted me dirá, si á lo menos, ha sabido leer al "Beato Calasanz' su adicto amigo y entusiasta admirador que atento b. s. m.—*Rafael Angel de la Peña.*

Se ha dicho del "Beato Calasanz" "que " su épica lucha por llegar á la evidencia, " por conquistar la certidumbre, es la lucha " de la ciencia moderna contra la fe anti- " gua." Para saber hasta qué punto tenga razón el entendido crítico á quien me refiero, es indispensable oír á Calasanz, conocer su vida íntima y llegar hasta el centro de su alma.

Dueño de un trono, en nada tiene las grandezas humanas y desciende de su regio solio, para subir al altar.

Recluido voluntariamente en un convento, allí compartiría sin duda los días de su existencia tranquila y feliz entre el estudio, la oración y la contemplación de las más altas verdades.

Cierto día, llega á sus manos vetusto infolio y lee en él estas palabras:

"....el hombre que al escapar del mundo
" á prolongar llegare el primordial momento
" en que la muerte empieza, escuchará en su oído
" sonar la voz del Verbo, la voz del Increado;
" sí, siempre que á la carne jamás haya cedido.
" y nunca, nunca, nunca de Dios haya dudado."

Desde ese momento su más intenso anhelo es oir esa voz; y espera que así será, porque

"....nunca del Eterno
" dudó, ni del Espíritu, ni blasfemó su nombre;
" y la impureza, fango que brota del infierno
" jamás manchó su humilde sayal......"

Cierto es que bella y seductora joven "puso en su sangre intenso frío y ardor de hoguera"; pero él afirma que al fin triunfó

de tan peligrosa tentación. Por esto ruega al físico de su convento, que llegado el instante crítico de la agonía, ponga en sus labios el maravilloso elíxir que, según se asegura en el infolio, prolongará por una sola hora su congojosa existencia.

Durante esa hora, el alma de Calasanz es teatro de interesante y tremendo drama.

No le basta haber escuchado la voz de Dios en el concierto maravilloso que en nuestro oído ponen las admirables armonías del Universo; olvida que los cielos narran la gloria del Altísimo; no aquieta su espíritu la palabra divina escuchada y transmitida por los escritores inspirados; ni la sosegarían tampoco aquellas voces angélicas que en medio de vivos resplandores, anunciaron en día memorable la gloria del Excelso y la paz á los hombres de buena voluntad. Él monje pide primero y después exige que Dios le hable como le habló á Moisés; que le conceda lo que técnicamente llaman los místicos locuciones auriculares; quiere escuchar como San Pablo palabras arcanas que al hombre no le es lícito hablar.

Cincuenta años de amor divino, cincuen-

Lleguen á la presencia
Del uno entre millares escogido:
Lamentando su ausencia,
En tierra del olvido
Queda mi corazón de amor herido.

Pero el alma no se aquieta ni se serena, mientras no halla al objeto de su amor, y así habla por boca de San Juan de la Cruz.

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas
Ni cogeré las flores
Ni temeré las fieras
Y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh bosques y espesuras
Plantados por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras
De flores esmaltado
Decid si por vosotras ha pasado!

Interrogadas las criaturas, responden con estas palabras, oídas tal vez en las moradas celestiales:

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando
Con sólo su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

De cuán diferente manera habla y siente

Calasanz, cuando llama á Dios y Dios no le responde, cuando lo busca y no lo halla. Es verdad que acude primero á la súplica, contenida en estos hermosos versos:

Vaso de arcilla soy que al polvo vuelto
Devuelve al cielo su inmortal perfume
....
Ese polvo, esa alma son mi ofrenda
hostia de amor que de la tierra inerte
"levanta y alza ante tu faz tremenda"
"entre sus manos pálidas la Muerte."

Pero sigamos escuchando al monje, y su plegaria nos recordará la oración del fariseo que intenta mover la piedad divina por el recuento de propios merecimientos, puestos enfrente de pecados ajenos.

"Este siglo dudó; nunca mi alma;
este siglo blasfema de tu nombre;
en mis horas de lucha, en las de calma
yo lo bendije siempre; soy un hombre
que ambicionó jamás mundana palma.

Más de una vez pasa del ruego á la reconvención más irreverente, y olvidándose de que habla con Aquel, delante de quien tiemblan las potestadas angélicas, le dice:

"¿No me escuchas, Señor?...Pues tú, proscrito, óyeme......"

y luego con soberbia que pudiera llamarse satánica, fía el cumplimiento de su más ardiente deseo, no á la bondad divina, sino á su propio valer. ¿Es una prueba? pregunta y con plena seguridad contesta:

"......acepto me es garante
mi vida entera de salir triunfante.

Puede asegurarse que la soberbia forma el fondo de su carácter. Cuando perdida la esperanza de alcanzar el deseo de toda su vida, acude al espíritu del Mal; á él tampoco rinde parias; trata con él de potencia á potencia, haciendo ostentación de un poder que ni siquiera tenía; en el paroxismo de la desesperación le dice:

Satán, Satán, Satán, tu nombre acato
pero muéstrate á mí, tu voz quisiera
escuchar; só verdad, y yo desato
tus culpas, y te arranco de la hoguera
con mi poder sacerdotal. ¿Oíste?

Ciertamente no alcanzaba á tanto su poder sacerdotal. Fué también pensamiento de Alfredo de Vigny, que una lágrima de Cristo cayese sobre la frente de Satanás; pero no siempre el pensamiento de un poeta es tesis que pueda sustentarse en buena Teología

Lo mismo hay que decir de la inconsiderada promesa de Calasanz; lo grave es, que en el presente caso, tanto él, como Satanás saben á qué atenerse, y tal alarde de poder debió hacer sonreir á Luzbel, en el supuesto de que Luzbel pueda sonreirse, y de que esté de vena para ello.

Bajo otro concepto, este rasgo es toque magistral que nos retrata al monje de cuerpo entero y pinta también muy al vivo, hasta qué extremo llegaba en él, el deseo de conocer la verdad.

La soberbia es quizá la clave que explica la vida entera de Calasanz, descubriendo el nexo lógico de sus principales actos. A ser humilde, no le habría faltado la virtud de la obediencia, sin la cual no puede concebirse la vida ascética y menos la de un religioso.

Sin el conocimiento íntimo del monje, causaría extrañeza que al hacer él su autobiografía, llegue hasta reputar mérito su desobediencia al vicario mismo de Jesucristo.

Aun queda otro aspecto importante que considerar en Calasanz, que no puede pasar inadvertido, si se ha de fijar y definir

su carácter moral, aquí íntimamente ligado con su valor estético, y con el valor lógico del poema.

Asegura Calasanz que jamás la impureza manchó su humilde sayal, atribuyéndose una victoria para mí dudosa y entiendo que también para él; de otra suerte no se explica cómo al invocar á la Virgen Inmaculada le dice:

Y tú á qnien no puedo desde el día
en que mi carne habló, con mis impuros
labios nombrar, ¡oh vuelve Virgen pía!

y luego ¿no asegura que la joven abadesa contestó á *su reclamo* con un opaco "yo te amo?"

Todo lo cual, si convence de endeble la virtud del monje, da mayor consistencia á su carácter, pues nada más propio del soberbio que atribuirse excelencias de que carece. Así se explica satisfactoriamente cómo él, que renunció las humanas grandezas y vivió medio siglo martirizando su carne, al fin comete graves pecados. Así cayó Lucifer, á quien dirige Isaías este admirable apóstrofe: "¿Cómo caíste del cielo " ¡oh Lucifer!.... Tú que decías en tu co;

" razón: subiré al cielo, sobre los astros de " Dios ensalzaré mi solio, me sentaré en el " monte del testamento, á los lados del " Aquilón. Subiré sobre las alturas de las " nubes, semejante seré al Altísimo."

Pero el estado psicológico que ha de considerarse como el asunto principal del poema, es la duda religiosa, primero latente y después manifiesta, que atormenta el espíritu de Calasanz.

Sus repetidas confesiones de fe comienzan por ser mentira interna con que pretende engañarse á sí mismo; porque desfallece de terror, cuando allá en lo más hondo de su espíritu, siente que la fe le ha desamparado, y entonces procura explicarse el estado de su alma atribulada por el frío de la muerte, antes que por el frío de la duda; y después de manifestar á Dios que quizá vapor impío le oculte su luz en el supremo instante, añade con acerba aflicción:

"....¡ah! no Señor, no temo
la duda, no, jamás....! Acaso el frio
de la muerte me turbe por extremo."

El físico del convento, que seguramente conocía al monje, exclama:

"Misterio
No existe igual al hombre que es gloria y que es mi-
(seria
éste al llegar de Dios al puro imperio
se para á darle la prueba de Dios á su materia."

Quien está cierto de poseer la verdad, no necesita de pruebas. Si á Calasanz le hubieran bastado las enseñanzas divinas comunicadas por la autoridad docente de la Iglesia, ¿cómo explicar ese anhelo de toda su vida por alcanzar una revelación directa y personal? ¿No era un santo? ¿No esperaba fundadamente que el último instante de su vida precedería desde luego al primero de perenne é inefable beatitud? Pues ¿qué ignoraba que al nacer á nueva vida, ya no vería á la Divinidad rodeada de sombras y de enigmas, sino cara á cara y entre los resplandores de la luz indeficiente de la gloria? ¿Para qué retardar entonces ni una hora, ni un instante tamaña dicha?

Calasanz, sin embargo, adelantándose á la crítica nos da la razón de ese deseo, que persistente atormenta su espíritu. El no duda; pero apóstol de la verdad, quiere que de todos sea conocida, y por eso dice á Dios:

"Pueda al oír tu voz....
expirante escribir yo he oído
su voz, y el mundo atónito creería,
y este siglo sin Dios, de Dios sería."

Pero el monje se engaña; la enfermedad que desea curar, arraiga en él mismo; en estado latente para él, pero muy transparente para cualquiera que pueda llegar hasta el fondo de su alma. En su angustioso monólogo, y cuando acaba de pedir luz para el mundo ateo, prorrumpe en estas sentidas quejas:

¿Me escuchas? ¿Por qué entonces á mi ruego
no respondes? Cansado peregrino
en tí busco la calma y el sosiego."

No se concibe que la duda ajena turbara tan hondamente su espíritu. Más á las claras se revela el estado de su alma llena de angustias, cuando prorrumpe en estas frases:

"¡Ay! por qué tanto la esperé, Dios mío
qué quizá en este instante, en el supremo
instante de expirar, vapor impío
tu luz me oculte........................"

Algún crítico profundo y sagaz ha creído ver en el protagonista del pcema la lucha

entre la Ciencia y la Fe. No lo creo así. El poeta terminantemente nos dice lo contrario:

"No, no es cierto, su convento
él cerró al nuevo espíritu aunque en daño
de la ciencia del mundo, pero atento
á la de Dios á la que Aquino y Dante
le enseñaron......................."

No pasaré de aquí sin hacer notar antes, que varones insignes por la amplitud de su ciencia y por la elevación de su criterio, jamás han hallado contradicción alguna entre dogmas de fe y verdades científicas indiscutibles: teólogos meticulosos y sabios descreídos á cada paso crean conflictos entre teorías científicas y opiniones teológicas, y aun á veces, frente á frente de verdades innegables oponen enseñanzas inciertas; pero de aquí nada puede inferirse ni en contra de la Ciencia ni en contra de la Fé. Calasanz no opone á las creencias católicas ninguna verdad de orden científico. Simplemente duda y siente la necesidad de creer.

Pienso que he presentado al protagonista del poema tal como es, y tal como es no puede llamársele beato, sin falsear el con-

cepto de santidad, sin desfigurar el ideal del verdadero asceta que está en abierta oposición con un monje inobediente, sensual, orgulloso y, fuera de esto, muy poco seguro en sus creencias. Calasanz no ha llegado á la santidad ni por los caminos secretos y poco usados del misticismo, ni por las sendas más transitadas del ascetismo.

Su alma, desnuda de las virtudes en que se asienta como en sólida base la perfección cristiana, no se elevó en alas de la contemplación y del amor hasta llegar á la unión íntima con Dios. Es verdad que durante un éxtasis

"......lo abrazó de la ignota
"vida do no hay conciencia; la sed fiera
"de salir de sí mismo, de ver rota
"su alma y como lluvia disolverse
"en aquel mar eterno gota á gota
"fundirse en el Gran Todo, en él perderse."

Pero este misticismo panteísta en que desaparecen alma y conciencia, ciertamente es de mala ley; no es misticismo ortodoxo como el de Santa Teresa y el de San Juan de la Cruz, que enseñan cómo el alma se anega en el océano inmenso de la esencia divina, pero sin identificarse con ella, sin

que se esfume ni desvanezca su personalidad; sin que sus potencias se extingan, aunque á veces se hallen en perfecto estado de quietud.

Toda contradicción y todo concepto falso desaparecerían, si el poema llevase por título "El Monje Calasanz" en vez del "Beato Calasanz." Mudado el nombre del poema, ya no surgirá contradicción entre el carácter moral del protagonista, tan bien sostenido por el poeta, y lo que debe ser todo aquel que *durante toda su vida* es apellidado beato y santo. Ni vale, para salvar tal contradicción, que Calasanz, al expirar, haga un acto perfecto de fe, porque aun suponiendo que ese acto hubiera ido acompañado de otro de verdadera contrición, siempre podría sostenerse que si se justificó en el trance de la muerte, *en el curso de la vida* no fué ni pudo llamarse santo quien no vivió vida santa, firme en el bien y en la fe, sin mancha de impureza y asentada sobre la base sólida de la humildad.

Considérese, por otra parte, como despojado Calasanz durante su vida del carácter de santidad, tiene cumplida explicación, que no escuchase la voz de Dios, ya que

no supo conservar incólumes su pureza y su fe.

Mas si desde el punto de vista de la Mística y de la Ascética, es preciso condenar al protagonista del poema; desde las regiones serenas del arte, no sólo hay que absolverle, sino que aplaudir y admirar al poeta y al psicólogo, por haber creado un personaje que ha causado honda é intensa emoción estética, que observa constantemente con inflexible rigor lógico el *sibi constet* de Horacio, y en cuya alma se refleja con pavorosa fidelidad el estado de muchos espíritus, peregrinos extraviados en los desiertos arenales de la duda, que suspiran por llegar algún día al oasis deleitoso de la creencia.

Mas ¿puede la duda ser asunto propio de la poesía? Críticos eminentes así se producén: "toda poesía requiere afirmaciones ó negaciones robustas, y los mismos poetas que pasan por escépticos, son verdaderos poetas por lo que afirman ó por lo que niegan, pero no por lo que dudan." Seguramente aquí se habla de la duda lógica; de la proposición que colocada á igual distancia de la afirmación y de la negación, no

puede ser tesis de ninguna producción científica, filosófica ó literaria; pero no de la duda psicológica; es decir: del estado del alma que se halla perpleja, sin poder afirmar ni negar. Como tal estado es un hecho indubitable, tiene aquel grado de realidad que ha de haber en todo elementó estético, y será, en efecto, tal elemento, si la duda recae sobre asunto tan trascendental como el que ocupa y llena el alma de Calasanz. ¿Pero basta que sea real é interesante ese estado psicológico para que sea poético? Núñez de Arce dice en alguna de sus obras: (1) "Pinto la duda hermosa y atractiva porque en realidad lo es. ¡Ojalá no lo fuera tanto!" Sin embargo, otras veces no la presenta como "virgen de púdicos contornos fulgurante triste", sino como "reptil áspero y frío." Si sólo es bello lo que por sí mismo causa placer, la cuestión está resuelta, ya que la duda, y sobre todo la de carácter religioso, causa angustias inenarrables; pero el dolor es también asunto propio del arte romántico, al cual pertenece sin duda el "Beato Calasanz", entre otros

(1) Notas á la Visión de Fray Martín.

caracteres, por lo que tiene de subjetivo y psicológico.

Viene á mi propósito repetir aquí ciertas doctrinas de algunos estéticos sobre el arte clásico y el arte romántico, que expuse ya en otro lugar. (1) "El arte clásico, decía "yo, se propone dar cuerpo y realidad á "lo bello, á lo que está limitado por las "proporciones, la forma y el número. Sus "leyes son estrechas y severas; siempre se "muestra solícito por conservar perfecto "equilibrio entre la razón y la fantasía, y "si tal equilibrio se perturba, el fiel de la "balanza se inclina al lado de la razón; "así es como imprime á sus obras el sello "de serenidad y felicidad de que hablan "Hegel y Schiller."

La escuela romántica siempre ha aspirado á la realización de lo sublime y sus preceptos consienten mucha mayor libertad al artista. Víctor Hugo, que en esta escuela ocupa puesto encumbrado, ha dicho: "no "hay otras reglas que las leyes generales "de la naturaleza que imperan sobre todo "el arte, y las leyes especiales que para "cada composicion resultan de las condi-

(1) Prólogo á los "Murmurios de la Selva."

“ ciones de existencia propias de cada asun-
“ to, y que no sirven más que una vez.”
Sin embargo, quiere que la libertad no lle-
ve á la anarquía, y que la originalidad no
autorice la incorrección. “En una obra li-
“ teraria, dice, la ejecución debe ser tanto
“ más irreprochable, cuanto más atrevida
sea la concepción.” Y por lo que mira á la cuestión tan debatida de las unidades, no se conforma como otros románticos, sólo con la unidad de interés, sino que exige también la de acción, prescindiendo de las otras.

Esta libertad en el arte romántico se debe en algunos casos al predominio de la fantasía sobre la razón, predominio que no se alcanza sin lucha, de la cual resulta un placer mezclado de dolor ajeno al arte clásico.

Pero no sólo producen dolor estos procedimientos internos del romanticismo, sino que el mismo dolor y lo que es moral y físicamente feo, caen bajo su dominio, no sólo á título de contraste, sino como asunto que por propio derecho le pertenece. Oigamos de nuevo á Víctor Hugo, según lo expone Menéndez y Pelayo, crítico eminen-

te: "El cristianismo condujo la poesía á la
" verdad. Como no todo en la creación es
" bello, como al lado de lo bello existe lo
" feo, al lado de lo gracioso lo deforme, y
" lo grotesco coexiste con lo sublime, y el
" mal con el bien, y la sombra con la luz;
" la razón estrecha y finita del artista no
" ha de pretender sobreponerse á la razón
" infinita y absoluta del Creador, mutilan-
" do y rectificando su obra, sino que debe
" imitarla en sus creaciones, mezclando
" sin confundirlas la sombra con la luz, lo
" grotesco con lo sublime, el cuerpo con el
" alma, la bestia con el espíritu. Y hé aquí
" un principio extraño á la antigüedad, un
" tipo nuevo introducido en la poesía."

El mismo eminente crítico y estético insigne, dice "que aunque rigurosamente sea
" falso que la antigüedad no tolerase la
" imitación de lo grotesco, puesto que lo
" admitía en todas partes, en la epopeya,
" en la tragedia, en las artes plásticas, y
" hasta creó para él géneros aparte, como
" el drama satírico, y las *atelanas* y los *mi-*
" *mos*, no se puede negar que en el arte an-
" tiguo impera la categoría de belleza, y en
" el arte moderno, no precisamente la de

" lo grotesco, como creyó Víctor Hugo, si
" no otra más amplia, la de lo característi-
" co, sea bello ó feo, sublime ó grotesco.
" Considerar la belleza como único objeto
" del arte, es error capitalísimo de que Víc-
" tor Hugo se salvó por instinto y Hegel
" por rigor dialéctico."

Este profundo pensador señaló al arte romántico, como asunto propio, la manifestación del espíritu en toda su libertad, con lo cual ensanchó indefinidamente los dominios del arte, que de esta suerte tiene por objeto la vida humana en sus varias y múltiples fases.

Por otra parte, la expresión ó la representación artística, por sí sola, por su propia virtud y eficacia, es grandioso pórtico por donde pueden entrar en el templo del arte el placer y el dolor, la fealdad y la belleza. Y es que el poeta hermosea, acendra y transfigura todo lo que toca con su vara mágica, y lo que en el mundo real hace verter lágrimas, causa gozo y placer estético al espíritu que mora en las encantadas regiones donde impera la fantasía.

Resulta de aquí, que cuanto tiene vida en el mundo del arte; ó es en sí mismo be-

llo y placentero, ó es feo, doloroso y aun terrible.

En el primer caso, la forma deja que se transparente la belleza de la idea ó de lo que representa la idea, y aun la realza y abrillanta; en el segundo, transfigura la fealdad en hermosura y la pena en placer, aun cuando éste no se halle exento de dolor.

La duda, considerada como estado psicológico, con su desolación y sus angustias, es asunto digno de un poema, si el verbo lírico acierta á ser traducción fiel y hermosa de las amarguras del alma. Y creo que esto puede asegurarse del Beato Calasanz. Para convencernos de ello, sorprendámosle en el período *álgido* de la desesperación.

Primero eleva á Dios una plegaria en que ha puesto cuanta fe piensa tener; su oración no es oída, y en sus palabras se vislumbra la duda; la duda crece hasta convertirse en negación que pide á la blasfemia su acento impío. Su voz es rugido de león, es trueno de tempestad, que hace estremecer aun al alma más empedernida. Con implacable ira exclama:

"¿Y mi fe? ¿Qué es la fe? Porque deshecha
se hunde mi razón gota tras gota

en la implacable clépsidra, en que acecha la muerte. ¿Quién me tiende esta emboscada? ¿Vos, Señor, tú Satán; será la Nada?"

Y llevando el escepticismo hasta sus últimos confines, después de negar el Bien, aun del Mal duda, y dice en medio de la mayor desolación y desconsuelo:

Nada. ¿Ni el Mal existirá siquiera?

¡Cuántas y qué terribles pasiones tumultúan en su alma acongojada! El terror ante el silencio de Dios á quien en balde invoca; la desolación en presencia de su propia alma, hundida en las más densas tinieblas; angustias indecibles ante el mar del infinito, cuyas orillas no alcanza á descubrir, y hasta los estremecimientos de la concupiscencia, tanto más violenta cuanto más reprimida. Y como tal estado de ánimo no es recurso retórico, ni este poema es poesía académica y convencional, sino admirablemente verdadera, causa en nuestro espíritu hondo sentimiento estético de aflicción y de conmiseración.

Si en la duda de Calasanz hubiera algo puramente subjetivo, podría afirmarse de Sierra lo que Taine dijo de Musset: "Es

arrancado de sus entrañas la idea que había concebido, y la ha mostrado á los ojos de todos, sangrienta, pero viva."

En el Beato Calasanz todo es grande: ideas, imágenes y pasiones; el poeta está penetrado de lo grandioso, y frecuentemente hace sonar la trompa épica, en vez de tañer la lira; y así, cuando en una visión apocalíptica, nos habla Calasanz del Universo, nuestro espíritu queda sobrecogido de pasmo.

Si expresa el amor, nos dice que es á un mismo tiempo fruición de cielo y sensación de abismo, y al hablar de la mujer que lo inspira, agrega:

Mas no era Beatriz, de refulgente
Inmaculada túnica vestida,
Ceñida por un nimbo el alba frente;
Ni era una alma sin color nacida
En un rayo opalino de la luna,
¡Oh! no, una mujer ebria de vida
Y de pasión miró, tal como en una
Tarde de Abril, magnética y serena,
Cuando amor *que es el mal,* quiso en su cuna,
Matar para los cielos su alma buena.

La intensidad con que el poeta pinta este amor que conturba y entenebrece el alma, es tal, que el deseo de los amantes parece

haber pasado por todas las alquitaras de la concupiscencia y de la lujuria. Aun se llegó á indicar por un insigne literato, cuya muerte lloramos, que la pasión frustrada del Beato Calasanz, era el alma del poema; cuando á decir verdad, es sólo un episodio.

Sin menoscabo de la indiscutible originalidad de Sierra, no cabe duda que coinciden algunos de sus procedimientos con los empleados por Núñez de Arce en la "Selva Obscura" y en la "Visión de Fray Martín". El introito de este último poema, recuerda el del Beato Calasanz, que con imponente y solemne majestad así comienza:

¡Qué triste fué esa noche! ¡Qué invierno aquel (tan crudo!
La escarcha entre la yerba del patio cintilaba.
Y un ángulo del claustro muy frío y muy desnudo
Subiendo lenta y blanca la luna iluminaba.
En el rincón opuesto, la celda más obscura
Estaba entreabierta; un hombre en ella había
Tendido en las baldosas; su rígida figura
Crispaba en sus postreros espasmos la agonía.

Veamos ahora cómo empieza la "Visión de Fray Martín".

Era una noche destemplada y triste
del invierno aterido. Densamente

la nieve silenciosa descendiendo
del alto cielo en abundantes copos,
como sudario fúnebre cubría
la amortecida tierra.

A decir verdad, en estos momentos no recuerdo si el Beato Calasanz fué escrito antes que los dos poemas citados de Núñez de Arce; pero sea de ello lo que fuere, puede afirmarse del Sr. Sierra lo que el insinge Menéndez y Pelayo dijo del autor de *La Pesca*: "El verdadero genio lírico en lo que tiene de más íntimo y substancial no desciende de nadie, hace escuela por sí propio, y sólo á Dios debe los raudales de su inspiración''. La de Sierra es poderosa y su gradilocuencia corresponde á la grandiosidad de las ideas.

Es de sentirse que su dicción poética frecuentemente materialista, llegue á veces á ser pedestre y no siempre esté exenta de neologismos vitandos.

Parece que las oleadas de pensamientos poéticos hallan estrecho cauce en la lengua de que el vate se sirve. Tal vez Sierra diga con su poeta predilecto:

Et je n' ignorais pas que la main corroucée
Qui delivre le mot, delivre la pensée

y quizá repita con él:

Je mis un bonnet rouge au vieux dictionnaire
Plus de mot senatur; plus de mot roturier,
Je fis une tempête au fond de l'encrier
Et je mêlai, parmi les ombres debordées
Au peuple noir de mots, l'essaim blanc des idées

Pero, como es sabido, Víctor Hugo no se propuso dar carta de naturaleza á neologismos gramaticalmente heterodoxos; sino acabar de una vez con las perífrasis de los clásicos, llamando á las cosas por sus nombres: "je nommai le cochon par son nom: pourquoi pas?" Deseaba además devolver á su lengua gran caudal de palabras malamente sepultadas en la ancha fosa del arcaísmo, y aspiraba finalmente á *"democratizar"* la dicción poética; pero sin *aplebeyarla.* Bien lo da á entender cuando dice:

La poésie etait la monarchie: un mot
Etait un duc et pair, ou n'etait qu' un grimaud.

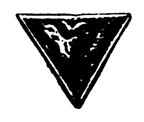
Por lo que mira, ya no á la dicción de Sierra, sino á sus pensamientos, debo confesar que una ú otra vez, se me presentan al través de nubes, no siempre leves y traspa rentes, y es que el genio se goza en encumbrar el vuelo hasta las más altas regiones,

según me hacía notar cierto colega mío muy querido, algún día que encomiábamos las dotes poéticas de Justo como cariñosamente le llamamos sus amigos.

Antes de concluir, seame permitido expresar un deseo de que tal vez participe el Sr, Sierra, como pudiera colegirse, con una poca de buena voluntad, de las postreras palabras del monje Calasanz.

Para nosotros, los que creemos, sería muy consolador que el toque de la gracia que devolvío al monje la fe perdida, restituyese sus creencias á tantos espíritus aquejados de las torturas y desfallecimientos de la duda religiosa. Entonces como dice el inspirado vate:

"......el mundo atónito creería
Y este siglo sin Dios, de Dios sería."



"ANGELINA."

ESTUDIO CRITICO.



I

LAS letras patrias han sido enriquecidas recientemente con una nueva novela del Sr. D. Rafael Delgado, publicada en las páginas literarias de "El Tiempo" é intitulada ANGELINA.

Comienza por decirnos el Sr. Delgado que su novela no será *"tendenciosa;"* que al escribirla, solamentente ha querido proporcionar á sus lectores honesto esparcimiento, sin plantear ni resolver problema alguno.

Ya con esta advertencia, quedamos enterados de que el autor cultiva *el arte por el arte*, y que al publicar sus novelas, no

tiene otro propósito que deleitar á sus lectores por medios puramente estéticos, dejando á otros novelistas que resuelvan ó procuren resolver cuestiones morales, políticas, psicológicas ó de otro orden, y aun intenten convertir el arte de novelar en ciencia experimental, como presumen hacerlo algunos, movidos de ambición más desacordada que generosa.

Sin que yo afirme que la novela ha de ser siempre docente y trascendental, sí creo que al tramar todo novelador su fábula, si no asienta explícitamente alguna tesis, al menos deja que se trasparente, y establece además los antecedentes necesarios para llegar sin tropiezo hasta la conclusión que desea él que se infiera. Nada de esto obsta, para que el poeta realice por los procedimientos que le parezcan más adecuados, otro fin puramente estético, sin el cual no se concibe ninguna obra artística. Y así el eminente autor de las Ilusiones del Doctor Faustino, que por confesión propia, no ve en la novela sino una obra de entretenimiento; ordena sin embargo al logro de un fin moral la acción y desenlace de la fábula, y quiere que su protagonista sea "como

" muestra de lo que puede viciarse y tor-
" cerse un claro entendimiento y una vo-
" luntad sana con las que vulgarmente se
" llaman ilusiones; esto es, con un concep-
" to demasiado favorable de sí mismo, con
" la persuasión de que los propios mereci-
" mientos deben allanarnos el camino para
" el logro de toda esperanza ambiciosa, y
" con la creencia de que el grande hombre
" está en nosotros en germen, y de que
" siendo así, sin perseverancia, sin traba-
" jos, sin esfuerzos incesantes, sino lleva-
" dos de la propia naturaleza, hemos de
" trepar á todas las alturas y rodearnos del
" fulgor inmortal de toda gloria." (1)

Miguel de Cervantes Saavedra, al producir el Quijote, no sólo dió ser á una de las creaciones más maravillosas de la fantasía, sino que esa creación suya, que ni tuvo original ni ha tenido copia, es el modelo más acabado de generosidad y desprendimiento, de valor y de virtud. Y no parece aventurado afirmar que el fin moral intentado por Cervantes, se halla contenido

(1) Ilusiones del Doctor Faustino, tomo II, cap. XXIX.

en estas palabras que dirige D. Quijote á su escudero: "Así, oh Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia: á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velemos; á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanza que consigo trae la buena fama." (1)

No puede ponerse en duda que al arte toca como fin principal realizar la Belleza, ya purificando y ennobleciendo á la naturaleza que copia ó imita; ya transfundiendo en la materia los ideales que la inspiración

(1) Quijote. Parte II, cap. VIII.

sugiere al genio; pero con este fin, se compadece la realización de otro, y ese otro fin, tratándose de novelas, puede ser alguna enseñanza moral, psicológica, histórica ó científica.

El daño consistirá en invertir el orden que por razón de su importancia han de guardar estos fines, subordinando el arte á la ciencia; pues no ha de ser la Novela maestra de Astronomía, ni de Historia, como tampoco tratado de Moral.

Al exponer en este artículo las impresiones que ha dejado en mi ánimo la lectura de Angelina, manifestaré qué enseñanzas debemos al insigne novelista, que sin descubrir ninguna intención docente, ha cumplido no obstante con el precepto de Horacio:

Lectorem delectando, pariterque monendo.

II

Entiendo que en el libro de Delgado hay mucho de subjetivo, y que al poner en algunos de los personajes los sentimientos más elevados y generosos, no hace más que prestarles su propia alma con su modo de ser y de sentir. Hasta llego á pensar que

Angelina es la revelación de su vida interna y de sus dolores íntimos; á lo menos me autorizan á pensar tal cosa estas frases suyas: "Aquí concluye esta novela sencilla " y vulgar......*He vivido otras muchas* " (que no merecen ser escritas), muy dra" máticas é interesantes; pero ninguna co" mo ésta, tan sincera y tan casta, triste " flor de mi adolorida juventud."

Veamos ahora en breve síntesis, cuál es el argumento de ese bellísimo idilio de amor.

Rodolfo, joven estudiante, huérfano y sin fortuna, sólo cuenta con el amparo de dos tías ancianas, casi tan desvalidas como él. Urgido por la estrechez en que vivían sus protectoras, vuelve á su villa natal, aun no concluída su carrera, y se propone pagar la deuda de gratitud que con ellas había contraído, subviniendo por su trabajo á las necesidades de las excelentes ancianas.

Al llegar á su casa, encuentra alojada en ella á una joven discreta y modesta al par que bella, que por sus virtudes, por su blanda condición y la jovialidad de su genio es la alegría y la joya más preciada de aquel ho-

gar. Se llama Angelina, es huérfana como Rodolfo; un sacerdote que ciñe la triple corona de la ancianidad, de la virtud y de la ciencia, ha hecho con ella oficios de padre, y deseoso de ponerla en cobro de los peligros que habría corrido en la aldea, donde él ejercía su elevado ministerio, hubo de confiarla al cuidado de la tías de Rodolfo, mientras desaparecían gavillas de gente desalmada, de las cuales había que temerlo todo. No transcurre mucho tiempo sin que los jóvenes sientan la más dulce simpatía, que al calor del hogar común, se transforma en irresistible amor.

Llega al fin el día en que Angelina debe regresar á la casa de su protector, y poco después Rodolfo parte á desempeñar un empleo á la hacienda del Sr. Fernández, excelente sujeto y padre de una joven, á quien la naturaleza y la fortuna han prodigado sus dones.

Desgraciadamente para la pobre huérfana, el corazón de Rodolfo no fué ni huerto cerrado ni fortaleza inexpugnable, y en esta ocasión se rindió á los hechizos y virtudes de la señorita Gabriela Fernández, que ya antes había vivido en Villaverde, resi-

dencia de Rodolfo y de su familia. Verdad es que al vencimiento precedieron luchas internas; pero enteramente estériles. El enamorado mancebo no por esto olvidaba á su Angelina, y de hecho existían en su alma dos afectos inconciliables.

Angelina, por su parte, con la perspicacia de mujer, y de mujer enamorada, previó que su amado no podría resistir á las gracias y atractivos de la señorita Fernández, desde que advirtió en Villaverde, cómo Rodolfo admiraba quizá más de lo justo las dotes artísticas de Gabriela que era notable pianista. Parecíale, sin duda, que poco trecho había que andar desde la admiración á la artista, hasta el amor á la mujer; mayormente siendo la mujer, joven tan bella, tan discreta y distinguida. Sus temores subieron de punto cuando supo que Rodolfo y Gabriela vivían bajo un mismo techo, y llegó á pensar que al interponerse ella entre ambos, le arrebataba al primero la ventura que podría proporcionarle la mano de la hermosa y rica heredera.

Entonces elevó sus ojos á Dios y se acogió á El, después los volvió á los pobres y á los huérfanos, y resolvió ser ángel de ca-

ridad para sus hermanos de infortunio; diciendo en diferente forma lo que el poeta mantuano en este conocido exámetro:

"Non ignara mali, miseris sucurrere disco"

En la última carta que dirige á Rodolfo no puede ser más explícita. Con imponderable amargura le dice: "Al escribir estos
" renglones estoy bañada en lágrimas, sien-
" to que el alma se me va, porque te he
" amado y te amo todavía con todas las
" fuerzas de mi corazón; pero he compren-
" dido que debo ser franca; que hago mal,
" muy mal, si fomento en el tuyo un senti-
" miento que te cierra las puertas de un
" porvenir que yo no debo malograr......
" Mis gustos me inclinan hacia otro lado,
" me llevan por otro camino......¿A dón-
" de? Yo misma no lo sé. Acaso á servir
" *á los pobres, á los enfermos, á los huérfa-*
" *nos como yo*, para quienes el mundo es un
" desierto."—Por su parte, la hermosa Gabriela no advirtió ó no quiso advertir la pasión que había encendido en el corazón de Rodolfo, el cual encomendó al tiempo y á la ocupación continua el lenitivo de sus pesares.

III

La acción no puede ser más sencilla, y lo parecerá aun más, si el lectór sólo se atiene á este desmañado y descarnado bosquejo; y sin embargo, no por ello se piense que la fábula esté falta de interés; al contrario permanece vivo desde la primera hasta la última línea, y ésta es la mejor prueba de las grandes dotes de novelista que reune el Sr. Delgado.

También en la "*Muerta*" de Feuillet y en la "*Pepita Jiménez*" de Valera, por no citar otras, el plan se desenvuelve, por procedimientos sencillísimos, sin que por esto dejen de ser novelas de indisputable mérito. Sólo las que se publican por entregas, necesitan fiar el éxito de su circulación á la complicación y enredo de situaciones que estimulen la curiosidad del vulgo, para quien comunmente se escriben, y el cual no puede gozarse en los primores del estilo, ni en lo peregrino de la invención, ni en el intento del poeta realizado por procedimientos técnicos, cuyo mérito y cuya dificultad ignora

No niego que entretienen grandemente nuestro espíritu y fijan nuestra atención los lances comprometidos y arriesgados, las peripecias más inesperadas y las dificultades de todo género, que complicando la acción, nos tienen en vilo, hasta llegar al desenlace de la fábula. Pero si bien se mira, tal tensión del ánimo fatiga y atormenta, más bien que deleita, y es impresión tan pasajera, que no dura más que la lectura del libro. Mas el placer que en nosotros cause una obra de arte, ha de ser algo más consistente y ha de traer su origen de mérito más alto y más verdadero.

Y concretándonos á la Novela, no perdamos de vista que ha de reflejar como terso espejo la vida humana, reproduciendo por artística manera, el modo de ser de la sociedad en determinada época y en lugar determinado. No realizará este propósito quien emplee un procedimiento enteramente idealista, ni quien, siguiendo opuesto camino, copie los sucesos humanos con servil naturalismo. Es tendencia del arte llevarnos á un mundo mejor que éste en que vivimos; pero es también deber suyo no sacrificar la verdad á los desvaríos de imaginación ca-

lenturienta, extremando el optimismo y ofreciendo á nuestra vista ideales que por imposibles, á nadie pueden servir de estímulo, ni de ejemplo, ni de consuelo. Con mayor razón hay que desechar las desoladas ficciones naturalistas, que llevan el pesimismo, quizá tan lejos como las otras el optimismo. Los naturalistas afirman que sus producciones son frutos sazonados de la experiencia aplicada al arte, y que éste, así cultivado, viene á completar el círculo de los conocimientos positivos. Pero la verdad del caso es que esta escuela literaria no nos presenta un verdadero trasunto de la realidad. De ordinario da ser y vida á todo lo feo, á todo lo sucio y aun á lo monstruoso, y á tal punto extrema la nota, que los casos que nos exhibe, si son verdaderos, sólo tienen verdad á título de excepciones y de excepciones teratológicas. Con tan desastrado pesimismo vive en triste contubernio un determinismo desconsolador, que privando al hombre de libertad, quita al artista el recurso más eficaz y más poderoso para producir en sus obras la belleza moral.

Tampoco creo yo que todo el toque del arte consista en copiar menuda y fielmente

cuanto exista fuera de nosotros; pero ya que tan humilde fuera su ministerio, debería exigírsele que su copia no quedase trunca; y que así, no sólo representase aquello que causa desagrado, pena y aun horror; mas también lo que hay de halagador y de risueño en la naturaleza ó de noble y elevado en el espíritu humano.

Entre el optimismo idealista y el pesimismo naturalista hay el justo medio aconsejado por Goethe. "No quiere Goethe, di-
" ce D. Juan Valera, la mera imitación, ni
" tampoco la fantasía pura y libre, sino am-
" bas facultades enlazadas.... Al que imi-
" ta solamente le llama imitador; al que in-
" venta sin imitar fantasmista; el artista y
" el poeta verdaderos son los que inventan
" imitando. Lo característico que debe en-
" trar en toda obra de arte, lo da la induc-
" ción: es como el esqueleto, la trama ó ca-
" ñamazo de la obra; y la vida, los múscu-
" los, la sangre, el color, el bordado, vienen
" luego por la fantasía. De la combinación
" de estas cosas, nace la belleza. Artista
" minucioso, dibujante seco y mezquino *es*
" *el que imita sólo*; autor de informes bos-
" quejos el que sólo fantasea: la perfección

"estriba en fantasear y copiar á la vez....

"Es evidente que lo característico, lo que "se toma por imitación de la naturaleza, "puede y suele ser pasión dolorosa, acción "llena de tumulto y de pena, algo que en "la realidad lastima, hiere, mata ó aflige, "en vez de causar deleite. El arte al repro- "ducirlo y transformarlo, cambia en con- "tentamiento la amargura, y en calma la "desesperación. Así el terror y la piedad se "vuelven gustosos sentimientos llenos de "inefable dulzura. Este cambio se debe al "principio *suavizante* de la belleza; á la "gracia, á la simetría, orden y medida de "la forma. De aquí que para Goethe, el ti- "po ideal del arte en estatuaria no fuese el "Apolo, sino el Laoconte, donde el dolor, "la compasión y el espanto, están suavi- "zados por la gracia divina de la belleza, "hasta el punto de trocarse en soberano y "tranquilo deleite." [1]

Este idealismo realista guió la pluma de Delgado al escribir su Angelina. Si los personajes de esta fábula son en todo ó en parte copia del natural, están purificados de

(1) Nuevos estudios críticos por D. Juan Valera.

las deformidades ó fealdades que el novelista no puede aprovechar en el claroscuro de sus cuadros. Si por el contrario son hijos de la fantasía, han sido ideados con tal verdad, que se confunden con personas reales á quienes vemos y hablamos todos los días. Por otra parte, trazados sus caracteres con pulso firme y seguro, jamás vacilan, siempre son idénticos consigo mismos; hablan y obran los personajes en cada situación, según corresponde á la idea que de ellos nos ha hecho formar el poeta, cumpliendo todos con el *sibi constet* de Horacio.

Aparece en primer término la simpática figura de la protagonista en quien emula la belleza del alma con la del cuerpo. Desde luego avasallan nuestro espíritu la nobleza y elevación de sus sentimientos; su admirable ecuanimidad, con que fuerte y tranquila contrasta siempre los rigores de adversa suerte, y aquel equilibrio de todas sus facultades y de todos sus afectos que imprime á su persona el sello de augusta serenidad propia del arte clásico. Circúndala como nimbo de luz la llama de amor tan puro, que más parece encendido allá en el cielo, que nacido acá en la tierra.

Rodolfo, ya lo hemos dicho, impera en su alma; huérfano y desheredado de la fortuna, llega al corazón de Angelina por la áspera senda del sufrimiento, más apropiado que la prosperidad para acercar las almas y hacer brotar en ellas el amor, á impulso de irresistible simpatía.

Hermosean su alma nobilísimos sentimientos, como el de la gratitud á sus excelentes tías y el afecto puro y sincero con que cree pagar la ternura de Angelina. Ama la virtud y el trabajo; su inteligencia es clara y cultivada, su carácter sombrío, su espíritu melancólico.

No tiene como Angelina entereza bastante para hacer rostro con ánimo sereno á su ceñuda suerte. Por más que pondere la intensidad de su amor á la hermosa huérfana, al fin resulta que su cariño no es de muy subidos quilates, puesto que casi es superado por otro afecto; y cuando Angelina pide que la olvide, porque ella renuncia al ideal de felicidad con que había soñado, amargas lágrimas surcan sus mejillas; pero á esto se reduce todo, y ni aun intenta que su amada desista de resolución para él tan desastrosa. Pecado grave que justifica la determi-

nación de la protagonista; pero que si ofende á ésta, no daña, según yo entiendo, al mérito artístico de la novela, pues así se ve cuán fundados eran los temores que más de una vez mostró Angelina, cuando entreveía que su amor no sería coronado por un término dichoso. Por otra parte, es exigencia estética que en todo cuadro contraste la luz con la sombra, y ésta debía proyectarla Rodolfo, á fin de que la heroína quedara siempre en primer término.

El dibujo y colorido de todos los otros personajes son de mano maestra; pero, si no me equivoco, es insuperable el retrato del honradísimo dómine D. Román, tan pagado de sus clásicos latinos, tan reñido oon los románticos y con los pseudoliteratos y pseudocríticos villaverdinos.

No es de menor mérito el del Lic. Castro Pérez, que se cree gran abogado y aun hombre omnisciente. El tono de superioridad y de suficiencia con que siempre habla, da á su persona cierto tinte cómico de que tampoco está exento el bueno de D. Román.

Con frecuencia aparece en la novela una figura nobilísima. Es una especie de Providencia que siempre acude en las circunstan-

cias más aflictivas de Rodolfo y de sus tías para hacerles cuanto bien puede. Quien haya leído la novela, tendrá ya en los labios el nombre del honrado Andrés, antiguo criado de aquella familia y raro ejemplo de adhesión y de lealtad. Como es natural, el autor sólo esfuma y bosqueja á personajes como Ricardo Tejeda, Porras y el P. Solís que desempeñan papel muy secundario.

Algo más se detiene, al darnos á conocer al P. Herrera, protector de Angelina; á la tía Carmen y á la tía Pepa, excelentes señoras que ven en Rodolfo un hijo más bien que un sobrino.

Los personajes debidos á la fantasía de Delgado no sólo resultan bien determinados por la corrección y precisión de sus líneas, sino llenos de animación y de vida por la fuerza y verdad del colorido. Y esta es la ocasión de notar que si la acción de la fábula no es complicada, según ya hemos observado, tampoco son muy complexos los caracteres que en ella aparecen. Pocos rasgos le bastan para individuar á cada una de las figuras que coloca en su escenario, combinando las cualidades más generales

y comprensivas con otras del todo individuales. Con sólo las primeras habría creado tipos abstractos, ya de honradez, ya de abnegación ó ya de amor intenso y acendrado; pero entretejiendo con éstas, otras peculiares de cada personaje, ha dado ser á creaciones de su fantasía en quienes ha hecho que encarnen sus ideales. Esta rara habilidad para producir grandes efectos artísticos con el menor número posible de elementos, es cualidad concedida sólo á maestros consumados, notables por su talento observador y su poderosa fuerza de concepción.

Los seres ficticios ideados por Delgado deben gran parte de su carácter realista á la maestría con que maneja el diálogo el insigne novelador. Constantemente evita dos extremos igualmente peligrosos: el discreteo académico y alambicado que tanto se aleja de la naturalidad, y la vulgaridad y grosería del lenguaje rudo que ponen algunos en boca de la gente zafia, so pretexto de copiar la realidad. Andrés mismo, el antiguo criado de Rodolfo, con ser tan inculto, no habla nunca la jerga propia de las personas de su clase, sin que por esto su

lenguaje deje de ser natural y acomodado á su carácter y circunstancias.

Las cartas de Angelina y sus conversaciones deleitan y enamoran por su sencillez inimitable y por cierta candorosa ingenuidad casi infantil que demuestra el estudio concienzudo hecho por Delgado de la pasión amorosa que subyuga á la protagonista. Esas conversaciones y esas cartas descubren en él al psicólogo que conoce los senos más recónditos del espíritu humano, y que sabe expresar tales reconditeces con el lenguaje de la pasión, con ese lenguaje que ni se aprende en las aulas, ni se acendra y lima en las academias, sino que nace espontáneo en el corazón, y espontáneo, tierno y elocuente brota siempre de los labios.

En el estilo de Delgado se adunan invariablemente la fuerza de expresión y la espontaneidad con la serenidad y la trasparencia. Su frase es siempre diáfana como el cristal y los sentimientos que por ella expresa quedan hondamente grabados en nuestra alma. Dan mayor realce á estas cualidades la tersura, propiedad y corrección de lenguaje. Es verdad que alguna vez,

ocupado su espíritu por las bellezas naturales que describe, no pára la atención en ciertas exigencias lexicológicas, y da cabida á palabras que aun no la tienen en nuestro diccionario. Esto no significa que deba condenarse toda voz no contenida en ese libro; por completo que se suponga un vocabulario, siempre resultan estrechos sus límites, para encerrar una lengua que á la continua adquiere voces nuevas ó nuevas acepciones para palabras ya admitidas. En todo idioma sucede que al lado de neologismos vitandos, hay otros legítimos, necesarios y bien formados que lo enriquecen y subvienen á las necesidades siempre crecientes de las artes, de la industria y de las ciencias. Con tales neologismos muy bien se compadecen la pureza y la elegancia del lenguaje. Delgado, que en todo es artista, no descuida tampoco en su obra el género de belleza que de esas cualidades resulta.

Hay poetas que enamorados de los primores del estilo y de la belleza plástica, sólo rinden culto á la forma, y excluyendo el sentimiento, producen estatuas duras como el mármol y como el mármol frías.

Otros hacen algo peor: pertenecen á una

escuela escéptica y pesimista que, no creyendo en nada bueno y generoso, han reemplazado los afectos que santifican y ennoblecen el alma, con sensaciones candentes que la entenebrecen, mancillan y conturban.

El autor de Angelina por el contrario, cree firmemente en la virtud, y por esto ha sabido representarla con tan hermosas tintas. Sus facultades poéticas se hallan perfectamente equilibradas, y así nos explicamos que su lozana imaginación y poderosa vena descriptiva no sequen la fuente del sentimiento, que es en él á un mismo tiempo profundo y delicado. El amor que hermosea el alma de Angelina nació en las regiones plácidas y serenas del espíritu, y libre de toda levadura sensual fué para ella luz, perfume y armonía.

El afecto de Rodolfo menos intenso y menos firme, es sin embargo, nobilísimo; para poder aquilatarlo, cedamos la palabra á él mismo, pues nadie mejor que él podrá dárnoslo á conocer: "El amor que Angeli-
" na me inspiraba no era ese que nos pro-
" mete dichas y venturas, lisonjeando nues-
" tra vanidad, halagando nuestro orgullo y

"despertando risueñas esperanzas; ni ese "otro abrasador, apasionado que nos enca- "dena á las plantas de soberbia beldad, su- "misos á su capricho, esclavos de su her- "mosura; desesperados, si nos desdeña, "locos de felicidad, si nos favorece con una "sonrisa. No, era purísimo y desinteresado "afecto, sentimiento de profundo dolor, "que sólo parece traer desgracias, que nace "y vive para llorar, y que libre de sensua- "les impurezas es una eterna aspiración al "cielo. Amaba yo á Angelina, la amaba "con toda el alma, y no por hermosa, si- "no por buena y desgraciada. Creía yo "que mi madre bendecía desde el cielo "aquellos amores castos, puros, inmacula- "dos como el lirio silvestre que abre su ní- "tida corola al borde de un abismo, entre "los iris de espumosa cascada, allí donde "no ha de tocarla la mano del hombre. "Amaba yo á Angelina, y quería yo ser "digno de ella, para que la pobre huérfana "compartiera conmigo sus desgracias y su "orfandad y tuviera en mí un amigo, un "hermano, un compañero de infortunio."

Delgado no sólo sabe pintar la vida íntima del alma, también ejercita su pincel, po-

niendo á nuestra vista los cuadros más bellos de la naturaleza, ricos de luz y de colorido ó los no menos bellos que nos representan el hogar de una familia honrada. ¡Cuántas veces nos conduce el autor hasta la pobre y humilde casa de Rodolfo, para que allí presenciemos la vida de su excelente familia; vida ejemplar santificada por el trabajo y la virtud y purificada por el dolor y la resignación!

Las descripciones siempre interesantes con que frecuentemente recrea nuestro espíritu, detienen á veces la acción de la novela, en cuyo caso el pintor perjudica al narrador; pero el que lee, hechizado unas veces por la suavidad de las tintas, maravillado otras por la pompa y magnificencia del espectáculo, descrito y halagado siempre por la verdad admirable del cuadro, tal vez no advierte que decae el interés de la fábula. Un severo preceptista quizá aconsejaría á Delgado que pintara menos y que narrara más, ó que narrara más de prisa; yo, que soy simple lector, no tengo ni autoridad, ni valor para dar semejante consejo.

Por otra parte, el novelista compensa la lentitud relativa de la acción con la rapidez

del desenlance. Cuando el lector sigue con más intensa atención la marcha de los acontecimientos, el nudo se desata por inesperada manera, y el telón cae de improviso.

La solución no por inesperada carece de antecedentes: los tiene cumplidos en los sentimientos de dignidad y delicadeza de que ha dado Angelina frecuentes pruebas; en su solícita caridad al asistir y consolar á los enfermos, y de ella dió clara muestra, cuando prodigó tan tiernos cuidados á la tía Carmen; en la versatilidad de Rodolfo la cual no se escondía á nuestra protagonista: pero sobre todo, lo que explica su conducta es la elevación y magnitud de su amor, por el cual sacrifica su propia dicha en aras de la de Rodolfo.

La novela, como se ve, no es trascendental, ni docente; su autor afirma que "sólo aspira á divertir;" mas á pesar de que Delgado no alardea de profundo pensador, ni de maestro y pedagogo de la sociedad, su obra escrita sin intención de ejercer ningún magisterio, enseña mucho y muy bueno. En ella, no sólo hay elementos estéticos, los hay también éticos; ahora bien desde el momento en que aparecen tales elementos

en la novela, cualquiera que ella sea, para el lector no puede ser indiferente el uso que de ellos se haga. Desde luego procura inquirir cuál es el criterio moral del poeta, cuál el espíritu que informa á su obra, y á qué cánones ajustan su conducta los personajes que mejor dejan trasparentar las doctrinas, tendencias y sentimientos del autor. Este, sin intentarlo, ó al menos sin decir que lo intenta, forzosamente se ve en el caso de resolver gran número de cuestiones que les salen al paso á sus personajes; y de estas cuestiones, unas serán religiosas, otras morales, otras tal vez políticas; de esta suerte sin pensarlo y aun sin quererlo tiene que ser maestro en muchas y diversas disciplinas.

De Rafael Delgado puede afirmarse en breve síntesis lo que se ha dicho de Richarson: "enseña al corazón humano á moverse dentro del círculo de la virtud." En las páginas escritas por Delgado, alienta y vive el espíritu cristiano, engendrador de todo linaje de bellezas artísticas, y con esto da ejemplo de noble independencia y garantía de criterio sano, amplio y elevado. Este ejemplo es también útil enseñanza.

La lectura de Angelina es además para nuestro corazon bálsamo consolador. Los modelos de virtud que nos ofrece, y los nobilísimos sentimientos que pone en algunos de sus personajes, nos causan íntimo gozo, porque como esos personajes son tan verosímiles, que se confunden con personas reales, adquirimos ó robustecemos la convicción de que el hombre no es siempre la bestia humana aquejada de heredada é incurable neurosis, como se ha dado en asegurar, sino un ser libre y responsable de sus actos, que á veces puede acercarse al ángel mismo, como ha dicho en alguno de sus salmos uno de los mayores poetas bíblicos.

Si estas enseñanzas que se sacan de la novela de Delgado no son nuevas, sí son de gran provecho y consuelo, con lo cual basta, para que ese libro, sea algo más que una obra de puro entretenimiento.



CARTA ABIERTA

AL

SEÑOR DON AMADO NERVO

Y

ESTUDIO CRÍTICO DE "EL BACHILLER."



Sr. D. Amado Nervo.

S. C. 26 de Diciembre de 1895.

Presente.

Muy estimado y fino amigo:

SU elegante y fecunda pluma ha producido recientemente una corta y hermosa novela que está llamando la atención, así por su mérito como por lo inesperado y original del desenlace.

Los juicios que se han publicado acerca de ella, y la novela misma, convidan al estudio de cuestiones literarias y de Estética, que en mi concepto son de subido interés, aun cuando no tengan ya el de la novedad. La importancia de esas cuestiones me ha

movido á escribir el siguiente estudio crítico, cuyas deficiencias soy el primero en reconocer. Para ellas pide á Ud. indulgencia su adicto amigo que atento B. S. M.—*Rafael Angel de la Peña.*

El Bachiller protagonista de la novela, tiene sus antecesores en el estudiante de *Pepita Jiménez*, en el *Padre Enríquez* de Doña Luz, y también en *El Beato Calasanz* de Justo Sierra. En todos ellos luchan dos afectos: el amor á Dios y el amor á la mujer.

En los albores de su juventud, no fué el Bachiller muy creyente que digamos, y más de una vez, si bien pasajeramente, el amor profano visitó su alma.

La meditación de las grandes verdades del Catolicismo, durante un retiro de nueve días, fué el reactivo que reveló las aspiraciones de su espíritu, que no podía quedar satisfecho con el amor tornadizo y finito de las creaturas. Según declaración suya "tenía deseo de ser amado....y necesitaba "asímismo amar; pero de tal suerte, que "jamás el cansancio lo debilitase, ni lo he- "lase el hastío, ni el desencanto opacase la "belleza del objeto amado," y no hallando

fuera de Dios, ser que realizara semejante ideal, ya sólo procuró inflamar su corazón en el amor divino.

Al paso que los estudios teológicos le mostraban las perfecciones infinitas del Ser Absoluto y los incomprensibles misterios del orden sobrenatural, su cuerpo, extenuado por constantes maceraciones, no le era estorbo para que su alma volase en alas del amor y de la contemplación, hasta las regiones de luz y de paz en donde mora la Divinidad. Y allí, al oir la voz del Amado sentía dulzuras inefables é inundaban su espíritu delicias que al hombre no le es dable narrar, y en cuya comparación, todos los goces terrenos no son al cabo, más que vanidad de vanidades y aflicción de espíritu. ¡Cómo deseaba entonces que al fin se rasgasen los velos que le ocultaban á esa Belleza, siempre antigua y siempre nueva, objeto de todas sus ansias! ¡Cuánto anhelaba desatar los vínculos que ligan el alma al cuerpo, para vivir en Cristo y morar sólo con Él.

Los favores que Dios le había concedido en los principios de su vida espiritual, fueron tan crecidos, y tan intensas é íntimas

lesianos, los cuales enseñaban que los estímulos de la concupiscencia privan de la libertad, y que para salvarse, preciso era extirpar el *fomes peccati.*

Spencer, colocándose en otro punto de vista, declara obligación moral el ejercicio de las funciones fisiológicas, sin exceso ni defecto, y considera como inmorales las acciones que dificultan y con más razón las que imposibilitan cualquiera de las formas de la existencia.

Pero tal vez todo esto lo sabía Felipe y quizá en el momento tremendo de la lucha lo olvidó todo para no pensar sino en alcanzar la victoria; ó lo que es más cierto, el peligro inminente de faltar á sus votos y mancillar la pureza de su alma, le causaba imponderable terror.

Ya en otra vez había luchado con la imagen tentadora de una mujer hermosa, y lleno de angustia había acudido á la Virgen Inmaculada; el poder de la oración y su fuerza de voluntad lo salvaron entonces; pero ahora el enemigo se presentaba más formidable; ya no es la imagen, es la mujer misma, que desatentada y loca de amor, con el doble atractivo de su juventud y de

su hermosura, ofrece á Felipe cuanto ella vale, y no valía poco, en cambio de su corazón. Su voz desfallecida por la emoción, la tierna languidez de sus miradas, sus ósculos candentes, sus ebúrneas y turgentes formas quizá mal encubiertas, levantan deshecha tempestad en el alma del joven asceta, desapercibido en esos momentos para una lucha inesperada y verdaderamente titánica. Y luego, la soledad que tan fácilmente concierta la voluntad de los amantes, la imposibilidad de la fuga, el tibio ambiente de una tarde primaveral, la brisa impregnada de suaves perfumes, la pompa y magnificencia de la naturaleza, circunstancias todas propicias al amor, daban á la tentación poder casi irresistible. ¿En dónde hallar el estanque helado ó el zarzal de punzantes abrojos que Francisco de Asís hubiera ofrecido por lecho á la desatentada joven? ¿De dónde tomar el tizón encendido con que Tomás de Aquino la hubiera puesto en fuga? ¿O de qué habría aprovechado la elocuencia divina de aquel varón santísimo que redujo á vida penitente á la misma cortesana que solicitaba su perdición, si la

enamorada doncella ni aun oía siquiera las palabras del atribulado Felipe?

¡Ay! todos los caminos le estaban cerrados. Y la serenidad del espíritu, la paz interior de su alma, los íntimos goces espirituales que había logrado en su constante comunicación con Dios, la inefable bienaventuranza de una vida más angelical que humana, y más que todo esto, la tranquilidad de una conciencia exenta de pecado grave, sobre todo contra la pureza que tanto amaba, iban á desaparecer en un momento; iban á trocarse en efímero placer sensual que después de conturbar su espíritu y manchar su alma, había de hastiarlo y degradarlo, convirtiéndolo de ángel en bestia; de vaso de elección y templo del Espíritu Santo, en vaso de podredumbre y morada de Asmodeo. Sin duda estas consideraciones que sucesivamente se habían ofrecido á Felipe en sus luchas interiores, ahora se le ponen delante todas simultáneamente, y antes de que hálito de fuego agoste y queme la cándida azucena de su pureza, antes también de poner en olvido la promesa hecha á Dios en ocasión memorable, hace el mayor sacrificio á que puede someterse, para alcanzar

un triunfo definitivo sobre las sugestiones de la carne.

La autoridad y el ejemplo de tan grande hombre como fué Orígenes, lo indujeron en gravísimo é irreparable error, pero error que va acompañado de un sacrificio heroico por el cumplimiento de un deber sin duda mal entendido; pero ese sacrificio pone al descubierto una alma romana, ó mejor una alma cristiana del tiempo de Diocleciano, hermoseada por la luz apacible y serena de la castidad y por los vívidos fulgores de la fortaleza y del amor divino. Y colocado en este punto de vista, pienso que si criterios filosóficos opuestos condenan á una la conducta del Bachiller, la Estética la absuelve, y esto es lo que importa al artista.

Si el Sr. Nervo se hubiera propuesto resolver un problema ético, yo confesaría de buena voluntad, que la solución era inadmisible; pero si tal hubiera sido su intento, creo que habría escrito una disertación antes que una novela.

Cierto es que muchos piensan que toda obra literaria ha de ser docente, ó como hoy se dice, *tendenciosa*, y que toda novela ó producción dramática ha de ser un capí-

tulo de Sociología ó de Psicología ó de Economía Política que resuelva en hermosos versos ó en buena prosa, cuestiones graves que filósofos y pensadores profundos han dejado hasta hoy sin solución.

No puede negarse que si el poeta se siente con fuerza para ello, hará bien en acometer tamaña empresa, realizando el *miscuit utile dulci* de Horacio; tampoco se ha de negar que en obras de puro entretenimiento pueden combinarse y de hecho se combinan elementos estéticos con elementos éticos, y en tal caso el novelista y el dramaturgo contraen el compromiso de resolver con acierto las dificultades ajenas á su arte, que les salgan al paso, por más que no sean de la competencia del poeta; pero con todo esto, muy bien se compadece que el fin principal é inmediato de toda obra de arte sea producir la belleza.

Podrá suceder que una novela no tenga más objeto que deleitarnos, y si lo consigue, desde el punto de vista del arte, será preferible á novelas científicas que tengan por intento divulgar la ciencia, intento nobilísimo; pero que más tiene de docente y didáctico que de artístico.

Como yo no tengo autoridad, ni en esta ni en ninguna otra materia, citaré á este propósito lo que enseña uno de los primeros críticos y estéticos contemporáneos. Dice el Sr. Menéndez y Pelayo: "......es ver-
"dad trivialísima que los géneros puros y
"libres del arte valen más estéticamente
"que los géneros aplicados y mixtos; mu-
"cho más la poesía épica ó dramática que
"la didáctica; mucho más la poesía que la
"oratoria ó la historia; mucho más la no-
"vela que nada enseña y recrea apacible-
"mente el ánimo, que la novela que tiene
"por objeto dar nociones de Economía Po-
"lítica ó de Física ó de Astronomía...."

En cuanto á enseñanzas morales, no estarán fuera de su lugar, si brotan espontáneas del asunto, y seguramente en este sentido hay que entender lo que Vicher aconsejaba á los alumnos de las musas: "Buscad lo bello, que lo bueno se os dará por añadidura."

Esta teoría del arte por el arte, en la cual estriba la principal defensa de la novela del Sr. Nervo, descansa á su vez en la diferencia que distingue *lo bello de lo bueno*, pues si bien la Verdad, la Bondad y la Be-

lleza absolutas se identifican en el Ser Infinito, consideradas en los seres limitados se diferencian entre sí, y sus conceptos son radicalmente distintos. Necesito detenerme en este punto trascendental, porque no falta quien juzgue que es inmoral el desenlace del *Bachiller*, y por inmoral digno de censura, y lo es en efecto, como solución dada á un caso de conciencia; pero tal caso no está á discusión, ni es objeto de consulta, ni hay una sola palabra en la novela que justifique, ni siquiera disculpe la conducta del protagonista.

Lo que hay que decidir es si el desenlace de "El Bachiller,, viola los cánones de la Estética ó bien satisface á las exigencias del arte. Para ello procuremos fijar los conceptos de bondad y de belleza, y veamos cuál es el fin que toca realizar al arte y lo que racionalmente hay que exigir de él.

No se me esconde que estéticos como Jungmman y Milá y Fontanals no aciertan á concebir lo bello sin lo bueno; sin embargo, otro es el sentir de grandes pensadores: Santo Tomás en diversos lugares de sus obras enseña que "entre lo bello y lo bue-" no hay diferencia racional; que lo bello

" mira á la facultad cognoscitiva, y lo bue-
" no al apetito." Lo bueno es lo que todos
" apetecen y tiene el carácter de fin; de don-
" de se sigue que sólo con su posesión se
" aquieta el apetito; mas tratándose de la
" belleza basta su vista y conocimiento, sin
" necesidad de su posesión, para que el ape-
" tito descanse en ella. Finalmente, la be-
" lleza es la claridad, la debida proporción
" y el resplandor de la forma." De toda esta doctrina se infiere también que las cosas bellas serán aprehendidas por la mente y estas cosas bellas serán intelectuales unas y morales otras. Algunas serán percibidas por la vista y otras, finalmente, por el oído, porque sólo estos dos sentidos son representativos, y por esto hay colores y sonidos bellos; pero no olores, ni sabores que sólo serán gratos ó desagradables.

Veamos ahora cómo se produce alguno de los discípulos más insignes de Santo Tomás de Aquino, de esta inteligencia prócer, cuyos rayos nos iluminan al través de la Edad Media:

Fr. Juan de Santo Tomás, dice que "la
"disposición artifiiciosa ó artística es del
"todo independiente de la rectitud é inten-

" ción de la voluntad y de la ley del recto
" vivir," que " el arte no depende en sus
" reglas de la rectitud de la bondad y por
" eso no atiende á la rectitud de la obra, si-
" no á la bondad del operante." De aquí nunca se podrá colegir que hayan de aplaudirse las intemperancias de los artistas que ponen su arte al servicio de las pasiones; pero si se conducen mal como hombres, y por ello son merecedores de castigo, esto no destruye los elementos, bajo otros conceptos, estéticos, que pueden haber puesto en sus obras. Todo esto lo condensa el Sr. Menéndez en poderosa síntesis, diciéndonos que son igualmente falsas en el terreno racional ó lógico estas dos proposiciones:
" buscando lo bello, encontrarás lo bueno;
" buscando lo bueno encontrarás lo bello."

Establecida así la teoría del arte por el arte; conquistada la independencia de éste y asegurada su finalidad propia, el artista se servirá á veces de elementos que no aprobará el moralista; pero que tampoco censurará el estético, si por ventura conducen al fin inmediato del arte que es producir la belleza. ¿En este caso se halla la novela del Sr. Nervo? Creo que sí. Si fijamos nuestra

tención en el protagonista, se descubre en él una alma que purificada por el estudio y por el amor divino, por el cultivo de la Ciencia y por el amor al Bien, vence y domina á su parte inferior, mar tempestuoso en donde se agitan todas las concupiscencias y tumultúan las pasiones desmandadas. En tanto, la parte superior de su espíritu es región serena de paz iluminada por los fulgores de la virtud y de la ciencia: en ella reina el concierto de los afectos, el equilibrio de las facultades y la quietud del alma, cosas todas que constituyen la belleza moral. Este linaje de belleza tampoco falta en el acto no esperado con que el novelista desata el nudo de la fábula, pues si visto objetivamente ese acto es inmoral, repugnante y doloroso, considerado subjetivamente es el sacrificio llevado hasta el heroísmo por lo que piensa el protagonista que es el cumplimiento de su deber; mas nadie podrá negar que tal sacrificio y tan gran triunfo es cosa hermosa que arrebata nuestra admiración.

Y aquí conviene recordar la diferencia que Taparelli establece entre el concepto de belleza moral y el de acto bueno, "porque hay inmensa distancia entre la estéril ad-

"miración que nos inspira la forma del ac-
"to bueno realizado por otro y el cumpli-
"miento voluntario y libre de la ley mo-
"ral." En nuestro caso el acto que discutimos es una violación de leyes divinas y humanas; pero la intención que lo informa y las circunstancias que lo rodean, y que ya están puntualizadas constituyen su *forma* y esa *forma* es tal, que conquista nuestra admiración más entusiasta por una alma en quien la fortaleza y la castidad emalan con el amor á Dios y al deber.

Y aquí debo añadir que me rindo á la observación hecha por un literato muy distinguido. Piensa este notable crítico que la escena final de *El Bachiller* es algo naturalista y como seguramente mi amigo no pertenece á esta escuela, juzga que habría ganado el arte, si tal escena se hubiera suprimido.

Yo también creo como él, que no hay velos bastante densos para ocultar cuadros que no son ni para vistos, ni para imaginados. Esto no quiere decir que el autor se haya producido de un modo inconveniente; al contrario, luego se advierte qué empeño ha puesto, para no faltar ni en un ápice á la decencia y al decoro; pero el desenlace de

novela es de tal naturaleza que hubiera ido mejor significarlo por un eufemismo que representarlo en un cuadro naturalista.

Parece que es del mismo sentir el Sr. Frías y Soto, según lo da á entender en un elegante y notable juicio crítico que sobre *El Bachiller* publicó hace algunos días. Por mi parte, aprovecho esta oportunidad, para repetir lo que ya dejo dicho en este modestísimo trabajo: que nunca será lícito sacrificar la Moral al Arte.

Aunque la novela es muy corta, dentro de tan reducidos límites, el autor da en ella claras muestras de lo que puede hacer en este género.

Su talento observador y su fuerza de concepción lo ponen en aptitud de crear caracteres bien estudiados y dibujados con pulso firme y seguro.

El breve diálogo sostenido entre Felipe y su tío, cuando éste persuade al Bachiller de la necesidad que tiene de pasar algún tiempo en el campo, descubre en el tío un conversador delicioso y en el Sr. Nervo notable maestría para hacer hablar á sus personajes.

Mucho queda aún que decir sobre su in-

teresante novela; pero sería abusar de la paciencia del lector añadir una sola línea á lo ya escrito.

Veo con gusto que ha recibido ya el Sr. Nervo merecidas y calurosas felicitaciones; es de esperar que ellas lo alienten y estimulen, y que muy pronto enriquecerá la literatura patria con nuevos y opimos frutos de su bien cultivada inteligencia.



PROLÓGO

A LOS

"MURMURIOS DE LA SELVA."



ESTE libro que publica el Sr. D. Joaquín Arcadio Pagaza con el título poco ambicioso de ENSAYOS POETICOS, producirá, según yo pienso, dos grandes bienes: hará renacer la afición á la poesía pastoril, poco ó nada cultivada, é inspirará el deseo de conocer los grandes modelos de las literaturas griega y latina.

Con insistencia se viene diciendo por críticos de nota que pasó ya el tiempo de la poesía bucólica, y que no se escucharán más el caramillo ni la avena que Títiro y Melibeo tañeron en días lejanos á orillas del Mincio.

Hasta se ha llegado á enseñar que si la poesía bucólica ha de volver á nueva vida, es necesario romper los moldes antiguos, aquellos mismos en que vaciaron Teócrito y Virgilio las más bellas creaciones de su numen. Mas con ser tan respetable quien ha pronunciado esta sentencia, creo que es lícito apelar de ella ante el tribunal de crítica más sana y de gusto más acendrado. No es doctrina incontrovertible la que enseña que no son ya del dominio de la poesía los asuntos cantados en églogas ó idilios. Ya se pare la consideración en el teatro donde pasan las escenas de la vida campestre; ya se mire á los personajes que en ellas figuran, ó bien á los sentimientos que los mueven, siempre podrá dar cuerpo y realidad á bellezas de primer orden el poeta que apacienta su espíritu con la contemplación de la Naturaleza.

El sosiego de los campos, la serenidad del cielo, la fragancia de las flores, el canto no aprendido de las aves, serán raudal inexhausto de inspiración de donde manen á la continua la dulce paz del alma y la plácida alegría. ¿Y quién negará que todo ello fertiliza á los ingenios, que por inclinación de

su estrella han nacido para cantar la vida tranquila del campo? Sin embargo, algunos críticos malhumorados reputan este linaje de poesía frívolo y baladí; otros, ahondando más en esta cuestión, juzgan que el poeta ha de ser intérprete de las ideas y sentimientos reinantes en su época; y que tales ideas y sentimientos si bien se hallan en todos, no tienen en todos la claridad, intensidad y viveza que en la mente inspirada del poeta, foco á donde convergen los haces de luz que parten de otras inteligencias menos favorecidas. De donde se colige que el poeta ha de darles forma, y que de esta es dueño exclusivo; mas por lo que toca á la materia, tiene que recibirla según su grado de universalidad y trascendencia, ya de la humanidad, ya de su raza ó bien de su nación, y aun habrá casos en que el asunto escogido tenga color todavía más local. Si no se atempera á las exigencias de los tiempos, y si su lira produce sones desusados, nadie querrá oirle, ó no será comprendido cuando por ventura haya alguien que le escuche. En este caso piensan muchos que se halla el poeta bucólico, que cuenta cómo pastores que viven sólo en la fantasía, can-

tan sus amores, lloran la muerte ó los desdenes de su amada, ó bien compiten en alternado canto, y apuestan como premio al vencedor, quién un vaso ó una copa, y quién una oveja ó un cayado.

Se dice asimismo que el asunto es tan pobre, que á poco queda ya agotado, y por cortas que sean las producciones de este género, resultan monótonas; y sus autores se ven en el caso, ya no de imitarse, sino de copiarse unos á otros. Sin embargo, no son tales estas consideraciones, que nos autoricen á rehusar á los poetas bucólicos un lugar en el Parnaso. Las églogas y los idilios son verdadera poesía, y ni el transcurso del tiempo, ni la mudanza en tendencias, aficiones y gustos, podrán destruir *la belleza interna y esencial* que hay en esta clase de composiciones; porque no es la belleza algo puramente subjetivo que varía con el sentir de los hombres; si así fuera, nada habría verdaderamente bello, toda belleza sería relativa; y así como de no aceptar una verdad absoluta es necesario negarlas todas, y de no admitir una bondad absoluta, es preciso negar todo bien; de la misma suerte, de no confesar la existencia de una be-

lleza eterna y absoluta, de la cual son participación é imagen todas las cosas bellas, será menester conceder que nada hay real é intrínsecamente hermoso. El universo entero con sus armonías maravillosas y sus leyes imperturbables, es la expresión y la realización de la idea de su artífice, idea que debe considerarse como prototipo invariable de la belleza.

La belleza ontológica, que es esencialmente objetiva, es inseparable de la verdad y de la bondad. En el orden intelectual no es bello lo que no es verdadero, y en el orden moral tampoco puede ser bello lo que es intrínsecamente malo. El errcr y el mal son deformidades que no se compadecen con la belleza. En el Sér Absuluto, Verdad, Bondad y Belleza son cosas idénticas; sin embargo, esto no obsta para que sean distintos su conceptos y para que correspondan á facultades distintas de nuestro espíritu: entendemos lo verdadero, amamos lo bueno y nos gozamos en lo bello.

Los griegos, siguiendo sin duda las doctrinas de Platón, emplearon como sinónimos las voces *kalos* bello y *agatos* bueno, y aun de las dos formaron una sola *kalokagaton*, por

lo que mira á la verdad, es cosa universalmente reconocida que sin ella no hay belleza. Sin embargo, Rousseau pensaba que *lo belló es lo que no es.* La antinomia que se advierte entre estas dos doctrinas, nada más es aparente. Aunque en el mundo real hay bellezas que contemplamos arrebatados de admiración, no están exentas de defectos; más alla de lo real está lo ideal, y lo ideal es el tipo de la perfección en cada orden de cosas. Es ministerio del arte purificar la naturaleza de todas sus imperfecciones, y después de purificada, hermosearla y magnificarla. Acontece en el orden estético lo mismo que en el geométrico; la verdad no existe fuera del espíritu, está dentro de él; no es verdadero círculo el que ha construído el artífice, sino el que ha concebido y definido el geómetra; y de la misma suerte el tipo de la perfección, que es la verdad estética, no se ha de buscar en el mundo real, en donde se combinan, y mezclan y entreveran lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, sino en las creaciones del genio, ó como enseña uno de los mayores críticos modernos, en la vida y desenvolvimiento del espíritn. En este sentido, lo bello es lo que

no es, lo que no existe en el mundo real; pero que vive con vida maravillosa en el mundo de las ideas, cuyos horizontes son más extensos y están iluminados por luz más viva y más casta. En este sentido puede afirmarse que la verdad que el arte busca y hallada intenta realizar, no se encuentra en lo real, sino en lo ideal; pero lo ideal no es lo quimérico, ni lo contradictorio, ni lo inconcebible. Los ámbitos inmensos del ideal, dentro de los cuales vive é impera el arte, están limitados por el concierto y armonía que ha de haber entre lo real y lo ideal, pues lo segundo no destruye á lo primero, antes lo acendra y lo ennoblece, corrigiendo las imperfecciones inherentes á lo bello natural, que descubre y señala Hegel en su profundo tratado de Estética. El ideal que concibe el artista es superior al mundo real al cual perfecciona y embellece; pero muy inferior á la Realidad Infinita á la cual jamás podrá alcanzar.

Los grandes ideales son propiedad exclusiva del genio; son á manera de revelación que los espíritus privilegiados reciben de la inteligencia suprema durante arrobos inefables. Mas como los ideales humanos

al cabo sólo son participación y como tenue reflejo del ideal soberano, varía su grado de perfección con el grado de luz, de intensidad y elevación que le comunica la inspiración individual, que no en todos puede ser la misma. Platón, en uno de sus diálogos, que traduce en parte el Sr. Menéndez Pelayo en su admirable historia de las Ideas Estéticas en España, enseña que las mejores obras humanas "sólo se hacen por cier-" to furor, manía ó delirio que los dioses " nos infunden." Y según él manía es también " la inspiración poética que ins-" truye á los venideros de los hazañosos " acontecimientos de los pasados. Quien " sin ese furor se acerque al umbral de las " Musas, fiado en que el arte le hará poeta, " verá frustrados sus anhelos, y compren-" derá cuán inferior es su poesía dictada " por la prudencia á la que procede del fu-" ror concedido á nosotros por los dioses " inmortales para nuestra mayor felici-" dad."

Las obras de arte entre las cuales ha de contarse la poesía, toman su belleza, no sólo del ideal de que son trasunto; sino de la perfección con que han sido ejecutadas,

y del instrumento que ha servido para la ejecución. Esta última se reputa perfecta, cuando copia fielmente al ideal, y por esto piensan muchos que en las obras de arte la belleza estriba en la imitación. Pero aunque es muy intenso el placer que nos proporciona la imitación perfecta, no consiste en ella la *quididad* ó esencia de lo bello, es sólo el medio de trasladarlo al mundo del arte.

¿Mas qué ideal ha realizado la poesía pastoril, para asegurarse juventud perenne y eterna hermosura? Bien considerado este género de poesía, se advierte que el más importante de sus elementos estéticos es un elemento ético, es una especie de *sofrosyne* que consiste en el equilibrio casi perfecto de afectos y pasiones hasta donde lo sufre el ideal humano; porque no ha de crearse tampoco un ideal que destruya el concepto de hombre, y que por esto mismo venga á ser algo quimérico y contradictorio. Tal equilibrio va acompañado de esa ecuanimidad que resulta, no tanto del temple elevado del espíritu, cuanto de la tranquilidad de la vida pastoril, raras veces expuesta á grandes mudanzas como las que llora Me-

libeo, desposeído de su heredad por un bárbaro soldado. Con la ecuanimidad van juntas la serenidad y apacibilidad de ánimo, y un gozo suave y delicado que labra la dicha de esa vida, cuyos días corren felices en medio de ocupaciones campestres y de inocentes pasatiempos. Téngase además en cuenta que de ordinario andan concordes el estado del ánimo y el de la naturaleza: no hay grandes tempestades ni en el alma de los pastores, ni en su cielo azul y sereno; las claras y tranquilas aguas de los arroyos semejan la limpieza y tranquilidad de su conciencia, y la belleza de las zagalas compite con la de las flores, y aun le hace ventaja. Esta armonía del orden moral y del orden físico; esta correspondencia entre el estado del alma y el de la naturaleza, reune en feliz consorcio dos órdenes de bellezas, que juntas forman el ideal de la felicidad por todos anhelada, y tal armonía, según pensadores profundos, es el sello que distingue á una obra de arte. El poeta bucólico que canta los goces puros y sencillos de este género de vida, produce notas que escuchan todos con fruición inefable, porque llevan la paz al espíritu, y concie rtan el alma

agitada por pasiones tumultuosas. ¿Quién no habrá codiciado en medio de los placeres ó de los sinsabores de grandes ciudades y de cortes fastuosas, el retiro y sosiego de los campos? ¿Quién no lo habrá envidiado al escuchar la lira del poeta venusino, que viviendo en la ciudad por antonomasia y en la corte del monarca más poderoso de la tierra, llama feliz al agricultor que labra con bueyes propios los campos heredados de su padre? No hay que distinguir ni de tiempos ni de lugares, para afirmar sin temor de ser desmentido, que la poesía pastoril siempre ha satisfecho una necesidad de nuestra alma, y siempre "ha correspondido á algún estado general del espíritu." Pero esa necesidad nunca se ha sentido tanto como en nuestros días. Hoy que todo género de actividad agita el espíritu y lo fatiga hasta agotar su energía; hoy que la inteligencia apura todos sus recursos para poner en ejercicio y aprovechar por maravillosos procedimientos las fuerzas de la naturaleza por largos siglos ignoradas ó apenas vislumbradas; hoy, por último, que todo linaje de pasiones, y mayormente las políticas y religiosas, conmueven honda-

mente y sacuden con desusada violencia todo nuestro sér; hoy, sin duda, necesitamos más que nunca de un género de poesía que ponga en nuestro espíritu afectos tranquilos, sentimientos tiernos é imágenes risueñas, y que tenga eficacia para devolver al alma, siquiera sea momentáneamente, la paz turbada por tantas y tan diversas causas de agitación, proporcionándole algunos instantes de reposo después de rudo y afanoso trabajo.

Los poetas bucólicos más admirados y más imitados han pasado su vida en las Cortes de los reyes ó en medio de los campamentos; asordados á veces por el estruendo de las armas y rendidos á su peso, y á veces regalados con las delicias de una vida muelle ó hastiados de intrigas cortesenas. Sin duda sintieron la necesidad de respirar ambiente más puro, y en la poesía creada ó cultivada por ellos buscaron descanso á su espíritu fatigado y honesto esparcimiento, que remediase la desazón y desconsuelo que dejan placeres demasiado intensos, aunque fugaces. Así vemos que Teócrito floreció en Siracusa y cantó la gloria de Ptolomeo; Virgilio vivió en la corte

de Augusto; Calpurnio en la de Diocleciano; Tasso fué llamado por Alfonso II de Ferrara; Figueroa y Garcilaso siguieron las banderas de Carlos V; Meléndez Valdez figuró en el reinado de Carlos III y Madame Deshouliers en el de Luis XIV.

Ni se han de tener por indignas de la poesía aquellas escenas casi infantiles, que no han vacilado algunos en llamar verdaderas inepcias. Porque no es inepcia poner de bulto la inocencia, el candor, la sencillez y pureza de almas incontaminadas y limpias, tipos de belleza moral. Y esto sin contar con que la narración de tales hechos no está descarnada y escueta, sino hermoseada con imágenes y descripciones que dan al asunto una entidad que por sí mismo no tenía. De esta suerte, si dos pastores rivalizan en el canto, apuestan objetos que son maravillas de arte y cuya descripción nos deleita; tal es la que hace Teócrito de un vaso en uno de sus idilios y la que presenta Virgilio, también de vasos, en su Égloga III. Cierto es que las escenas de la vida pastoril no ofrecen aquel interés que despiertan el conflicto de las pasiones y la variedad casi infinita de lances cuya exposición sus

pende el ánimo y mantiene viva la atención; mas cabalmente éste es el mérito de la poesía bucólica nacida para solaz y sosiego del espíritu, y no para estímulo de pasiones desmandadas, ni para esfuerzos de atención que fatigan la inteligencia. Los sucesos cuya urdimbre forma la vida pastoril son sin embargo poéticos, con tal de que sean tratados poéticamente. "La poesía, dice el profundo " crítico é insigne humanista D. Miguel " Antonio Caro, es una manera ideal y be- " lla de concebir, de sentir y de expresar " las cosas; por manera que la esencia de " la poesía es siempre una misma, si bien " la esfera en que se ejercita es inmensa. " Cada género de poesía es la aplicación de " las facultades poéticas á determinado cam- " po; por lo cual no es razonable fallar " que en el siglo presente ó en el futuro no " ha de cultivarse sino tal género de poe- " sía, la científica v. gr., pues no hay moti- " vo para estrechar ni localizar la jurisdic- " ción del poeta. Buena fué, es y será siem- " pre la poesía, siendo poesía." A idéntica conclusión llega el Sr. D. Juan Valera, que pone término á profundas y luminosas consideraciones con estas palabras: "Infiérese

" de aquí que todo asunto es poético como " pase por el prisma hechicero de la poesía, " como le trate poéticamente el poeta." Tales enesñanzas consuenan con las doctrinas de Hegel. Este profundo pensador dice: "El arte que se expresa por la palabra, ya se mire á la substancia, ya á la forma de las representaciones, abarca un campo inmenso, más vasto que el que pertenece á las otras artes. Todos los objetos del mundo moral y de la naturaleza, los acontecimientos, las historias, las acciones, las situaciones físicas y morales entran en el dominio de la poesía y consienten ser tratados por ella." Y hablando más particularmente de la poesía descriptiva, enseña en otro lugar, que ofrece mayor interés cuando acompaña sus cuadros de la expresión de los sentimientos que puede excitar el espectáculo de la naturaleza, la sucesión de las horas del día, de las estaciones del año, ó una colina cubierta de árboles, un lago, un arroyo que murmura, un cementerio, una aldea agradablemente situada, en fin, una cabaña. Admite, lo mismo que el poema didáctico, episodios que le dan una forma más animada, particularmente cuando pin-

ta las emociones y sentimientos del alma, una dulce melancolía ó pequeños incidentes tomados de la vida humana en las escenas inferiores de la existencia. Finalmente, para que un asunto sea poético, quiere Hegel que sea presentado artísticamente por la imaginación, y que la expresión poética añada á la inteligencia del objeto una imagen, que aleje la comprensión puramente abstracta, y ponga en su lugar una forma real y determinada. Así es como los vedaderos poetas han rodeado de encanto indefinible incidentes insignificantes de la vida pastoril, ó hechos tan comunes que á la continua se verifican. ¿Qué suceso habrá de menor trascendencia que la pérdida de un manso? Y sin embargo, ha dado asunto á uno de los sonetos más bellos que se han escrito en lengua castellana. Así también nada hay más común que llorar la muerte de una persona querida; pero no es común expresar tamaña pérdida, con el hondo sentimiento de amor y de ternura que muestra el pastor Nemoroso cuando prorrumpe en estas quejas:

"¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
"Cuando en aqueste valle al fresco viento

"Andábamos cogiendo tiernas flores,
"Que había de ver con largo apartamiento
"Venir el triste y solitario día,
"Que diese amargo fin á mis amores?" (1)

Tampoco ha de pensarse que la poesía pastoril es pobre de asuntos y de formas. Por monótona que parezca la vida del campo, pueden variarse indefinidamente los cuadros de la naturaleza, y los incidentes que nacen de las pasiones, afectos é intereses propios de los campesinos. Y así lo ha hecho Gesner entre los modernos. El idilio XVIII de Teócrito, las Églogas IV y VI de Virgilio, así como los cantos fúnebres de Bion y el Aminta del Tasso, prueban que en este género de poesía caben asuntos de muy diversa índole. El poeta siciliano canta la gloria de Ptolomeo; Virgilio con acento profético y con tono ditirámbico anuncia que al advenimiento de nueva progenie bajada del cielo, va á mudarse la haz de la tierra y á renacer la edad de oro por todos suspirada. No hay, pues, razón para proscribir un género de poesía, que, cuando menos,

(1) He tomado esta observación y los versos que la comprueban de un discurso pronunciado en la Real Academia Española por el Sr. D. Antonio María Segovia.

tiene el mismo derecho que los otros, para ser aceptado como una de las manifestaciones más genuinas del arte, y como uno de los medios más apropiados para realizar la belleza por medio de la palabra.

Entre nosotros y en nuestros días, poetas insignes han consagrado á él sus ocios, enriqueciendo la literatura patria con joyas de muy subido precio. Uno de ellos es Ipandro Acaico, que ha puesto en nuestra lengua los bucólicos griegos. No soy quien pueda tasar el mérito de esta versión elogiada dentro y fuera de la República por los próceres de la Literatura; tampoco sería esta la ocasión oportuna de avalorarla. Otro poeta bucólico es Pagaza, autor del presente libro, en donde hay versiones parafrásticas y traducciones fieles; hay asimismo imitaciones y hay poesías originales.

Pagaza, por su natural mismo, ha nacido para admirar y amar la naturaleza y gozarse en sus bellezas, y por esto su vena poética corre siempre fácil, rica y espontánea. Su poesía es poesía de veras; no es postiza como esa que se hace consistir en adornos sobrepuestos y en afeites retóricos. Siente amor intenso á la naturaleza, la observa

casi con la misma atención que el naturalista, como si quisiera descubrir no sólo sus bellezas, que es lo que el poeta busca, sino sus más recónditos secretos y sus leyes más ocultas. Y como largos años de su vida ha pasado en la soledad de los campos, ocupado en conducir su mística grey á prados donde reina perenne primavera, su tarea cuotidiana ha sido la observación profunda de la naturaleza, la contemplación extática de sus bellezas y el estudio del corazón humano aún no contaminado por el refinamiento de una civilización sensual, ni pervertido por las demasías ó intemperancias de una ciencia tan descreída como soberbia.

Y grandes enseñanzas ha de haber logrado en el sosiego de su retiro. cuando en su bellísimo romance á Liranio exclama:

¡Ah! te aseguro, Liranio,
Que allá en las aulas austeras
No aprendí lo que Natura
En estos campos me enseña.
En cada fuente que brota
Y cuyas ondas inquietas
Huyen, saltando en las guijas,
Sonoras, blandas y amenas;
En cada flor que á la aurora

Remeciéndose despliega
Sus pétalos, alardeando
De su fragancia y belleza,
Y que en sudario á la tarde
Sus propias galas se truecan
Y viene el aura gimiendo
De su tallo á deponerla;
En cada hierba que nace,
Y en cada fronda que rueda
Liranio, encuentro motivos
De reflexiones muy serias.

Así es que la naturaleza le ha proporcionado el asunto ó materia de sus obras poéticas; su numen ha hermoseado y perfeccionado lo que en el mundo real no era acabado ni perfecto, y ciñendo sus sienes con las ínfulas sacerdotales del vate, ha puesto el oído á las revelaciones que vienen de lo alto, para iluminar é inflamar al alumno favorecido de las Musas. Su educación literaria enteramente clásica trasmitió á sus producciones el espíritu virgiliano que les da color y vida, puso en ellas elegancia de estilo, frase pintoresca y dicción rica, limpia y correcta.

Figuran en primer lugar en este libro las versiones de las diez églogas de Virgilio, algunas de ellas son fieles y algu-

nas parafrásticas. Todos saben cuán grandes son las dificultades que le salen al paso al que intenta enriquecer la literatura y lengua de su patria, vertiendo al propio idioma obras escritas en otro. Pero suben de punto tales dificultades, si la traducción ha de sujetarse á las estrechas y múltiples leyes del metro. En este caso es menester un poeta para interpretar á otro poeta, é incurriría en grave yerro quien pensara que para salir airoso de tamaña empresa basta conocer con perfección la lengua en que está escrita la producción original y la vernácula á la cual ha de ser trasladada. Con esto se tendrá solamente el instrumento que ha de servir para la ejecución de la obra; pero si la versión ha de ser trasunto fiel del original, es indispensable que el traductor esté bajo la influencia de una inspiración semejante á la que iluminó y agitó al poeta; es preciso que sienta y piense como él, y que siga muy de cerca los vuelos de su fantasía. Asimismo, mucho contribuirá á la realización del intento la identidad de tendencias y aficiones en uno y otro; pues mientras mayores sean las afinidades de orden psicológico, mayores elementos habrá

también para que la interpretación sea fie y feliz.

Claro está que no se habla aquí de las versiones literales que en las aulas se hacen de las crestomatías griegas ó latinas; en ellas el profesor no se aparta un punto de la significación literal de cada palabra, porque su intento no es descubrir las bellezas literarias de los trozos escogidos de autores clásicos; sino enseñar la fiel correspondencia entre los vocablos y modismos griegos y latinos, y los de la lengua nativa. Cuando se traduce de esta suerte, suele suceder que desaparece el pensamiento intentado por el autor, verificándose aquello de que *summa fides, summa est infidelitas.* Trátase aquí de aquellas otras versiones que son fieles no tanto á la letra, cuanto al pensamiento, al sentimiento y á la imagen, y que tienden á la imitación del estilo y á la reproducción de una obra de arte. Empresa ardua que pocas veces se lleva á buen término, pues como dice Cervantes, citado por Caro, "los libros de versos traducidos " nunca jamás llegarán al punto que ellos " tienen en su primer nacimiento."

Mucho se ha disputado sobre si tales li-

bros se han de traducir en prosa ó en verso. La prosa permanece más fiel al pensamiento, porque arrimándose á la letra más de lo que puede acercarse el verso, conserva íntegra ó casi íntegra la substancia del original; al paso que el verso sacrifica á las exigencias del metro algunas ideas y presta al autor otras que nunca estuvieron en su mente, si bien se desprenden fácilmente de las que expresó.

En ambas versiones, si son buenas, puede conservarse la frescura y colorido de la imagen, y la imagen es la forma interna de la cual reviste el poeta las ideas abstractas y los conceptos universales; pero si la versión se hace en prosa, desaparece aquella forma externa, que consiste en la dicción y estilo, en la cadencia y ritmo propios de la poesía.

Por lo que toca á las versiones parafrásticas, deben mirarse más bien como imitaciones que tienden á expresar los pensamientos principales del original, prescindiendo de los secundarios; mas para ser buenas han de reproducir las bellezas de estilo y de dicción hasta donde lo consientan las afinidades de una y otra lengua. En tales versiones el poeta se mueve con ma-

yor libertad; pero por esto mismo se aleja del fin intentado en otras traducciones.

La que Pagaza ha hecho de las églogas de Virgilio nó siempre es parafrástica. La de la primera, por ejemplo, se ajusta con notable fidelidad al original, y en ella lo mismo que en otras, ha dado muestras de tales dotes poéticas, que yo le llamaría Virgilio redivivo, á no vedarlo la veneración debida al gran poeta mantuano.

A pesar de las trabas que sujetan al que traduce en verso, Pagaza sin esfuerzo alguno imita la estructura de la frase latina, sin que por esto en castellano resulte violento el hipérbaton. Entre muchos pasajes que sacan verdadera esta observación, véase el principio de la égloga VIII *Pastorum musam Damonis et Alfesibai*. A semejanza de Fr. Luis entre los antiguos, y de Caro entre los modernos, ha enriquecido nuestra lengua divulgando frases ó acepciones nuevas ó no muy conocidas, tomadas del tesoro inexhausto del latín. En la primera égloga, por ejemplo, usa *resonar* como transitivo, conservando intacto el pensamiento de Virgilio gallardamente expresado en este verso:

Formosam resonare doces Amaryllida silvas.

que nuestro poeta traduce:

Tendido enseñas á la selva fría
A resonar el nombre
De la hermosa Amarilis tu alegría.

Asimismo traslada felizmente la frase *canet ad auras*, diciendo:

Al perfumado ambiente
Dará su canto.

No estuvo menos acertado vertiendo gráficamente el verbo *fumant*, aplicado á los techos de las cabañas, en el siguiente verso:

En espiral se eleva el humo espeso.

Pero lo que más deleita, así en esta como en otras traducciones, es el perfume virgiliano que todas ellas exhalan. La misma elegancia en la frase, la misma delicadeza, la misma suavidad y ternura en los sentimientos.

Si leemos toda la égloga á que voy haciendo referencia, se ve que Melibeo, desposeído de su terruño, se llora desterrado quizá para siempre de los campos que fue-

ron su alegría; pero sereno en medio dolor, sin envidia ni odio pondera l cidad de Títiro, al cual dice:

¡Anciano venturoso! luego quedan
Defendidos tus campos deliciosos
Y para tí muy vastos
Aun cuando encubran á los tiernos past
La estéril piedra y juncos cenagosos.
No enfermarán las gramas desusadas
A tus cabras preñadas,
Ni á las paridas la escasez de hierba;
Ni el vecino rebaño
Contagiará á tu grey; del fiero daño
Tu grey en estos sotos se preserva.
¡Anciano venturoso! en las orillas
De estos ríos que alegran la espesura
Y al labio de las sacras fuentecillas
Disfrutarás de plácida frescura.
En las cercas del límite vecino
Con susurro divino,
Al desbriznar del sauce las galanas
Flores pequeñas y del blanco alheño,
Te incitarán á conciliar el sueño
Las sonoras abejas sicilianas.
El leñador sobre las hoscas peñas
Al perfumado ambiente
Dará su canto; y roncas las torcaces,
Tu delicia, del álamo en las greñas
Gemirán con la tórtola doliente.

Títiro, dolido de la pena que aflig

amigo intenta detenerlo siquiera una noche más en quellos sitios tan queridos, convidándolo con blando lecho y sabrosa cena, en los versos siguientes:

Bien podías quedarte aquesta noche
Aquí conmigo sobre el césped blando;
Tengo pomas dulcísimas, castañas
Cocidas al rescoldo, leche y queso.
Las auras empañando,
En espiral se eleva el humo espeso
Encima de las míseras cabañas;
Y rápidas se acrecen,
Al caer negras de los altos montes,
Las sombras y los valles obscurecen.

En los pasajes anteriores y aun en toda la égloga, llama la atención la *ecuanimidad* de que dan muestra Títiro y Melibeo en todos sus discursos; ni el rigor de la fortuna exaspera á éste, ni sus favores desvanecen á aquel. Esta serenidad de ánimo consuena con la de la naturaleza, cuando al aproximarse la noche dice el poeta;

Y rápidas se acrecen,
Al caer negras de los altos montes
Las sombras, y los valles obscurecen.

Tal vez Schiller tuvo presente este pasaje cuando escribió: "La serenidad pertenece

al arte. El ideal es la belleza silenciosa y tranquila de las sombras. El imperio de las sombras es el ideal" Cuando se lee la versión de Pagaza no se echa de menos en ella esa serenidad sello del arte clásico, que Virgilio supo expresar con tanta maestría, y que su traductor conservó con no menor fidelidad.

La traducción de la égloga III en parte es fiel, y en parte parafrástica. Los versos amebeos que cantan Menalcas y Dametas están parafraseados en sonetos magistrales que por lo general contienen en el último terceto el pensamiento original. Así pues, no seria razón decir que éste ha sido desvirtuado, por haberse desleído en catorce versos lo que Virgilio significó en dos; el concepto se halla encerrado casi en el mismo número de versos; pero va precedido de una amplificación que, según yo creo, nada le quita de su vigor y belleza primitiva. Sin embargo, á veces los pensamientos de Virgilio sí se hallan parafraseados y diseminados en todo el cuerpo del soneto; sirva de ejemplo el que corresponde á estos dos versos de la égloga III.

Ab Jove principium, Musæ; Jovis omnia plena:
Ille colit terras; illi mea carmina curæ.

¡Oh Musas Heliconias, dadme aliento!
Comencemos por Jove soberano,
Que martilló con vigorosa mano
Hasta combar el alto firmamento.
El á la tierra púsole cimiento
Sin escuadra ni plomo; en el verano
El borda la pradera, y del manzano
Cuaja las flores y encadena el viento.
El fecunda los hatos; y él enseña
Al mirlo su selvática armonía.
Su piedad reflejando en la cigüeña,
Y aun cuando mora en sempiterno día,
El me ama, pastor: y no desdeña
mi canto y melodiosa poesía.

En los cuartetos rivalizan, ó más bien están concordes el alto son de las palabras, la rotundidad de los versos y la arrogancia de la dicción con la grandiosidad del asunto y la elevación del pensamiento. La imagen de Jove

Que martilló con vigorosa mano
Hasta combar el alto firmamento.

es valentísima, y si no me equivoco, también es nueva. Hay en el pensamiento lo que llama Kant el sublime matemático, que es lo indefinido en la grandeza, y el sublime dinámico, que es lo indefinido en el poder y en la fuerza. Pero lo indefinido no es lo infinito, y el poder de Jove, que

necesita de martillo para forjar el firmamento, tiene un límite señalado por los instrumentos, sin los cuales no puede ejecutar su obra. Esta idea de Dios, si bien elevada, no alcanza los ápices de la sublimidad, si no es en el segundo cuarteto, en donde se dice como

> El á la Tierra púsole cimiento
> Sin escuadra ni plomo.

Aquí el artífice ya tiene un poder no sólo grande, sino verdaderamente infinito: no ha menester de medios extraños para realizar su pensamiento: "habla y las "cosas son hechas; manda y las cosas son "creadas" por sólo la eficacia de su palabra. Este es el infinito que pudiéramos llamar ontológico. El primer ideal de la divinidad está limitado por formas sensibles y precisas; es el ideal del arte clásico esencialmente antropomorfista, cuyos dioses eran hombres y cuyos hombres eran dioses según la frase feliz del marqués de Valdegamas. Mas la otra idea de Dios, que es la verdadera, es la idea cristiana, tal como David y Moisés la presentaron á los hombres, y tal como la ha concebido y expre-

sado el arte romántico. Pues si bien se mira la diferencia substancial entre las dos escuelas, la clásica y la romántica, está en el ideal á que cada una aspira: la clásica se propone dar cuerpo y realidad á lo bello, á lo que está limitado por las proporciones, la forma y el número. Sus leyes son estrechas y severas; siempre se muestra solícita de conservar perfecto equilibrio entre la razón y la fantasía, y si tal equilibrio se perturba,el fiel de la balanza se inclina al lado de la razón; así es como imprime á sus obras el sello de serenidad y felicidad de que hablan Hegel y Schiller.

Esta armonía entre la imaginación y el entendimiento es necesaria para realizar la unidad en la variedad, que es la fórmula de la belleza. La fantasía multiplica las imágenes; pero el entendimiento pone orden en ellas y las reduce á símbolos ó formas sensibles de una idea, de un solo pensamiento, supuesto que en toda obra de arte uno solo ha de ser el intento principal que se proponga alcanzar el artífice.

La escuela romántica siempre ha aspirado á la realización de lo sublime, y aun cuando no proceda desapoderadamente co

mo algunos piensan, sus preceptos son menos rigurosos, y consienten mucha mayor libertad al artista, como lo prueba el poco respeto á las unidades que tanto sujetan y fatigán á los clásicos. Debe esta libertad al predominio de la fantasía sobre la razón, las cuales contienden entre sí, resultando de esta discordancia un placer mezclado de dolor ajeno al arte clásico.

En el soneto que examinamos, contrasta con el cuadro grandioso de los cuartetos el pintoresco que nos muestran los versos inmediatos. Júpiter depone el martillo, símbolo aquí del poder y de la fuerza, y dejando todo lo que tiene de imponente

......en el verano
El borda la pradera, y del manzano
Cuaja las flores y encadena el viento.
El fecunda los hatos y él enseña
Al mirlo su selvática armonía.

Tales contraposiciones son muy comunes en los grandes poetas, y Virgilio ofrece de ellas numerosos ejemplos. Ya vimos cómo en la égloga primera contrastan las situaciones de Títiro y de Melibeo, y el Sr. Caro en su admirable estudio sobre Virgilio pre-

ımerosísimos pasajes, que demues-
ɜ "Virgilio ama los grandes contras-
as grandes compensaciones que pre-
. la historia del hombre y de los pue-
, lo mismo que las antítesis de menu-
conceptos, de sombras y de tintas.
ahí la variada contraposición de los
adros de la Eneida: la caduca Troya
ntrasta con la naciente Cartago; los
mores con las guerras, la alegría de los
juegos y los triunfos con los golpes de la
adversa fortuna....

"Luego estas oposiciones que ocurren de
"libro á libro, de cuadro á cuadro, se re-
"producen á cada paso como en miniatura
"dentro de cortas frases. En el libro pri-
"mero de la Eneida nos pinta el poeta á
"grandes rasgos el horror de una tempes-
"tad, y luego describe el apacible abrigo
"del puerto."

Las mismas oposiciones se advierten en Horacio, y como muestra, sólo recordaré el contraste que nos ofrece en su oda á Grosfo entre aquel que aventura vida y fortuna en medio de mares revueltos, y pide á los dioses seguridad y sosiego. y Grosfo que en el colmo de la abundancia y rodeado de sus

ganados viste de lanas tintas dos veces en el múrice tirio.

Pagaza en este soneto y en otras muchas producciones suyas se da á conocer como discípulo aventajado de tan grandes maestros.

El soneto termina con la paráfrasis del *ipsi mea carmina curæ*, que es como cerrarlo con llave de oro, pues tratándose de versos amebeos, Dametas debe asegurar el triunfo en su competencia con Melibeo, y sin duda lo conseguirá, si Júpiter está de su lado, y se goza en su poesía el padre de los dioses y de los hombres cuyo poder y grandeza ha cantado el parafraste.

Aunque lo expuesto quizá sea bastante para conocer lo que valen las traducciones de Pagaza, no quiero hacer caso omiso de las églogas IV y VI.

La IV ha alcanzado mayor celebridad que ninguna otra, debido esto á que en ella se ha creído descubrir una alusión muy transparente al advenimiento de Jesucristo y á su grande obra de reparación y redención. En la antigüedad la consideraron como anuncio profético de tales acontecimientos Lactancio en su Instit. VII, 24, y Cons-

tantino en su *Oratio ad cœtum sanctorum* Después varones insignes por su doctrina han participado de la misma creencia. Sin embargo, á la luz de la crítica moderna parecen endebles los fundamentos de semejante opinión; pues no podría pensarse, según observan Heyne, Dubner, Wunderlik y otros, que los romanos dieran importancia y crédito á profecías que, por venir del pueblo hebreo, habrían mirado como verdaderas inepcias y supersticiones. Ni se explica tampoco de un modo satisfactorio cómo tales vaticinios hubieran llegado á noticias de Virgilio. A otros anuncios y á otras creencias aludía el poeta según puede verse en los comentadores y críticos citados. Pagaza tiene, sin embargo, como crítico, pero sobre todo como poeta, derecho incontrovertible para pensar con varones doctísimos de todos tiempos que esta égloga es como una preparación evangélica en la cual el siglo de Saturno prefigura el establecimiento del Cristianismo, y el niño próximo á nacer es Jesucristo reparador del linaje humano.

Colocado Pagaza en este punto de vista, ha cantado en su magnífica paráfrasis los

más grandes misterios del Cristianismo, como la consustancialidad del Padre y del Hijo, la Anunciación y la Encarnación, y luego el reinado de la verdad y de la justicia por el establecimiento de la Iglesia. Así el *magnum Iovis incrementum* que otros han vuelto por alumno de Júpiter, Pagaza con espíritu cristiano, y permaneciendo fiel á la palabra, ya que no al pensamiento de Virgilio, traduce:

Prole cierta de Dios, de su substancia
Imagen viva, gloria y prez del suelo.

Y con el mismo espíritu cristiano hace la paráfrasis de este verso de Virgilio:

Incipe parve puer risu cognoscere matrem

en estos otros que más que poesía parecen canto ó música del cielo:

¡Oh niño celestial! la blanda risa
Conoce, es tiempo, de tu madre hermosa
Quien del cielo á las órdenes sumisa
En su albo seno te llevó amorosa.

Tal vez la paráfrasis de esta égloga y la versión de la VI han sido las más felices. En una y en otra el poeta mantuano deja por un momento su grácil avena, y nos

hace escuchar las dulces notas de su maravillosa lira, y aun el alto son de la trompa épica. Porque canta el advenimiento del reinado de Saturno, que tras el largo período de diez siglos aparece de nuevo en el giro interminable de las edades; anuncia el fin de las calamidades con que guerras intestinas habían afligido á Roma, y predice una época de ventura para el mundo entero.

No menos elevado es el asunto de la égloga VI. En ella canta Sileno el principio de todas las cosas, del cielo y de la tierra, y explica las leyes cósmicas de la creación, tal como las entendía la escuela de Epicuro.

Pagaza al interpretar á Virgilio no se ha mostrado desigual á la empresa con ser tan ardua. En sus versiones luego se advierte el *os magna sonaturum* de Horacio. Levanta el tono á la altura del asunto, y si he de expresar lo que siento, en la égloga IV remonta el vuelo más alto que Virgilio, porque el ideal que encarna en sus versos es la concepción teológica y ética más elevada, y la revelación más grande que jamás haya visitado al humano entendimiento. Muy lejos estaba Virgilio de representarse á ninguna entidad mitológica como la teolo-

gía cristiana concibe al Verbo consubstancial con el principio que lo engendra; y la edad de oro por él anunciada nada tenía que ver con el reinado de la paz, de la justicia y de la verdadera civilización asentado en los hondos y sólidos fundamentos del Cristianismo. Creo, pues, que con toda propiedad puede decirse del poeta académico "que ha modelado el mármol de la antigüedad con manos cristianas," frase muy feliz usada ya, si no me equivoco, por el Sr. D. Leopoldo Augusto Cueto.

La octava real fué el metro escogido para poner en nuestra lengua la égloga IV. El decoro y aun majestad de la dicción poética; la elegancia, vigor y nobleza del estilo; la riqueza y facilidad de la rima, y luego la lozanía y amenidad de las imágenes colocan esta producción, según yo creo, en el número de las joyas más ricas de nuestra literatura. Sus octavas admirablemente cinceladas, suenan en nuestro oído como música suave y deleitosa, y ponen de manifiesto que el castellano por su ritmo, es sin duda la más armoniosa de las lenguas. Y para convencerse de ello basta poner la consideración en los elementos eufónicos de

cuya combinación resulta el ritmo del idioma castellano, que procede de la admirable proporción con que se combinan las vocales ya plenas, ya tenues, con las consonantes suaves, medias y fuertes; de la gran movilidad de nuestro acento; de la feliz distribución de las voces agudas, graves y esdrújulas que forman el período; de las pausas, cortes é inflexiones de la voz; del acertado escogimiento de palabras y expresiones, y finalmente del concierto y correspondencia que exige la estructura del período entre el pensamiento y la dicción, lenta ó rápida, variada ó monótona, robusta ó desmayada, sorda ó sonora, según la índole de las pasiones, sentimientos ó afectos que expresa, y según la naturaleza de las ideas é imágenes que encarnan en ella. A esta riqueza y diversidad de elementos debe el castellano el número del período, la armonía y cadencia del verso y la abundancia de onomatopeyas. Pero si el ritmo es necesario en prosa, en el verso es de tal modo esencial, que sin él no hay poesía, como que ésta no puede vivir sin la música que es su hermana gemela. Por esto piensa Quintana que "cuando un poeta es duro,

seco y desabrido, no ha de decirse que n tiene oído; lo que debe decirse es que no tiene alma.'' Mas si el ritmo es para la poesía color y vida, Pagaza tiene asegurado ya lugar prominente entre los poetas; por lo general sus versos se cantan más bien que se leen, y suspenden nuestro oído con la magia seductora de su música. No pesará al lector que, en prueba de ello, traslade aquí las dos octavas con que empieza la égloga IV; son las siguientes:

Canté el frescor, el hálito y las flores
De la selva, las greyes, las galanas
Parleras avecillas, los rumores
De los céfiros, pinos y fontanas.
Ensayó mi rabel de los pastores
Suave el canto: Musas sicilianas,
Venid ligeras y acorred mi anhelo
Hoy que pretendo levantar el vuelo.
Poeta pastoril, si plugo al hado
Encadenarme á un bosque de tomillo
Laureles y arrayán; si no me es dado
Por la lira trocar mi caramillo,
Dadme cantar el aromoso prado
Con tal sonoridad, destreza y brillo,
Que esta canción de venturoso agüero
Digna sea del Cónsul Verdadero.

Siguiendo nuestro poeta el ejemplo de Fi-

gueroa, que escribió en verso suelto su preciosa égloga intitulada Tirsi, lo empleó asimismo en la versión de la égloga VI. Sin duda es más libre y quizá más noble, pero también más difícil, como que en él han de reunirse todos los elementos eufónicos del ritmo, á fin de compensar la falta de rima con la fluidez, dulzura, plenitud, sonoridad y cadencia del verso. Y todas estas cualidades se advierten en los que salen del taller poético de este artífice de la palabra, cuya pluma es al mismo tiempo cincel que labra con seguridad, precisión y firmeza, y pincel que pone en el lienzo todas las maravillas del colorido. Como muestra de la facilidad y maestría en el verso blanco, así como del conocimeiento íntimo que tiene de la manera y estilo de Virgilio, voy á copiar el siguiente fragmento de la égloga citada:

A cantar empezó. Y entonces vieras
De su voz al compás danzar los Faunos
Y los tigres, y duras las encinas
Menear ledas sus tendidas copas.
Ni ccn Apolo la Parnasia cumbre
Se alegra tanto, ni al divino Orfeo
El Ismaro y Rodope tanto admiran.
Porque cantaba cómo en el enorme
Vacío los primeros elementos

Del aire, de la tierra, de las aguas
Y el fuego transparente se juntaron:
Y cómo de los átomos su origen
Tuvo la creación y su principio,
Y el mismo tierno mundo fué creciendo.
Entonces poco á poco endurecida
La tierra se mostraba cuando el ponto
Blandamente ondeando se encogía
Y tomaban las cosas ser y forma.
Ya de la tierra el estupor doblado
Al ver la rubia luz del sol primero
Y al mirar que los húmedos vapores
Suben á lo alto y luego se desatan
Sobre los campos en alegre lluvia;
Ya el nacimiento de la virgen selva,
Y cómo los primeros animales
Vagaban raros en ignotos montes.

Después de haber leído lo anterior, nadie podrá negar á Pagaza rara habilidad para emplear el verso blanco, ni conocimiento profundo de nuestra prosodia. Las pausas, los cortes y la artificiosa combinación de sílabas átonas y tónicas justifican el uso del verso suelto, que suena en algunos oídos más grato que el martilleo de la rima. Si de esta forma poética que pudiéramos llamar externa, pasamos á la imagen que es la forma interna y al pensamiento del poeta que se halla detrás de la imagen, adver-

tiremos en toda esta composición reproducidas la manera y formas virgilianas, hasta donde lo consiente la diversidad de los idiomas. La misma gracia, donaire y travesura en el principio; igual elevación en el canto de Sileno, que refiere el origen de los hombres y de las cosas; y por último la misma gallardía y elegancia en la estructura de la frase. En toda la versión centellean epítetos felicísimos; pintorescos algunos al modo de los que usa Virgilio; y otros verdaderamente horacianos, por lo complexo y profundo de la idea encerrada en síntesis brevísima, como contenida á veces en una sola palabra. Este acertado uso de los epítetos no sólo se nota en la égloga de Sileno, sino en todas las demás, y asimismo en las producciones originales. Son piedras preciosas, que al desengastarse de la joya en donde se hallan incrustadas, pierden mucho de su brillo y belleza; pero el lector reconocerá la exactitud de nuestro juicio, cuando tropiece con expresiones como éstas: grácil avena, flavo Tíber, obstinada gleba, mis yermados lares, ó con trozos como el siguiente:

"Desprendidas rodaban de su frente

"Por el suelo *pampíneas* las *guirnaldas*
"Y el cántaro surtido se veía
"A la pared colgado de la gruta
"Del *asa enflaquecida* por el uso

No faltará quien piense que los anteriores versos, lo mismo que el soneto que comienza

—¡Oh Musas Heliconias! dadme aliento

no están bien en labios de gente rústica, ni se avienen con la índole de la poesía bucólica; pero si en esto hay culpa, toda ella será de Virgilio, y no del parafraste, que no hizo más que traducir ó imitar.

Como ya se ha notado, los poetas bucólicos no creyeron ajeno de la poesía pastoril cantar asuntos menos humildes que los de la vida campestre, y así lo da á entender Virgilio en los tres primeros exámetros de su égloge IV:

Sicelides musæ paulo maiora canamus,
Non omnes arbusta iuvant humilesque myricæ
Si canimus silvas silvæ sint consule dignæ.

No debe, pues, extrañarse que siendo más elevado el asunto, lo sea asimismo el estilo; y que en la combinación del género épico con el bucólico, cada uno de ellos haya sa-

rificado algo de lo que le es propio; pero salvando lo esencial y característico. Y así la poesía pastoril conserva sus campos, sus ovejas y sus flores. Con la pompa de la dicción y la grandiosidad del asunto, alternan la naturalidad, delicadeza y gracia de pensamientos, afectos é imágenes, y también la elegante sencillez de la frase. Prueba la verdad de esta observación la misma égloga IV que anuncia la espontánea fecundidad de la tierra, la abundancia y tranquilidad de los campos, la variedad de las flores y la belleza de las ovejas teñidas por la naturaleza misma, de nuevos y hermosos colores.

Si volvemos nuestra atención á las poesías originales de nuestro autor, en ellas también advertiremos impreso el sello de profundo amor á la Naturaleza. Pudiera decirse que las cuerdas de su lira vibran casi siempre á impulso de sentimiento tan puro.

En las poesías bucólicas ha sabido juntar á la sencillez y naturalidad de Teócrito, el arte y elegancia de Virgilio; tales cualidades se hallan reunidas en el soneto intitulado "Al entrar el Invierno," que no lleva-

rá á mal el lector le ponga á la vista así:

El crudo Norte con su aliento frío
Va el llano poco á poco despojando
De su hermoso verdor, y deshojando
El tierno sauz del vaporoso río.
¿En donde pacerás, rebaño mío,
Causa inocente del tormento infando
Que sufre el corazón? ¡Ya estás balando
Y aun no se cuaja el matinal rocío!
....Ya sé lo que de hacer. La hierba fina
Que ajironada flota en la laguna,
Tu alimento será; copuda encina
Te abrigará á su pie; y en la importuna
Noche fría, mi avena peregrina
He de tañer al rayo de la luna.

Quizá ofenda al que no esté familiarizado con los poetas bucólicos la ingenua sencillez de esta frase: "Ya sé lo que he hacer"; mas si se reflexiona un poco, se concederá sin esfuerzo, que es una de las bellezas del soneto, á pesar de la aparente llaneza de la expresión, pues brota espontánea de los labios del apenado pastor, y por su inimitable naturalidad contribuye á dar á todo el cuadro el colorido y tono propios de la poesía pastoril. Tal vez una crítica melindro-

a desdeñaría también estos versos de Teócrito traducidos por Ipandro Acaico:

Y mira no te acerques al carnero
Que de Africa me vino, porque cuerna,
Títiro caro, aun al mejor vaquero.

y quién sabe si hasta llegaría su desacato á notarlos de rusticidad.

En la poesía descriptiva brillan también singularmente las dotes de Pagaza. En este género el triunfo del arte estriba en la perfección de la copia, que ha de reproducir las bellezas del original, si bien purificadas de todo lo que en la naturaleza sea feo ó desagradable, y descargada de pormenores que nada signifiquen, pues no debe perderse de vista que aun en lo real debe buscarse lo ideal; y que el arte desecha lo real, cuando carece de significado.

El romance intitulado "A un Poeta" es una colección de bellísimos paisajes, en los cuales el vate se muestra no sólo admirador apasionado, sino profundo observador de la Naturaleza. Hay gran variedad en los cuadros que presenta; movimiento y animación en los objetos que describe; frescura y verdad en el colorido; y por lo que

hace á la verdad, es tanta, que asistimos con el autor á los espectáculos que nos ofrece, y visitamos los lugares á donde nos conduce; todo lo cual da á este romance un tinte enteramente local. En él refiere el poeta á un amigo suyo la vida que lleva en el campo; pinta los lugares y escenas que más le deleitan, y hablando de una excursión matinal, dice:

Me agrada al romper el día,
A la luz de las estrellas
Fugaz, del cerro vecino
Trepar por la cumbre enhiesta
Y contemplar extasiado,
Sin que la escarcha me ofenda:
La perspectiva admirable
Que por doquier me rodea.
(Ora contemple la altura.
Ora contemple la tierra)
En el punto en que á la vida
El mundo dormido vuelva.
Aquella luz apacible
Entre amarilla y bermeja,
Salpicada de diamantes
Que ya el horizonte incendia;
Aquel plañir de los ríos
Que no lejos se despeñan
Entre brumas, aventando
Sus aguas de piedra en piedra;
Aquel aspecto arrogante

De los arbustos que ostentan
En su frente obscurecida,
Líquida y clara diadema;
Aquel huir de las sombras
Que obstinadas se atrincheran
Tras los troncos, rehusando
Retornar á las cavernas;
Aquella flama que asoma
Del Zempoala en la cresta,
Trémula blanca, radiante
Que majestuosa se eleva:
Graznan las aves palustres,
Los gallos cantan al verla
Batiendo sus blondas alas.
¡Es la matinal estrella!

Nótese, además, con qué soltura y fluidez rren estos versos, y cómo no se empaña solo punto el brillo de este cuadro ilunado por

Aquella luz apacible
Entre amarilla y bermeja
Salpicada de diamantes
Que ya el horizonte incendia.

Pero la poesía no sólo vive de imágenes, alimenta también de sentimientos, y en ello ocupa el amor el primer lugar, por raíz de todas las pasiones. Quienes sean ;raños al arte, y jamás hayan sido visi-

tados por la inspiración, han de pensar que Pagaza, por la austeridad de su carácter sacerdotal, no debía hacer vibrar en su lira la cuerda destinada á ese sentimiento. Pero pensar así, es olvidar que la poesía, como lo da á entender el mismo nombre, es una especie de creación, y muchas veces canta no lo real ni lo existente, sino el ideal que ella ha creado, dándole un sér que en sí mismo no tiene. Así se concibe que sin amor se pinte el amor, y que el poeta, para dar forma concreta á un sentimiento vago, indefinido, y si puede decirse abstracto, finja una belleza que tiene sólo una existencia ideal.

Pagaza, levantando el vuelo hasta las regiones serenas del más puro idealismo, ha puesto en sus pastores un amor tan noble y generoso, que raras veces es dable sentirlo así acá en la tierra. Y para que se vea cuánto ha purificado y engrandecido este sentimiento, leamos el soneto que en la corteza de un árbol escribe á su amada un pastor desdeñado.

Cuando la suerte con airada mano
Enturbie, Filis, de tu dicha el cielo,

Y el desamor con hálito de hielo
El fuego extinga de tu pecho insano;
  Cuando demandes compasión en vano
De quien no alcance tu inefable duelo,
Y sola cruces orizado el suelo,
Enjuto el rostro y el cabello cano;
  Ven, Fílis, ven á mí. La sierra erguida
No ha de negarnos en su seno frío
Algún rincón donde acabar la vida.
  Y tu lloro al mezclarse con el mío
Dirás ¡ingrata! de mi cuello asida:
¡Fué más grande tu amor que mi desvío!

No puede rayar más alto la pureza y abnegación de este amor del alma, que al par que intenso, es delicado y puro como el suave perfume de una rosa.

Si se compara el soneto anterior con la oda XXV de Horacio intitulada "A Lidia," resplandecerán tadavía más las bellezas de orden moral que en él ha puesto Pagaza. Contrastan en efecto los nobílisimos senti mientos del pastor despreciado con la injusticia del poeta venusino que dirige á Lidia frases acerbísimas y groseramente lúbricas, sólo porque no ha estado en su mano evitar que el tiempo le arrebatara una á una las gracias y atractivos de la juventud. Pecado gravísimo para tiempos y poetas que sólo

buscaban en el amor la quinta esencia de concupiscencias vergonzosas y abominables.

Contrastan asimismo con el soneto de Pagaza las coplas del maestro Fr. Luis de León "A una desdeñosa," y no porque en ellas el poeta horaciano haya imitado las lozanías juveniles, ó mejor diré, las intemperancias de su modelo; sino porque vincula también el amor en la juventud y en la belleza, y lo presenta no como el sentimiento generador de afectos nobles y levantados, ni como causa eficiente de grandes sacrificios; sino como una exigencia de orden enteramente fisiológico, claramente significada en los versos demasiado transparentes, que copio en seguida:

¿Qué vale el beber en oro,
El vestir seda y brocado
El techo rico labrado,
Y los montes del tesoro?
¿Y qué vale si, á derecho,
Os da pecho
El mundo todo y adora,
Si á la fin dormís, señora,
En el solo y frío lecho?

Pagaza no sólo ha cantado la vida de los pastores, también ha llorado su muerte; y

de tal manera ha descrito las angustias que acompañan á este último trance, y con tal verdad ha expresado el amargo desconsuelo que deja en el corazón la pérdida de un sér querido, que el lector siente humedecerse sus ojos por lágrimas tan dulces, como las que San Agustín derramaba al leer el libro IV de la Eneida.

Hay en sus elegías incomparable riqueza de imágenes que excitan ó avivan sentimientos de amor, de ternura y de piedad, así como la tristeza y melancolía. En una de ellas refiere cómo un pastor en bosque sombrío y repuesto halla á Mirtilo que, rodeado de sus ovejas está á punto de expirar, y profiere entrecortadas estas palabras:

¡Madre!.... ¡qué frío! ... ven á socorrerme....
Ven.... estoy solo.... ¡ven! ¿por qué te alejas?
Recoge amante mi postrer suspiro....
Si en arrullarme fuiste la primera....

Muere al fin, y

El mismo Apolo su radiosa frente
Al expirar el seductor poeta
Hundió lloroso; y desde entonces cruza
Envuelto en nubes la enturbiada esfera.

La personificación mitológica del sol de-

para al vate un nuevo modo de decirnos cómo las nubes, á manera de fúnebre paño, cubrieron el cielo desde el momento en que Mirtilo dejó de existir.

Luego refiere que:

Guarda sus restos en humilde fosa
El vecino oquedal; con sombra densa
Un ciclamor y un álamo cobijan
El montecillo de mojada tierra.

Los deseos de Mirtilo, mostrados á un amigo suyo en días mejores, fueron fielmente cumplidos. Así lo asegura quien oyó sus palabras postreras:

Cumplí su voluntad. Las castas aves
Por su prole atraídas, en las tiernas
Ramas del árbol con el crudo viento
En dulce consonancia se querellan.
Su flauta Delio, su armoniosa flauta,
Que tanto, tanto mitigó sus penas,
De mimbre y trébol con fragante lazo
Sobre su tumba agítase suspensa.

Enamoran en todo el pasaje anterior la naturalidad, verdad y delicadeza de sentimientos. Un guerrero quiere que sobre su sepulcro se admiren los trofeos que recuerden sus victorias; no es menos natural el deseo que expresa nuestro pastor.

En la elegía á la muerte de Delio hay reminiscencias mitológicas tan oportunas que, según yo creo, justifican el uso de las creaciones clásicas del arte antiguo. Supone el poeta que Delio cruza la laguna Estigia, y le dirige estas sentidas frases:

Tal vez ahora al rayo de otra luna,
En la piragua del feroz Barquero,
Vas cruzando la frígida Laguna;
Y absorto acaso miras pasajero
El agua turbia, el cárdeno horizonte,
Las negras ovas é insondable estero;
Y al acordarte del peñón bifronte
Que tu redil protege y tu cabaña
En el declive de apacible monte,
Solo, entre sombras, en región extraña,
Tal vez sollozas, y caliente lloro
En largas venas tus mejillas baña.
Tal vez escuchas el crujir sonoro
Del remo grácil, y de espectros vanos
Yerto presides el funesto coro.
¡Tal vez me llamas!...... y al mirar lejanos
Los dulces valles de la opuesta orilla,
Tiendes á mí tus suplicantes manos.

No se puede expresar mejor el amor á la vida y el apego á cuanto en ella es querido para nosotros, que por la admirable imagen del último terceto. Los calificati-

vos lejanos y dulces, aplicados á los *valles de la opuesta orilla*, no pueden ser ni más propios ni más expresivos.

No faltará quien diga que ya pasó el tiempo de las reminiscencias mitológicas, y que se deben romper estos moldes del arte antiguo; pero yo no veo qué inconveniente haya en conservarlos, siempre que se consideren como símbolos de ideales más puros y más elevados. Así no se *paganiza* el cristianismo, como han dado en decir los enemigos de los estudios clásicos; lo que se hace es hermosear las más altas concepciones del entendimiento humano con las galas de la fantasía privilegiada de los helenos; y cabalmente la grande obra del Renacimiento en la esfera del arte, fué sellar la alianza de esa imaginación con la inteligencia, y todavía más, con la fe cristiana.

Creo que no viene fuera de propósito citar aquí algunas palabras de dos grandes ingenios españoles, que dan á conocer cómo juzgan de la influencia que todavía ejerce la mitología en el arte:

" Los dioses griegos, dice el Sr. D. Juan " Valera, viven en nosotros, tienen en nues- " tras almas Olimpo y Parnaso; son ideas

nortales de un pueblo que nos dió el ar-, la filisofía y las letras humanas; contra todo lo cual ni la prosaica y positiva abiduría novísima puede gran cosa, ni el Cristianismo ha querido luchar, sino que gusta de que viva, y aun toma para adornar sus verdades y sus representaciones 'artísticas cuanto hay en ello de hermoso "y puro. Por esto dice nuestro poeta" (el Sr. Menéndez Pelayo):

"Así León sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa,
Así despojo de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en basílica trocóse
Más de un templo gentil purificado."

Aunque hasta aquí sólo se ha hablado de las poesías bucólicas de Pagaza, no se piense por esto que cultiva ese género con exclusión de cualquiera otro; véase como prueba la epístola que dirige á Tirsi, solícito por mitigar la pena que á éste causa la muerte de su excelente y cariñosa madre. Toda la composición está sembrada de enseñanzas filosóficas y cristianas que atavía el poeta con todas las galas de su exuberante imaginación.

Hablando de la inconstancia de las humanas, nos dice:

El dolor y la dicha (y ésta escasa),
El sentimiento, el odio, los amores
Y aun el mismo recuerdo, todo pasa.
Mira en el campo las galanas flores:
Un mismo sol las tiñe en el estío
Y en invierno las queman sus rigores.
Fija tus ojos en el fresco río;
Y advierte que unas veces se desliza
Con blando murmurar, y otras bravío.
Si una nube de púrpura ó pajiza
Al sonreir el alba surca el cielo
Y partida en jirones le matiza,
A la tarde trocada en pardo velo
Esconderá la luz hermosa y pura
Poniendo el mundo en confusión y duelo.
Así el triste mortal ¡oh desventura!
Liba apenas un cáliz de ambrosía
Para agotar un cáliz de amargura.
Y ten por cierto que en alegre día
Ese hermoso brillar del sol divino
Es precursor de tempestad sombría.

Teniendo presente el poeta que el (simpatiza con el dolor, y que el llantc que padece es más eficaz para el con: que la risa del que goza, le dirige á ' estas sentidas frases:

¿Podré esperar que temple tus querellas
Mi débil voz, si ves que los pesares
En mí han dejado tan profundas huellas?
Sí, ven conmigo á mis yermados lares
En donde sólo la iracunda muerte
Me deja á mí, y el tiempo dos pilares.

Imposible es analizar y ponderar el hondo sentimiento de tristeza que nos causan esos *yermados lares* en los que tal estrago ha hecho la acción destructora del tiempo, que casi no quedan ni ruinas de ellos. Quien así siente y hace sentir es verdadero poeta.

Con dolor tan acerbo contrasta la inefable alegría que llena el alma, cuando poniendo el vate la esperanza en la dicha perenne de una vida ulterior, nos dice en un bellísimo terceto:

Para el que muere luce eterno día;
Arroja ufano la gravosa carga,
Y huye del mar entrando en la bahía.

Interminable sería este prólogo, ya demasiado largo, si hubiera de analizar todo lo que deleita ó admira en el presente libro. Los pasajes que he procurado hacer conocer, revelan dotes que aseguran á su autor el título de poeta. En ellos, lo mismo que en el resto de la obra, la versifica-

ción [illegible] fácil y fluida, la rima abundante y espontánea, la dicción siempre poética, el lenguaje copioso, limpio y correcto.

Su musa es á veces zagala ataviada de flores del campo, que enamora por su gracia y gentileza; á veces grave matrona que nos suspende y admira por la arrogancia y majestad de su porte.

Cuando leemos sus versos, advertimos cómo las ideas descendiendo desde las alturas de la abstracción, encarnan en las imágenes de rica y lozana fantasía, y cómo esas mismas imágenes dan calor y mayor vida á sentimientos nobles y generosos unos, tiernos y delicados otros; pero todos expresados con maravillosa verdad, así por la propiedad de la frase, como por su fiel correspondencia con el ritmo poético.

Finalmente, por lo que mira á las poesías bucólicas de Pagaza, creo que puede aplicárseles lo que Quintana dijo de las de Francisco de la Torre. En todas ellas sus "imágenes, sus pensamientos, y su estilo "no desdicen nunca de este carácter, y "guardan la propiedad más rigurosa en él. "Sus dotes más eminentes son la sencillez "de la expresión, la viveza y ternura de

" los afectos, la lozanía y amenidad risue-
" ña de la fantasía. Ningún poeta castella-
" no ha sabido como él sacar de los objetos
" campestres tantos sentimientos tiernos
" y melancólicos: una tórtola, una cierva,
" un tronco derribado, una hiedra caída le
" sorprenden, le conmueven y excitan su
" entusiasmo y su ternura."

Perdóneme el lector que haya fatigado su atención con tan largo prefacio; pero cautivado por las bellezas que he podido descubrir en estas poesías, quise compartir con él las gratas impresiones que han dejado ellas en mi alma, y exponer mi manera de juzgarlas. Cierto que el juzgarlas había de reservarse para quien fuera crítico y poeta á un mismo tiempo; no para mí que no soy ni lo uno ni lo otro, como creo dejarlo bien probado en este desdichadísimo prólogo.

Quizá se me sindique de parcial, notando que he tenido elogios para los aciertos, mas no censuras para los defectos, leves sin duda; pero que no faltarán en este libro, como no faltan nunca en ninguna obra humana. A esta observación contestaré con el célebre autor de la carta á los Pisones,

Hay empero defectos que merecen
Indulgencia ó perdón, pues ni templada
El músico su cítara halla siempre,
Y en vez de un tono agudo un grave saca,
Ni siempre al blanco el tirador acierta;
Así, pues, si primores mil realzan
Un poema magnífico, no debo
Dejar de perdonar ligeras faltas,
Ora sean efectos de descuido,
O de la pobre condición humana.

(Traducción de Burgos.)

Creo que el lector benévolo, pero al mismo tiempo justo, aplicará los anteriores versos al presente libro que, según yo pienso, sobrevivirá, sin duda, á su inspirado autor.



IMPUGNACION DEL POSITIVISMO.



SEÑORES:

LA presente discusión no tiene por objeto que prevalezca como libro de texto para la clase de Lógica determinada obra, sino determinada escuela filosófica: así lo dejan entender los discursos pronunciados por los Sres. Sierra, Flores y Garay. Por esta razón no es mi intento atacar ó defender este ó aquel tratado de Filosofía; sino poner de resalto los graves inconvenientes que trae consigo la enseñanza del positivismo, que proscrito hace pocos años de nuestras aulas, intenta ahora volver á ellas, fiado no tanto en merecimientos propios,

cuanto en la ciencia y claro talento de sus patronos. Ellos nos dicen que el positivismo posee títulos indiscutibles para adoctrinar á los entendimientos; porque á diferencia de cuantas escuelas le han precedido, solo él sabe hasta donde llegan, ó por lo menos hasta donde pueden llegar las fronteras de la ciencia; puesto que él solo sabe lo que de verdad puede conocerse y lo que es inaccesible á nuestro espíritu.

Confiesa que los ámbitos del saber humano están contenidos dentro de límites poco retirados, pues rigurosamente prohibe á sus adeptos traspasar los términos que limitan el mundo de los sentidos; pero si la heredad que nos cupo en suerte es poco extensa, en cambio los frutos que produce no pueden ser más sazonados, ya que mediante las enseñanzas positivistas, la Filosofía recibe el método riguroso de las ciencias, y éstas la idea de conjunto de la Filosofía, que es lo que Littré ha llamado la obra filosófica del siglo XIX. El insigne espiritualista Caro, exponiendo este pensamiento, nos dice por extremada y elocuente manera "que la ambición de Augusto Comte había sido fundar de un solo golpe, y por solo el

impulso de un espíritu solitario, un sistema teórico y práctico al mismo tiempo, una filosofía total que reuniese las filosofías parciales de cada ciencia; una política ú organización social que conciliara en una síntesis los dos términos de la eterna antinomia, el orden y el progreso; una religión, en fin, que reemplazase todas las otras y gobernase por un ideal indefinido todas las aspiraciones de la humanidad.

Desde luego ocurre preguntar si la escuela positivista ha realizado los propósitos de su fundador.

A juicio de muchos y profundos pensadores, en ninguna de sus partes ha podido llevarlos á feliz término; y, tengo para mí, señores, que del lado de ellos están la verdad y la razón.

El positivismo puede considerarse como doctrina y como método. Como doctrina es un conjunto de exclusiones, ó mejor diré de negaciones, que sirviendo de fundamento ya á una, ya á otra clasificación científica, descansan á su vez en la célebre distinción de los tres estados.

Como método es un procedimiento in-

completo que reposa en la estrecha base de la experiencia.

Es de todo punto imposible exponer en qué consiste este sistema; tal es la anarquía que reina en el campo positivista y tan profundo y trascendental el cisma que divide á los filósofos más caracterizados de esta escuela. Escasa erudición filosófica basta para convencerse de que nos hallamos muy cercanos á la verdad, al afirmar que hay tantos positivismos cuantos positivistas: *tot opiniones quod capita*; pues ni todos defienden las mismas exclusiones, ni todos organizan las ciencias según el mismo concepto, ni tampoco creen todos en el dogma de los tres estados, siendo de notar que no es raro sorprender á los grandes maestros del positivismo en contradicción consigo mismos.

No queda pues otro recurso que presentar un cotejo de las doctrinas sustentadas por los filósofos positivistas más reputados, para deducir de él sus grandes disidencias, y conocer asimismo cuáles son sus caracteres comunes. Estos, como habrá ocasión de manifestar, no bastan para crear una escuela nueva, porque son rasgos de

fisonomías conocidas de muy antiguo, pues lo son en efecto el empirismo y el sensualismo, el materialismo y el escepticismo. Al señalar H. Spencer los muchos y trascendentales puntos en que disiente radicalmente de A. Comte, enumera los siguientes principios que profesa juntamente con él y con los pensadores que precedieron á uno y otro: "Todo conocimiento viene de la experiencia." "Todo conocimiento es relativo y no alcanza más que á los fenómenos." "En la explicación de las diferentes causas de fenómenos, no debe recurrirse á entidades metafísicas que se consideren como sus causas:" y por último, "hay leyes naturales invariables, relaciones constantes y uniformes entre los fenómenos." Los tres primeros principios bastan para formar el proceso de las escuelas empíricas y sensualistas, y por lo mismo el del positivismo. Pero antes es conveniente poner á la vista el desacuerdo que reina entre los grandes pensadores que llevan el nombre de positivistas, confiándoles la fatigosa labor de refutarse mutuamente: de esta manera, el que de ellos resulte vencedor, sin pensarlo ni quererlo depara una fácil vic-

toria al espiritualista; victoria que aprovecha en gran manera á la Metafísica.

Increíble parece que el positivismo haya recibido de manos de su fundador el primer golpe. y quizá el más rudo. Pero es un hecho que Augusto Comte, al instituir su "Sistema de Política Positiva" y su "Religión del Porvenir," en vez de allegar hechos para generalizarlos debidamente, quiere y aun exige que sus intuiciones propias y sus extrañas concepciones ocupen el lugar que en su filosofía positiva daba á las leyes.

En religión cuidó de oponer á la Trinidad Católica la trinidad positivista, formada del Gran Sér ó sea la humanidad, del Gran Fetique ó el planeta que habitamos, y el Gran Medio, que es el espacio infinito, con las leyes inmutables del Universo. Creada por él esta nueva y extraña trinidad, "enseña que hemos de venerar en primer lugar á la entera plenitud del tipo humano, en seguida á la tierra bienhechora, y en fin, á los astros; sobre todo debemos honrar especialmente al sol y á la luna."

Al leer las palabras anteriores ocurre espontáneamente que el fundador de la Filo-

sofía Positiva acabó por pedir sus dioses al politeismo. Colígese asimismo que Comte retrocedió al período teológico, admitiendo voluntades independientes; y esto no es sólo una inferencia, sino doctrina expresa del patriarca del positivismo, consignada terminantemente en este verso, que basta por sí solo para destruir toda su obra filosófica:

"Pour completer les lois, il faut des volontés."

No habría dicho otra cosa el insigne teólogo Melchor Cano. Por esta razón el primero de sus discípulos, en la obra que lleva por título "Augusto Comte y la Filosofía Positiva," pregunta mal enojado: "Pero ¿quién querrá creer que la tierra haya tenido voluntad y buenas intenciones hacia el futuro género humano, arreglando sobre esto su adoración y su conducta? Se comprende que la Teología hable en nombre de las revelaciones; pero aquí ¿qué tenemos? ¿una ficción? pues una ficción no es objeto de ninguna creencia en el sentido propio de la palabra."

Mas Littré no sólo desoye en Política y en Teología al maestro; en otros puntos trascendentales se aparta de él, por las in-

justificables deficiencias de su doctrina. Y así reputa deficiencias censurables la supresión de la Economía Política y de la teoría subjetiva de la humanidad ó Psicología subjetiva.

No era posible que las enseñanzas cardinales del positivismo merecieran mayor respeto de los demás filósofos considerados como mantenedores de la nueva escuela, cuando ya su mismo fundador las había aportillado terriblemente.

Y así Mill no vacila en apartarse de la doctrina positivista en punto muy sustancial. Quizá nada caracteriza mejor á esta escuela, que su política de abstención en todo lo que se refiere á conocimientos ó metafísicos ó teológicos. Bien claramente enseña que todo conocimiento viene de la experiencia, y que lo que no se alcanza por este medio, ni se conoce ni se puede conocer. Y así nada se sabe, ni se puede saber sobre la causa primera, las causas eficientes, las finales y las substancias, todo ello pertenece al mundo de lo inconocible. Pues bien, Stuart Mill, que seguramente no estaba bien avenido con esta tiranía intelectual, le hace rostro con desusada energía y se expresa

ɜtos términos en su obra intitulada *Au-o Comte y el Positivismo*: "El modo po-vo de pensar no es necesariamente una gación de lo sobrenatural, simplemente fiere esta cuestión al origen de todas las osas. Si el universo ha tenido su princi-io, por las condiciones mismas del hecho ha sido sobrenatural: las leyes de la natu-raleza no pueden dar cuenta de su origen. El filósofo positivista tiene libertad para formar una opinión sobre este asunto, se-gún el peso que dé á las analogías que se llaman señales de designio y á las tradicio-nes generales de la raza humana. Cierto es que el valor de esta prueba es una cuestión para la Filosofía Positiva; pero no es tal que los filósofos positivistas estén obliga-dos á un común acuerdo. Uno de los erro-res de Comte es no dejar cuestiones pen-dientes, ó como dice el texto francés, "cues-tiones abiertas." Las palabras que acabo de citar demuestran cómo Stuart Mill tras-pasa la meta del conocimiento señalada por Comte, y toca á las puertas de la Metafísica dispuesto quizá á penetrar en sus domi-nios. Como es natural suponer, la ortodo-xia positivista de M. Littré no pudo sufrir

tamaño desacato, y en la *Revista de Filosofía Positiva* publicada en 1880, responde á Mill: "No debe considerarse el modo positivo de filosofar, como si al tratar únicamente de las causas segundas dejase libertad para pensar lo que se quiera sobre las causas primeras. No, no deja sobre esto ninguna libertad; declara las causas primeras desconocidas, inconocibles; declararlas desconocidas no es afirmarlas ni negarlas.... Concebir un conocimiento allí donde ese modo de filosofar pone rigurosamente lo desconocido, es no conciliar sino yuxtaponer las incompatibilidades." Y antes, en la página 42, había dicho: "La doctrina positiva reserva la cuestión suprema de una inteligencia divina, porque reconoce que en este particular su ignorancia es absoluta, como lo es en las demás ciencias que son afluentes del origen y fin de las cosas; lo que implica necesariamente que si no niega una inteligencia divina tampoco la afirma, permaneciendo perfectamente neutral entre la afirmación y la negación." Pues bien, Stuart Mill borra este rasgo característico de la escuela, esta neutralidad entre la afirmación y la negación, y por es-

te hecho queda fuera de la comunión comtista. Pero como si la contradicción y la versatilidad fueran el patrimonio de tan afamados pensadores, M. Littré pone en olvido varias veces el canon positivista de completa abstención acerca del origen de las cosas y de la causa primera. Y al paso que en algunas ocasiones su espíritu vehemente lo lleva hasta la negación ateísta, otras veces suave é insensiblemente es conducido hasta las concepciones teológicas. Y así, en una de sus obras dice lo siguiente: "Como el nuevo dogma elimina todas las voluntades sobrenaturales conocidas con el nombre de dioses, de ángeles, de demonio, de Providencia, muestra que todo obedece á leyes naturales que se llamarán, si se quiere, propiedades inmanentes de las cosas." Infiérese de aquí "que la idea de un sér teológico cualquiera, es de hoy en adelante una hipótesis inútil." Tal es la conclusión que sienta en la página 279 del mismo libro, después de haber afirmado en el prefacio "que los seres teológicos sólo tienen existencia en nuestro espíritu." Sin duda por estas afirmaciones y otras pare-

cidas ha sido sindicada de ateísmo la escuela positivista.

Mas como si le pesara á M. Littré de haber ido tan lejos en el camino de la negación, ha consignado esperanzas y temores de un orden metafísico y teológico en el siguiente pasaje de su obra intitulada *Augusto Comte y la Filosofía positiva:* "Lo que está más allá de los hechos y de las leyes, sea materialmente el fondo del espacio sin límites, sea intelectualmente el encadenamiento de las causas sin término, es del todo inaccesible al espíritu humano. Pero inaccesible no quiere decir nulo ó no existente. La inmensidad, tanto material como intelectual se liga por un vínculo estrecho á nuestros conocimientos, y se convierte por esa alianza en una idea positiva y del mismo orden: quiero decir, que al tocarlos y envolverlos, esa inmensidad aparece con su doble carácter, lo real y lo inaccesible. Es un océano que viene á azotar nuestras riberas, para el cual no tenemos barcas ni velas, pero cuya visión es tan provechosa como formidable."

Sin necesidad de prolijo análisis se ve que, según Littré, el infinito nos rodea por

as partes; se liga con estrecho y apreta- nudo á todos nuestros conocimientos, y esar de mirarlo como inaccesible, lo con- era como *real*. Sólo nos falta la barca nos conduzca á él.

Sin embargo, este hombre recto y honra- en el último trance de la vida halló esa ca que lo habrá llevado á riberas afor- adas y desconocidas, en donde lo infini- y lo absoluto se presenta á la inteligen- , iluminado con los resplandores de una casta, apacible é indeficiente.

Volviendo ahora á mi propósito, se des- ende de los conceptos de Littré que sus encias sobre los límites del conocimien- no son firmes. Como doctrina funda- ental del positivismo proclama la neutra- lad de nuestra inteligencia acerca de las istencias suprasensibles, y después de oclamada, dos veces la viola, negando en nos casos y afirmando en otros la noción esa inmensidad inconocible, pero real. as preciso es confesar que cuando M, Li- é afirma ó niega lo hace por inadverten- , y cuando permanece especulativamen- neutral, obra por sistema y conforme al edo positivista.

Quedaría incompleto el cotejo que estoy haciendo de las doctrinas positívistas, si no trasladara aquí algunos conceptos de H. Spencer acerca de lo absoluto. Hemos notado antes que según él, todo conocimiento es relativo; y sin embargo de afirmación tan terminante, se equivocaría mucho, quien pensase que no reconocía lo absoluto. Según este filósofo es inconocible bajo el aspecto lógico; pero no lo es bajo el psicológico. Enseña en su obra intitulada *Primeros principios* lo que en seguida copio: "Al lado de la conciencia definida cuyas leyes formula la Lógica; hay una conciencia indefinida que no puede ser formulada; hay todo un orden de pensamientos reales, aunque indefinibles, que son afecciones normales de la inteligencia. Se dice que no podemos conocer lo absoluto; pero decir que no podemos conocerlo es afirmar implícitamente que lo hay. Cuando negamos que tenemos el poder de conocer la esencia de lo absoluto, admitimos tácitamente su existencia, y este solo hecho prueba que lo absoluto ha estado presente al espíritu, *no en calidad de nada* sino en *calidad de algo*.... Lo relativo es inconcebible, si

ıstá en relación con un *absoluto real*; de ı manera ese relativo vendria á ser abıto y reduciría el argumento á una conlicción.''

ista es la oportunidad de puntualizar alıas de las muchas doctrinas en que dinten dos inteligencias próceres de la nueescuela, Augusto Comte y H. Spencer. ı pondré de resalto la poca consistencia y mogeneidad de los credos llamados posiistas, y la exposición de estos hecha por s mismos autores, no podrá ser ni más l ni más perfecta.

Después de haber señalado Spencer los ıntos en que consuenan él y Comte, y ıe ya dejó indicados, dice: ''Así como esy enteramente de acuerdo con M. Comte ıbre esas doctrinas fundamentales que *son ıestra herencia común*, de la misma maneı estoy enteramente en desacuerdo con él ıbre los principios que fundan su filosofía ropia y determinan su organización.'' Y í según Comte: ''Cada una de nuestras ncepciones principales, cada uno de nuesıs conocimientos, pasa sucesivamente por ıs estados teóricos diferentes: el estado ólogico ó ficticio, el estado metafísico

ó abstracto, el estado científico ó
tivo."

A esta proposición opone Spencer l
guiente: "No es verdad que haya tres
todos filosóficos radicalmente opuestos;
hay más que un solo método, que per
nece siempre esencialmente idéntico co
go mismo."

Comte considera como absolutamente
accesible y vacía de sentido para nosot
la investigación de lo que se llama cau
sean primeras ó finales. "Según Spen
en su obra intitulada *los Primeros Pr
pios*, la idea de causa permanece al fin
mo al principio, dominante é indestruc
en el pensamiento. El sentimiento y la
de causa no pueden destruirse, sino de
yendo la conciencia misma." Aquí
embargo, surge una dificultad: en ef
¿cómo conciliar esta doctrina de Sp
con el principio admitido por él, y que
dena las entidades metafísicas que se
sideran como causas? Quizá la clara in
gencia de alguno de mis colegas posit
tas haga desaparecer esta antinomia.

Volviendo por ahora al cotejo antit
ya comenzado, vemos que á juicio de C

"las ideas gobiernan y trastornan al mundo: ó en otros términos, vemos que todo el mecanismo social reposa al fin sobre opiniones." Mas en concepto de Spencer, según consta en su obra citada, "las ideas no gobiernan ni trastornan al mundo; el mundo se gobierna ó trastorna por los sentimientos, á los cuales solo sirven de guía las ideas." Verdad es que M. Comte en su *Política Positiva*, y con desagrado de Littré, hace prevalecer el sentimiento sobre la idea, lo cual será nueva y clara muestra de su versatilidad filosófica.

Finalmente, Heber Spencer con mano desapiadada destruyo el templo que levantó Comte á la ciencia, mediante la clasificación y organización que hizo de los conocimientos humanos; clasificación que pone admiración y pasmo en los discípulos más fervientes del filósofo francés, como que al decir del maestro está en perfecta consonancia con el desenvolvimiento histórico de las ciencias y con la jerarquía natural é invariable de los fenómenos. Sin embargo, el implacable crítico inglés no piensa que "las Matemáticas, la Astronomía, la Física, la Química, la Fisiología y la Física social

formen una escala enciclopédica que se halle conforme con la jerarquía invariable de los fenómenos.''

En el *Génesis de la Ciencia* dice Spencer: "El orden en que M. Comte coloca las ciencias no es lógicamente conforme con la jerarquía natural é invariable de los fenómenos, ni hay orden de serie cualquiera en que puedan ser colocadas, que represente la dependencia lógica de los conocimientos ó de los fenómenos.'' El mismo autor, en sus *Primeros Principios*, señala las causas que determinan el orden en que se verifican las generalizaciones de la ciencia.

Muy lejos estoy todavía de agotar, en este imperfectísimo boceto del positivismo, todas las disidencias que separan á maestros y discípulos, á los que ejercen la crítica y á los que son objeto de ella. Pero lo expuesto quizá basta para dar á conocer esta nueva escuela, y sin duda nos autoriza para dirigirle aquellas palabras célebres en la historia de las controversias teológicas: "Tú varías, luego tú no eres la verdad.''

La anterior exposición del positivismo considerado en algunas de sus fases, breve é incompleta como es me coloca en te-

rreno propicio para impugnar sus principales doctrinas, ya que exponerlo sea refutarlo por la simple enunciación de sus deficiencias y antinomias.

Al enseñar esta escuela que todo conocimiento viene de la experiencia, suprime la razón y con ella verdades universales y necesarias, que son los principios comunes en que reposa toda ciencia. A esto se refiere M. L. Liard cuando afirma en su obra laureada *La Metafísica y el Positivismo*, que colocan las ciencias inconscientemente en sus principios y procedimientos, elementos de conocimiento que preexisten, al menos virtualmente, á la experiencia.

¿Y cuáles son, señores, esos principios que no nos llegan ni directa ni indirectamente de la experiencia? Son, en primer lugar, los principios del raciocinio ó las leyes formales del espíritu; el principio de identidad, cuyas fórmulas son toda A es A, y no *A* es no *A*; el de conveniencia que se expresa compendiosamente diciendo que toda *A* que es *B* es *B*; el de contradicción que se enuncia en estos términos: imposible es que una misma cosa sea y no sea á un mismo tiempo, ó bien dos proposicio-

nes contradictorias no pueden ser juntamente verdaderas, y por último el del tercer excluido, que consiste en que dos proposiciones contradictorias no pueden ser falsas juntamente. A estos principios debe agregarse otro que sirve de fundamento á todo raciocinio: dos cosas que convienen con una tercera convienen entre sí; y finalmente, tampoco proceden de la experiencia las proposiciones axiomáticas propias de cada ciencia, y cuya verdad percibe el entendimiento por la sola enunciación de los términos. Las escuelas empíricas se han dado á todo linaje de cavilaciones, para hacer pagar á todos esos axiomas y principios el portazgo de los sentidos; pero de sus lucubraciones sólo puede colegirse que la experiencia los confirma; pero de ninguna manera que los descubra y les sirva de fundamento. La necesidad y universalidad de los principios mencionados no se compadecen con el carácter particular y concreto de los conocimientos experimentales que por precisión tienen por objeto hechos aislados y contingentes. Es verdad que á la continua se nos habla de hechos generalizados, cuyo conocimiento se debe á la ob-

servación y á la experiencia; pero la propiedad del lenguaje filosófico reclama que se proscriba esa antífrasis que envuelve una contradicción notoria; puesto que todo hecho es algo verificado en determinado punto del espacio y en determinado instante del tiempo; y esto nada tiene de general. Tal carácter no le conviene al fenómeno, sino á la ley; pero la ley no es un hecho, y como pronto veremos, tampoco puede fundarse en sólo la experiencia.

Por otra parte ¿á qué fin interviene ésta en la justificación de juicios analíticos evidentes? En juicios de tal naturaleza la noción del atributo está claramente contenida en la del sujeto, y cuando la proposición que los enuncia es recíproca, su verdad descansa en el principio de identidad *A* es *A*. En este caso están comprendidas las definiciones geométricas; v. g.: Todo triángulo es una figura cerrada por tres líneas, esto es, todo triángulo es triángulo ó bien *A* es *A*. Asimismo puede precindir de los buenos oficios de la experiencia el siguiente axioma: el todo es mayor que cualquiera de sus partes; la idea de mayoría tan claramente se halla contenida en la idea de todo,

que basta saber qué se entiende por todo y qué por parte, para prestarle al axioma completo asentimiento. En este caso, lo mismo que en otros muchos, son necesarios los sentidos, para adquirir la idea de los términos; pero de ninguna manera para percibir su conveniencia ó discrepancia, en lo cual estriba el juicio. Necesitamos, pues, de una fácil experiencia para conocer qué se entiende por parte y qué por todo; pero nuestra razón nos basta para percibir las relaciones que entre ambos existen.

Sería degradar á la inteligencia y colocarla casi al nivel del instinto, suponerla impotente para tener por sí misma este conocimiento.

Las intemperancias del empirismo privan á las ciencias de base sólida y le impiden llegar á la ley. Todo conocimiento, para ser científico, debe ser cierto y universal; y la certidumbre de conocimientos universales no puede llegarnos de la experiencia. Cuando á ella se le pide la ley, se le pide lo que no puede dar. La experiencia nos proporciona el conocimiento de fenómenos limitados en número, en tiempo y en espacio, mientras que la ley no consiente ningún

límite, puesto que comprende á todos los lugares y á todos los tiempos. La ley, pues, traspasa las fronteras extremas de la observación; ésta sólo es dueña de lo presente; la ley tiene igual señorío en lo pasado y en lo porvenir; revela al geólogo tremendos cataclismos verificados muchos siglos há, y predice al astrónomo, con maravillosa precisión, fenómenos que serán observables en tiempos muy lejanos. ¿De dónde le viene á la experiencia este don precioso de adivinación y de profecía? ¿quién la ha enseñado á descifrar lo pasado y á leer en lo porvenir? Si hemos de atenernos solamente á ella, ¿cuál es el puente por donde podremos pasar del fenómeno á la ley, de un número finito de casos observados á un número infinito, de un punto del tiempo y del espacio á todo el espacio y á todo el tiempo? ¿Con qué derecho afirmamos, en nombre de la observación y de la experiencia, lo que no hemos ni observado ni experimentado?

Se nos dice que una uniformidad, ó bien una ley, se justifica por otra que la comprenda, ésta por otra más primitiva, y todas por la uniformidad y persistencia de

todas las leyes naturales. Pero como la uniformidad de estas leyes, según las escuelas positivistas, sólo puede alcanzarse por la experiencia, lejos de disminuir la dificultad sube de punto, pues si como hemos visto no puede hacerse hincapié en la experiencia para pasar de los fenómenos que son hechos particulares á la ley que es universal, ¿cómo podría justificarse por ella el paso de leyes menos universales á otra que lo fuera más? Si la experiencia es impotente para legitimar una sola uniformidad, ¿cómo podría comprobar por sí sola la constancia y generalidad de las leyes de la naturaleza?

Tampoco abona la certidumbre de la ley el principio de causalidad, si por causa se ha de entender el antecedente invariable é incondicional del fenómeno que le sigue. La causalidad así entendida, establece en los hechos una simple relación de sucesión que ni los liga ni los explica. Los fenómenos en este caso deben considerarse como eslabones sueltos que nunca podrán formar la cadena que llamamos ley. A ser verdadero este principio de causalidad, la infancia sería causa de la juventud, así como el día

o sería de la noche. Stuart Mill cree resolver esta dificultad, haciendo notar que no basta que el antecedente sea invariable, debe ser además incondicional; pues si interviene alguna condición, ésta será la causa; y así en el ejemplo del día y de la noche, la condición para que aquel siga á ésta es la presencia del sol en el horizente. Mas ¿quién no advierte que esta respuesta es una mera tautología? En este caso el hecho de seguir el día á la noche y la aparición del sol en el horizonte son absolutamente una misma cosa, y por consiguiente queda en pié la dificultad. Se vé pues que mientras que la relación de causalidad sea una simple relación de sucesión, los hechos quedan enteramente desligados, sin que pueda la presencia del anterior explicar la del posterior. Dedúcese de aquí que resultan desvirtuados estos tres principios en que descansan los cánones de la inducción: puesta la causa, se pone el efecto; quitada la causa, se quita el efecto; variando la causa, se varía el efecto; los cuales lejos de explicar, necesitan ser explicados, puesto que siempre hay motivo para preguntar: ¿por qué verificado el antecedente *A*, que se ha

querido llamar causa, se presenta el consecuente *B*, que se ha querido llamar efecto? Por otra parte, si no hay cohesión ni enlace en los fenómenos, explicarlos por sus leyes es dar por razón del hecho su repetición, lo cual no es explicarlo. Sin embargo, cabalmente este es el *desideratum* de la escuela positivista: reducir todas las uniformidades que existen en la naturaleza al menor número de proposiciones universales, y aun si es posible á una sola ley que contenga en sí todas las demás.

Todo lo expuesto hasta aquí nos permite llegar á la siguiente síntesis: la negación de los primeros principios y de las causas eficientes coloca al positivismo en la imposibilidad de llegar á generalizaciones legítimas, y por lo mismo no puede constituir ninguna ciencia, puesto que no hay ciencia de lo particular sino de lo general; verdad que no niega esa escuela filosófica, pues proclama que sin el conocimiento de las leyes no puede haber ciencia.

Es pues anticientífica por su método; lo es igualmente por su doctrina, porque toda ciencia arraiga en conceptos metafísicos, como son los de causa eficiente, causa final,

sustancia y otros, que no admite la Filosofía Positiva.

Infiérese también que el positivismo no posee ninguna verdad de carácter universal, pues abomina de todas las que se conocen á priori, y con solo la experiencia no puede llegar á ellas *a posteriori;* y como sin premisas universales no puede haber deducción, queda privada de un procedimiento de inferencia que es de la mayor importancia.

Las escuelas metafísicas se hallan exentas de tan graves inconvenientes. Como no desechan los principios racionales, lejos de levantar el magnífico edificio de la ciencia sobre la base poco holgada de la experiencia, la asientan sobre los sólidos cimientos que depara la razón; y dueñas de la inducción y de la deducción aplican la primera á las ciencias de observación, y la segunda á las morales.

El uso exclusivo de la inducción como medio de inferencia, y de la experiencia como medio de conocimiento, ha originado lastimosa confusión de leyes y de ciencias; y así el positivismo considera á las sociedades como organismos, y á los individuos

casi como autómatas desprovistos de libertad. De aquí que conforme á las enseñanzas positivistas sean de una misma índole las leyes que rigen al Universo y las que gobiernan al mundo moral.

Por lo que toca á la religión, todo culto queda de hecho suprimido; y no porque niegue en principio la existencia de Dios; sino porque enseña que el entendimiento ni lo conoce ni lo puede conocer. Y ya se ve que es de todo punto imposible establecer ningún género de relaciones con un ser cuya existencia se ignora, y lo que es más, cuya existencia no puede dejar de ignorarse. Cierto es que algunos positivistas le han permitido á la razón que franquee y explore las regiones ignotas de lo infinito; pero el Dios que ellos han descubierto es un Dios sin libertad y sin omnipotencia; ó lo que es lo mismo, un Dios que no es Dios.

Téngase además en cuenta que el positivismo en México, en esta materia, propende á las restricciones de Comte, más que á las concesiones de Mill y de Spencer. De ello son clara muestra algunos escritos del Sr. Dr. Parra, publicados hace algunos años y sobre todo la definición de positivis-

mo dada por el Sr. Dr. D. Gabino Barreda, muy pocos días antes de morir. Trasladaré aquí su testamento filosófico, que sin duda recogerán sus discípulos con vivo interés y acendrado afecto. Según el Sr. Barreda: "Positivismo es la escuela filosófica que tomando las ciencias matemático-físicas como tipo y como base de sus especulaciones, ora sean cosmológicas y biológicas, ora sociales y morales, se abstiene sistemáticamente de la investigación de las causas eficientes y de la esencia íntima y absoluta de las cosas; aunque sin afirmar ni negar cosa alguna sobre ellas; sino únicamente como inaccesibles á nuestra inteligencia, y como desprovistas de toda utilidad: que limita en consecuencia sus pretensiones bajo el punto de vista teórico á descubrir, comprobar y formular las leyes de invariable sucesión, de constante coexistencia y de relativa similitud de los fenómenos que estudia; y que bajo el punto de vista práctico, considera la previsión basada en las expresadas leyes, como el principal objeto de nuestras investigaciones, por ser ella el indispensable fundamento de toda actividad racional." El Sr. Barreda lo mismo que

Comte, lo mismo que Littré, considera l[as] causas eficientes, y por consiguiente á Di[os] que es la primera de ellas, como *inaccesibl[e] á nuestra inteligencia* y como desprovist[a] de toda utilidad.

Esta consideración es de tal naturale[za] que coloca á los profesores en la imposibilidad de elegir ningún texto positivista; pues está vigente un acuerdo del señor Presidente de la República que previene no se adopten para la enseñanza oficial obras que lastimen las creencias religiosas de los alumnos, cualesquiera que ellas sean.

Aun cuando es mi propósito no defender ni atacar ningún autor determinado; creo indispensable rectificar algunos conceptos expresados acerca de la obra de P. Janet por los Sres. Garay y Flores. Al hacer tales rectificaciones, sólo me propongo proporcionar mayores datos á los señores profesores que no conozcan ese libro, á fin de que su juicio sea más fundado.

Lamentaron los elocuentes oradores á quienes acabo de referirme, que el autor citado dedicase tan poca atención al procedimiento inductivo de inferencia. Cierto es que anduvo sóbrio en asunto de tal tras-

lencia; pero no tanto como indicaron
, estimables colegas; trata de esta mate-
en la Psicología y en la Lógica. Duran-
el curso de la obra habla de ella en va-
os lugares y sobre todo en la Metodolo-
a.

En esta sección enseña los métodos pro-
ios de las ciencias de más elevada jerar-
uía; y no desdeña los servicios de la ob-
ervación y de la experiencia, como pareció
ndicarlo el Sr. Garay.

En este punto la diferencia entre P. Ja-
et y el Sr. Garay consiste en la base que
e da á la inducción. La escuela á que per-
enece el Sr. Garay pone por fundamen-
o empírico de toda generalización la expe-
iencia; á la escuela espiritualista le parece
al base estrecha y deleznable; y escoge
tra enteramente racional, que juzga más
mplia y al mismo tiempo más sólida. A
n de no desvirtuar los conceptos del espi-
itualista francés, reproduciré sus palabras
extuales; según ellas "el verdadero prin-
ipio inductivo consiste en que toda coinci-
encia constante tiene una *causa* precisa y
eterminada, lo que expresamos diciendo
ue es una ley."

Haré notar que P. Janet no entiende por causa el antecedente invariable é incondicional; sino lo que entendía Bossuet; es decir, "lo que obra propiamente para que una cosa exista" (1) admite por lo mismo la causa eficiente, que según la escuela positivista no está al alcance de la experiencia.

Si no entendí mal al Sr. Flores, parece que halló censurable que Janet no justificase las leyes empíricas de la naturaleza. Pero según la escuela positivista "las leyes empíricas, si bien son uniformidades cuya existencia revelan la observación ó la experiencia; sólo se admiten con reserva en casos muy distintos de aquellos que han sido observados, porque no se sabe por qué en esos casos habrían de existir. Son leyes derivadas cuya prueba descansa en el método de concordancia, y cuya ley primitiva se ignora." Así es que si pudieran justificarse dejarían de ser empíricas. Son leyes de este género, por ejemplo, que los gases tienden á atravesar las membranas animales; que las substancias que contienen una fuerte proporción de ázoe, son venenos violentos,

(1) Página 787.

como el ácido hidrociánico y la morfina; y otros muchos que conoce muy bien el Sr. Flores, cuya erudición científica es tan notoria.

Antes de concluir haré presente que no volveré á usar de la palabra en esta discusión, porque mi intento sólo ha sido cumplir con un deber, manifestando cuál es mi sentir en asunto de tan gran trascendencia. Mas de ningúna manera me he propuesto modificar las convicciones filosóficas de mis sabios colegas positivistas. Rayaría en loca temeridad tal presunción. Ellos se presentan en este torneo de la inteligencia provistos de armas bien templadas. Su claro talento, sus profundos conocimientos científicos y su palabra elocuente y poderosa les darían indisputables ventajas sobre mí que sólo podría llevar á la discusión mi buena fe y mi acendrado amor á la verdad.

———

DISCURSO.

Que leyo el autor en la inauguracion de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales Correspondiente de la Real de Madrid

---



SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

LA inauguración de la Academia Mejicana de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales Correspondiente de la Real de Madrid, es motivo de júbilo y de íntima satisfacción para las otras academias hermanas suyas, y para cuantos aman y cultivan las ciencias.

La Academia Mejicana de la Lengua á quien represento inmerecidamente en esta solemne ocasión, y la de Legislación y Jurisprudencia, creadas antes que la de Cien

cias, son juntamente con ella prueba irrefragable del amor y singular estima que España profesa á nuestra patria, con quien desea vivir la misma vida intelectual, asociándola á sus labores científicas y literarias. Justo es, por lo mismo, que las primeras palabras que salgan de mis labios sean frases de profunda gratitud para los Cuerpos Literarios y Científicos españoles, que han abierto las puertas de sus academias á los literatos y sabios mejicanos, y les han ofrecido honrosísimo asiento, al lado de sus hombres más eminentes, para estímulo y galardón de quienes aquí consagran su vida al estudio.

Debo al mismo tiempo dar cordial enhorabuena á los miembros de la Academia de Ciencias, que hoy se congregan en este recinto para dar principio á una serie de estudios serios y provechosos. Todos ellos han alcanzado envidiable reputación científica; todos han dado claras muestras de su saber en la cátedra, en el gabinete, en el observatorio ó en libros que son frutos sazonados de su preclara inteligencia; todos sienten el noble y generoso deseo de procurar el progreso de las ciencias, ora tasando

el valor lógico de teorías aun no comprobadas suficientemente; ora resolviendo problemas que hasta hoy en vano han fatigado á los sabios; ya allegando nuevos y valiosos descubrimientos; ya perfeccionando los procedimientos experimentales y de observación, ya finalmente, formulando nuevas leyes, mediante legítimas y rigurosas inducciones.

De esta suerte demostrarán con hechos innegables, la utilidad, diré más, la necesidad de las acadèmias científicas.

Los que se declaran mantenedores de una libertad ilimitada en el mundo de la ciencia y en la república de las letras, imputan á estos cuerpos la rémora de todo progreso; espíritus refractarios á toda disciplina y á toda ley, afirman que las academias encadenan las inteligencias é impiden que levanten el vuelo hasta las regiones serenas donde moran é imperan la Verdad y la Belleza.

Hay además en nuestro espíritu dos tendencias opuestas que se han hecho guerra implacable en la Ciencia y en el Arte: la una es el apego á lo pasado; la otra el desatentado amor á todo linaje de innovaciones y de novedades.

Sin duda no sería cuerdo despreciar los tesoros de ciencia y de experiencia que hemos recibido de otros siglos. Cabalmente porque los aprovechamos, merecemos los modernos, según el pensamiento de Pascal, llamarnos antiguos; pues de esta suerte vivimos con nuestros antepasados, nutriendo nuestra inteligencia con frutas sazonadas de árboles que ellos plantaron; pero que no vieron ni florecer, ni fructificar.

No sería menor insensatez cerrar la puerta á toda verdad, sólo por el hecho de ser reciente su conocimiento. Semejante proceder detendría todo movimiento intelectual, y las ciencias permanecerían estadizas.

Para que los cuerpos científicos presten servicios de verdadera importancia, deben ser moderadores y reguladores del movimiento intelectual de su época, sin que por esto se les conceda una autoridad docente que pocos querrían acatar, y que por otra parte sería nociva ó los intereses bien entendidos de la Ciencia.

En los días que alcanzamos de emancipación intelectual, las academias no pueden tener otra autoridad que la que les depare el prestigio de quienes las forman, presti-

gio que por colectivo llega á ejercer influencia poderosa, mayormente cuando resulta de sumar glorias literarias ó científicas legítimamente ganadas.

Mas para saber como deberán desempeñar su alto ministerio estas corporaciones de sabios sería conveniente fijar cuál es el verdadero concepto de Ciencia; cuáles son las tendencias de ésta; cuáles sus procedimientos lógicos, y de todo ello se podrá ya deducir el criterio con que ha de ser moderado y regulado el asombroso movimiento intelectual que hoy presenciamos.

Hay palabras que encierran en breve síntesis las aspiraciones de una época entera, de todo un siglo; el nuestro ha escogido por mote de su empresa la voz "Progreso;" para realizar intento tan noble y generoso ha rendido fervoroso é incesante culto á la Ciencia, y la Ciencia es la suma de verdades universales, que obtenidas por inferencias inductivas ó deductivas y estrechamente ligadas entre sí, esplenden en nuestro entendimiento con los fulgores de irresistible certidumbre.

Desde luego aparecen dos órdenes de verdades; subjetivas las unas; las otras obje-

tivas. Las primeras sólo existen en nuestro entendimiento; nacen y se nutren de nuestras propias ideas; se acendran y perfeccionan, no por observaciones y experiencias, sino en fuerza de profunda meditación; resplandecen allá en la soledad de nuestra mente, sin pedirle al mundo externo, ni el crepúsculo sonrosado de su aurora, ni el esplendor de su luz cenital.

Muchos de estos caracteres, sino todos, corresponden á las concepciones matemáticas. Sin duda alguna, se advierten diferencias muy señaladas entre las verdades que estudian el naturalista y el físico y las que forman el caudal propio de las ciencias exactas.

Por poco que fijemos nuestra atención en la índole de las concepciones matemáticas, sin esfuerzo alguno advertiremos que sus tipos no existen fuera de nosotros, son creaciones ó abstracciones del geómetra. Al contrario de lo que pasa en las verdades objetivas, las cosas copian á las ideas y no éstas á las cosas. Supuesta, por ejemplo, la noción del círculo, al artífice toca aproximarse, cuanto lo permita la perfección de los instrumentos, á la definición que de esta figura da la ciencia; por el contrario, incu-

rriría en graves errores, el geómetra que vaciara sus definiciones en el molde siempre grosero y mal acabado que pueda ofrecer el artífice. Las definiciones que la Geometría enseña son á juicio del señor doctor don Gabino Barreda "la expresión del conjunto de "atributos que hay necesidad de presuponer "en una figura dada, para que las demostra-"ciones que á ella se refieren sean rigurosa-"mente exactas."

De las palabras anteriores hay derecho á inferir que el matemático pone en las definiciones geométricas todo lo que hay en ellas.

Aun son más independientes de los sentidos las leyes de los números, ora se expresen por las formas sintéticas y concretas de la Aritmética, ora por las analíticas y abstractas del Algebra.

"Las leyes de los números, dice Stuart "Mill, son de tal manera generales, ofrecen "tan poco asidero á los sentidos y á la ima-"ginación, que se necesita un esfuerzo de "abstracción bastante difícil para concebir-"las como verdades físicas de observación." (1)

---

[1] Los párrafos anteriores relativos á la índole de las verdades matemáticas están tomados de mi opús-

Están, pues, de resalto las diferencias que separan las ciencias exactas, cuyas verdades tienen carácter subjetivo, de las físicas y naturales que pudieran llamarse objetivas. Mas la Ciencia cuyo objeto queda fuera de nosotros, "no es, según un sabio filósofo, " más que el estudio, la relación, y repro" ducción en el mundo intelectual de los se" res que componen el Universo: es el orden " de las cosas transportado al orden de las " ideas; la expresión, el reflejo y la fidelísi" ma reverberación en el brillante espejo de " nuestra inteligencia, de los objetos á cuyo " estudio nos aplicamos, de las fuerzas que " los animan y de las leyes á que obedecen " estas mismas fuerzas." (1)

En este orden de ciencias, tres son las teorías principales que se disputan el señorío de las inteligencias, cuando se trata de señalar cuál es el objeto de nuestros conocimientos en el estudio del Universo. La teoría atómica que defiende la existencia del átomo, partícula casi infinitésima de mate-

---

culo intitulado: "Influencia de los Métodos Lógicos en el Progreso de las Ciencias."

(1) Harmonía entre la Ciencia y la Fe. Ensayo escrito por el P. Miguel Mir.

ria, dotada de impenetrabilidad y de movimiento, pero privada de fuerza; de donde resulta, según esta teoría, que los cuerpos no se atraen, ni pueden obrar á distancia, sino que se mueven, como si en realidad se atrajeran. En semejante sistema la cualidad se convierte en cantidad, el color, por ejemplo, lo mismo que el sonido, quedan reducidos á determinado número de vibraciones.

La teoría de las fuerzas abstractas niega la existencia de toda substancia; los átomos son centros matemáticos de fuerzas que están privados de dimensiones y de formas geométricas. La tercera teoría concede al átomo substancia material y fuerza que modifica la substancia.

Mas sea cual fuere la índole de las verdades científicas, sea cual fuere también la teoría que se acepte acerca de los elementos constitutivos del Universo, todas las escuelas están unidas en nna aspiración común: reducir la variedad á la unidad y la diversidad á la identidad, ya por la transformación de las fuerzas; ya por la evolución de los seres; ó bien por artificios lógicos, si se trata de las ciencias exactas. Así la concepción cartesiana convierte las rela-

ciones de forma y posición en determinación de magnitudes; y mediante este artificio, por un solo procedimiento resuelve problemas que exigen soluciones especiales, cuando hay que tomar en cuenta la forma; así se verifica, por ejemplo, si hay que determinar la cuadratura de las curvas ó que tirar tangentes á éstas.

Por lo que mira á las ciencias de observación y experimentales, sabido es que comienzan por notar los fenómenos ó por reproducirlos para poder observarlos; mediante este procedimiento y aplicando las leyes de concordancia, se forman primero uniformidades independientes que luego se relacionan entre sí y se subordinan á otras más generales que las expliquen, y las rediman en todo ó en parte de su carácter empírico. Las leyes de Kepler encierran en sí todos los fenómenos astronómicos, pero permanecieron desligadas, hasta que Newton las comprendió todas en la ley de la gravitación.

Los fenómenos eléctricos y los magnéticos formaban dos grupos independientes uno de otro, hasta que la hipótesis de Ampere fundada en hechos, los reduce á uno

solo, ya el magnetismo no es cosa distinta del fluido eléctrico; es una corriente arrollada en hélice; y electricidad y magnetismo son movimiento del éter, "y movimiento
" del éter es también la luz, así como el so-
" nido es movimiento del aire, el calor mo-
" vimiento molecular, y los fenómenos ce-
" lestes son movimiento de la materia cós-
" mica.

" Aun las acciones químicas, dice el sabio
" é insigne físico D. José Echegaray, entran
" según las mismas hipótesis modernas, en
" el gran principio á que están sujetos los fe-
" nómenos físicos. En efecto, todos los pro-
" blemas de esta ciencia, pueden en buena
" ley reducirse á este hecho único: combi-
" nando dos ó más cuerpos A, B, dotados de
" ciertas propiedades físicas *a*, *a'*.... el
" primero; *b*, *b'* el segnndo, resultan otros
" nuevos cuerpos M, N, que poseen cualida-
" des físicas diversas de las anteriores, de
" suerte que M, posee las propiedades *m*,
" *m'*; N, las *n*, *n'*....; P, las *p*, *p'*; hé aquí
" toda la química, según las teorías moder-
" nas. Luego la fuerza química no es otra
" cosa que potencia para transformar unas
" cualidades físicas en otras; pero si todas

"las propiedades físicas no son más que
"apariencias del movimiento, y por él se
"explican y en él se resuelven, transfor-
"mar propiedades físicas es transformar
"movimientos, y en el movimiento mismo,
"y en sus varias combinaciones reside sin
"género alguno de duda, esta admirable
"facultad." En vista de la teoría expuesta, podemos reducir todos los fenomenos físicos y químicos á uno solo: al movimiento de la materia, y como la Mecánica dicta las leyes del movimiento, resulta que el Universo se halla regido por leyes matemáticas.

Adviértese, además, con asombro, como resultan idénticas, por metamorfosis sucesivas, fuerzas en apariencia diversas; como el movimiento se convierte en calor, como éste se transforma en electricidad y la electricidad se vuelve luz; como las energías de la naturaleza pasan por diversos estados, pero sin aumentar, ni disminuir; si desaparecen de un punto y en determinada forma, es para presentarse en otro punto y bajo otra forma, pero produciendo una suma de efectos igual á ellas mismas.

Mas al lado de estas verdades decubiertas por la eficacia de procedimientos y mé

odos rigurosamente inductivos, hallamos afirmaciones ó negaciones de índole metafísica, que ó no son admisibles, ó no corresponde á la ciencia experimental establecer. Es innegable que los métodos inductivos han alcanzado grado muy alto de perfección, y lo es asimismo que pone pasmo en nuestro espíritu el alcance de los instrumentos de que hoy se sirven el experimentador y el observador; pero también hay que deplorar aberraciones é intemperancias en el uso de la inducción, de la analogía y de la hipótesis, aberraciones nacidas casi siempre de sentimientos generosos y levantados: de la aspiración á la ciencia trascendental y única, del anhelo inconsiderado de unificarlo todo, por el cual se salvan distancias inconmensurables, se tiende á traspasar fronteras infranqueables para penetrar en regiones vedadas á la ciencia puramente experimental; se confunde el mundo visible con el suprasensible y se somete al espíritu á las mismas leyes que gobiernan la materia.

Algunas escuelas científicas hay, que ofrecen el caso curioso de proceder *á priori* en la resolución da cuestiones pertene-

cientes á las ciencias llamadas hoy positivas y ufanarse al mismo tiempo de seguir un método rigurosamente experimental; estas escuelas niegan y vilipendian á la Metafísica, en los momentos mismos en que forman un cuerpo de doctrinas metafísicas, siquiera sean algunas de ellas de índole puramente uegativa.

Muchas veces acontece que preside á los trabajos de gabinete ó de laboratorio el deseo mal encubierto de favorecer determinadas teorías; entonces el espíritu de escuela vence al amor de la verdad, y se lee ó más bien se presume leer en el gran libro de la Naturaleza lo que en él no está escrito. Tal vez un sistema completo de conocimientos pertenecientes á un grupo de ciencias, reposa en simples analogías, ó bien en hipótesis que á su vez descansan en meras posibilidades. En tal caso, conviene no darle ni á la analogía ni á la hipótesis, mayor valor del que en sí tienen, y no colocar entre las verdades conquistadas por la ciencia, lo que podría ser tan solo una teoría ideada con sagacidad é ingenio, pero no certificada por inducciones rigurosas.

Dumas en su Filosofía Química, exige,

para que sea científica una hipótesis, "que sea sugerida por la observación de diez hechos; que explique otros diez hechos conocidos y que por ella se descubran diez hechos nuevos; y aun así sucumbirá á veces ante otros diez hechos posteriores y sin ligazón con los precedentes." La hipótesis mientras conserva el carácter de tal, es una inducción no comprobada; así como la inducción es una hipótesis purificada en el crisol de la prueba.

La analogía, por su parte, es una inducción incompleta, ó más bien, una doble inducción en que luchan las semejanzas con las desemejanzas, sin alcanzar ni unas ni otras, un triunfo definitivo. Sin embargo, no de aquí se infiera que la analogía y la hipótesis desempeñan papel secundario en la ciencia. Tan importante es el que á la hipótesis corresponde, que sin ella no se daría ni el primer paso en gran número de investigaciones científicas, y si no se hubiera comenzado á *inducir* por analogías, no se habría llegado al descubrimiento de no pocas leyes y propiedades.

Quizá, señores, exijáis de mí que aduzca algunas doctrinas de sabios ó de escuelas

científicas que justifiquen las imputaciones que acabo de hacer en términos generales, al lamentar que no siempre se observen puntualmente los cánones del método científico. Me excusarían por completo de esta labor, para mí fatigosa, vuestra vasta erudición y elevado criterio, si no pensara que tales afirmaciones deben ir acompañadas de pruebas bastantes, para no ser sindicadas de gratuitas. Pero como mi voz en el presente caso es completamente desautorizada, os haré escuchar la palabra siempre instructiva de los próceres de la Ciencia.

Hay, señores, marcada tendencia, como indicaba poco há, á convertir cuestiones científicas y de carácter inductivo en otras filosóficas y de índole deductiva, y lo que no es menos de sentirse, se aplica á éstas el método experimental que en el presente caso resulta del todo inadecuado.

Durante el largo reinado del silogismo, la aplicación exclusiva de la deducción retardó la aparición de las ciencias experimentales; hoy el abuso de la inducción tiende á borrar del catálogo de las ciencias á la Metafísica y á la Moral.

Entre las cuestiones que más interés des-

piertan, sin duda hay que contar las que se refieren al origen y á la naturaleza íntima de las cosas; ni una ni otra caen bajo el dominio de nuestros sentidos. Sin embargo, muchos han querido resolverlas, sin más recursos que los muy exiguos que para este caso puede proporcionar la ciencia experimental, olvidando ó desoyendo estas célebres palabras de Stuart Mill: "Las leyes de la Naturaleza no pueden dar cuenta de su propio origen."

Por más que parezca extraño, no puede negarse que la ciencia experimental ha hecho algunas veces dilatadas excursiones por el campo de la Metafísica, al tocar las cuestiones de que acabamos de hablar.

Enseña esta ciencia que la materia tiene el poder de ponerse á sí misma en movimiento, el cual le es esencial; que fuerza y materia son eternas; que la producción de las fuerzas intelectuales depende directamente de cambios químicos, de suerte que el pensamiento es un simple movimiento de la materia; que la existencia del mundo y la vida universal, pueden compararse á un círculo, en el cual "causas y efectos se "ligan sin solución de continuidad y for-

"man una serie de anillos en que cada uno "puede ser considerado como primero y "último, como principio y fin de la inmensa "cadena." (1) No es de este lugar discutir detenidamente cada una de las anteriores afirmaciones; pero sí importa señalar los casos en que el materialismo ha sido infiel al método científico, Y así la eternidad de la materia y de la fuerza, peca contra la primera ley del método experimental, ya que esa eternidad no puede ser comprobada. Por otra parte, el infinito matemático, es absurdo, si no se toma en la acepción de indefinido. Si tiene cabida en las ciencias exactas, es sólo á título de artificio lógico.

Afirmar que el número de vibraciones es infinito ó que lo es el de átomos, ó el de instantes transcurridos, sería decir que existe un número tal de átomos, de vibraciones y de instantes, que no puede ser más de lo que es, puesto que lo infinito no consiente aumento. Y no sólo es incomprensible la eternidad de la materia y del movimiento, sino que tal teoría, como observa Secretan, vuelve ilusorio todo progreso "porque si los

(1) Caro.—El Materialismo y la Ciencia.

"átomos son eternos, si les son esenciales
" sus propiedades, si el movimiento que re-
" sulta necesariamente de estas propiedades
" es necesario como su causa, síguese que
" todas las combinaciones que puedan re-
" sultar de ese movimiento fueron ya reali-
" zadas desde la eternidad y en la eterni-
" dad." Todo está ya hecho: nada queda por hacer.

La afirmación de un movimiento esencial á la materia, es nueva violación del método experimental, el cual se desentiende de las esencias de las cosas, por considerarlas inaccesibles á los sentidos. Es, por otra parte, anticientífico, pues no se compadece con la ley de la inercia en virtud de la cual un cuerpo no se mueve sino cuando es solicitado por otro, y no pierde su movimiento sino cuando lo comunica.

Ni pugna menos con la lógica y con la ciencia, quien afirme que el pensamiento es uno de los varios movimientos de la materia. Nunca una relación de simple coexistencia podrá convertirse en relación de identidad; de que la actividad de la mente coexista con la oxidación del fósforo cerebral, no se infiere que la materia y el sér que

piensa sean una misma cosa. Además, no perdamos de vista la identidad del sér pensante consigo mismo en cualquier punto de su existencia. El *yo* de ahora es el mismo que fué ayer, el mismo que fué hace diez años, hace veinte; el mismo que ha sido siempre; al paso que la masa cerebral, así como todo el organismo, se renueva completamente en un transcurso de tiempo más ó menos largo en fuerza de pérdidas y adquisiciones continuas.

Se nos dice, además, que la vida universal es un gran círculo de causas y efectos en que cada anillo puede ser considerado como primero y último, como principio y fin de la cadena, y que esta inmensa cadena circular hace innecesaria la intervención de la causa primera. Concedamos, señores, que el círculo se halle perfectamente cerrado; ¿pero quién lo abre y quién lo cierra? ¿quién le imprime el movimiento inicial, ya que la materia no puede moverse á sí misma?

Lo cierto es que la ciencia experimental dista mucho de poseer todos los eslabones de esa inmensa cadena. Pongamos nuestra consideración en un fenómeno cualquiera,

y nos convenceremos de que no están los límites de la Ciencia tan retirados, como piensan algunos.

¿Cómo se verifica, por ejemplo, el fenómeno de la visión? Después que el sol ha vibrado, se estremecen las moléculas etéreas, luego vibra el nervio óptico, este movimiento llega al cerebro y después nuestra alma presencia conmovida el espéctaculo grandioso y sorprendente de la creación con sus ondas luminosas, con sus variados matices de brillantes colores, con sus inefables armonías y con sus leyes maravillosas. ¿Pero cómo podrá explicar la ciencia experimental el tránsito del movimiento cerebral á la sensación de la visión, de ésta al sentimiento de admiración y pasmo, y de la sensación y el sentimiento á la idea, á la concepción científica ó al ideal del artista? Y luego, ¿cuál fué la causa que produjo la vibración del sol? Supuesto que la vibración de todo cuerpo luminoso es transformación de otro movimiento y de otra fuerza, ¿cuál fué esa fuerza, cuál fué ese movimiento? ¿Deberá atribuirse á los choques con masas meteóricas que caigan en gran número sobre este astro, ó más bien

á acciones químicas, eléctricas ó magnéticas? Nada se sabe á punto fijo; pero aun suponiendo que se supiera, ¿podríamos dar por cerrado el círculo con este nuevo eslabón?

El sistema de Darwin es nueva y clara prueba de la aspiración constante á reducir la diversidad á la identidad; la pluralidad á la unidad; pero sabios eminentes piensan que ese sistema pone en olvido los cánones más elementales de la inducción.

La selección artificial empleada por el hombre para mejorar las razas de los animales domésticos, sugirió esta concepción científica, cuyas aspiraciones fueron ensanchándose cada vez más.

En su primer período enseña que de cuatro ó cinco tipos producidos por el Autor del Mundo, proviene todo el reino animal, y de otros tantos procede el reino vegetal, mediante la selección hecha por la naturaleza de las cualidades más apropiadas para triunfar en la lucha por la vida. Un poco más tarde las perfecciones acumuladas por la selección fueron poderosas para transformar al animal en hombre, en términos que éste tiene por inmediato an-

tecesor al mono, por más que tal abolengo le humille y desazone.

Hæckel llevó hasta sus últimos lindes este trabajo de unificación. Según él, todo procede del átomo eterno en fuerza de una evolución eterna y necesaria. Nada queda fuera de este origen. De allí procede el universo, de allí la inteligencia, la ciencia, el arte y cuanto de algún modo existe.

Como se advierte, el fundamento primero de teoría tan trascendental, fué una simple analogía, procedimiento lógico bastante endeble y bastante ocasionado á todo linaje de falacias, como lo reconoce el mismo Darwin, cuando dice que la *anología* lo llevaría á educir todos los animales y todas las plantas de un solo prototipo, pero que no se atreve á tanto, porque "la analogía puede ser guía falaz." Cuando se para la consideración en la poca consistencia de los cimientos, asalta el temor de que venga á tierra el edificio sobre ellos levantado.

Sabios ilustres dirigen preguntas á los propugnadores del nuevo sistema que hasta ahora no han sido contestadas satisfactoriamente. ¿Por qué la selección y la lucha por la vida no han privado de ella á

seres tan débiles y colocados en condiciones tan desfavorables como los infusorios, los pólipos y los gusanos, mayormente cuando el sabio inglés pone á disposición de la naturaleza millones de años para dar á su obra cumplido remate? ¿Por qué después de haberse transformado la especie simia en especie humana, existe todavía el mono? ¿Por qué ya no se obra jamás esta transformación, ni se advierte el menor indicio de ella?

Naturalistas de primer orden ponen de manifiesto los graves defectos de método que se advierten en este sistema. Quatrefage, después de rendir un homenaje de sincera admiración al saber, al talento é ingenio de Darwin, se produce en estos términos: "Tropezaba con demasiada fre-
"cuencia con la hipótesis al lado del hecho,
"con lo posible en lugar de lo real. La con-
"tradicción entre la teoría y los resulta-
"dos de la observación se mezclaba tam-
"bién muchas veces á las coincidencias que
"acabo de señalar, El conjunto de los re-
"sultados adquiridos me ha llevado, ha ya
"mucho tiempo, á admitir la variación de
"las especies en términos ó límites muy

ıplios: igual razón me ha impedido nstantemente admitir la transmutación e las mismas." Ruchet, siguiendo el ıtir de otros sabios, asegura "que esta loctrina se adapta á los hechos, de una manera mediana. De aquí que sea rechazada por los hombres más instruídos en 'la ciencia: por Owen, con respecto á los "mamíferos; por Agassiz, con respecto á "los peces; por Deshayes, con respecto á "los moluscos." Finalmente, el mismo "Strauss confiesa "que esta teoría, muy in- "completa, deja sin explicar un número in- "finito de puntos, que de ninguna manera "han de considerarse secundarios."

El bosquejo del estado actual de la ciencia que con torpe mano acabo de trazar, deficiente é imperfecto como es, me permitirá inferir, mediante breve resumen de cuanto llevo dicho, qué ministerio toca desempeñar á las academias científicas.

Hemos visto, señores, como el intento nobilísimo de unificar las ciencias ha llegado á establecer entre ellas tales afinidades, que muy bien pudieran considerarse como capítulos de un mismo libro: del gran libro de la Naturaleza. A medida que el

orden real de las cosas es mejor conocido, el orden ideal de nuestros conocimientos participa cada vez más de la unidad que resplandece en el Universo, el cual á su vez es maravillosa expresión del pensamiento divino, de forma que los sistemas científicos, cuando se ajustan á la verdad, no son otra cosa, según la profunda y feliz observación de Agassiz, que la traducción en lengua humanu de los pensamientos del Creador.

Pero algunos sabios y algunas escuelas han extremado la tendencia á unificar lo múltiplo y á identificar lo diverso, y para lograrlo han confundido órdenes de ideas, de cosas y de fenómenos algunas veces diversos y otras opuestos, y no han temido violar las leyes del método experimental, ó han hecho extensiva su aplicación á ciencias que reclaman otros métodos y otros medios de conocimiento.

La ciencia experimental enamorada de la verdad y deseosa de poseerla en toda su plenitud, ha juzgado estrechos los límites del mundo hasta ahora conocidos; de aquí que algunos de sus más conspicuos representates hayan querido traspasar las fron-

teras del tiempo y del espacio, declarando que la materia es inmensa y eterna su fuerza.

Mal avenidos con las uniformidades, hasta ahora ciertamente conocidas, han establecido leyes más universales y más comprensivas, oponiendo á hechos meras posibilidades, de suerte que algunas veces la hipótesis en sus manos, lejos de ser instrumento de investigación, lejos de ser la primera pregunta que el sabio dirige á la naturaleza, ha sido considerada como la última palabra de la ciencia.

Los sabios que deseosos de multiplicar sus fuerzas intelectuales, se congregan en academias para ensanchar los dominios de la Verdad, llevarán á término alta y meritoria empresa, si por una parte moderan tendencias y aspiraciones irrealizables, y por otra se muestran celosos observantes de las leyes del método; si saben dar á la inducción lo que es de la inducción y á la deducción lo que á ella corresponde; si reconocen que no son los sentidos ni la única ni la principal fuente de conocimiento, sino que además de ellos y sobre ellos, están la intuición y la razón.

En el siglo XVII la Academia del Ci-

mento ó de la Prueba, creada por Leopoldo de Médicis, y la de los Linces, presidida por Galileo, perfeccionaron, propagaron y acreditaron de bueno el método experimental y con ello dieron poderoso impulso á las ciencias físicas, entonces nacientes; que la Academia Mejicana de Ciencias, correspondiente de la Real de Madrid, siga tan gloriosas huellas y contribuya á perpetuar el reinado de la Lógica por el cultivo de las ciencias y el imperio de éstas, por la observancia rigurosa del método.



DISCURSO

Sobre la enseñanza de Humanidades y especialmente de la lengua latina, dedicado al señor académico, Lic. D. Joaquín Baranda.



SEÑORES ACADÉMICOS:

LOS estudios preparatorios, si hubiéramos de atenernos á su nombre, sólo deberían proporcionar los conocimientos necesarios, para poder seguir los cursos profesionales; pero la verdad es que ni en esta época, ni en épocas anteriores, ha sido tal preparación el único fin que mediante esos estudios se ha intentado obtener.

Se ha tenido presente otro de no menor trascendencia: se ha querido que la juventud escolar alcance un grado de cultura proporcionado á los adelantos del tiempo en que vive, y que la Nación no quede rezagada en el movimiento intelectual que se advierte en

los demás pueblos civilizados. Pues no hay que dudarlo, los escolares de hoy son los sabios de mañana que confiarán al libro ó al periódico el fruto de sus estudios; son los que desde lo alto de la cátedra depararán instrucción á los que de ellos esperen el pan de la ciencia; los que divulgarán las enseñanzas de ésta entre las indoctas muchedumbres.

Puede muy bien asegurarse que hasta la hora presente, la enseñanza llamada preparatoria no halla todavía entre nosotros su centro de gravedad. Desde el año de 1868 viene oscilando entre dos opuestos sistemas: el de estudios uniformes para todas las carreras y el de estudios especiales.

De algunos años á esta parte luchan también dos escuelas rivales: la primera aspira al reinado absoluto del positivismo y de las ciencias llamadas positivas; la otra impugna á las escuelas empíricas, porque quiere que las ciencias descansen sobre más ancha base que la que ofrecen los sentidos, y desea establecer con mayor amplitud los estudios de Humanidades, que su antagonista mira, á lo menos en parte, con mal encubierto desdén.

Estos estudios quedarían encerrados dentro de límites demasiado estrechos, si hubieran de reducirse al conocimiento gramatical del Griego y del Latín. "Las clases de "Humanidades, dice el profundo pensador "Alfredo Fouillée, deben despertar en el "espíritu del niño sentimientos que sean "propiamente humanos y que lleven á su "alma el alma de la humanidad entera. En "otros términos, es fuerza transportar al "espíritu del individuo lo que haya de me-"jor en la evolución humana. Colígese de "aquí que han de desenvolverse en éste las "facultades que forman al hombre, y han "de tener por objeto estas facultades las "verdades más altas y los sentimientos más "nobles á que ha llegado el género hu-"mano."

El conocimiento de las lenguas griega y latina y de sus respectivas literaturas, logra en gran parte la realización de fines tan elevados; pero exageraríamos la influencia que ese conocimiento ejerce en la educación intelectual del espíritu, si no reconociéramas la parte que toca en tarea tan importante á la Literatura General y á la Historia Universal, así como también la que co-

rresponde á la lengua vernácula y á la historia y literatura patrias que transfunden en el individuo el espíritu mismo de la Nación.

La índole del fin que estos conocimientos alcanzan, justifica, á mi entender, la propiedad de la palabra *Humanidades* aplicada á todos ellos, pues todos ellos ponen en cada individuo las ideas y sentimientos más elevados, sentimientos é ideas que constituyen al hombre y reproducen en el alma individual los estados psicológicos de colectividades humanas más ó menos extensas.

En tan ardua empresa, desempeña la Literatura oficio muy principal, todavía más importante que el que está encomendado á la Historia. Ésta nos da á conocer la vida exterior de la humanidad, aquella nos descubre su vida íntima.

Si la Historia es la narración descarnada de los hechos, á la memoria incumbe ser fiel depositaria de ellos; y si, elevándose á regiones más altas, nos enseña las leyes que los gobiernan, á la inteligencia corresponde descubrir las relaciones de causalidad que los ligan y los caminos, muchas veces arcanos, por donde la Providencia

conduce á los pueblos para la realización de sus designios.

Las producciones literarias no sólo ejercitan la memoria y la inteligencia de quien las estudia y analiza, sino que halagan la fantasía, fecundan la imaginación, ennoblecen y acendran nuestros sentimientos, conmueven hondamente el alma y pueden engrandecerla por la excelsitud de las ideas y por la elevación y pureza de los afectos. Alguien ha dicho que las obras literarias son los latidos del corazón de la humanidad.

La Historia, por otra parte, refiere los hechos que han pasado; la Poesía narra, además, los que han podido acontecer. Los términos de la Historia están acotados por la realidad, los límites de la Poesía confinan con los de lo posible. Concierne al historiador presentar hechos concretos; corresponde al poeta idear situaciones y poner nombres á los personajes á quienes encomienda la realización de sus ideales; pero como en la creación de situaciones y personajes ha de tener presente, para que sean verosímiles, lo que pide la naturaleza de cosas y personas, lo cual es algo univer-

sal; resulta que en esta labor poética hay que descender de lo universal á lo particular, al paso que el historiador, siguiendo procedimiento inverso, asciende de los hechos que la realidad le presenta á las leyes universales que rigen á la evolución de la humanidad, sin menoscabo ni de la causalidad divina, ni de la libertad humana.

Sin insistir más en las diferencias que median entre la Historia y la Literatura, es indudable que una y otra son necesarias para la educación intelectual y moral de los pueblos, la cual debe ser, según la escuela evolucionista, "una serie graduada de esta- "dos del espíritu y un desenvolvimiento "del alma colectiva en el alma individual."

Aceptado este concepto de educación, es menester tomar todo lo que hay de mejor en la evolución de la nación, en la evolución de la raza y en la de la humanidad entera, y depositarlo como fértil simiente en la inteligencia y en el corazón de cada individuo; de manera que en el orden intelectual y en el moral llegue á ser como breve compendio y fiel trasunto de las perfecciones alcanzadas por las diversas colectividades de que forma parte, poniendo así en

armonía, como dice Augusto Comte, la evolución individual con la colectiva. Este fin se alcanza en parte por el estudio constante de la Historia; pero es medio mucho más eficaz el cultivo de la Literatura, la cual nos hace vivir una vida más íntima, que es la del sentimiento, cuya fuerza impulsiva es tan poderosa, y la vida de la imaginación, cuyo poder sugestivo tiene un alcance indefinido.

No creo que nadie ponga en tela de juicio verdades tan palmarias; pero al llegar á la aplicación de estos principios, algunos pedagogos eminentes y pensadores profundos quieren que de los estudios literarios queden borrados los de las lenguas griega y latina, sin las cuales es imposible llegar al conocimiento profundo é íntimo de sus literaturas. Y sin embargo, desde el Renacimiento acá, estas literaturas son las que han encendido á los pueblos en el amor al arte, á la libertad y á la patria. Y desde los primeros siglos del Cristianismo, el latín, sirviendo de vehículo al hebreo y al griego, ha difundido por todos los ámbitos del mundo civilizado el amor á Dios y al hombre, juntamente con los ideales cristia-

nos revelados á nuestra inteligencia por las enseñanzas bíblicas y más tarde vaciados en moldes clásicos.

Apenas podemos hallar literatura que haya ejercido influencia más benéfica, más universal y más profunda que la literatura latina por el intermedio de su lengua.

Si se suprime el conocimiento de las literaturas y de las lenguas clásicas, la teoría evolucionista de la educación seguida y sustentada por los mismos que impugnan la enseñanza del latín y del griego, quedaría sin aplicación. ¿Cómo reproducir en el individuo los diversos estados por que han pasado la nación, la raza, la humanidad entera, si se suprime toda la antigüedad? ¿Qué linaje de educación evolucionista es ésta que prescinde de los antecedentes históricos que explican en parte el estado psicológico de la humanidad actual? Y sin tales antecedentes históricos, ¿cómo explicar ni el arte, ni la historia, ni la filosofía? Ni puede objetarse que el conocimiento de la Historia sería bastante para unir el mundo antiguo con el mundo nuevo, pues ya hemos visto cuánto más honda, cuánto más íntima es la influencia que la Literatura tie-

ne en el espíritu humano. Si es necesario estudiar la Historia de Roma, aun lo es más conocer sus oradores y retóricos, sus filósofos y poetas.

Mas para poder graduar la importancia que tiene entre nosotros el estudio de las Humanidades en general y de las literaturas griega y latina en particular, nuestro criterio debe guiarse é ilustrarse por consideraciones de orden psicológico, á fin de que tengan por fundamento la base inconmovible de nuestro propio espíritu.

Importantes enseñanzas pedagógicas descansan en la teoría de Kant sobre el poder dinámico de nuestras ideas, teoría que según pienso derrama intensa luz en la cuestión que estamos discutiendo. Enseña en breve síntesis el filósofo citado que toda idea está provista de dos fuerzas: la una de adhesión y la otra de repulsión. Por la primera las ideas echan hondas raíces en nuestro espíritu, se adhieren á él y constituyen su manera de ser en el orden intelectual; por la fuerza de repulsión repelen vigorosamente toda idea que tienda á suprimirlas ó á desalojarlas de la inteligencia donde moran. Conforme á esta teoría, el primer dato

que se ha de tener presente al hacer la selección de los conocimientos que deba adquirir un pueblo ó un individuo, es á no dudar la índole de sus aptitudes, y éstas dependen de las ideas que más fácilmente se arraigan en su inteligencia. Los pueblos ó los individuos cuyo espíritu carece de las cualidades necesarias para elevarse hasta las altas regiones de las especulaciones abstractas, de las grandes generalizaciones y de los primeros principios; pero que en compensación se gozan en la contemplación de la naturaleza y de sus bellezas ó en el estudio de sus fuerzas y en la atenta observación de los fenómenos que se verifican en el Universo, no estarán destinados á señalar nuevos rumbos al pensamiento; mas según la índole de las ideas á cuya fuerza estén sometidos, serán científicos, artistas ó industriales. En los individuos y en las naciones hay tendencias varias: cuáles como la culta Francia dan forma á la belleza en sus diversas manifestaciones; cuáles como la pensadora Alemania son dominadas por el amor á las verdades trascendentales, y cuáles, en fin, como nuestra vecina del Norte, consagran de preferencia su inmen-

so poder intelectual al logro de lo útil. Bien se deja entender que no se excluyen estas diversas aptitudes y que en una misma nación pueden florecer poetas, oradores, artistas, industriales y hombres científicos al lado de filósofos eminentes; pero entre tan diversas aptitudes, alguna prevalece y se aventaja á las demás, y á ésta se debe atender, si se quiere saber qué linaje de conocimientos no han de descuidarse en la educación intelectual de un pueblo. Sería imposible, por ejemplo, convertir una colonia de industriales y comerciantes en una nación de inspirados artistas ó de poetas, y si tal cosa se intentara, se gastarían estérilmente las fuerzas vivas de ese pueblo; pues tal es la teoría de Kant: una vez que una idea ó que un orden de ideas se ha arraigado en nuestro entendimiento, lucha por la vida, como hoy se dice, y no consiente que le sean arrebatados sus dominios.

Por ley de herencia nuestras aptitudes no difieren esencialmente de las de nuestros progenitores. Tampoco nosotros hemos sido dotados de la paciencia y de la sagacidad del observador profundo, ni existen

entre nosotros genios que tengan la intuición de las leyes de la naturaleza.

Así se explica que otras naciones se hayan adelantado á España y á sus antiguas colonias en el conocimiento de las ciencias de observación y experimentales. En compensación ese gran pueblo se ha encumbrado hasta las más altas cimas de abstracciones ontológicas y teológicas, y desde allí ha descendido á los valles floridos de la más rica fantasía.

Atleta infatigable armado de la clave hercúlea del silogismo, alguna vez defendió en augusta asamblea, con no igualada gloria, verdades salvadoras y trascendentales, y también ha sabido trasfundir la belleza, por maravillosa manera comprendida, sentida ó ideada en obras de arte que vivirán perennemente. Así es que todos conceden de buen grado que los españoles han sido teólogos y metafísicos profundos, al mismo tiempo que poetas, oradores, artistas y humanistas insignes.

Las naciones de origen hispano, y entre ellas Méjico, han heredado las facultades estéticas de sus progenitores y su idoneidad para las concepciones abstractas y para

las ciencias deductivas, herencia preciosa que es deber nuestro conservar. Será, pues, caso lamentable desatender la enseñanza de aquellas ciencias cuyo fundamento racional es independiente de la observación y de la experiencia, y no lo sería menos descuidar aptitudes notorias que deben ser bien dirigidas; mas de seguro se malograrían, si nuestra educación literaria no tuviera por base el conocimiento del latín y de su literatura.

Es para mí motivo de satisfacción que estas consideraciones pedagógicas que hace años deduje de la teoría de Kant en discurso dicho con motivo de alguna solemnidad escolar, (1) coincidan con las doctrinas de Fouillée, según el cual "la instrucción se-
" cundaria debe estar en armonía con el es-
" píritu mismo de la nación, con sus hábitos
" y con sus aptitudes, con su historia, con
" las tradiciones mismas de su educación,
" de su lengua, de su literatura y de sus ar-
" tes; en una palabra, con las formas y con-
" diciones de la evolución nacional."

---

(1) Discurso que escribí para pronunciarlo en la Escuela N. Preparatoria la noche del 9 de Agosto de 1890.

Sin embargo este conjunto de tradiciones, de hábitos y de aptitudes que forman nuestra evolución nacional, si no exigen que tengamos en poco nuestra educación científica, sí piden que cultivemos con extensión y profundidad los estudios de literatura y de lengua patria. El curso de la primera de estas asignaturas se limita hoy á la parte preceptiva ó Retórica; para que fuera completo debería contener una breve síntesis de nuestra historia literaria y junto con ella algunas nociones de Estética y de Crítica. Iniciados los alumnos en estos conocimientos, se penetrarán de la elevada magistratura que corresponde desempeñar en la República de las letras al que ha de ser juez de las producciones del ingenio, y desertarán de la escuela de Hermosilla, excelente preceptista, pero estrechísimo crítico que presumía fallar sobre el mérito de las producciones literarias, sin consultar más códigos que los de la Retórica y la Gramática, olvidando ciencias tan importantes como la Estética y la Psicología. De donde resultaron sus juicios tan superficiales, que no llegan nunca al meollo y substancia de la composición; sino que se de-

en su forma más externa, que es el
je que en ella se usa.
aun suponiendo que nuestros cursos
os fueran completos, carecerían de
aración indispensable, sin el cono-
to de la literatura greco-latina. "De
), dide un gran pensador, las letras
uas han sido las iniciadoras de las
rnas en el arte, en la ciencia, en la
cívica." Maneuvrier ha tenido á este
ito una frase muy feliz: "Las litera-
modernas, dice, no tienen genera-
espontánea. Desde los griegos todo
renacimiento literario ha procedido
ontacto con otra gran literatura,
ipalmente con la antigua."
cuando mi principal intento, por
es solamente poner de resalto la ne-
de estudiar la lengua latina, no pue-
ener su enseñanza sin defender asi-
la del griego, puesto que su causa
ín, y aun algunas de las razones va-
para el estudio del idioma latino,
mayor fuerza, cuando se trata de la
de Homero y de Demóstenes. Por
oca á los Romanos, se ha dicho que
tenido más poesía propiamente su-

ya que la que brota espontánea de su historia verdaderamente épica ni más filosofía que la razón escrita de sus leyes. Pero aun cuando su literatura sea toda ella reflejo y eco de la griega, esto no empece para que la copia haya igualado y tal vez superado algunas veces al original, ni empece tampoco para que las letras latinas sean á un mismo tiempo antecedente histórico imprescindible de las castellanas; modelo acabado de belleza y acendrado gusto, é inexhausto depósito de sabios preceptos que no han envejecido, ni es creíble que lleguen á envejecer.

De ello son clara prueba los libros de Oratore de Cicerón, en donde el autor habla de su arte con la elocuencia casi sobrehumana que dió á su palabra inmortal fuerza irresistible. Pero no se crea que Cicerón ha reinado en el mundo de las inteligencias solamente como orador y como preceptista, sino también como divulgador de la filosofía que pone las altas concepciones de inteligencias superiores al alcance del vulgo, el cual recibe de sus labios raudales de sabiduría y de elocuencia.

"Cicerón, dice el profundo Menéndez

"Pelayo, ha influido poderosamente en la "general cultura humana, por el talento á "tan pocos concedido de hacer sensible y "halagüeño lo abstracto, de sacar la filoso„fía de la escuela y traerla á la plaza y á la "morada de los humanos. Sus idéas no son "ni muchas, ni muy nuevas; pero las fór"mulas en que las ha encerrado tienen per"petuidad marmórea." El mismo Ciceron decía: "yo no he sacado mi elocuencia de "las oficinas de los retóricos, sino de los "jardines de la Academia."

Como preceptista, sin duda ha sido más conocido y estudiado el autor de la carta á los Pisones. Excepto una ú otra regla arbitraria, aun hoy día subsiste y rige ese código de acendrado gusto en el cual falla Horacio sobre cuestiones literarias de alta trascendencia, entre ellas la hoy palpitante del arte por el arte que plantea en los siguientes exámetros:

Aut prodesse volunt aut delectare poetæ;
Aut simul et iucunda et idonea dicere vitæ;

Y resuelve sumariamente en este otro verso:

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci,

Fijando el justo medio entre ficciones absurdas, delirios de imaginaciones calenturientas y un realismo nimio y excesivo como el de nuestros días, quiere que por una parte toda ficción se acerque á la verdad: *Ficta voluptatis causa sint proxima veris*, y que el poeta no pierda de vista lo que de verdad es la vida humana.

"Respicere exemplar vitæ morumque iubebo"
"Doctum imitatorem."

Pero ante todo recomienda que en las producciones literarias brille siempre la unidad y la sencillez.

"Denique sit quod vis simplex duntaxat et unum."

No consienten los límites de este discurso que haga yo el recuento de los deberes y derechos del escritor señalados en esta famosa epístola, ni tampoco es necesario repetir aquí lo que se halla en la memoria de todos.

Con Horacio ha compartido Quintiliano la enseñanza de los jóvenes escolares, y á ellos y á cuantos lo han estudiado, ha sido su lectura de gran provecho por su método de exposición, por el enlace de las doctri-

s, por la síntesis que ofrece de ajenas enseñanzas, y además de todo esto por la elevación moral de los conceptos, lo depurado de su gusto y la elegante sencillez de su estilo.

Tan egregios escritores han contribuído á la educación estética de incontables generaciones, no sólo por lo que tienen de docentes sus obras sino por la belleza peregrina de su forma.

Así como á Cicerón corresponde la realeza del genio entre los oradores, á Virgilio le pertenece entre los poetas. A ella le dan derecho indisputable su inspiración soberana, la pureza y profundidad de sentimiento, la delicadeza de gusto y la sin par elegancia y transparencia de estilo.

No entra en el plan de este modesto discurso hacer las consideraciones que serían del caso, si se hubiera de defender al poeta mantuano de la injusticia con que se le niega por algunos críticos el lauro de la originalidad. Pero permítaseme notar que sin la facultad creadora propia del genio, ni habría podido producir su admirable epopeya con sólo los mezquinos elementos que le proporcionaban vagas y confusas tradicio-

nes, ni habría podido adelantarse á su época, revelándose, según quieren entendidos críticos, poeta cristiano y *medioeval*.

Frary, censor acerbo, y en mi concepto injusto de los autores latinos, afirma que éstos conocían al hombre menos que los griegos, y nos invita á comparar al Eneas de Virgilio con el Aquiles de Homero. Si no me equivoco, Eneas siente, obra y habla de un modo enteramente humano; pero sin la rudeza de Aquiles y de los compañeros de éste, que proceden como bárbaros en quienes lo más admirable es la brutal fuerza física. En el protagonista de la Eneida, con el valor heroico y con la destreza en las armas se compadecen la piedad filial, el amor á su esposa Creusa y á su hijo Julo, y la paternal solicitud por sus socios y conmilitones. Virgilio, pensando quizá que no bastaba tanta belleza moral para ennoblecer la figura de su héroe, hermosea también su cuerpo y nos le presenta como un dios, cuando deshecha la nube que lo rodeaba, aparece á los ojos de la reina Dido "resplandeciente en medio de una viva luz, "semejante en su rostro y apostura á un "dios, porque su misma madre había in-

" fundido en su hermosa cabellera y en sus " ojos el resplandor purpúreo y la alegre " lozanía de la juventud; así la mano del " artífice añade belleza al marfil ó engasta " con amarillo oro la plata y la piedra de " Paros." (1) Y yo me atreveré á decir, parodiando esta úliima frase: así el genio de Virgilio hermanó en su héroe la grandiosidad con la cultura y la belleza.

La monumental historia de Tito Livio tiene el interés y movimiento del drama y á veces también la grandeza y elevación de la epopeya. Sus arengas son modelo de elocuencia superior á todo encomio, como dijo Quintiliano.

Su narración, según el mismo crítico, es gratísima por la claridad, y ningún historiador es más conmovedor ni más patético que él.

Los libros que nos quedan de su obra inmortal, son á un mismo tiempo historia, drama y epopeya que han transmitido á la posteridad el alma del pueblo romano, tal como fué, con su grandeza y con sus vicios.

Hay en Tito Livio menos profundidad y

---

[1] Traducción de D. Eugenio Ochoa.

quizá menos artificio dramático que en Tácito; en cambio su estilo tiene mayor brillo que el de César, el Gran Capitán cuya gloria militar y cuya importancia política, con ser tan grandes, no fueron parte á obscurecer en él al orador elocuente, émulo de Cicerón y de Hortensio, al escritor admirable y al puntual historiador. Su estilo diáfano como límpido cristal, se distingue por su noble y elegante sencillez. La crítica moderna le ha comparado con Jenofonte.

Al hablar de los escritores latinos que más han influído en la educación de la posteridad, no es posible hacer caso omiso de Lucio Anneo Séneca el Filósofo. "uno de " los principales educadores del mundo mo- " derno y especialmente de la raza española," según piensa el Sr. Menéndez Pelayo.

Su severidad estoica y su moral enteramente desinteresada, nos lo presentan como uno de los antecesores, ó mejor diré, de los maestros de Kant, más bien caracterizados.

"Si me preguntas, dice, qué busco en la " virtud, te declararé que nada, sino la vir- " tud misma, porque nada hay mejor que " ella, y es precio de sí propia,"

Las consideraciones que acabo de hacer

sobre los escritos de algunos próceres de la literatura latina y que en parte he tomado prestadas al insigne Menéndez Pelayo, someras como son, bastan para poner de manifiesto su influjo benéfico en la educación y cultura del espíritu humano. Iluminados estos escritores por inspiración que viene de lo alto, son como cimas de elevadas montañas, doradas por los rayos del sol de la mañana; su luz casta y apacible ha llegado hasta nosotros al través de veinte siglos, y hoy todavía inunda nuestra inteligencia.

Los que conocen el valer inmenso de estos ingenios soberanos hasta hoy no superados, pueden aquilatar los frutos opimos que de sus obras hoy todavía recogemos, y llegar á las conclusiones prácticas que Julio Simón formula en estos términos:

"Es necesario educar á nuestros hijos para nuestro tiempo y para nuestra nación; pero es preciso no separar nuestro tiempo y nuestra nación de la tradición de las razas latinas y de la tradición humana. En la serie de los hechos históricos y en el desarrollo intelectual y moral de la humanidad, no puede ni debe haber abismos. La moral, como la poesía y la

espíritu de éste al través de sus propias palabras.

Si conociéramos el Ruso, y leyéramos en este idioma la obra inmortal del Quijote, difícilmente reconoceríamos al ingenioso Hidalgo y á su creador inmortal Miguel de Cervantes.

Tengo para mí que las producciones traducidas son como tenue sombra de las obras originales.

Suprimida la enseñanza del Latín, muy pocos se cuidarán de conocer los clásicos latinos, pues de ordinario lo que no se aprende en la Escuela, no se estudia fuera de ella, y probablemente esos pocos se servirían del francés, más bien que del castellano, resultando así el original dos veces desfigurado.

Pero concedamos que el lector se atiene á buenas versiones castellanas; ni aun así podrá ufanarse de conocer la literatura latina y de poder apreciar sus bellezas. Con notable exactitud ha dichó algún distinguido escritor francés que quien lee traducciones del griego y del latín se asemeja al que visita un museo; el que traduce directamente hace un poco más: copia los cuadros.

la lengua vernácula. Cuando se traduce de esta suerte, suele suceder que desaparece el pensamiento intentado por el autor, verificándose aquello de que *summa fides summa est infidelitas*. Tales versiones, por lo mismo, no son las más á propósito para dar á conocer ni al autor original ni á su obra; pero sí deparan al principiante, íntimo conocimiento del vocabulario y de la gramática de la lengua de donde se hace el traslado.

Por lo que toca á las versiones parafrásticas, deben mirarse más bien como imitaciones que tienden á expresar los pensamientos principales del original, prescindiendo de los secundarios; mas para ser buenas, han de reproducir las bellezas de estilo y dicción, hasta dónde lo consienten las afinidades de una y otra lengua. En tales versiones, el poeta se mueve con mayor libertad; pero por esto mismo se aleja del fin intentado en toda traducción.

Esta será siempre un velo más ó menos denso que nos ocultará en parte el pensamiento y el alma del autor, á la cual sólo podrá llegar quien teniendo conocimiento del idioma en que ha escrito el poeta, ve el

" la España, la Alemania, y la Dacia; llega
" á las comarcas civilizadas del Africa sep-
" tentrional y del Asia, y los predicadores
" del Evangelio, los mensajeros de la Bue-
" na Nueva, lo llevan hasta los últimos con-
" fines de la Tierra."

En esta serie no interrumpida de gloriosas conquistas se pone en contacto con las lenguas teutónicas; y si no las vence, porque no logra arrebatarles su sintáxis, sí reciben de ella gran parte de su Diccionario; de esto es prueba y ejemplo la lengua inglesa que cuenta muchos miles de voces de procedencia latina. De esta suerte, como dice por elocuente manera el insigne filólogo Max Muller, "ha suministrado la mayor
" parte del Diccionario á casi todas las na-
" ciones civilizadas del globo. Palabras
" empleadas en remota antigüedad por pas-
" tores italianos, son usadas hoy por los
" hombres de Estado de Inglaterra, por los
" poetas de Francia, por los filósofos de
" Alemania; y el débil eco de esas conver-
" saciones de la campiña romana puede ser
" oído en el Senado de Wáshington, en la
" Catedral de Calcuta y en las cabañas de
" la Nueva Zelandia."

No obstante que es imposible negar la importancia filológica de esta lengua, se ha dicho que considerados el latín y el griego únicamente desde el punto de vista de la Filología, son menos interesantes que más de una jerga salvaje cuyo nombre es casi desconocido. (M. Sidwick citado por Bain.) No me toca exponer en qué sentido se ha dicho lo anterior, porque no entra en mis miras estudiar la influencia filológica del latín, si no es con relación al castellano; pero la Gramática monumental de las lenguas indo-europeas por Francisco Bopp y la de las lenguas romances por el insigne sabio Federico Diez, bastan para poner de resalto la importancia del latín desde el punto de vista de la Filología.

Sin detenerme, pues, en este aspecto de la cuestión, examinaré cuál es el papel que le toca desempeñar en la formación, crecimiento y progreso de la lengua castellana.

Empleando una metáfora bastante propia, se ha dicho que las lenguas romances, entre las cuales se cuenta la nuestra, son hijas del latín, puesto que de él proceden; pero quizá pudiera decirse que son el latín mismo transformado; mas ya se acepte uno

ú otro concepto, lo que no puede negarse es su dependencia del bajo latín en los primeros días de su existencia y del latín literario en su estado actual.

Plena confirmación nos ofrece de esta verdad el castellano que necesita de la lengua latina para exponer la etimología de las cuatro quintas partes de sus voces; que de ese mismo idioma recibe sus elementos constitutivos y sus leyes morfológicas; que á sus preceptos se atiene para escribir y pronunciar gran número de palabras y que obedece en muchos de sus giros y construcciones á la sintaxis de la lengua madre.

La etimología de la palabra no sólo descubre muchas veces el significado de ella, sino el de cada uno de sus elementos: si descomponemos, por ejemplo, la voz *amábamos* en sus elementos radical, temporal y personal, veremos cómo cada uno de ellos resulta ser una voz significativa: *am* connota la acción del verbo; *aba* fija la época de la acción y *mos* denota el sujeto que la ejecuta.

Guiados por la ciencia etimológica, sabemos que la flexión personal *mos* de nuestros verbos es igual á la terminación latina *mus*

de la primera persona de plural; ésta es igual á la griega *men*, antiguamente *mes*, la cual á su vez es igual al sánscrito *mas*.

Y sea que se adopte la explicación que da Bopp del origen de esta última desinencia, ó bien se prefiera la que propone Pott' siempre habrá que ver en este elemento del verbo una raíz pronominal que tiene el mismo valor que el pronombre *nosotros*.

Sirva este ejemplo para demostrar cómo los estudios etimológicos llevan la luz aun á los elementos más tenues de la palabra, descubriendo no sólo el significado de las sílabas, sino también el de las letras, descubrimiento de todo punto necesario para establecer ecuaciones perfectas entre las palabras y las ideas, en lo cual consiste la propiedad del lenguaje. [1]. Con gran fuerza de expresión significa esto mismo S. Ildefonso de Sevilla, el cual dice:

"*Nam quum videris unde ortum est momen, citius vim intelligis. Omnis enim rei inspectio, etymologiâ cognitâ, planior est.*"

Quien así adquiera un conocimiento tan

[1] Lo dicho sobre la etimología de la primera persona de plural, lo he tomado de mi opúsculo intitulado: "Estudio sobre los Oficios ideológicos y gramaticales del verbo."

Feña.—Ai

profundo, como minucioso del valor ideológico de las palabras y de cada uno de sus elementos, deslindará la sinonimia de las voces, y al mismo tiempo que haga de ellas cumplido análisis, podrá formar síntesis perfectas, combinando convenientemente sus elementos, para formar con ellos voces nuevas que correspondan á ideas y á objetos nuevos.

Espontáneamente se infiere de aquí, cuán necesario sea el conocimiento de la lengua latina, ya para analizar la estructura íntima de las palabras castellanas existentes, ya para formar las nuevas que se fueren necesitando. ¿Y valdrá tan poco la morfología de la propia lengua, que se haya de prescindir de ella, sólo por no ir á buscar en otro idioma sus elementos constitutivos? ¿Es por ventura cosa tan baladí el conocimiento de su origen inmediato, que nos sea lícito renunciar á descubrirlo, aun cuando lo tengamos al alcance de nuestra mano? Como vamos á ver, la morfología tiene estrechísima conexión con la prosodia y la ortografía, de suerte que al prescindir de ella tenemos que resignarnos á ignorar las otras dos.

El estudio comparativo del latín y del español pone á nuestra vista las leyes de transformación á que se han sujetado las palabras, sílabas y letras latinas al entrar á formar parte de nuestra idioma. Conforme á estas leyes, al mudarse las letras consonantes, se convierten en sus afines suaves; y así la *p* se transforma en *b*; la *c* en *g*, y la *t* en *d*. De *sapore*, *dico* y *catena* han salido *sabor*, *digo* y *cadena*.

Según otra ley, *é ó* acentuadas, se convierten respectivamente en los diptongos *ie*, *ue*, y así de *certo*, *fel* y *mel* resultan *cierto*, *fiel* y *miel*, y de *sorte*, *morte* y *fonte* nacen *suerte*, *muerte* y *fuente*. Esta ley rige aun dentro del castellano, y explica la irregularidad de los verbos que llevan los diptongos *ie* y *ue* en las tres personas del singular y en la tercera del plural de los presentes de indicativo y subjuntivo, como *acertar* que tiene en el presente de indicativo las personas irregulares *acierto*, *aciertas*, *acierta* y *aciertan*, en las cuales se ha transformado en *ie* la *é* acentuada de las formas hipotéticas regulares *acérto*, *acértas*, *acérta*, *acértan*. De la misma suerte en lugar de las formas regulares *asólo*, *asó-*

las, *asóla*, y *asólan* tenemos las irregulares *asuelo*, *asuelas*, *asuela* y *asuelan*, convertida la *ó* acentuada en el diptongo *ue*.

Vice versa los diptongos *ie*, *ue* acentuados en la voz primitiva, en la derivada se condensan en las vocales *e o* átonas, según podemos advertirlo en las palabras *ciélo*, *tiérra*, *buéno*, *ardiénte*, que dan los derivados *celeste*, *terreno*, *bonísimo*, y *ardentísimo*.

Salta luego á la vista cómo es indispensable el conocimiento de muchas leyes de transformación para el recto uso de las letras, parte importantísima de la ortografía. Según estas leyes la *p* latina se convierte en *b*; *f* latina inicial en *h*; *li* medial y *x* medial en *j*; como se observa en las palabras *saber*, *hijo*, *mujer*, *eje*, provenientes de *sapere*, *filio*, *muliere*, y *axe*.

Los verbales en *ción* procedentes de supino en *tum* piden *c*, y exigen *s* los que vienen de supino en *sum*; así se explica satisfactoriamente la ortografía que se sigue, al escribir con *c* las palabras *inscripción* y *prohibición*, que hay que referir á los supinos *inscriptum* y *prohibitum*; mientras que *extensión* y *propensión* llevan *s*, por tenerla los supinos *extensum* y *propensum*.

Io depende menos el castellano del la-. en la colocación del acento prosódico, ie por regla general descansa en la mis- a sílaba en que lo lleva la voz latina pri- iitiva. Así se verifica en los nombres de- ivados de nominativos latinos de la pri- mera declinación ó del ablativo de las otras uatro: sirvan de ejemplo las voces *rosa*, *statua*, *sueño*, *labor*, *honor*, *cadáver*, *serie* y *specie*, que como es notorio se derivan de *rosa*, *statua*, *somno*, *labore*, *honore*, *cadave- re*, *serie* y *specie:* también se advierte la persistencia del acento latino en los super- lativos orgánicos en *ísimo* y en *érrimo* que son sin excepción esdrujulos, como *boní- simo* y *libérrimo*. Como caso excepcional hay que hacer constar la desviación del acento latino en las personas del singular y en las terceras del plural de los presen- tes de indicaiivo y subjuntivo pertenecien- tes á ciertos verbos, como *índico*, *ímpero*, *explico*, etc., que son esdrújulas en latín y graves en castellano. Pero estos casos ex- cepcionales no infirman la ley general, que es de tanta utilidad para fijar la verdadera pronunciación de no pocas voces que co- rren mal acentuadas en los labios de casi

todos; tales son *opimo*, *poliglota*, *metamorfosis*, *telegrama*, *paralelogramo* y otros más que indebidamento se hacen esdrújulas entre nosotros. Como muchas palabras nos han venido del griego por conducto del latín, es conveniente notar que en español no prevalece respecto de estas voces la prosodia griega, sino la latina; y así aunqoe *metamorfosis* tenga por origen mediato una voz griega proparóxitona, es palabra grave, lo mismo que en la lengua latina de donde procede inmediatamente.

El cotejo de una y otra sintaxis nos descubre, al lado de profundas diferencias, muchas y muy trascendentales semejanzas. Y así aun cuando nuestra sintaxis no tenga tanta libertad como la de la lengua madre, se aproxima mucho á su hipérbaton, al cual sigue más de cerca que el francés, mayormente en las construcciones consentidas á los poetas. Sirva de ejemplo la trasposición del antecedente pospuesto á su relativo en los siguientes conocidísimos versos:

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,

ó en estos otros:

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa.

Un giro semejante se advierte en las siguientes frases de Cicerón:

In Hortensio memoria fuit tanta ut QUÆ *secum commentatus esset,* EA *sine scripto verbis eisdem redderet:* conforme al orden regular se habría dicho *ut ea quæ secum,* etc.

Del latín también hemos tomado el uso del relativo en las oraciones finales afirmativas y de la partícula *no* en las negativas; á él debemos el uso de algunas preposiciones, como partículas anunciativas; á él, asimismo, no pocas concordancias, regímenes y construcciones, que no especifico por no convertir este discurso en una disertación gramatical.

Se ve, pues, con toda claridad, que si el latín fuera condenado á perpetuo olvido, quedaría cegada la fuente de donde nuestra lengua ha tomado sus construcciones más elegantes y sus más bellas formas.

Quien no conozca á nuestros escritores clásicos antiguos y modernos, podrá convencerse de esta verdad con sólo leer detenidamente la admirable gramática latina de los Sres. Caro y Cuervo, en la cual ha-

cen tan insignes filólogos un estudio comparativo del latín y el castellano sumamente útil por sus muchas y luminosas enseñanzas. De todo lo expuesto se colige que el estudio de la literatura y lengua latinas, no sólo es provechoso, sino necesario para el conocimiento del idioma castellano. Sin ese antecedente histórico tan importante, ignoraríamos la procedencia de la inmensa mayoría de nuestras voces; no sabríamos cómo el bajo latín se transformó en romance; cómo ya en el siglo once aparecen en varios documentos juntamente con palabras y construcciones latinas viciosas y desfiguradas, las primeras voces y frases del romance castellano; hoy mismo no sabríamos escribir ni pronunciar gran número de dicciones de ortografía y pronunciación dudosas, y nos veríamos privados de numerosas construcciones sintácticas.

No hay ni sombra de hipérbole al asegurar que no pocas reglas gramaticales tomamos directamente del latín, y que otras muchas tienen en esta lengua cumplida explicación, sin la cual serían empíricas y arbitrarías.

No se me esconde que al nacer nuestro

idioma no estuvo en contacto con el latín literario que es el que se enseña en nuestras escuelas, sino con el bajo latín; y que sería excesiva exigencia pedir que se estableciesen cátedros para dar á conocer la lengua latina en su último período, en las postrimerías de su dilatada y gloriosa vida.

Pero sí es verdad que coexiste la última forma de la lengua del Lacio con la primera de la lengua de Castilla, y que se confunden en un solo grito el estertor de la agonía del padre con los primeros vagidos del hijo, no es menos cierto que tampoco hay que enseñar en nuestras aulas el romance que se habla en el poema de Alejandro, sino una lengua literaria ya formada que ha estado y está en inmediato contacto con el latín áureo del siglo de Augusto; porque de ese latín y de su gramática hemos tomado una gran parte de las riquezas literarias y de las excelencias gramaticales de nuestra lengua. No son giros del latín férreo las reminiscencias virgilianas que están á la vista en estos versos de Fr. Luis de León:

Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desparece

La mar, la voz al cielo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el día y le oscurece.

ó en estos otros de nuestro egregio poeta Pagaza:

Tendido enseñas á la selva fría
A *resonar* el nombre
De la hermosa Amarilis, tu alegría.

Pero no sólo es el latín un antecedente histórico de que no se puede prescindir al estudiar las lenguas romances, es también el idioma que hablan todas las ciencias, puesto que el latín y el griego son depositarios de todos los conocimientos adquiridos, ya sea mediante las especulaciones abstractas de nuestro espíritu, ó ya mediante nuestras observaciones y experiencias.

El tecnicismo científico es casi en su totalidad greco-latino, y se pierden muchas de las ventajas que de él resultan, cuando se ignoran las lenguas que contribuyen á formarlo con sus temas radicales y con sus desinencias.

La primera necesidad que sienten los hombres dedicados al cultivo de las cien-

cias, es la de formar voces nuevas, para expresar cosas ó ideas nuevas, ó bien corregir las mal formadas: en este mismo lugar un docto colega nuestro propuso algunas voces técnicas que designan ciertas unidades de fuerzas mecánicas y eléctricas, en lugar de los nombres que están en uso y que son defectuosos.

La ignorancia completa ó el conocimiento superficial que tienen del griego y del latín quienes conceden á las ciencias atención preferente, explica la estructura viciosa ó la impropiedad de muchos términos científicos que expresan cosa distinta de lo que con ellos se quiere significar.

D. Pedro Felipe Monlau cita en alguno de su discursos académicos ejemplos de nombres impropios ó mal formados: tales son kilómetro, decímetro, miriámetro, decígramo, milígramo y otros más. El primero debería ser *kiliómetro*, ya que la primera parte del compuesto es *kilioi*, que significa mil; decímetro, centímetro y milímetro son voces híbridas, miriámetro había de ser miriómetro, por ser *myrios* el numeral que expresa diez mil; al modo que decimos termómetro y no termámetro, y que

en griego se decía *myriocarpos* en vez de *myriacarpòs; decígramo, centígramo* y *miligramo*, sobre ser híbridas, adolecen del vicio de impropiedad en el significado, por componerse de la voz *gramma*, que significa línea, la cual no connota lo que con dichos nombres se quiere expresar. Además deben ser voces graves ó llanas.

Estos ejemplos y otros muchos que pudieran citarse, no prueban, como quisiera Bain, la poca utilidad de saber latín y griego para disfrutar un buen tecnicismo, sino demuestran, por el contrario, la necesidad de conocer uno y otro idioma, así como sus leyes de formación y transformación; pues si todo esto se conoce y se tiene presente en su hora oportuna, no se formarán palabras impropias ó defectuosas, las cuales según el consejo de Varrón, á ser posible, deberían emplearse poco, para que caídas en desuso, pudieran modificarse, y se pusieran en circulación después de corregidas. "*Quæ tamen*, dice, *sunt ita ut in præsentia* " *corrigere nequeas, his oportet, si possis non* " *uti, sic etiam obsolescent, ac postea iam* " *obliterata facilius corregi poterunt.*"

Como indiqué antes, M. Bain no juzga



que aproveche mucho el conocimiento del griego para entender bien los términos técnicos, antes lo tiene por nocivo. "El co-
" nocimiento del griego, dice, nos basta,
" es cierto, para comprender las palabras
" barómetro, fotómetro y algunas otras;
" pero para la mayoría sería insuficiente ó
" no serviría, sino para extraviarnos: la
" palabra barómetro, que significa lite-
" ralmente medida del peso, convendría
" mucho á la balanza ordinaria; mas sería
" imposible adivinar el sentido que noso-
"tros le damos."

Desde luego ocurre que si hay voces derivadas ó compuestas procedentes del griego ó del latín, cuyo significado sea inadecuado ó impropio, lo que importa es conocer el valor de las palabras pertenecientes á esos idiomas; así se emplearán con propiedad; así también podrán corregirse las mal formadas, como ya se corrigió *insectología*, que ha sido reemplazada por *entomología*. Si alguien usa mal de una lengua que necesita, lo que ciertamente le conviene es aprenderla mejor; pero de ningún modo olvidarla ó ignorarla del todo.

Mas no creo que sea enteramente exacto

que la mayor parte de las voces técnic procedentes de las lenguas clásicas, adolecan de los defectos que vician y afean miligramo y barómetro. El mismo tecnicismo matemático y la nomenclatura química, entiendo que prueban lo contrario. En la Geometría es frecuente que la definición etimológica de la palabra se identifique con la definición de cosa: sirvan de ejemplo las voces *triángulo*, *cuadrilátero*, *paralelogramo*, *pentágono*, *exágono*, *tetraedro*, *dodecaedro* y muchas otras más. Por lo que mira á la Química, si acudimos á las voces griegas primitivas, luego venimos en conocimiento de que el *oxígeno* engendra ácidos, y el *hidrógeno* agua; que el ázoe priva de la vida y el bromo produce mal olor. Cuando un cuerpo simple forma con el *oxígeno* dos ácidos, la desinencia *ico* se aplica al que contiene mayor cantidad de oxígeno, y *oso* al que tiene menor. Y si el simple forma mayor número de ácidos, se combinan con las inflexiones mencionadas el prefijo *hiper*, que denota aumento, ó *hipo*, que significa diminución; de esta suerte podemos graduar la cantidad de oxígeno respentivamente contenida en los ácidos

hipocloroso, *cloroso*, *hipoclórico*, *clórico* é *hiperclórico*. Las terminaciones *ato* é *ito* indican la combinación de un ácido con una base; la sal lleva la primera desinencia si contiene un ácido cuyo nombre termine en *ico*, y la segunda, si el nombre del ácido acaba en....*oso*. La Química ha llevado la perfección de su nomenclatura hasta significar por medio de prefijos las proporciones numéricas en que se hallan las substancias componentes. Las voces *proto*, *sesqui* y *bi*, significan que algún óxido, por un equivalente de metal, contiene respectivamente uno, uno y medio ó dos equivalentes de oxígeno.

Es verdad que estos ejemplos más hablan en favor del griego que del latín; pero en el caso presente, se hallan ligadas ambas lenguas, en términos, de que muchas de las razones aducidas en pro del griego, son también valederas para el latín. Añádase á esto, que no es enteramente extraño á mi propósito encarecer en este discurso la necesidad que tenemos de conocer también el griego.

Al hablar del latín como lengua sabia, no quiero pasar en silencio lo que el Sr. D.

Gabino Barreda pensaba de este idioma en sus relaciones con la Historia Natural. El distinguido profesor de Botánica, después de haber lamentado que no se exigiese á los ingenieros el estudio del latín, so pretexto de ser inútil para ellos, se produce en estos términos: "Este pretexto es senci-
" llamente un error. Los ingenieros, como
" dije á usted, están llamados á hacer el
" cultivo más práctico y más provechoso
" para el país de la historia natural, y muy
" especialmente de la Botánica; y bien,
" por una anomalía singular las obras de
" Botánica, y precisamente las descripcio-
" nes de las familias, de los géneros y de
" las especies se hacen en esta ciencia casi
" siempre en latín; y las más importantes
" y necesarias obras en esta materia se es-
" criben todavía en ese idioma. Los inge-
" nieros, por consiguiente, y sobre todo,
" los topógrafos, ingenieros de caminos,
" ingenieros geógrafos, y aun los de minas,
" si quieren corresponder á las esperanzas
" que en ellos tiene fundada la Nación,
" deben ponerse en aptitud de consultar
" esas obras."

Las consideraciones hechas por el Sr.

Barreda y otras que ya quedan expuestas convencen de la necesidad del latín y del griego, no sólo para aquellos que colocados en esferas superiores, están llamados por su saber á aumentar y á mejorar el tecnicismo científico; sino también para los cursantes, que en esos idiomas hallan depositados, mediante sabia y breve síntesis, los frutos de ruda labor intelectual, y que en las raíces, en las desinencias y en las pseudodesinencias tienen elementos admirables para definir, describir y clasificar con maravillosa concisión, concisión que es valiosísimo recurso para grabar y retener en la memoria teorías profundas y prolijas clasificaciones, como las que usan, por ejemplo, la Botánica, la Zoología y la Patología. Sirvan de ejemplo las numerosas enfermedades inflamatorias, cuyo género está designado por la desinencia griega *itis* que significa *punta*, lo que punza ó irrita, y cuya especie queda denotada por el tema radical que expresa el órgano que adolece de la enfermedad; y así *hepatitis* es inflamación del hígado, *gastritis* lo es del estómago, *glositis* de la lengua, *peritonitis* del peritoneo.

Las nomenclaturas y tecnicismos que hoy usan las ciencias, son utilísimo recurso mnemotécnico que consiste en suscitar por medio de los elementos componentes de la palabra una serie más ó menos dilatada de ideas y de conocimientos.

Por otra parte, generalizado el estudio del griego y del latín, sería su conocimiento uno de los medios más eficaces para divulgar las ciencias, mediante la lectura de libros no escritos con la aridez de las obras didácticas y que hoy están cerrados con los siete sellos del tecnicismo grecolatino.

No puede negarse que el conocimiento de las raíces de uno y otro idioma nos ayuda á formar la análisis y la síntesis de las palabras que de ellos proceden; pero no es menos claro que es necesario además tener alguna noticia de los otros elementos de que constan las voces, así como de los procedimientos de derivación, composición y yuxtaposición, según los cuales se combinan dichos elementos para llegar á formar la palabra. Entre éstos ocupan lugar muy principal las desinencias que distinguen los casos de las voces declinables y que descubren las formas diversas de los

verbos y de las voces verbales; casos y formas que ha de tener muy presente, así el etimologista que inquiere el origen y formas primeras de las palabras existentes, como el que tiene necesidad de enriquecer con voces nuevas ya la lengua vulgar, ya las nomenclaturas de artes y ciencias. Los procedimientos morfólogicos que debe seguir el que forme palabras de procedencia latina, suponen el conocimiento de los procedimientos de flexión, pues quien ignore los casos de la declinación latina y las formas de los participios, infinitivos y supinos se hallará en la imposibilidad de escoger el caso ó la voz verbal que necesite, para que la nueva palabra resulte bien derivada; y este conocimiento que se requiere para la síntesis ó composición de las voces, se exige igualmente para sus análisis; para saber el valor y significado de sus elementos, cosa que incumbe conocer á todo el que tiene necesidad de poseer el tecnicismo de una ciencia. Colígese de aquí que el estudio de las raíces, para que sea fructuoso, pide el conocimiento de los procedimientos de flexión que enseña la Analogía latina. Téngase, además, en cuenta, que no basta

que las palabras estén bien formadas, sino que es indispensable saber pronunciarlas y escribirlas. Infiérese de todo esto que el estudio de las raíces latinas ha de ir acompañado del de la Analogía, Prosodia y Ortografía, si no sólo se han de formar bien y entender con claridad términos técnicos de procedencia latina, sino que se han de pronunciar y escribir correctamente. Idénticos conocimientos de gramática griega reclaman los términos que vienen del griego.

Antes de concluir haré notar que los más acerbos adversarios de los estudios clásicos, aun no se resuelven á condenarlos de un modo completo y absoluto.

El actual emperador de Alemania que desea *germanizar* la educación de la juventud alemana, sólo quiere que ocupen el primer lugar la Historia y la Literatura de su patria; desea que "los jóvenes escolares " vayan de Sedán á Maratón, en vez de ir " de Maratón á Sedán;" pero no les prohibe que vayan á Maratón, y seguramente tampoco les impidirá que, conducidos por Tito Livio, visiten á Cartago.

Alejandro Bain, en su libro sobre la Ciencia de la Educación, hace una conce-

sión muy importante para mi intento, supuesta la autoridad de que goza entre los enemigos del latín. Ha escrito lo siguiente: "Estamos á punto de llegar á una transacción entre el nuevo sistema y el antiguo, fundada en el abandono de una de las dos lenguas clásicas, es decir, del griego, de suerte que sólo el latín sea obligatorio en el programa de los estudios superiores."

Bain deplora que durante muchos años los discípulos consagren más de la mitad de su tiempo al griego y al latín en algunas escuelas de Inglaterra.

En Alemania, según el mismo autor, durante cuatro años se conceden al latín seis horas semanarias, y en los dos siguientes se le dedican siete. En Francia, según Frari, se estudía latín diez años consecutivos.

Se percibe muy claramente que el curso de una sola asignatura, prolongado por tan dilatado espacio de tiempo, impide la adquisición de otros muchos conocimientos, algunos de mayor importancia; pero nosotros no estamos en ese caso; actualmente se le señalan á este idioma seis horas semanarias, durante el periódo de tres años,

y las demás horas útiles se ocupan en otros estudios, en su mayor parte científicos. Hay, por lo mismo, la seguridad de que los cursos de latín no perjudican á los demás. No bastarán para formar eruditos y profundos humanistas, como tampoco pueden salir de las aulas especialistas en Matemáticas, en Física, en Química ó en Historia Natural, porque esto no es posible. Los especialistas tienen que formarse después, estimulados por su vocación y ayudados eficazmente por los conocimientos adquiridos en las escuelas, en las cuales sólo pueden allegar los conocimientos fundamentales de cada ciencia y de los métodos y procedimientos indispensables para adquirirlas, con lo cual, como tantas veces se ha dicho, se aprende á estudiar.

Para que la educación de los jóvenes escolares satisfaga á sus más urgentes necesidades, no se ha de exigir que en cada materia alcancen conocimientos tan extensos y profundos, como si fuera ella la única que hubieran de cursar; si así se procediera, habría que sacrificar á un solo conocimiento ó á un solo orden de conocimientos todos los demás; habría que descuidar

las letras por la ciencias ó éstas por aquellas.

Si el plan de estudios atiende igualmente al cultivo de las letras y de las ciencias, dejarán de vivir divorciadas las unas de las otras. Por caso lamentable pasa entre nosotros, salvas honrosas excepciones, que los hombres de ciencia poco se cuidan de lo que llaman la forma del pensamiento, y los humanistas y literatos, pagando desdén con desdén, no dan mayor importancia á las pacientes labores del observador y del experimentador. Pero aun suponiendo que los unos estimen en lo mucho que vale la labor de los otros, es estimación meramente platónica, pues cada quien mira como vedados los dominios en que él no impera. Que no sea esta la conducta que observen nuestros alumnos; que antes bien imiten á los sabios franceses que hermosean las verdades austeras de la ciencia con las galas y atavíos del lenguaje y del estilo, estilo y lenguaje que han acendrado en el crisol de los clásicos griegos y latinos.

Por otra parte, no perdamos de vista que si las ciencias experimentales y de observación, auxiliadas poderosamente de las

exactas, descubren cada día en la Naturaleza nuevas energías que ponen al servicio del hombre, para proporcionarle toda clase de goces materiales, las Humanidades, tomadas en toda su plenitud, desenvuelven las energías de nuestra alma y las aplican á los objetos más nobles y levantados: al conocimiento de la Verdad; al amor y práctica del Bien; á la manifestación y realización de la Belleza.

Por estos estudios amamos á la Naturaleza y á su Autor Omnisciente y Todopoderoso; á la Humanidad y á la Patria; á la Libertad y al Derecho; á la Ciencia y al Arte.

Un solo libro, el libro por excelencia, el monumento literario más grande que posee el hombre, transformó al mundo antiguo en el mundo cristiano; muchos siglos después, los griegos fugitivos de Constantinopla obraban otra gran transformación que se llamó Renacimiento; á su vez el Renacimiento preparó el camino á la Revolución más trascendental de los tiempos modernos; y esa Revolución fué en gran parte obra de los autores griegos y latinos. No es esta la oportunidad de juzgar á la

Revolución y al Renacimiento, pero sí lo es de ponderar cuán grande es el poder de las ideas cuando se asocia al poder de la palabra. ¿Qué son, pues, las fuerzas de la materia comparadas con el empuje casi omnipotente del espíritu?

No sé si el ardor con que defiendo el estudio y cultivo de las literaturas clásicas me haya llevado más allá de los lindes que fija la verdad; pero suponiendo que hubiera exagerado la influencia que les ha tocado ejercer en el mundo antiguo y en el moderno, sí podré decir de esta disciplina del espíritu, lo que con tanta elocuencia como verdad dijo alguna vez el más grande de los oradores romanos: "Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant; adversis perfugium ac solatium prœbent; delectant domi, non impediunt foris, pernoctant nobiscum, peregrinatur, rusticantur."

He dicho, señores, si no todo, algo de lo mucho que abona el estudio de las Humanidad en general y del latín y su literatura en especial. No creo necesario fatigaros por más tiempo; lo dicho basta, á lo menos, para fijar el estado de la cuestión.

Por lo demás, el acendrado amor que profesa á las letras el actual Ministro de Instrucción Pública; el culto que rinde á la lengua patria tan bien manejada por su correcta y elegante pluma; su investidura académica que lo pone al lado de los próceres de la Literatura en España y en América; me hacen esperar fundadamente que no será el literato, el hablista, el académico, quien descargue rudo golpe sobre nuestaa lengua y literatura, suprimiendo la enseñanza de la lengua y de la literatura latinas.



CARTAS

SOBRE PUNTOS GRAMATICALES

por el autor y por

D. RUFINO JOSE CUERVO.



SR. D. RUFINO JOSE CUERVO.

París.

Méjico; 3 de Junio de 1896.

Mi muy querido y venerado amigo:

ESTOY cierto de que si yo viviera en París ó usted en Méjico, había de importunarlo con mis visitas, más frecuentemente de lo que consintiera su constante estudio, porque á ello me moverían el acendrado afecto que sin poderlo remediar me lleva hacia usted; la admiración ilimitada con que venero su virtud y ciencia, y luego la blanda condición de su carácter, y su trato tan suave como urbano. Natural parecería que ya que no puedo vi-

sitarlo, le escribiera con mayor frecuencia; pero por una parte mis incesantes ocupaciones, y por otra el temor de importunarlo, poniéndolo en el caso de contestarme, han hecho que más de una vez haya dejado comenzadas cartas dirigidas á usted.

En alguna de mis anteriores prometí decirle algo acerca de sus últimos trabajos gramaticales sobre los "Casos Enclíticos y Proclíticos de los Pronombres" y sobre "Antigua Ortografía y Pronunciación Casllanas." Usted ha extremado su bondad hasta el grado de pedirme mi humilde, y sobre todo, incompetente juicio acerca de estos pasmosos trabajos.

Lo digo como lo siento: no puedo juzgar las producciones científicas de usted; me conformo con admirarlas, y procuro aprovecharme de ellas, agradeciendo á usted en el alma la instrucción que me proporciona con tan poco trabajo mío.

Cuando le anuncié á usted que quería decirle algo sobre sus últimos opúsculos, me referí á ciertas dudas que el amigo y el discípulo propone á su amigo y al maestro eminente; y ya que usted me anima, entraré en materia.

Presupuesta la anarquía que ha reinado y aun reina en la declinación de los pronombres personales *él, ella, ello,* interesa sobre manera ver de fijar su uso y para ello es menester comenzar por conocerlo.

El maravilloso trabajo de usted nos proporciona un verdadero inventario de los diferentes usos que se han hecho de las formas de estos pronombres, y gracias á él, podemos saber qué variantes han prevalecido sobre sus rivales, en qué tiempos y en qué lugares.

En mi humilde concepto, para decidir en los casos dudosos, si *le* ó *les* son dativos ó acusativos, es necesario aquilatar la significación del verbo determinante y fijar ante todo, las nociones ó conceptos de término directo y término indirecto del verbo. Hœc est quidem summa difficultatis, quæ re vera summa est difficultas.

Me voy á permitir someter á su sano é ilustrado criterio lo poco que se me ofrece decir sobre este punto. Entiendo que el complemento directo ó término directo de la significación de un verbo transitivo expresa el objeto material ó formal sobre el cual recae la acción significada, ó bien lo

que los escolásticos llamaron *objectum materiale quod* y *objectum formale quod.*

La acción que tiene término directo ha de producir el ser, la existencia ó el modo de ser de la cosa ó persona expresada por el nombre: este modo de ser es modificación intrínseca ó extrínseca; esta última puede ser á su vez material ó bien estimativa y moral. Cuando decimos: *Dios creó el mundo; David engendró á Salomón*, las acciones significadas por los verbos *crear* y *engendrar* dan el sér ó la existencia.

En estas otras proposiciones: *los padres instruyen á sus hijos; el arquitecto consolida el edificio*, los verbos connotan modificación intrínseca, pues lo son la instrucción respecto de las personas y la solidez con relación á los edificios. En las oraciones siguientes: *La niñera viste al niño; el carpintero barnizó la mesa*, se habla de modificaciones extrínsecas materiales; finalmente se expresa una modificación estimativa ó del orden moral en las locuciones que siguen: *Pedro compró la casa; Pedro robóla hacienda;* pues la compra ó robo de un objeto en nada modifican sus cualidades constitutivas, ni materiales; pero sí mudan su



modo de ser legal, según que es ó no es propiedad legítima de una persona, lo cual pertenece al orden moral. Ahora bien, todo nombre que exprese el término directo de una acción, se hallará en acusativo, si la oración está en la forma activa, y será nominativo, si la oración es pasiva. Resulta de aquí que lo que es acusativo en activa, es nominativo en pasiva. Esta doctrina enseña el eminente Bello en su Gramática, párrafos 732 y 430, edición de París hecha por usted.

Sin embargo en el párrafo 739 [c] afirma que: "Esta inversión no es una señal inequívoca de acusativo" y da por razón que se dice *sentencia apelada*, y esto no obstante, el uso no consiente decir apelar *la sentencia*. En contra, me ocurre, que la frase citada no es oración pasiva, ni sería correcta la locución "la sentencia fué apelada." Sentencia apelada, si no me equivoco, es un modismo, y por tanto una construcción anómala, que carece de fuerza para infirmar ley tan general como la que rige la conversión de las oraciones activas en pasivas y viceversa.

En el párrafo 739 [c] enseña Bello que

debe decirse: *les* lisonjea la popularidad, y que no es correcta la expresión *los* lisonjea la popularidad, aunque sí es de recibo ésta: "son lisonjeados por la popularidad," de donde infiere que el dativo *les*, puede en la forma pasiva convertirse en nominativo; luego la inversión no es siempre señal segura de acusativo. Yo inferiría mejor esta consecuencia; luego la variante *les* se usa como acusativo; y para llegar á esta conclusión en el caso presente, me basta considerar que *les* está en lugar de las personas que son el objeto ó término directo de la acción de lisonjear. Mas si por una parte el pronombre *les* está en lugar del objeto de la lisonja, por otra se percibe, á mi modo de ver, con bastante claridad, que no puede ser término indirecto ó dativo.

No sé si tendré razón al considerar el término indirecto de la acción del verbo como el *finis cui* de ella, á diferencia del complemento directo que es el *objectum quod.* Si en efecto es así, dativo significa el destino que se da á alguna cosa; v. g. "Dulces para los niños;" también significa la persona ó cosa á quien resulta daño ó provecho *(da-*

tivus commodi), pero siempre como *finis cui*, y así aunque *azotar* denote acción *dañosa*, y *lisonjear* acción grata, uno y otro verbo exigen acusativo en locuciones como éstas: azotan *á los esclavos;* lisonjean *á los príncipes*. No diré aquí nada del dativo ético, porque es difícil que se confunda con el acusativo; en esta oración: "*me azotaron* á mi hijo," nadie pensará que *me* dativo ético es acusativo.

De lo hasta aquí dicho resulta que entre el término directo y el indirecto, hay la diferencia de que el segundo, esto es el indirecto, presupone al primero; cuando digo: *doy dinero á los pobres*, *pobres* presupone á dinero; primero es que haya dinero para que se dé á los pobres.

De estos conceptos de término directo y término indirecto que acabo de exponer se desprenden las siguientes consecuencias: 1ª Así como *le* y *lo* en singular son formas del acusativo, lo son igualmente en plural *les* y *los*. D. Vicente Salvá propone indistintamente ambas formas como caso objetivo y D. Andrés Bello en la pág. 241, § 929 (o) de su Gramática, edición de París, dice: "En la tercera persona masculina de plu-

" ral la forma regular del acusativo es *los*;
" pero la *les ocurre con tanta frecuencia* en
" escritores célebres de todas épocas, que
" sería demasiada severidad condenarla."
Luego siguen numerosos ejemplos cuyo valor analiza usted y tasa en su Estudio sobre los pronombres proclíticos y enclíticos. Reservando para después proponerle algunas dudas sobre el análisis ídeológico ó mejor diré sobre la manera de considerar la connotación de algunos verbos, me tomo la libertad de llamar la atención de usted hacia algunos otros que sin variar de significado han sido construídos por un mismo autor, ya con *les* ya con *los*. Aunque presentar á usted citas equivale á llevar una gota de agua á la inmensidad del océano, me permitiré recordarle dos ó tres autoridades, alguna de ellas tomada del Diccionario de Régimen y Construcción: sea la primera "Todas aquellas maldiciones..... no menos *les* comprendieron espiritualmente (Fr. Luis de Gran. R. 8 289'); el mismo autor dice: "porque no *los* comprendiese aquel terrible azote." (R. 6. 722).

En una obra muy reciente atribuída al P. Mir, se leen las siguientes frases: "Ex-

poniendo no los principios que debieran guiar*los*, sino los que *les* guían."

La segunda consecuencia que parece deducirse es que la forma *les* ha de reputarse acusativo en las oraciones impersonales cuyo verbo es transitivo, el cual por lo mismo rige acusativo en la forma personal; y así en las oraciones: se *les* acusa y se *les* castiga el *les* es acusativo.

Por último las nociones de término y complemento directo y de término ó complemento indirecto aquí expnestas nos ponen en el caso de admitir que algunos verbos se construyen con dos acusativos ó complementos directos; tales son por ejemplo: *enseñar*, *aconsejar*, *inspirar*, *corregir*, *vestir*, *desnudar*, y otros muchos.

¿Hasta qué punto son aceptables estas consecuencias? Esto es sin duda lo que en el presente caso nos importa precisar.

En el Estudio de los "Casos Enclíticos y Proclíticos" enseña usted que "el uso de " *les* en acusativo por *los* es sin compara- " ción muchísimo menos frecuente que el " de *le* por *lo*" y comprueba usted esta doctrina con maravillosa y bien empleada erudición.

En el curso de este admirable Estudio hace usted ver que muchos *les* tenidos por acusativos, son en realidad dativos, porque el verbo que los rige ha tomado la significación de intransitivo, en vez de la de transitivo con que es más usado, y si mi memoria no me es infiel, cita usted ejemplos de *les* por *los* en que se usa el verbo *tomar* en la significación de sobrevenir.

En verbos que admiten dos acusativos, uno de persona y otro de cosa, usados separadamente, el *les* será dativo de persona en las construcciones que lleven los dos términos á un mismo tiempo; como en esta: *Se les enseña Gramática;* aunque sea el pronombre acusativo y *Gramática* también, en las locuciones separadas *enseñarlos* y *enseñar Gramática*. De esta suerte elimina usted un gran número de *les* acusativos.

En las oraciones de forma impersonal pasiva y refleja el *les* tampoco es acusativo, sino dativo; v. g.: *se les admira*, con lo cual disminuye usted considerablemente el número de casos en que *les* sea acusativo.

Finalmente por un procedimiento analítico descompone usted, lo mismo que Bello, el verbo transitivo en otro de sentido

más genérico modificado por un acusativo correspondiente al sentido del primer verbo y como sacado de sus entrañas, y así: *eso cansa* ó *fatiga* es lo mismo que *eso causa cansancio* ó *fatiga*; *tal cosa honra, consuela, admira, sorprende* es como decir: *da honra, consuela, admiración, sorpresa; enamorar= á inspirar amor; ayudar, alumbrar=dar ayuda, luz; obligar=causar obligación; temer=tener miedo; oir=dar oídos; aventajar =llevar ventaja*. Mediante este análisis resulta que el término directo del verbo es el nombre implícitamente contenido en él, y las formas *le* y *les* ya no serán acusativos según se las ha considerado por algunos gramáticos. Así explica usted crecido número de construcciones tomadas de autores de valía en que aparece *le* en vez del acusativo *la* y *les* en vez de *las* ó de *los*. Entre otros pasajes hallo éste de la Real Academia: "*No le sorprenderá* (á la Academia) la censura atinada" esto es: *No le causará sorpresa*.

A fin de explicar el *los* empleado en vez de *les* dativo, propone usted un procedimiento inverso que consiste en condensar un verbo genérico con su complemento di-

recto expreso, en otro verbo transitivo menos genérico; y así dice usted: *los fazer merced* es como *favorecerlos*; *los dan el pecho*, es como *los amamantan; los quitó las vidas*, como *los mató*." De esta suerte por ingeniosa manera pone usted en armonía la fórmula ideológica con la gramatical, puesto que por una parte conserva usted á las formas *le*, *les* y *los* el oficio gramatical que deben desempeñar y por otra da usted al verbo el complemento ó término que su significado exige. Resulta de aquí otra ventaja inapreciable, y es que culminando en cada caso de la declinación una sola forma, casi pone usted término á la anarquía que ha reinado en el uso de los pronombres enclíticos y proclíticos.

Y esta hermosa teoría que fija la declinación del pronombre de tercera persona descansa en las formas etimológicas de esos pronombres y en las doctas enseñanzas de la Gramática Histórica, de esa Gramática que pone en nuestro oído ora vocablos y giros de formas mudables é indecisas que balbucean torpemente los idiomas en su infancia; ora el acento viril y grandilocuente, la frase desembarazada y elegante, la

licción abundosa y castiza con que se expresan las lenguas durante su juventud y edad madura; ora en fin la locución desmañada, obscura y vacilante que profieren con voz apagada y casi extinta al tocar los lindes de la extrema vejez.

¡Cuánto, pues, no me apenará advertir que no se compadecen con las doctrinas apoyadas en tan sólida teoría las que yo presumo derivar de los conceptos del término directo y del término indirecto del verbo! Hasta aquí he pensado que en las oraciones impersonales de forma reflejo pasiva, como "*se les acusa*", *les* no *es* dativo, siño acusativo, y que no pocos verbos como *enseñar, inspirar, aconsejar, corregir, vestir* y otros muchos se construyen simultáneamente con dos acusativos, el uno de persona y el otro de cosa. Y como es difícil descuajar en breve tiempo convicciones arraigadas durante largos años, permítame usted, Sr. D. Rufino, que antes someta á su claro é ilustradísimo criterio los fundamentos de estas convicciones.

Comenzaré por confesar á usted que no alcanzo á descubrir razón para que los verbos en la forma impersonal aparentemente

pasiva, no tengan el mismo régimen que en la personal. En el punto de vista en que yo me coloco, creo que "*A Dios*" es igualmente acusativo en la oración impersonal: *se ama á Dios* que en la personal: "*amamos á Dios.*" Entre una y otra hay la diferencia que media entre el sentido indefinido y el definido, pues en la primera se ignora quién es el sujeto de la acción, y en la segunda se conoce; pero como se advierte fácilmente, esta diferencia no nace de la más leve mudanza en el significado del verbo, sino de la índole del sujeto gramatical, que en un caso es definido y en otro es indefinido. Ahora bien, si no se muda la significación del verbo, ¿cómo podremos explicarnos que sí cambia su régimen? ¿Qué fundamentos podremos hallar para que *se ama* rija dativo y *amamos* pida acusativo?

El Sr. D. Andrés Bello para explicar por qué no han de ser acusativos los complementos *á los grandes hombres*, *á las damas* en las oraciones: *Se admira á los grandes hombres; Se coloca á las damas en el estrado*, reputa equivalentes las locuciones *se admira* y *se siente admiración; se coloca* y *se da colocación*; *se alaba* y *se dan alabanzas*. De

a suerte en la frase: *Se coloca á las damas*, el acusativo ó complemento directo sería la palabra *colocación* sobreentendida y encerrada en el verbo *coloca*, y el complemento *á las damas* será el dativo.

Ya en mi "Estudio sobre los Oficios Ideológicos y Gramaticales del Verbo" expuse las razones que me movían á no aceptar este análisis.

Es fácil advertir que el argumento tomado de la equivalencia establecida por el Sr. Bello entre las oraciones *se coloca* y *se da colocación*, nada prueba, por lo mismo que prueba mucho. A tener alguna fuerza no habría un solo verbo que consintiera complemento directo ó acusativo, pues al modo que "*se coloca á las señoras*" es lo mismo que "*se da colocación;*" *coloco* será lo misme que *doy colocación; alabo* lo mismo que *doy alabanzas*, y por consiguiente habría que reputar á *señoras* y *á grandes hombres*, complementos indirectos ó dativos en las oraciones "*coloco á las señoras; alabo á los grandes hombres*, conclusión que de seguro no habría aceptado el insigne gramático, porque aceptarla sería desposeer á los ver-

bos transitivos del régimen que exigen su índole y significado,

Por otra parte ¿serán idénticas gramatical é ideológicamente las proposiciones: "*Se coloca á las señoras* y *se da colocación á las señoras?*" Si lo son, habrá que seguir otra ruta en la clasificación de los oficios gramaticales de algunas palabras y en el régimen que deba atribuírseles. Temo mucho, Sr. D. Rufino, estar bajo la influencia de una preocupación invencible, y tal vez en fuerza de adelgazar y cavilar, hallo diferencias que sólo existén en mi mente; pero ello es que á mi espíritu se presentan claras y tangibles; y así en la proposición "*se coloca á las señoras,*" veo un verbo con un solo complemento "señoras" que es el objeto de su acción, el *objectum quod* que dirían los escolásticos; en la otra oración, "se da colocación á las señoras" percibo dos complementos del verbo dar, *colocación* que es lo que se da, el *objectum quod*, y *á las señoras* que es sin duda un dativo *commodi*; de este análisis resulta que desde el punto de vista gramatical difieren por completo una y otra construcción. Mas se dirá que ideológicamente son idénticas ambas; pues

colocar y dar colocación dicen lo mismo. Tienen en efecto igual significación fundamental; pero en la primera "*se coloca á las señoras*," el objeto sobre el cual recae la acción del verbo es una persona, *señoras;* y en la segunda *se da colocación* el objeto de la accion significada por el verbo *da* es otra acción, *señoras* es el término indirecto de ese mismo verbo. En la oración primera *se coloca á las señoras* la connotación del nombre sustantivo *colocación* es implícita, pues no es sostenible que un sustantivo y un modo personal tengan idéntica connotación explícita; en el verbo la acción aparece modificada por las ideas de tiempo, modo, número y persona; en el sustantivo la acción se presenta como algo que subsiste por sí mismo, con perfecta separación de esas otras circunstancias que necesariamente connota el verbo. Esto supuesto entre "*se coloca*" y "*se da colocación*" media la misma diferencia que entre un concepto implícito y otro que es explícito, diferencia de tal suerte trascendental que en ella arraiga la distinción entre la percepción y el juicio: en la percepción afirmamos implícitamente del objeto perci-

bido, lo que en el juicio expresamos explícitamente; quien dice *Sol*, dice *astro* implícitamente; pero no expresa un juicio, sino una idea; á menos que volviendo explícito el concepto implícito, enuncie esta proposición "*el Sol es astro.*" Resulta de esta diferencia entre el concepto explícito y el concepto implícito, notada ya entre la oración impersonal "*se coloca á las señoras*" y la segunda de pasiva "*se da colocación á las señoras,*" que en la primera "*se coloca á las señoras*" el término principalmente intentado es *señoras*, en cuanto á *colocación* va envuelto en el verbo *colocar*, pero ni aun pensamos en ese término; lo contrario pasa en la otra proposición: "*se da colocación á las señoras,*" *colocación* es el término principalmente intentado; en la expresión primera, la idea de colocación ó lugar era implícita; en la segunda es explícita.

El anterior análisis pone de manifiesto que las proposiciones impersonales de forma aparentemente pasiva "*se coloca,*" "*se ama,*" "*se busca*" no se pueden resolver en un verbo más genérico con un complemento sacado ó deducido del mismo verbo impersonal, sin que se aumenten los comple-

mentos explícitos de la oración y con ellos sus términos ideológicos, y sin que se mude el verbo mismo: de todo lo cual colijo que no es sostenible que *les* sea dativo en la oración se *les* coloca, porque lo sea en esta otra: "se *les* da colocación á las señoras;" sino que es un acusativo; acusativo que algunos escritores expresan por medio de la forma *los* según quiere la Academia que se diga: v. g:. *se los acusa*; *se los busca*. Sin embargo en América y en España es mucho más usual *se les* que *se los*; pues según usted nos informa "entre cincuenta y tres pasajes apuntados, á medida que se han ido presentando, treinta y siete llevan *les*. . . . y diez y seis hay de *los*" No cabe duda que Balmes, Quintana, Menéndez Pelayo y los demás que han dicho *los* han dado al verbo impersonal complemento directo, y también se lo habrán dado muchos de los que han usado el *les*, ya que esta forma con frecuencia es empleada como acusativo por no pocos escritores.

Hay además, á lo menos para mí, otra razón potísima, para conservar á los verbos usados impersonalmente el mismo régimen que les corresponde, cuando se emplean co-

mo personales; y es que tal impersonalidad, si yo no me equivoco, es sólo aparente, porque según yo pienso no carecen de sujeto, sino que le tienen indefinido, y así en las proposiciones: *se cuenta, se canta, se baila*, el sujeto es el pronombre indefinido *se*, que por su índole, lo mismo puede referirse á *uno* que á *muchos; á hombres* que *á mujeres*, de forma que la oración: *se castiga á los delincuentes* consta de los mismos elementos que "*el juez castiga á los delincuentes*," con la única diferencia de ser el sujeto de la primera perfectamente indefinido y perfectamente definido el de la segunda.

Y aquí me corresponde pedir á usted perdón una y muchas veces por la temeridad con que asiento una doctrina que repugnan gramáticos de primer orden, y entre ellos usted, que en mi humilde concepto es de los más conspicuos. Y sin embargo, usted mismo y el Sr. D. Miguel Antonio Caro dan á esta opinión todo el peso y toda la fuerza de su inmensa autoridad. En efecto, en la página 50 del admirable opúsculo de usted sobre los pronombres proclíticos y enclíticos, leo lo que en seguida copio: "Fué el otro camino acudir á la se-

" mejanza de locuciones al tenor de *se dice*,
" *se manda, se ruega, se hace agravio ú ofensa*,
" las cuales teniendo *sujeto gramatical*, son
" ideológicamente impersonales".
Según lo expuesto, en *se canta* hay un sujeto gramatical, y como de las dos palabras la una es verbo, la otra *se*, sin duda, será el sujeto.

Paso ahora á copiar el siguiente párrafo del Tratado del participio del Sr. Caro. Analiza el insigne filólogo este pasaje de Cervantes: "El día siguiente cerca de la
"una, entraron en la posada con cuatro hom-
" bres de á caballo, dos caballeros ancia-
" nos de venerables presencias, habiendo
" primero preguntado uno de los mozos que
" á pie con ellos venían, si era aquella la
"posada del Sevillano; y habiéndole res-
"pondido. que sí, se entraron todos en
" ella." (Cervantes. "La Ilustre Fregona.")
Y dice lo que á continuación transcribo:
" Aquí hay dos cláusulas absolutas: 1ª
" Habiendo uno de los mozos preguntado,
" y 2ª habiéndole respondido. La primera
" tiene su sujeto: uno de los mozos; se sa-
" be pues quién preguntó; no así la segun-
"da: cuando leemos *habiéndole respondido*,

"esperamos un inmediato sujeto, que no ha-
" llamos al continuar la lectura. No sucedie-
" ra esto, si se hubiese dicho. Y habiéndo-
" SEle respondido que sí, se entraron etc."
Parece desprenderse de las palabras del Sr. Caro que según él, *se* es el sujeto de la proposición: habiéndoSEle respondido que sí, etc.

Permítame usted que repita aquí lo que hablando de este punto dije en mi Tratado del verbo, páginas 63, 64 y 65 del Tomo II de las Memorias de la Academia Mejicana.

Se ha visto ya cómo la partícula *se* no puede ser acusativo en las construciones: *se admira á los héroes*; *se enseña á los niños*; *se castiga á los delincuentes*; investiguemos ahora si se avienen con su índole los oficios de nominativo. Desde luego haremos notar que las oraciones de que venimos tratando, no se llaman impersonales porque carezcan de persona gramatical, sino porque no la señalan ni determinan. Cuando decimos; *se canta*, *se baila*, *se cuenta*, es claro que alguno ha de ejecutar tales acciones, aunque ignoremos ó tal vez ocultemos quién sea. Infiérese de aquí que la palabra más apropiada para denotar este sujeto indetermina-

do que se nos presenta de incógnito, será aquella que con sólo una terminación exprese la universalidad de las personas sin distinguir de números, ni de géneros. Tal es el pronombre *se*; lo mismo representa á los nombres singulares que á los plurales, á los masculinos que á los femeninos, y reune, por tanto cuantas circunstancias deben concurrir en el sujeto indefinido de los verbos llamados impersonales. Para adquirir la certeza de que tal es el oficio que en realidad desempeña, advirtamos que ocupa en la oración el lugar del agente. Si por ventura se nos pregunta, quién refiere tal ó cual noticia, y no podemos ó no queremos dejar satisfecha la curiosidad, quizá impertinente de nuestro interlocutor, nos limitamos á contestar sencillamente: *se cuenta ó se dice*; pero adviértase que el *se* de la respuesta corresponde al *quien* de la pregunta, y este último pronombre está en lugar de la persona que ejecuta lo que el verbo significa.

Por otra parte cuantos nombres ó pronombres reemplazan ó han reemplazado á la partícula *se*, son tenidos por todos los grámaticos como nominativos.

En lo antiguo era sujeto de las oraciones indefinidas el sustantivo *hombre*, usado en caso recto y sustituído hoy por el pronombre *se*. Aldrete en los Orígenes de la Lengua Castellana se expresa así: "*De la qual nunca oio hombre fablar*," ó lo que es lo mismo: *De la cual nunca se oyó hablar*.

También se usan en lugar del pronombre *se* los indefinidos *alguien*, *nadie*, *uno*, *alguno*, *ninguno*. Nada más común que decir: *Nadie sabe cuando ha de morir* ó bien *no se sabe cuando hemos de morir*. Mas supuesto que los términos *hombre*, *nadie*, *uno*, *ninguno* son verdaderos nominativos en oraciones como las citadas, el mismo caso ha de corresponderle á *se* en tales proposiciones.

No se me oculta el reparo que comunmente suele hacerse: se dice que no puede hallarse en nominativo una palabra que carece de este caso; pero cabalmente este es el punto sobre que versa la cuestión: si el pronombre *se* hace en algunas frases papel de nominativo.

Por haber vaciado nuestra gramática en el molde de la latina, hemos negado al reflexivo *se* atribuciones que ciertamente le

mpeten en castellano, aunque sea igualente verdadero que carecen de ellas en tín. Y así en esta lengua jamás sirve de ujeto al verbo, pues en las oraciones de nfinitivo más bien forma parte del complemento directo del verbo determinante.

Si cotejamos nuestras oraciones con las impersonales latinas, advertiremos que las últimas no consienten la forma pronominal: *cuentan* ó *se cuenta* es *tradunt* ó *traditur;* pero *se tradit* sería un hispanismo insoportable, y sobre todo incomprensible. Deduzco de aquí que el latín carece de las construcciones castellanas en que el pronombre *se* puede hacer veces de nominativo.

En una luminosa carta que me dirigió usted hace diez años justos, me dice usted que "en absoluto no repugna que *se*, como " cualquier otro acusativo [v. g.: *quien*= " *quem*, *alguién* *aliquem*,] pueda llegar á " ser nominativo; en el caso de *se le casti*- " *ga*, acaso se me haría durillo de admitir, " porque no se trata aquí de una forma ais- " lada, sino de una combinación en que se " conserva viva la tradición sintáctica, y se " divisan los pasos por donde ha llegado al " estado actual, todo lo cual es como un hi-

" lo que la enlaza con la fórmula primitiva.
" ¿No le parece á usted que podrían mirar-
" se como consecuencias de esto el que á *se*
" no pueda referirse un predicado *(se es fe*
" *liz,)* ni un posesivo *(cuando se ama á sus*
" *padres,)* cosa que sería lícita con *uno*, e
" *hombre* cuando se usan en sentido análo-
" go?" En efecto ambas locuciones son viciosas; pero si no es lícito decir en buen castellano: *Cuando se es feliz,* quizá no estribe el vicio de la locución en que el *se* sea un sujeto en nominativo, sino en que es un sujeto indeterminado en cuanto al número y en cuanto al género, y no se concibe que por ejemplo, *bueno*, adjetivo singular masculino, concuerde con *se*, que carece de número y género determinados. Otra cosa sería, si en lugar de *se*, pusiéramos los indefinidos *alguien* y *nadie*, que son necesariamente singulares. Análogo razonamiento pudiera aplicarse al segundo ejemplo: "Cuando *se* ama á *sus* padres," para explicar cómo *sus* determinado en cuanto al número, no puede referirse á *se* indeterminado en todo.

Yo quisiera, mi querido amigo, que me

dijera usted si todo esto no es sino una mera cavilación.

No puedo, ni quiero negar que me hacen fuerza las consideraciones de usted contra el *se* nominativo, derivadas de la tradición sintáctica; pero me ocurre que el sentido de las frases, lo mismo que la denotación y connotación de las palabras, va modificándose insensiblemente, y de ello no hay que citar ejemplos, cuando se habla con usted; quiero, pues, decir esto: que el agente lógico y consciente de las lenguas, se va sobreponiendo al agente psicológico é inconsciente. Este último hizo decir: "*Se degollaron á los habitantes;*" el primero ha corregido ya la frase, y se dice ahora: "*Se degolló á los habitantes.*"

Por agente psicológico entiendo yo (no sé si mal) el instinto del pueblo que hace brotar de sus labios la frase espontánea y muchas veces gráfica, que expresa lo que más vivamente hiere la imaginación ó el sentimiento; y por agente lógico el criterio de los doctos, que lima y castiga la locución popular.

No dejaré pasar esta oportunidad sin hacer constar que yo no creo que los lógicos

y los filósofos hagan los idiomas; ellos explican los hechos de lenguaje, cuando pueden ser explicados; pero si no hay ciencia, ni disciplina humana que pueda dar la razón de tales hechos, no nos queda otro recurso que reconocer el empirismo de nuestros conocimientos gramaticales. Le confesaré á usted, señor D. Rufino, que ha sido mi sueño dorado que alguien redima á la gramática de nuestra lengua del empirismo en que ha vivido; empresa ya realizada en gran parte por usted. Ahora bien, entiendo que no se dará cumplido remate á obra tan meritoria, reemplazando *lo que ha sido siempre, lo que es actualmente*, por lo que debiera ser según el criterio de la lógica. Para lograr tan generoso intento se han de inquirir las causas de los hechos de lenguaje, arcanas muchas de ellas, apeando las dificultades que para ello se ofrezcan; se han de consultar los antecedentes históricos, ya que los hechos actuales se explican por los que han determinado el proceso de la lengua en épocas anteriores; hay que internarse en los dominios de la Psicología y de la Lógica; hay también que acudir al cotejo de los idiomas que tengan con el que se es-

tudia deudo más ó menos cercano; y finalmente también deberá interrogarse á otras ciencias de orden muy diverso, con cuyo auxilio se pueda exponer la parte fonológica de la lengua.

Procediendo de esta suerte, se cae en la cuenta de que muchos hechos de lenguaje que se habían imputado al capricho de nuestros mayores: *Quia sic voluerunt priores*, tienen cumplida explicación que los exime de la nota de arbitrariedad con que se les había señalado.

Para concluir, apuntaré aquí las dudas que se me ocurren acerca del *les* dativo en oraciones como ésta: *Se les enseña el catecismo.* Como usted recuerda muy bien, D. Andrés Bello dice que el verbo enseñar rige acusativo de persona, y también acusativo de cosa, si los dichos complementos se usan separadamente; v. g.: enseño á mis hijos; tú enseñas el catecismo; pero si los dos complementos van juntos en una misma proposición, considera como término directo al nombre de cosa, y como dativo ó término indirecto al nombre de persona. Tengo para mí que en este caso el insigne filólogo se contradice. Desde luego ocurre pre-

guntar ¿por qué ambos complementos son acusativos cuando van separados, y no lo son cuando están juntos? Uno y otro son el *objeto* sobre el cual recae la acción del verbo, y ese objeto es término directo del significado verbal. Por otra parte, el verbo latino *docere* que corresponde exactamente á nuestro *enseñar*, pide dos acusativos: v. g.: *Doceo grammaticam pueros.*

Finalmente, en la forma pasiva cualquiera de los dos términos puede pasar á ser nominativo. Se arguye que los dos términos no pueden ser simultáneamente nominativos en la forma pasiva; pero tampoco en latín consiente esta forma dos nominativos: vg.: *doctus amnis melius iter.*

Tal vez la razón de la construcción pasiva castellana sea que en la forma activa, el acusativo de cosa es complemento directo del verbo solamente, y el acusativo de persona es complemento de la locución formada por el verbo enseñar y el acusativo de cosa; y así en la oración; enseño gramática á los niños, *gramática* es complemento directo del verbo *enseño*, y niños lo es de la locución *enseño gramática*, así tal vez se explique que vuelta la oración por pasiva, la

expresión *á los niños* permanezca invariable; y *gramática* pase á ser nominativo.

Sin duda han dado al verbo enseñar dos acusativos, escritores como Martínez Marina y el autor de la Gatomaquia, citados por usted, y que dijeron: "los enseñaron el arte de leer y escribir;" "los enseña su oficio." Según usted lo advierte, Benito Martínez Gómez Gayoso, que escribió una gramática en la primera mitad del siglo XVIII, enseñó en ella que en esta proposición: "Yo te enseño la Retórica," *te* es acusativo de persona y el más principal; *retórica* es el de cosa y menos noble.

Muchos otros verbos hay que se hallan en el mismo caso que enseñar.

No daré punto á estas disquisiciones gramaticales, sin dirigir á usted las mismas frases que bondadosamente me escribió en su hermosa carta de 27 de Mayo de 1886.

"¿Querrá usted creerme," me decía usted, "que con respecto á la conversación á "viva voz, tiene para mí la corresponden-"cia epistolar un gravísimo defecto? Ha-"blando con usted, una sola palabra haría "cambiar el giro de mi pensamiento, sin "que de mis conceptos anteriores quedase

" mientras que en una carta se
" eas cierto aspecto de permanen
" alidad que contradice la intención
sólo las propone, solicitando
nimo de retirarlas á la menor d
" pación. Todas estas mis teorías gra-
" maticales ha de r irlas, pues, usted en
" calidad de charla ctuosa, ya que no
" puedo tener el gusto de departir larga-
" mente con usted." No podría yo manifes-
tar mejor el deseo que tengo de no expresar concepto alguno que pudiera ocasionar á usted ni sombra de disgusto ó desazón. Si me he atrevido á exponer algunas doctrinas gramaticales que no consuenan con las de usted, es cabalmente movido por la necesidad que siento de que usted tenga la bondad de ilustrarme, refutando teorías bastante sospechosas de heregía gramatical, por el solo hecho de que usted las condena.

He abusado de la paciencia de usted, escribiéndole una carta que por la enormidad de su tamaño y quizá de sus despropósitos, habría puesto á prueba la del Santo Job, de quien no refieren los libros sagrados que le hubiesen dirigido sus amigos razona-

mientos tan prolijos, abstrusos y enmarañados como los que usted acaba de leer.

Entiendo que sería pesadez añadir á lo escrito una línea más, por lo cual dejaré para otra carta lo poco que se me ofrece decirle sobre la pronunciación de la *s* y de la *ye* en algunas partes de la República Mejicana. Espero con ansiedad su respuesta; ella seguramente resolverá mis dudas y además me probará que ha perdonado vd. todas las impertinencias de esta larguísima epístola al más adicto y apasionado de sus admiradores y amigos, que atento B. S. M.

RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.





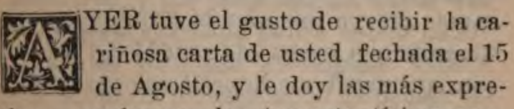


París, 5 de Septiembre de 1896.

Sr. D. Rafael Angel de la Peña.

Méjico.

Mi muy querido y venerado amigo:



AYER tuve el gusto de recibir la cariñosa carta de usted fechada el 15 de Agosto, y le doy las más expresivas gracias por las importantísimas noticias que se sirve darme sobre la pronunciación de Méjico. Trataré de aprovecharlas.

Al contestar la amable carta en que me daba usted el pésame por la muerte de mi inolvidable hermano, carta que ha sido para mí de indecible consuelo, conté á usted

ustancias penosas en que recibí la a, más que carta, disertación sobre de los casos acusativo y dativo, y sobre el empleo, para ellos, de las formas del pronombre de tercera persona; contéle los achaques de que estaba aquejado y la necesidad en que me veía de buscar reposo en el campo. Este y el tratamiento hidroterápico me mejora algo, aunque no puedo decir que estoy bueno. Así, pues, no extrañará usted que al hablarme de materias tan sutiles huela mi carta á apoplegía, como á Gil Blas le olieron las homilías del Arzobispo de Granada.

Antes de entrar en materia me atrevo á dirigir á usted una queja: ¿cómo puede figurarse que yo me ofenda ó sienta de cosa ninguna que venga de usted? La amistad con que usted me honra tiene para mí su principal valor el altísimo aprecio que hago de sus cualidades morales y sociales (comparables sólo á sus talentos é instrucción), las que son prenda de que nunca habré de recibir de usted cosa que yo no deba agradecer y venerar. Si en algún punto literario no estuviéremos de acuerdo, será esto motivo gravísimo para que yo dude de mi acier-

to y estudie más, pero no para quejarme. Viva usted persuadido de la sinceridad con que le hablo, y dé por excusadas tantas salvedades que, por el momento, me hacen pensar que duda usted de mi respeto y de mi afecto.

Por el estado de mi salud no responderé ó hablaré tan largamente como quisiera sobre cada uno de los puntos importantísimos que usted dilucida; pero procuraré hacerlo sobre los que me parece bastarán para ponernos de acuerdo.

Usted ha determinado con admirable precisión los valores ideológicos del dativo y el acusativo, y por otros escritos suyos veo que con igual exactitud habrá usted determinado las fórmulas ideológicas todas á que se acomoda nuestro modo de pensar español, ó si se quiere romance ó indoeuropeo. Que existen estas fórmulas y que deben escudriñarse y plantearse, es cosa evidente y en que no podemos discrepar. Ahora, estas fórmulas ideológicas ¿tienen siempre su representación exacta en el lenguaje? Ahi está la dificultad. Me parece que el estudio histórico de una lengua, ó sea el seguir todas sus fórmulas y formas desde el estado

actual hasta la etimología esto es, hasta una fórmula ó forma que es ya la de la lengua madre, demuestra, ni más ni menos que el estudio del habla popular y vulgar, que fórmulas y formas se van dislocando, ora á influencia de causas fisiológicas, ora de causas psicológicas. La investigación minuciosa y metódica de unas y otras, es lo que caracteriza hoy la filología, que casi en un cuarto de siglo se ha trasformado gracias al nacimiento de la fonética y la psicología experimental. Esta última, de capital importancia para la sintaxis, ha puesto en claro cómo todas nuestras ideas se distribuyen uaturalmente en grupos, ya por razón de sus propias semejanzas, ya por las de las formas con que se expresan, y que estos grupos se enlazan y cruzan de mil maneras de modo que se influyen y modifican recíprocamente. Incalculable es la acción de la analogía, como llaman la influencia especial de la asociación de ideas en las transformaciones del lenguaje; en virtud de ella, fórmulas y formas que en un principio correspondieron al valor de los elementos literales ó verbales, con el tiempo se alejan de él cediendo á la intervención de otros de va-

lor semejante. Esto [no hay para qué decirlo á vd.] se nota á cada instante en el lenguaje popular, y naturalmente trasciende al literario; para mejor explicarme pondré algunos ejemplos, comenzando de abajo para arriba, y de hoy para ayer:

VOCES. Tomo éstas del Diccionario del Sr. Garcia Icazbalceta, de imperecedera memoria: *champar*, que es fusión de *chantar* y *zampar; chifleta* de *chufleta* y *chiflar* [*rechifla*]; *atarria*, de *ataharre* y *harria; alcina* de *hacina* y *alzar*. Más curiosa todavía es la manera como se fundieron las diversas formas en que se corrompieron, de fines del siglo XVI á mediados del siguiente, los tratamientos *vuestra mersed* y *vuesa merced*, y de las cuales sólo sobrevive *usted:*

Vuestra merced
Vuested
Vusted
Usted.
Vuesa merced:

Vuesa erced
Vuesarced
Usarced
Vuarced, voarced
Voaced, oacé
Vuced
uced, océ.

Vuesancé
Usancé.

Formas mixtas ó fusiones:

Vuesasted = vuesarced + usted
Usasted = usarced + usted
Vuesasced = vuesasted + usted
Vuesansté = vuesancé + usasted
Vuesamesté=vuesa merced+usté, vuesasté.

Para última prueba de que lo que hoy es siempre fué, añadirse que en los primeros momentos de nuestra lengua, se enredaron de igual manera los dos verbos *comenzar* y *empezar*, diciéndose simultáneamente: *començar, empençar; empeçar, começar, compeçar; empençar, compençar; empeçar, encomençar,*

LOCUCIONES. "En punto *á* filosofía" es fusión de "En punto *de* filosofía" + "En cuanto *á* filosofía;" "No obstante *de* sus esfuerzos" es fusión de "No obstante sus esfuerzos" + "A pesar *de*, sin embargo *de* sus esfuerzos;" Por *el* pronto" de "Por *de* pronto" + "Por *el* momento." Nada más común en el régimen de los verbos, que se acomodan al de sus análogos: dícese *arrostrar los peligros*, como *vencer*, *desafiar*, y *arrostrar con los peligros* como *luchar; huir los halagos*, como *evitar*, y *huir de los halagos* como *apartarse*. Lo mismo en verbos que originariamente llevaban sólo acusativo de persona ó sólo acusativo de cosa, y después á semejanza de otros los han admitido ambos, y convertido naturalmente en dativo el de persona.

Estos son casos en que la analogía aparta las fórmulas y las disloca con respecto á su ipo. Pero también los hay en que, obscura ú obscurecida la expresión, la analogía la reduce á otra fórmula clara en razón de ser frecuente. Por ejemplo, en la etimología popular, que convierte á *canapé* en *ca*M*apé* y aun *ca*M*ap*l*é*, á *vagabundo* en *vaga*M*undo;* por lo que hace á construcciones, baste ci-

tar el impersonal *hubo fiestas en la ciudad* (fusión en su origen de *civitas habuit ludos* y *fuerunt ludi in civitate)*, que el vulgo reduce á la fórmula propia de los verbos de existencia convirtiendo en sujeto gramatical el objeto dominante en el concepto, ó lo que es lo mismo el sujeto psicológico. Procedimiento semejante ha prevalecido cuando corrientemente hablamos de que *hicieron calores* por *hizo calores (los hizo)*, donde se ha olvidado el primitivo sujeto de *hacer* en el sentido de causar, como al decir *esto hace sombra, humo, calor;* en *dan las cuatro* (el reloj), *dan fiebres* por *da fiebres* (el clima, etc.)

De todo esto resulta, si no voy engañado, que las fórmulas ó categorías gramaticales existen real y verdaderamente en nuestro entendimiento, pero que el lenguaje tiene una fluidez tal, que se acomoda ó no á ellas según múltiples influencias; y que por consiguiente no siempre es posible reducirlo á moldes invariables como pretendieron los ideólogos del siglo pasado.

Vengamos ahora á los pronombres de tercera persona. La etimología evidentemente, y los documentos literarios con proba-

bilidad que raya en evidencia, demuestran que los acusativos fueron en los primeros tiempos del castellano *lo*, *la*, *los*, *las*, y los dativos *le*, *les*. ¿De dónde proviene que *le*, *les* se empleen hoy en Castilla como acusativos, y *la*, *las*, *lo*, *los*, como dativos? En el trabajo sobre estos pronombres procuré explicar las influencias analógicas que motivaron la confusión y la extendieron. Supuse primero la influencia formal que redujo el acusativo masculino al grupo de *me*, *te*, *se*, en que no se distingue el acusativo del dativo; dado este primer paso, apareció el uso de *les* en acusativo, que guarda con *le* exactamente la misma relación que *los*, *las* con *lo*, *la*; olvidada la diferencia casual en *le* y *les*, sucedió lo mismo en *lo* y *los*. A la analogía formal coadyuvó la sintáctica: juzgué que "no *le* sorprende á la Academia" es fusión de "no *le* causa sorpresa"+"no *la* sorprende;" que "*la* dieron cincuenta azotes" lo es de "la azotaron"+"*le* dieron cincuenta azotes." Por supuesto que estamos perfectamente conformes vd. yo en que cuando los castellanos dicen "*les* guía" por "*los* guía," *les* es verdadero acusativo, y cuando "*lo* desbarató las narices," *lo* es

verdadero dativo, porque éste es el resultado final de las causas analógicas; como cuando se dice "*hubicron* fiestas" el verbo es netamente personal. Pero de aquello no podemos deducir que todo *les* sea acusativo ó todo *lo* dativo.

¿Cómo aplico esto al impersonal *se les castiga?* He dicho que nace de la semejanza de frases como "se les aplica el castigo," "se les dice que vengan," donde para mí (como para el Sr. Caro) es sujeto del verbo pasivo *el castigo, que vengan*. La historia de estas construcciones demuestra que el *le, les* es en ellas la forma originaria, y esto me ha servido de base para la explicación. ¿Qué se opone á tomar esos pronombres como acusativos? El que en singular masculino nunca ni en ninguna parte se ha dicho en frase impersonal *se* LO *castiga*. ¿Por qué á los españoles no les disuena el *los* y á los americanos sí? Porque ellos, los castellanos sobre todo, usan muy amenudo el *los* como dativo, igualmente que el *las*, de lo cual he citado muchísimos ejemplos en mi artículo. Ahora va de sutilezas. Cuando los castellanos dicen *se los castiga*, ó los catalanes (v. g. Balmes,) que en su lengua



sólo tienen la forma *los* como acusativo y dativo, ¿quién nos asegura que ellos no emplean ahí un dativo, como en *los atraviesa el pecho?* Esto sólo podría resolverlo un castellano ó catalán, que á ser excelente gramático añadiera el ser consumado psicólogo. No está por demás decir que en los españoles se va borrando cada día más el sentido gramatical de los casos; conozco á un caballero americano muy docto que hizo sus estudios en Madrid, y me ha confesado que él no distingue el acusativo del dativo. En América donde hemos conservado el uso etimológico y genuino, somos sin duda mejores jueces en estas cuestiones. (Perdónenme los castellanos esta que llamarán herejía.)

Volviendo un poquito atrás: ¿es lícito enderezar las locuciones anómalas resultantes de la acción de la analogía reduciéndolas á la fórmula originaria ó á otra parecida? El uso lo decide: ya no se puede (ó bien *hoy* no se puede) decir *hubieron fiestas*, *estaban en cintas* [*en cinta=en estado interesante?*]; ¿llegará el día en que se diga *se lo acusa (ille accusatur?)* Yo no lo sé.

Al llegar aquí veo que estoy hablando de

cosas gramaticales colocándome en un *terreno extra--gramatical*, y que todas estas opiniones habrán de parecer malsonantes y cuasi cismáticas. Pero ¿qué quiere vd.? cada día he ido viendo que los principios de la gramática tradicional, de aquella, digo, que cuando yo era muchacho enseñaban en Bogotá por el llamado Arte de Nebrija y el compendio del P. Petisco, como cosa infalible é irreformable, son insuficientes para conocer y penetrar lo contextura y vida del lenguaje; y al fin me he figurado que una gramática, para satisfacer á las exigencias de la filología, ha de cumplir dos condiciones: discriminar con todo rigor filosófico las fórmulas ideológicas que constituyen la *lengua pensada* del pueblo ó raza que la habla; y luego examinar las dislocaciones que la analogía y demás procedimientos psicológicos han ido introduciendo, para lo cual no hay otro recurso que el estudio de los monumentos literarios. En este concepto llena todo lo que puede desearse el título (para no hablar del desempeño) que el insigne lingüista inglés Sweet ha puesto á la gramática de su lengua, llamándola *logical and historical*. En otra ocasión dije á vd. que nadie

me parecía mejor preparado para darnos una obra con estas condiciones, así por su ciencia y sagacidad filosóficas, como por el íntimo conocimiento que alcanza de todos los primores de nuestra lengua. Con razón, pues, ansio que se publique el trabajo de vd., en el cual estoy cierto de hallar infinidad de cosas que aprender.

Ruego á vd. me perdone el desaliño intelectual y material de esta carta, que no puede pasar ni por mal borrador. Su buena amistad no ha de ver en ella sino el deseo de hablar con vd., aunque sean desbarros, sobre la materia de nuestras comunes aficiones, y de probar á vd. el interés sumo con que he estudiado la inapreciable carta de vd. Ojalá que, cnando vd. tenga lugar, rectifique los desaciertos de la mía, tratándome como á quien es su más afectuoso amigo y admirador apasionado

J. R. CUERVO.



RESEÑA HISTÓRICA

DE LA

ACADEMIA MEXICANA.

RESEÑA HISTÓRICA

DE LA

ACADEMIA MEXICANA.

i tales consideraciones la inclinase ba uardar silencio acerca de su vida inter pensó por otra parte que debía hacer pres á la Real Academia Española, cómo procurado corresponder á la alta honra q le disp invitándola á tomar parte en la formación del último Diccionario. Creyó asimismo que estaba obligada á dar noticias suyas á pocos devotos, que lejos de ponerla en o do, no la pierden de vista, y la estimulan y alientan por el favor con que ac tod s sus publicaciones.

Ya en la ant ña se dijo cómo de preferencia se d Academia desde los primeros días de su establecimiento á discutir las adiciones y enmiendas que deberían hacerse al Diccionario de la Lengua. En esta laboriosa tarea perseveró hasta el mes de Agosto de 1884, en que remitió á la Real Academia la décimonona y última lista de artículos para el Diccionario. Las definiciones que esta Academia propuso fueron en número de 1285; de ellas quedaron aceptadas por la Española 652, algunas con leves modificaciones, y no fueron admitidas 633; gran parte de éstas, correspondientes á provincialismos nuestros.

Preciso es confesar que la mies cosechada no fué copiosa; mas con ser tan escasa, dió ocasión á estudios detenidos y largas discusiones; sin que de todo esto quede otro vestigio que la breve noticia consignada en las actas de las juntas.

Ya se deja entender que invadiendo á veces el Diccionario los dominios de las ciencias y de la filosofía, de las artes y de la industria, hubo que dilucidar cuestiones á tal punto heterogéneas, que de común sólo había en ellas las primeras letras de las palabras que las sintetizaban, y cuyas definiciones provocaban y alimentaban la discusión.

Así fué como después de la voz Próstesis, se pasó á estudiar la definición de la palabra Positivismo, considerada como nombre de escuela filosófica. Sólo la exposición de este sistema y su definición ocuparon largas y numerosas sesiones. Otro tanto pasó al discutirse la definición de una ú otra ciencia, como la de Biología y la de Astronomía, ó bien al fijarse las acepciones de términos técnicos, así científicos como filosóficos.

Tales discuciones han sido interrumpidas

con frecuencia por disertaciones ó discursos sobre puntos de Literatura, de Filología ó de historia de nuestra literatura. Algunas de estas producciones han sido publicadas en los dos tomos anteriores de las Memorias.

La Academia ha procurado, además, descubrir y allegar materiales para formar la historia de la literatura patria, y de ello es pequeña muestra el artículo intitulado: "Francisco Terrazas y otros poetas del siglo XVI." El Sr. D. Francisco Pimentel, individuo de número de esta corporación, adelantándose á ella, por sí solo ha escrito aquella historia y ha comenzado á imprimirla.

Con la publicación del último Diccionario de la lengua por la Real Academia Española, la Mejicana dió por terminados los trabajos lexicográficos que le habían sido encomendados; pero no los que tiene emprendidos para formar un "Diccionario de Provincialismos" que contenga, así los que son de recibo en toda la República, como aquellos que han quedado circunscritos á determinado Estado ó comarca de alguna extensión é importancia.

A fin de no demorar la publicación de este léxico, se acordó que en teniendo artículos pertenecientes á cada una de las letras del alfabeto, luego se diesen á la estampa; á reserva de hacer otro tanto con los nuevos alfabetos que posteriormente se fuesen formando.

La Academia de Venezuela correspondiente de la Española, oportunamente participó á la nuestra que se había verificado su inauguración en los días 26 y 27 de Julio de 1883, y que era su Director el Exmo. Sr. General D. Antonio Guzmán Blanco, presidente entonces de aquella república.

La Academia Mejicana supo gozosa nueva tan plausible, y dió á la de Venezuela la más cordial enhorabuena.

Posteriormente aquella docta corporación propuso que se estableciese entre las dos Academias el cambio de obras nacionales impresas, así como de manuscritos valiosos por su mérito literario. La Academia Mejicana asintió con gusto, y desde luego remitió los cuadernos de sus Memorias, no agotados, á la de Venezuela, y también á las del Ecuador y Colombia.

La Academia Española ha dado á la nues-

tra ıstantes muestras de estimación y b encia, ya aceptando sus adiciones y en das al Diccionario de la Lengua; ya e ndo diploma de correspondientes extranjeros á cuantos individuos le ha propuesto la Academia Mexicana, ó para ocupar sillas nuevamente creadas, ó para llenar las que han vacado por fallecimiento de algunos acadén

Desgraciadamente i no ha habido año que no haya sido rosamente señalado con la pérdida de uno ó más individuos de esta corporación. En l mes de Enero de 1881 pasó á mejor el Sr. D. Manuel Orozco y Berra, sab iticuario, profundo conocedor de nuestra historia y sumamente versado en la Etnografía. Su pericia en la lengua nahuatl fué de grande utilidad para declarar y fijar la etimología de muchos nombres oriundos de aquella lengua y pertenecientes á la Geografía, ó bien á la flora y fauna de Méjico.

Después del Sr. Orozco falleció en 28 de Febrero de 1883 el Sr. Lic. D. Alejandro Arango y Escandón, meritísimo director de la Academia, y varón insigne por sus letras, no menos que por sus virtudes. Rin-

dió culto fervoroso á la lengua castellana y á su literatura. Las musas le lograron alumno tan aventajado, que en nuestros días nos hizo escuchar de nuevo aquella música acordada y deleitosa con que suspendió á sus contemporáneos el príncipe de los líricos españoles. Su dicción correcta y elegante, y su conversación nutrida siempre de sana doctrina, deleitaban á cuantos tenían la suerte de escucharle, quienes á un mismo tiempo admiraban su pasmosa erudición y la sin par belleza de nuestra lengua castellana, que salía de sus labios ataviada de sus mejores galas. Y como juntaba á sus raros talentos gran caudal de virtudes cristianas, no debemos extrañar que fuera el maestro, ó mejor dicho, el oráculo de la juventud católica, á la cual tendió mano generosa, para preservarla de todo linaje de enseñanzas heterodoxas. Por lo que toca á la Academia Mejicana, nunca pondrá en olvido esta corporación que al Sr. Arango debió casa, biblioteca, cuantiosas subvenciones, y lo que es más que todo esto: acendrado afecto, solícito interés por su conservación, y el lustre y prestigio que no podía menos de comunicarle su

nombre tan ventajosamente conocido en la república de las letras.

Algunos meses después, el 10 de Enero de 1884, la Academia y las letras patrias perdieron al distinguido humanista, Lic. D. Francisco de P. Guzmán. Muy versado tanto en la literatura griega como en la latina, dió en los últimos años de su vida muestras de su vena poética, que corrió siempre á impulsos del amor divino. Lo encendido de los afectos, la unción con que sabía expresarlos, y la sobriedad de su frase, que correcta y gallarda era expresión genuina de hondo amor á Dios, lo colocan á no dudar entre los poetas místicos más encumbrados y que mejor han hablado la lengua castellana.

En el mes de Marzo del mismo año, tan aciago para esta Academia, murieron los señores académico de número D. Juan B. Ormaechea, obispo de Tulancingo, y D. Ignacio Aguilar y Marocho. Fué el primero orador sagrado elocuentísimo, tanto por la eficacia de su palabra como por su vida verdaderamente ejemplar. El segundo, jurisconsulto eminente, alcanzó envidiable reputación en el foro mejicano, y fué ade

más notable publicista, escritor elegante y poeta festivo de singular donaire.

Cierra la parte necrológica de esta reseña el Sr. D. Ramón Isaac Alcaraz, muerto el día 8 de Abril del presente año. Deja como durable testimonio de sus sentimientos humanitarios la Escuela de sordo-mudos fundada por el Gobierno á moción suya y dirigida por él con solicitud verdaderamente paternal. Como poeta pagó alguna vez tributo al Romanticismo, que tuvo aquí bastante boga en época ya algo remota: pero conservó siempre la corrección y belleza de las formas clásicas.

La Academia ha perdido en él un excelente gramático, cuyo sano juicio y claro talento ponían en su verdadero punto de vista las cuestiones más arduas y oscuras.

Considerando la Academia que con ser tan reducido el número de académicos, lo era mucho más el de aquellos que podían asistir á las juntas, acordó en 22 de Marzo de 1881 crear una nueva silla, que es la décimoquinta, y que por elección unánime ocupa el Sr. D. José María Vigil. Por igual motivo determinó en 10 de Octubre de 1882 que en vez de quince fueran diez y seis los

académicos de número. Mediante votación unánime fué llamado á ocupar la nueva silla el Sr. Lic. D. Ignacio Mariscal, á quien la Academia Españala envió diploma de correspondiente extranjero.

Necesitando la Mejicana que esté siempre completo el número de los individuos que la forman, se ha apresurado á proveer las sillas que han quedado vacantes. Y así en 27 de Marzo de 1881 acordó fuera propuesto á la Real Academia Española el Sr. D. Tirso Rafael de Córdoba, que había de reemplazar al Sr. Orozco y Berra. En 4 de Septiembre de 1883 lo fué el Sr. D. Joaquín Arcadio Pagaza, para suceder en el sillón académico al Sr. D. Alejandro Arango y Escandón. En 22 de Enero de 1884 fué elegido el Sr. D. Alfredo Chavero para ocupar el lugar vacante por muerte del Sr. Guzmán, y finalmente en el mes de Julio de 1884 abrió la Academia sus puertas al Sr. D. Luis Gutiérrez Otero y al Sr. D. Francisco de Borja del Paso y Troncoso, que ocupan respectivamente los asientos que pertenecieron al Sr. D. Ignacio Aguilar y Marocho y al Illmo. Sr. D. Juan B. Ormaechea.

Todos los señores mencionados recibieron oportunamente de la Real Academia Española el diploma de correspondientes extranjeros.

Por fallecimiento del Sr. Arango fué nombrado director interino el Sr. D. Joaquín García Icazbalceta: y en 11 de Agosto del año pasado, por aclamación fué electo director, para el trienio que comenzó el 11 de Septiembre inmediato.

Por la promoción del Sr. García á dicho cargo, el que suscribe fué nombrado secretario perpetuo.

Deseosa la Academia de conocer los provincialismos de cada Estado, que reunan las condiciones necesarias para tener cabida en el Diccionario que está formando, juzgó necesario nombrar académicos correspondientes á personas residentes fuera de la capital, notables por su amor á la lengua castellana y por el conocimiento que de ella tienen. Con ese carácter le pertenecen el Sr. D. Melesio Vázquez, arcediano de la Iglesia de Tulancingo, el Sr. Lic. D. José María Oliver y Casares, residente en Campeche, y el Sr. D. Audomaro Molina que reside en Mérida.

Poco es en verdad lo que la Academia Mejicana ha podido hacer en bien de nuestra lengua y literatura; pero para descargo suyo, téngase presente la falta completa de todos aquellos elementos sin los cuales es imposible llevar á térmido las tareas propias de su instituto.

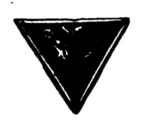
Faltan á la corporación los fondos indispensables y á sus individuos el tiempo que reclaman estudios largos y profundos. Los que la forman no viven exclusivamente para las letras: unos dedican atención preferente á sus ocupacionss profesionales; otros á la dirección de negocios propios ó ajenos; otros, finalmente, al desempeño de los cargos más elevados del Estado ó de la Iglesia.

De ordinario las academias están subvenidas con largueza por los gobiernos: cuentan, además, con medios propios de subsistencia, y los individuos que las forman son debidamente remunerados. La Mejicana carece de todo, quédale solamente voluntad eficaz para hacer aquello que consientan sus exiguos recursos. No la descorazonan ni la estrechez en que vive, ni el escaso tiempo de que disponen sus indivi-

duos numerarios y correspondientes, para dar cima á los trabajos ya incoados. Constante en sus propósitos, continuará sus labores, lentas en verdad, pero nunca interrumpidas; de preferencia seguirá acopiando materiales para el "Diccionario de Provincialismos" y en día tal vez no muy distante, dará á conocer por este medio cómo se habla en Méjico la Lengua Castellana.

Méjico, 27 de Abril de 1886.

El Secretario,
Rafael Angel de la Peña.



REFUTACIÓN

DE LAS

OBSERVACIONES HECHAS EN UN DIARIO

DE ESTA CAPITAL

al Diccionario de la Real Academia Española.



SE ha publicado recientemente en un periódico de esta capital un artículo de crítica lexicográfica, cuyo autor intenta probar que las definiciones del último Diccionario de la Academia Española, son "oscuras unas, incompletas otras y defectuosas muchas." Y agrega que todo ello habría podido evitarse, si aquella corporación hubiera atemperado sus opiniones y doctrinas á las de sabios filólogos á quienes siempre ha desoído.

El articulista acusa asimismo á la Academia de graves pecados de omisión, y lo que es todavía más alarmante, acúsala también de haber pactado paces ó por lo menos treguas indecorosas con el galicismo que, co-

mo se sabe, es el mayor y más acerbo enemigo de la lengua castellana.

Preciso es confesar que el libro ha de adolecer de algunos defectos, pues al fin es obra humana, y aun los más acabadas nunca pueden excusarlos.

Téngase presente además que todo diccionario, por su misma índole, tiene que ser síntesis de toda filosofía y de toda ciencia; más toda síntesis ha sido procedida de análisis, pues no se puede recomponer sino lo que se ha descompuesto; y bien puede acaecer que en tarea tan extremada, alguna vez flaqueen las fuerzas ó lleguen á faltar por completo; de aquí los yerros y deficiencias inevitables que se advierten en este linaje de obras, pero que alcanzan fácilmente la indulgencia de los sabios.

Para merecer la estimación de estos, le bastaría al último Diccionario de la Academia haber puesto de resalto el contingente de raíces con que han contribuído á la foro mación del castellano, no sólo el latín, el griego y el sánscrito, sino también el hebre- el árabe, el persa y algunas otras lenguas. Pero aun tiene otros títulos al aplauso de los literatos y de los hombres científicos,

en los millares de voces técnicas que han hallado lugar en sus columnas, á pesar de no ser diccionario tecnológico.

Largamente insistiría en las consideraciones anteriores, si fuera mi propósito escribir un juicio crítico de la obra; pero mi intento por hoy es manifestar que en mi humilde concepto, el articulista que censura el Diccionario de la Academia no tiene razón para hacerlo, ni por las omisiones que le atribuye, ni por las definiciones que á su juicio son falsas ó defectuosas.

Ignoro el nombre del estimable crítico, pero desde luego lo tengo por celoso defensor de la pureza é integridad de nuestra lengua, y me complazco en hacer constar que según el respetable juicio de los señores redactores de *El Nacional*, es literato y filólogo entendido. Creo por lo mismo que si sus observaciones al Diccionario de la Academia no son enteramente justas, debe esto imputarse á inadvertencias involuntarias, y de ningún modo á ignorancia. Y así solo por inadvertencia pudo afirmarse que falta en la última edición la voz *microbio*; pues se halla definida en el suplemento, página 1117.

Asimismo se asegura que *tranvía* y *vagón* son voces recientemente aceptadas por la Academia, á pesar de que ya se registran en la edición de 69.

Reprueba también el estimable crítico que se pongan por acepciones del adjetivo *abatido*, los calificativos *bajo, ruin* y *despreciable;* sin embargo, escritores de mucha nota sacan verdaderos estos significados, como lo declaran los pasajes siguientes: "Yo, como mejor pude, le encarecí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenía, el cual era tan fuerte, que me había movido á tomar tan abatido ejercicio, como era el de truhan" Cerv. Gal. 3. Fr. Luis de Granada, en el Símbolo de la Fe, dice: "Castigo es éste de esclavos y ladrones, y tan abatido castigo que bastaba ser ciudadano de Roma, para no estar sujeto á él, por culpado que fuese." Muñoz, en la Vida de Granada, se expresa así: "Fué profunda su humildad, ocupándose siempre en los más abatidos oficios de la casa." En el mismo sentido usan estas palabras Rivadeneyra en la Vida de Cristo, Ercilla en su Araucana, y otros muchos que sería cansado enumerar.

Se tiene también por caso digno de cen-

sura, que no se dé á la palabra *abatido* significados análogos á estos del verbo: "*hacer perder el ánimo, las fuerzas, el vigor;*" pero por regla general la Academia no declara la significación de los participios pasivos, sean regulares ó bien irregulares, cabalmente por quedar ya incluída en la del infinitivo. Mas si el participio desempeña el oficio de adjetivo ó sustantivo con significación diferente de la del verbo, el Diccionario cuida de hacer constar este nuevo significado. Define, pues, la voz *abatido*, no como participio de *abatir*, sino como adjetivo, según lo da á entender con toda claridad la abreviatura *adj.* que viene inmediatamente después de la palabra citada.

Otro tanto debe decirse de la voz *arrepentida*. Expresa la Academia la acepción que le corresponde como sustantivo femenino con el cual se designa á las mujeres allí descritas, y que entre nosotros llevan el nombre de *recogidas*.

Habría sido redundancia censurable consignar, según quiere el apreciable articulista, la acepción del participio pasivo *arrepentido, arrepentida*, aplicable al hombre ó á la mujer "á quien le pesa de haber hecho

cosa," pues esta misma es la sig
del verbo *arrepentirse.*

ese también que *arrepentido* no pu
iar artículo por separado, á sem
e *arrepentida*, porque no tiene con
ima voz acepción diversa de la de
verbo.

En cuanto al su ativo *monólogo*, está bien definido, diciendo que se aplica á "una especie de obra dramática en que habla un solo personaje;" pues ese nombre tienen tales composiciones. La misma acepción da á *monólogo* el Diccionario Enciclopédico en dos tomos, "publicado por una sociedad de personas especiales,"

Por otra parte, el Diccionario académico también atribuye á ese vocablo el significado que pide el articulista, es á saber: "Escena en que habla un solo personaje;" pues lo considera como sinónimo de *soliloquio*, cuya segunda acepción es como sigue: "Lo que habla de este modo (del modo que declara la primera acepción) el personaje del poema dramático ó de otro semejante."

Ignoro por qué merece la desaprobación del articulista la definición de *novia*, que es como sigue: "La que está tratada de casar.

se ó inmediata al matrimonio." "Mujer recién casada, como quien dice, nuevamente casada;" pues respecto de la primera acepción sólo dice: "omitimos los comentarios para no dar demasiada extensión á este artículo." Mas supuesto que tratar, según el Diccionario, vale "conferir y hablar sobre un asunto, para conformar y avenir á los interesados en él," se dirá de una mujer "que está tratada de casarse" cuando está ya comprometida á ello, y en este caso evidentemente es *novia*. Tal vez se haya creído que la definición no comprende á todo el definido, pues también se llama *novia* la mujer á quien sirve ó corteja alguno, aunque sólo sea por puro pasatiempo. Pero esta última acepción probablemente es provincialismo nuestro, pues no la he hallado en ningún diccionario español, ni recuerdo haberla visto usada por escritor de la misma nacionalidad.

Por lo que hace á la definición de *novio*, si no hay errata, creo que se le puede aplicar á la docta corporación el "quandoque bonus dormitat Homerus," porque no verdad que *novio* sea el que está tratando casarse; muchos lo pretenden sin ser novio

y quizá con poca probabilidad de serlo. Sin embargo, creo más bien que hay aquí una evidente errata de imprenta, y que el original debió decir: "el que está *tratado* de casarse" en lugar de *tratando*. Lo conjeturo porque esta segunda definición guarda paralelismo y analogía con la de *novia*, y de ella se dice que "está *tratada* de casarse;" por otra parte nada más fácil que convertir el participio *tratado* en el gerundio *tratando*."

La definición de *plátano* es nuevo capítulo de acusación contra la Academia. Hablando del fruto dice ese cuerpo literario: "es largo, toscamente triangular y blando, y está cubierto de una piel correosa de color amarillento. Interiormente es carnoso, y por lo común *sin semillas ni huesos*."

El crítico, analizando la definición anterior, se expresa en los siguientes términos: "Ya lo sabemos: *fruto largo y triangular*, que por lo *común no tiene huesos*, lo cual quiere decir que alguna vez ha de tener un osario en el corazón."

Y en efecto, esta es la verdad.

Los señores De Maout y Decaisne, en su tratado general de Botánica Descriptiva y

Analítica, afirman que el fruto del plátano, llamado *Musa ensete*, está lleno de gruesos granos. En el Museo Botánico de nuestra Escuela Nacional Preparatoria pueden verse ejemplares de esos frutos llenos de semillas perfectas, y en el járdín del mismo Establecimiento existe la planta.

Según me informa el Sr. D. Alfonso Herrera, esta especie de plátano se propaga actualmente en Méjico con gran facilidad por medio de semillas perfectamente desarrolladas.

El articulista gradúa de galicismos las acepciones que últimamente ha dado la Academia á las palabras *confección y confeccionar* y en su apoyo invoca la autoridad del Diccionario de Galicismos, escrito por D. Rafael María Baralt. Sin negar ni un momento la competencia de este insigne hablista, haré notar que es por extremada manera rígido. Lo mismo siente del filólogo venezolano el Sr. Hartzenbusch, que puso prólogo al Diccionario de Galicismos citado antes. Hablando del autor del libro, dice: " Demasiadamente severo se muestra diversas veces; acaso lo hará porque contando con la poca docilidad que suele haber para

rse á la doctrina de un catecismo li-
tei ciente, pide mucho, para conseguir
i arreglada.''

ismo juzgaría la Academia Espa-
ndo desoyendo en esta vez la críti-
ca ra de B rizó el uso de la voz *confeccionar* en el se de ''Hacer, preparar, componer, acabar, tratándose de obras materiales.''

Quizá también tendría presente que la voz y su significado vienen del latín, antes que del francés.

En los clásicos se hallan frases como ésta: *conficere bellum;* concluir, acabar la guerra. Cicerón, hablando de la formación de un libro, dice en su tratado ''de Senectute:'' ''Mihi jucunda huius libri *confectio* fuit.'' En el libro de Oratore se expresa en estos términos: ''Erat historia nihil aliud, nisi annalium *confectio*;'' allí mismo llama á la recaudación de un tributo *confectio tributi*. Se ve, por tanto, que la palabra y su significado existen en la lengua latina, lo cual purga al significado de la impureza de origen que se le imputa. Cabalmente en este caso el uso puede facultarnos para emplear voces y acepciones que ya existen en fran-

cés; pues siendo claro que nuestra lengua es hija de la latina, nadie puede ponerle pleito porque disfrute de su legítima, como lo hacen sus otras hermanas, sin que por ello haya quien las censure ni las reprenda.

Por otra parte, el Diccionario Universal publicado bajo la dirección de D. Nicolás Serrano, da testimonio de que el uso apadrina las acepciones condenadas por el estimable articulista. Según ese Diccionario, "Confección es la acción y efecto de confeccionar." En latín *confectio* tomado del verbo *conficere, hacer, disponer, terminar*. Este nombre con el cual se expresa la acción de *formar, de acabar, de perfeccionar una cosa*, tiene algunas acepciones especiales en el lenguaje usual. Se dice muchas veces confeccionar un objeto de arte, por fabricarlo." Como es fácil advertir, estas acepciones no difieren de las que la Academia acaba de aceptar. Con lo cual se prueba que sí da oídos á otros filólogos y lexicógrafos; y de ello es muestra clara la larga lista de colaboradores suyos que no tienen ninguna investidura académica.

Con sobrada razón se nota que la Academia no da cabida en su vocabulario á la pa-

la stampación,'' de la cual se sirve en la iciones de ''Fotografía'' y ''Foto- a;'' pero como sólo se cita un caso specie de omisiones, me parece que le con rigor extremado, cuando por ado ó inadvertencia se le dirigen las siguientes palabras: ''Llega á tal extremo ''el descuido de los señores académicos, que '' más de una vez emplean en sus definicio- '' nes palabras que no se encuentran en el Diccionario.'' Y ésta es la ocasión de hacer notar cómo el articulista sólo cita un ejemplo de cada uno de los defectos ó desaciertos que en su concepto afean el Diccionario académico; siendo así que en estos casos han de presentarse listas más ó menos copiosas; pues nada quiere decir uno ú otro yerro aislado, en un libro, que, á no dudar, contiene más de cien mil definiciones. En ningún otro caso tiene aplicación más acomodada lo que dice uno de los mayores críticos y preceptistas:

Verum opere in longo fas est obrepere somnum.

Por lo demás, ni la Academia es un cuerpo infalible, ni son irreformables sus enseñanzas; no hay duda que el Diccionario recientemente publicado, es susceptible de adi-

ciones y enmiendas que quizá ya han comenzado á preparar los académicos españoles; pero bien se compadece este hecho con la mayor perfección relativa que sin duda ha logrado la última edición.







BREVE NOTICIA

ACERCA DEL ORIGEN Y USO

DE

ALGUNOS TRATAMIENTOS.

LA aristocracia ha cifrado en todos tiempos gran parte de sus honores y preminencias en los títulos y tratamietos, como si ellos levantaran de punto el mérito que cada cual piensa tener. El valor que se da todavía en la república francesa á la preposición *de* antepuesta al apellido, debe consideaarse como resultado de hábitos aristocráticos arraigados de muy antiguo en esa

os revolucionarios del siglo pasa[illegible] frían que Dantón se llamase *d'An*[illegible] obespierre *de* Robespierre; más tolerantes fueron los de 48, que si bien proscribieron los títulos nobiliarios, dejaron subsistente la partícula *de:* Luis XIII creyó galardonar con ella el talento de Corneille, y de Luis [illegible]re que autorizó á Mr. Genou, un[illegible]buenos servidores, para que tomara no sólo una *de*, sino aun dos, si así lo hallaba por conveniente. El agraciado hizo uso de esta concesión, y en adelante se llamó Mr. *de* Genou*de*. (1)

Por lo que toca á España, la Real Academia en su gramática (edic. de 1880) dice lo que copio en seguida: "Antepuesta á los " apellidos que son nombres de pueblos ó " localidades, solía denotar origen, domi" nio, etc.; pero no siempre arguye nobleza. " No debe anteponerse á los patronímicos." El que sepa que nuestros patronímicos son restos más ó menos alterados de genitivos latinos, hallará muy fundada la regla prescrita por la docta Corporación. Que los patronímicos castellanos fueron primitiva-

(1) Hallo referidos estos hechos en el *Ensayo* sobre apellidos castellanos publicadó por el Sr. Godoy.

mente genitivos latinos, lo prueba con gran caudal de erudición el Sr. D. José Godoy Alcántara en su "Ensayo histórico filológico etimológico, sobre los apellidos castellanos." De esta obra laureada por la Real Academia, tomo los siguientes pasajes: "Ca-
" da nación formó la desinencia ó termina-
" ción del patronímico, según la índole ge-
" nial de su lengua. En las de origen teu-
" tón se añade la palabra equivalente á hi-
" jo, al fin del nombre del padre: *sohn* en
" alemán; *son* en inglés y sueco; *sen* en di-
" namarqués, todos del radical sánscrito *su-*
" *nus*. Los ingleses reemplazan frecuente-
" mente *son* por una *s* precedida del após-
" trofo indicador del genitivo, como en
" Peter's por Peterson, pero aquella letra
" acaba por unirse al nombre, como en
" Adams, Richards.... Los vascos tienen
" para expresar la filiación la terminación
" *ana* y más comunmente *ena*, como *Loren-*
" *zana* ó *Lorencena*, *Pedrarena*, *Juanena*,
" *Cristobalena*, *Carlocena*; pero los demás
" españoles siguieron, como los franceses
" é italianos el genitivo latino, dándole la
" forma ruda y arbitraria propia del perío-
" do que su romance atravesaba....

icipando, pues, la construcción del ro de ese carácter anárquico, latini- “zados los nombres, hízose Ferrandus, Fe- ‘ ndus ó Fredenandus, Ferrandizi, “ nandizi y Fredenandizi; de Guter ó “ ıer, Guterrizi y Guerriici; de García ó “ (ea, Garsiæ, rcezi, Garciezi, Gar- “seanis, Garciazi; de Munio, Munizi, Mu- “nionis; de Sanctius, Sancio ó Sango, San- “cii, Sancionis; .... de Belascus, Belasqui, “Belasquizi Belasconi, Belascozi; de Ga- “lindus ó Galindo, Galindizi, Galindonis.”

Un estudio más detenido de esta clase de nombres enseñará cómo la *i* final, que es desinencia de genitivo, se convierte frecuentemente en algunas de las vocales *a*, *e* y *o*; cómo en muchos casos se perdió la vocal última y el patronímico terminó en alguna de las consonantes *s*, *t* ó *z*; cómo, esta última prevaleció sobre las dos anteriores, y cómo, en fin, la terminación *iz* fué sustituida en casi todos los apellidos por la final *ez*.

Resulta de aquí que es pleonasmo reprensible llamar á alguien *Juan de Ramírez* ó *Antonio de Fernández*, porque sin necesidad expresamos el genitivo de dos ma-

neras; por el prefijo *de* y por los sufijos *az*, *iz*, *oz*, *es*, *is*, y el más usual *ez*. (1)

Pero si es evidente que debe suprimirse la preposición *de* ántes de los patronímicos, no puede afirmarse del tratamiento *Don* que deba omitirse después de *Señor*. A decir verdad, no sé qué razones pudieran abonar tal innovación. Se dice que el *Sr. D.* es pleonasmo *vitando*, porque viniendo *don* del *dominus* latino que significa *señor*, *señor don* vale tanto como *señor señor*. Pero fuera de que no todo pleonasmo arguye vicio en la frase, pues los hay que le dan vigor y gallardía, fácilmente nos convenceremos de que no hay redundancia en el tratamiento *señor don*, tomando en cuenta la etimología latina de las dos voces que lo forman, é investigando cómo se ha usado en tiempos pasados y cómo se usa en la actualidad. No cabe duda que *don* viene de *dominus*, que en la baja latinidad aparece ya en la forma sincopada *dòmno* y *domna*, sin que falte documento en el cual se emplea el *don*, tal como hoy le tenemos; en efecto, en escritura

(1) Según la Real Academia, "las terminaciones "*es*, *is*, son celtohispánicas; las otras *az*, *ez*, *iz*, "eúskaras ó ibéricas, y todas ellas indicativas de "procedencia."

que lleva fecha del año 1203, se lee lo siguiente: "Sic dono vel offero illud solare.... cum omnia hereditate et pertinencia quam illud solare habebat in die quando patris mei *don* Rodrigo illud dedit mihi, sic do ego *domna* Sancia." En documento del año 1163, escrito en romance, hállase también el *don*, y *dominus* con declinación latina se lee en la narración de un litigio seguido al mediar el siglo XII: de ella copia un erudito escritor la frase siguiente:

"De *domno* Petro Froyle natus est comes *domnus* Fernandus."

Llama la atención que en el siglo inmediato se haya dado el tratamiento *don* á una mujer: Gonzalo de Berceo, que nació á fines del siglo XII y que floreció en el inmediato, dice en la vida de Santa Oria:

"Don Oria la reclusa del Dios mucho amada."

El francés antiguo, siguiendo uso opuesto, empleó el femenino *Dame* como masculino en la interjección *Dame Diex* que es Seigñeur-Dieu, y el portugués aplicó el masculino *senhor* á nombres de mujeres. Según Diez, citado por Max Müller, se dijo en lengua portuguesa: *senhor rhaina, mia*



senhor formosa. Mas desentendiéndonos por ahora de estas irregularidades, veamos en qué acepciones se usó la palabra *dominus* en la edad de oro de la lengua latina. No es necesario ser muy erudito, ni gran humanista para saber que *dominus* significa *dueño*, si se trata de las cosas, y *amo* si se habla de *personas*. Nuestro sustantivo dueño se deriva del *domino* latino, pues sabido es que la *o* latina se trasformó en el diptongo *ue* al pasar al castellano, y la *mn* se convirtió en *ñ*, y así de *somno* resultó *sueño*. Horacio usó repetidas veces la palabra *dominus* en la significación de dueño, árbitro soberano. En su oda I á Mecenas, llama á los dioses *terrarum dominos*, es decir, *árbitros* del mundo, según la versión de D. Javier de Burgos, ó bien *soberanos* según el docto agustino Luis de León. En la oda á Póstumo, le dice:

"......neque harum, quas colis, arborum
Te præter invisas cupressos.
Ulla brevem *dominum* sequetur."

que Burgos traduce:

Y de árbol tanto, que ora,
Dueño fugaz, cultivas,
Sólo el ciprés odioso
Debe seguirte hasta la tumba fría.

En cuanto á nuestro sustantivo *señor*, no es más que el adjetivo latino *senior* comparativo de *senex*, anciano. Las formas primitivas de la palabra *señor* abonan esta etimología. En el poema del Cid, que según conjeturas de D. Tomás Antonio Sánchez, fué compuesto al mediar el siglo XII, leemos el siguiente verso:

Ya *sennor* glorioso padre que en cielo estás.

Sabido es que la doble *n* se convirtió en *ñ*; así es que *sennor*, forma muy cercana á *sennior*, pasó en castellano á ser *señor*. En escritos del siglo XIII se halla á cada paso la palabra *senyor*, que casi no se distingue de la voz latina, la cual, además de significar *más anciano*, también se usa por los autores en la acepción de senador. Uno de los mayores preceptistas de la antigüedad, nos dice en su carta á los Pisones, que en mezclar lo útil con lo agradable está todo el toque de los buenos escritos.

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci,

y dice esto, porque al paso que los *senadores* reprenden las producciones faltas de utilidad, los nobles caballeros romanos tienen en poca estima todos los poemas austeros.

Centuriæ *seniorum* agitant expertia frugis
Celsi prætereunt austera poemata Ramnes.

En el mismo sentido usó Tito Livio la palabra *senior* en el libro 2º, cap. XXX, y en el libro 3º, cap. XLI de su historia. También se halla con frecuencia en la Sagrada Escritura, y unas veces la traduce el P. Scio por ancianos y otras por magistrados. En nuestra misma lengua *senior* significó antiguamente *senador*. Como se vé, si á la etimología acudimos, tendremos la certeza de que los tratamientos *don* y *señor* proceden de palabras que distan mucho de ser sinónimas. El que se llamaba *dominus* entre los romanos, era respetado por el dominio que ejercía; el *senior* lo era por la edad ó bien por la utoridad del puesto que ocupaba.

El uso antiguo y el que actualmente hacemos de los tratamientos mencionados, harán ver con toda claridad que no hay en ellos ni asomos de sinonimia, y por lo mismo que tampoco puede haber pleonasmo en usarlos juntamente.

Parece que en los primeros siglos de la monarquía goda, entre las personas laicas nada más á los reyes se llamaba *dominus* ó

domnus, y aun á éstos se designa algunas veces por sólo su nombre, como puede verse en el Fuero Juzgo, título I de Electione Principum, sin que por esto se niegue que por lo general fuesen tratados con el mayor acatamiento. En un mismo párrafo, al hablar del príncipe reinante, se le designa solamente con su nombre Rescevinto, y pocas líneas después, refiriéndose al mismo, se dice: *voluntas gloriosi domini nostri Rescevinthi regis dignissimi adhæsit.* Cotejando el original latino con la versión hecha en romance, se advertirá que el traductor siempre antepone el tratamiento *Don* al nombre de los reyes.

Según D. Angel de los Rios y Rios, "este tratamiento rara vez aplicado en la época goda por un rey á su padre ó antecesor, se empezó á extender fuera de las personas reales por atención á las mujeres de la misma sangre, primero; después á las más distinguidas, siguiendo la antigua galantería de los montañeses del Norte de la península, que, dice Strabon, daban el primer lugar á las mujeres y á los viejos."[1]

(1) Ensayo histórico sobre los apellidos castellanos, premiado por la Real Academia.

El mismo autor nos dice que el primer Conde á quien se le dió el tratamiento de *Don*, fué Nuño Fernández, *Domno Nunnu*, que así consta en escritura del año de 922. El eruditísimo Sr. Godoy hace referencia á documentos del año de 804, en los cuales varios condes autorizan dos donaciones, y firman sencillamente *comes Fernandus*, *comes Fruela*, *comes Numno*, *Nunnez*, etc.; y aun mediando el siglo siguiente, se desigua sin tratamiento alguno, no sólo á los condes, sino aun á los próceres del reino, como consta en el tumbo de Celanova citado por el mismo Sr. Godoy. Sin embargo, en el siglo XII ya el estado llano se había apoderado del *Don*, pues había quienes se llamasen *Don Barnabás el abat; Don Assencio el coxo; Don Josh sacerdos de Sagra; Don Bartolomé el judez*, etc. Es además de notarse qne en los siglos XII y XIII fué el *Don* usado por judíos. Esto no quiere decir que se hubiera deslustrado y que se le mirase como cosa de poco más ó menos; más bien debemos pensar que se haría tan general su uso, por la tendencia que se advierte siempre en las clases inferiores á ocupar el lugar de las superiores. Ni es ra-

zór... reer que el *Don* hubiese venido á me... e también le llevasen los hebreos resid... en tierra de España, pues sabido es ... siempre fueron en ella desestimado... eguidos, sino antes bien se vieron ... brados á los puestos mas altos, y de ello da testimonio, entre otros muchos, el céblebre Joseph Aben-Asdai. Por otra parte, que dicho tratamiento fuera en aquella época muestra de profundo respeto, lo prueba el hecho de que se aplicaba al mismo Jesucristo y á la Virgen María. Gonzalo de Berceo, que floreció á principios del siglo XIII, dice en una de sus rimas.

> En el nomne del Padre que fizo toda cosa,
> Et de Don Jesucristo fijo de la Gloriosa;

y en el duelo de la Virgen María leo el siguiente verso:

> Yo so *donna* María de Joseph la esposa.

El arcipreste de Hita, que vivió en el siglo XIV, nos proporciona algún ejemplo del tratamiento *señor don* en los siguientes versos:

> *Señora Doña* Venus, mujer de *Don* Amor,
> Noble dueña omillome yo vuestro servidor.

Registrando el centón epistolario del Br.

Fernan Gómez de Cibdareal (1) que escribió á principios del siglo XV, se advierte que da el tratamiento de *señor* á personas del estado llano, que desempeñaban empleos de elevada jerarquía; èl de *don* á los nobles; el de *señor don* al rey y á obispos y arzobispos, y ninguno de los dos, á los demás.

Ya se deja entender que siendo tan vario el uso de los tratamientos, caben excepciones que no será difícil encontrar.

Gonzalo de Ayora, que escribió á principios del siguiente siglo, llama simplemente *señor* á Miguel Pérez de Almazán, secretario de los Reyes Católicos.

Antonio Pérez, tal vez más célebre por sus desventuras que por su talento, en una de sus cartas trata de *Sr. D.* á su hijo Gonzalo, y lo hace en ocasión que se muestra quejoso de que no le hubiera escrito ni una línea, por lo cual le dice: "Ya quiero hablar con vos como con extraño, pues vos me tratáis como á tal:" las primeras pala-

---

[1] Aun concediendo que este epistolario sea apócrifo, según quieren algunos críticos, es indudable que su autor empleó en las cartas los tratamieutos que estaban en uso en la época á que se refiere.

bras dan á entender que ya entonces se llamaba *señor don* á la persona á quien se trataba con ceremonia. A las que no eran muy caracterizadas les daba el antiguo secretario de Felipe II el tratamiento de *señor*, y hoy causa extrañeza que á uno de sus mayores amigos le llame unas veces Manuel D. Lope, y otras Sr. Manuel D. Lope.

Don Nicolás Antonio, que pertenece al siglo XVII, emplea el *Sr. D.* cuando habla de personas constituídas en dignidad, ó bien cuando se dirige á ellas; así es que en los siglos XVI y XVII el *señor don* denotaba mayor consideración y estima que cualquiera de los dos tratamientos tomados aisladamente.

De algunos pasajes del Quijote puede inferirse que en aquella época se usaba solamente de *señor* ó *señora* para hablar á gente plebeya y baladí; y así, no bien oyó Sancho que el Br. Sansón referia como se ponderaba en cierta historia la honestidad en los amores de la Sra. D.ª Dulcinea del Toboso, le imterrumpió diciendo: "Nunca he " oído llamar con *don* á mi señora Dulci- " nea del Toboso." A este propósito observa Clemencín en una de sus notas, que á

Sancho le causó extrañeza oír tratar de *doña* á Dulcinea, diciendo que sólo había oido tratarla de señora, porque en efecto "esto " último era lo que sucedía en las aldeas " con las mujeres que empezaban á desco- " llar entre las plebeyas." En otro lugar de la misma obra se ve que no contentó á una de las dueñas de la duquesa que Sancho la llamase "señora González ó como sea la " gracia de vuesa merced," porque le contesta con mal disimulado enojo y manifiesto entono: "D.ª Rodríguez de Grijalva me llamo."

A medida que avanza el tiempo cunde cada vez más el uso del *Sr. D.*, como se echa de ver en las cartas de D. Antonio Solís á D. Alonso Carnero, y en las del P. Isla, que vivió en el siglo pasado. Infiérese de todo lo dicho, que este tratamiento tiene á su favor el uso no interrumpido de los escritores que más lustre han dado á las letras españolas durante la dilatada serie de varios siglos; pudiendo asegurarse que casi nació con nuestra lengua, y que ha echado raíces muy hondas en el trato social de españoles é hispano-americanos, así es que

si fuera pleonasmo estaría ya canonizado por el uso

Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi.

Pero bien se ve que no hay tal pleonasmo, porque no tienen el mismo significado *Señor* y *Don;* ni *Señor Don* vale lo mismo que *Señor* y *Don* tomados separadamente. Cada uno de estos tratamientos expresa distintos grados de consideración y estima, y señala diversas clases sociales. Hasta hace muy poco tiempo hemos llamado, y áun hoy todavía seguimos llamando, *Señor Pedro* y *Señora Juana* á personas de condición humilde, pero que no por esto dejan de ser acreedoras á ciertas consideraciones; D. Pedro N. y D.ª Juana N. decimos, si se habla de personas que merecen ser tratadas con atención y cortesía; pero si se les debe mayor respeto, entonces dirémos el Sr. D. Pedro N ó la Sra. D.ª Juana N.

Mas concedamos que es pleonástico el *Señor Don*; no por ello sería locución reprensible, pues sabido es que sólo es veda el pleonasmo cuando no añade alguna modificación á la idea expresada antes, ó bien cuando la frase no cobra mayor vigor y energía.

Sería intolerable insulsez decir: *duermo sueño ó vivo vida*, porque *sueño* y *vida* tienen respectivamente la misma significación fundamental que los verbos *dormir* y *vivir*, y sin embargo, son de recibo las expresiones *vivir vida tranquila* y *dormir sueño profundo*. Al tenor de estas construcciones hallamos en nuestros clásicos otras muchas, como *pelear las guerras del Señor*; *navegar larga y feliz navegación*; *morir mala muerte* y *vivir vida llena de miserias y tribulaciones*; pero en todas ellas el complemento de la oración deja de ser redundancia viciosa, por ir acompañado de epítetos que expresan alguna idea no contenida en el verbo.

Hay otros pleonasmos que consisten en la repetición de un mismo pronombre personal, y cuyo principal objeto es aseverar algún hecho con mayor energía; como se advierte en las siguientes afirmaciones: *se dió á sí mismo la muerte; á mí me dió la noticia*. Esta manera de pleonasmo, que se comete repitiendo una misma palabra, se halla en los tratamientos empleados en algunas lenguas. No es desusado llamar en latín *Dominus Dominus*, y en francés *Monsieur Monsieur*, á personas de mucha consi-

deración, donde se ve que el pleonasmo es uno de los recursos del lenguaje para extremar la cortesía y significar con el mayor encarecimiento estimación, respeto y aun veneración.

Objétase también que el *Don* durante varios siglos ha denotado nobleza en quien lo lleva, cosa que entre nosotros no puede significar, ni hay para que indicarla, olvidados como están los títulos nobiliarios y cuanto dice relación con ellos. Fué en efecto en España preeminencia de personas calificadas anteponer el *Don* al nombre bautismal, y también al apellido. El inmortal autor de "La Verdad Sospechosa" se llamaba á sí mismo Don Juan Ruiz de Alarcón, y á los malsines, que le notaban de linajudo, por haber arrimado el *Don* á su nombre, contesta de esta suerte en una de sus famosas comedias:

Mas, escúchame Lucía;
Que he de darte una lición
Para que puedas saber,
Si á murmurar te dispones
De los pegadizos dones,
La regla que has de tener.
Si fuera en mí tan reciente
La nobleza como el *Don*,

Diera á tu murmuración
Causa y razón suficiente;
Pero si sangre heredé
Con que presuma y blasone,
¿Quién quitará que me endone
Cuando la gana me dé?
¿Qué es *don*, y qué significa?
—Es accidente del nombre,
Que la nobleza del hombre
Que le tiene nos publica.
Pues, pregunto agora yo:
Un hábito es cosa fea
Ponérselo, cuando sea
Viejo un caballero? No.
Luego, si es noble, es bien hecho
Ponerse *don* siempre un hombre,
Pues es el *don* en el nombre
Lo que el hábito en el peche. [1]

Colígese de aquí claramente que mucho tenían que ver entonces con el uso del *Don* abolengos y casas solariegas; pero andando los tiempos, las cosas han variado; y el estado llano de tal suerte se ha hecho dueño de este tratamiento, que hoy le lleva cualquiera, por humilde que sea su cuna, con tal de que tenga algún título para ser estimado y considerado. No veo, pues, que

[1] "La Prueba de las Promesas," Acto II, edic. de Rivadeneyra, pág. 441.

[illegible] razón para suprimirlo ni cuando va so[illegible] ni cuando está precedido de Señor. Ci[illegible] es que en este último caso está muy e[illegible] ga omitirlo; débese sin duda á que t[illegible] novación ha contado con el poderoso v[illegible] ento de la moda y de las publicaciones peri[illegible] nbargo, no es creíble que este uso dure largo tiempo: la moda es veleidosa y tendrá que pasar: los periodistas son ilustrados, y por lo mismo es de esperarse que, obrando con mejor acuerdo, levantarán al *Señor Don* la proscripción no merecida á que ha sido condenado.



DISCURSO

Pronunciado por su autor en el Colegio Católico de Artes.





ILLMO. SR. ARZOBISPO:
ILLMOS. SRES. OBISPOS:
ILLMO. Y VENERABLE CABILDO:

DIRIGIR la palabra á un auditorio por tantos títulos respetable y en ocasión tan solemne, es empeño muy desigual á mis fuerzas, que flacas de suyo, en estos momentos están casi agotadas por el temor que infunde la claridad deslumbradora de la ciencia unida en vosotros, ilustrísimos señores, á la augusta majestad del sacerdocio. Y crece mi temor, cuando considero qué débil es mi voz para que pueda ser eco fiel de los sentimientos de amor y adhesión de la Iglesia Mejicana á su insigne y venerable Prelado. Mi frase inco-

vigor ni colorido, es señores, la uada para significar vuestro gozo to suceso que hoy celebramos. Y ya qu palabra no puede expresar la vehemenc le vuestros afectos, que al menos me sea dado encarecer la importancia de este acontecimiento.

Diez lustros han transcurrido desde que el ilustrísimo señor doctor Don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, inmoló por primera vez la Augusta Víctima de la Cruz. En ese día memorable, la Iglesia de Michoacán y las personas más caras al corazón del joven sacerdote, aquellas que entonces formaban su hogar, estuvieron poseídas de la más pura alegría porque en él se vinculaban las más risueñas esperanzas; hoy la Iglesia de Méjico y cuantos aman y veneran á nuestro ilustre metropolitano sienten, si cabe, mayor júbilo, porque aquellas esperanzas son ya una realidad.

Pero tal vez se dirá: ¿Qué importa al mundo que haya un sacerdote más en la Iglesia Católica? ¿Qué importa al mundo que por dilatado tiempo haya ejercido su ministerio? Quien tal diga, señores, ignora sin duda, qué benéfica ha sido en todos tiempos

la influencia del Sacerdocio Católico en la humanidad y lo que es él en sí mismo.

Los que consideramos esta institución alumbrados por luz sobrenatural, vemos en el Sacerdote Católico un hombre que es la excepción de todos los demás. Como Melquisedec, carece de genealogía, no tiene padre ni madre, pero es hermano de todos, porque si rompe los vínculos de la sangre, recibe en cambio como familia la grey que le ha sido encomendada. Colocado entre Dios y los hombres, entre el cielo y la tierra, es arco iris de paz y mensajero de ella entre sus hermanos, pues al mismo tiempo tiene virtud para apagar los rayos que enciende la indignación divina, y conoce el camino del corazón humano para llegar hasta él y extirpar todo sentimiento de odio y de venganza. Pero aun es mayor la alteza de su ministerio: es el dispensador de dones celestiales que purifican la naturaleza, y después de purificada, la hermosean y magnifican con todo linaje de virtudes: es el depositario de las enseñanzas divinas, y por esto desde hace diez y nueve siglos se le ve con el báculo del peregrino en la mano, ora por senderos escabrosos ora por floridos

valles, poniendo en el oído y en el corazón de los hombres las palabras escuchadas por él en sus conversaciones con el cielo.

Y desde hace diez y nueve siglos va de aldea en aldea y de ciudad en ciudad y de nación en nación, enseñando á los hombres á ser verdaderamente virtuosos y felices. El arquetipo del sacerdote católico no es Aarón, no es tampoco Melquisedec; Aarón y Melquisedec son sus figuras: el verdadero tipo del sacerdote católico es Jesucristo, el único sacerdote eterno; Jesucristo que " es el Pontífice santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y ensalzado sobre los cielos." Pues bien, señores, Jesucristo, que es el sacerdote invisible, se sobrevive de un modo visible en sus enviados y ministros; y para que ellos puedan desempeñar sus elevadas funciones, los dispone convenientemente, y aun pudiéramos decir que con sus enseñanzas y ejemplos los educa para el ejercicio de su alto ministerio.

Antes de separarse de sus discípulos pone delante de sus ojos las luchas que habrán de sostener por su nombre; pero les anuncia al mismo tiempo que suya será la victoria, porque el Evangelio será conocido y prac-

ticado en toda la haz de la tierra; y si al cabo sus perseguidores los privan de una vida caduca y trabajosa, única que pueden quitarles, con el término de ella llegará también el de sus tribulaciones, recibiendo el galardón debido á sus trabajos apostólicos.

Si después de haber oído tan altas enseñanzas, consultamos las páginas de la historia, ella nos enseña que en todas épocas y en todos lugares el Sacerdocio Católico ha heredado las virtudes y las luchas de los primeros apóstoles, y ha participado asimismo de sus triunfos. Sin embargo, no se crea que sus victorias han consistido en su engrandecimiento personal: la extirpación del error, el establecimiento de la verdad, el vencimiento de propias y ajenas pasiones, el remedio ó el consuelo de los dolores y miserias que aquejan á la humanidad, han sido sus triunfos más gloriosos, porque por ellos ha quedado establecido el reino de Jesucristo que es "quien vence, quien reina y quien impera."

A primera vista pudiera creerse que ocupado el sacerdote católico en la contemplación de las cosas celestes, no descendería de

tan [illegible] las esferas para descubrir en region[illegible] feriores verdades del orden natur[illegible] embargo, no podía poner en olvid[illegible] Señor es el Dios de las ciencias, la[illegible] han de brotar á raudales de los lab[illegible] sac[illegible]n de que los pueblos aplaquen la sed de poseer la verdad en las claras y puras linfas de la ciencia.

Entre los institutos religiosos que más gloria han dado al Catolicismo por el saber maravilloso de sus hijos, hay uno cuya ciencia pone pasmo aun en sus más acerbos enemigos. Literatura, Artes Liberales, Crítica, Historia, Filosofía, y para que nada quede fuera del círculo inmenso de sus conocimientos, ciencias, exactas, en toda su dilatada extensión, Historia Natural, en todos sus ramos, Física, Química, todo, hasta el arte mismo de la guerra, ha sido objeto de los profundos estudios de estos religiosos sapientísimos.

Así es cómo han puesto de resalto la admirable concordia que existe entre la Ciencia y la Fé, y han demostrado cómo la antorcha de la revelación divina no debilita, ni oscurece la luz de la razón; antes la ácendra y vivifica.

En nuestra patria el sacerdocio no bastardeó de su origen divino. Abonan desde luego esta verdad los frailes ejemplares de diversas religiones que en el siglo XVI fueron escudo, luz y amparo para el pueblo vencido, y al mismo tiempo amenaza, á veces castigo y siempre baluarte contra el terrible conquistador.

No limitaban sus tareas apostólicas á la defensa y conversión de los indios, sus hijos muy amados, sino que les enseñaban letras y ciencias, hasta lograr á veces en ellos doctos y entendidos profesores; al mismo tiempo con paternal solicitud los instruían en artes liberales y mecánicas y en industrias utilísimas.

A la par que á estos héroes del Cristianismo, vemos también á obispos beneméritos que en el largo discurso de más de tres siglos han derramado en sus respectivas diócesis copiosos beneficios. Habiendo sido uno mismo el espíritu, y unos mismos los móviles y los resultados de su conducta evangélica, igual alabanza corresponde á todos, y para que ésta sea cumplida, permitidme que tome á un elocuente escritor contemporáneo el elogio que hace del pri-

mer [illegible] spo y Arzobispo de Méjico, al ofrecernos en frase sobria y rápida la síntesis de una [illegible]ida santa consagrada al bien espiritual [illegible] temporal de su pueblo. Así se produce el autor citado: "Misiones, escuelas, colegios, imp[illegible]s para los ignorantes; asilos y hos[illegible]s para los enfermos y pobres, trabajo y nueva industria al pueblo: al Estado aumento en sus rentas; lustre á la Iglesia y al culto, luz á los idólatras, paz, concordia, justicia y caridad para todos, nada descuidaba á todo atendía aquel fraile que había pasado la mayor parte de su vida en el encierro de un claustro." En efecto, tales fueron, señores, los principales hechos de aquel apóstol, y si por haber cambiado los tiempos y las circunstancias, sus sucesores no han tenido ya ocasión de dispensar algunos de los beneficios que él hizo, sí han resplandecido en ellos las mismas virtudes; igual caridad; el mismo desasimiento de los bienes terrenos; el mismo celo por el bien de la Iglesia; la misma solicitud paternal por su rebaño. Si de todo esto se nos pidieran pruebas, pudiéramos contestar con aquella inscripción tan lacónica como elocuente: "Si monumenta quæ-

ris, circunspice." Aquí tenéis, señores, el modelo acabado del sacerdote católico: del varón justo que jamás se ha apartado de los caminos de Dios. Como siempre ha practicado la caridad, "es como ella paciente, es "benigno, no es soberbio, no es ambicioso, no busca sus provechos, no piensa mal, todo lo sobrelleva, todo lo espera, todo lo soporta." Tal es, señores, el retrato de un gran número de Arzobispos que por singular favor del cielo han gobernado nuestra Diócesis. El último de esta dilatada serie es el Ilustrísimo Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. Como el Sr. Zumárraga y como el Sr. Garza, ha sido abastado por la Providencia de ciencia y de virtudes.

Leed, señores, sus diversas pastorales y admiraréis el saber del Prelado que mereció desempeñar en el Concilio Vaticano una comisión honrosísima. Escuchad sus homilías y celebraréis en ellas la elevación de los pensamientos, la grandilocuencia del estilo, la novedad de la forma, y sobre todo, la unción de su palabra que allende los mares ha sonado con aplauso.

Mas la elocuencia de sus discursos no es-

triba sólo en sus dotes oratorias; principalmente cobra fuerza de una vida ejemplar é inmaculada. Como bien sabéis, ha llenado los días de su largo pontificado, ya procurando instrucción á la niñez y á la juventud, ya restaurando hasta donde es posible el antiguo esplendor del culto; ora visitando repetidas veces su dilatada Diócesis, para acudir á sus necesidades; ora predicando con la palabra y con el ejemplo el amor, la paz y la mansedumbre, para acercar así el día suspirado de la reconciliación entre los hermanos de la gran familia mejicana.

Su vida sacerdotal ha correspondido á la santidad de su ministerio y justifica el regocijo con que hoy celebramos el fausto acontecimiento de su jubileo. Porque no es éste un suceso que nada significa ó que sólo tenga importancia individualmente considerado. La vida del sacerdote se identifica con la existencia del sacerdocio, y bien sabemos lo que éste es para la vida sobrenatural de las almas y cuánto influye en el modo de ser de las naciones.

El sacerdocio católico vale lo que vale el Catolicismo; es decir, lo que vale la civilización más adelantada de los pueblos, por-

que el Catolicismo, en orden al conocimiento de la verdad, es la Ciencia; en orden á la vida práctica es la Justicia; es la Caridad en todas sus formas y en todos sus grados hasta el más heróico: en las regiones serenas del arte no hay una que no le deba sus obras más acabadas y que no le haya pedido sus grandes ideales. Y el sacerdote católico es el que ha conservado en unas épocas, y aumentado en otras, el caudal de los conocimientos humanos; él es también el que ha sacrificado libertad, comodidades, salud y aun la vida misma para procurar á sus hermanos esos mismos bienes que generoso y heróico ofrecía á Dios y al hombre en aras de la Caridad.

Pero hay más, señores; cuando el sacerdote católico ha sido elevado á la alta jerarquía episcopal, y con este carácter gobierna á los pueblos, la felicidad espiritual de éstos y á veces aun la temporal, llega á identificarse con la vida de su pastor.

Por lo que mira á la Iglesia de Méjico, confiada en buena hora, Illmo. Señor, á vuestra solicitud paternal, da gracias al Cielo que le ha concedido la rigiese en días tan turbados para la religión, un obispo

virtuoso, sabio y prudente; y da á V. S. I. cordial enhorabuena, porque después de cincuenta años de sacerdocio, ayer ha celebrado el místico holocausto para hacer descender sobre su pueblo las bendiciones del Altísimo.

Que exento de aflicciones, con salud entera, querido y venerado de sus ovejas, apaciente todavía V. S. I. por dilatados años la grey que le ha sido encomendada. Tales son, Ilustrísimo y Reverendísimo señor, los votos de la Iglesia Mejicana que con tan raro acierto gobernáis.—Dije.



CÉSAR Y BRAVO.

Artículo escrito para el album literario
dedicado

AL GENERAL D. NICOLAS BRAVO.



Bis vincit qui se vincit in victoria.
PUBLIUS SYRUS.

De vencedor logró dos veces gloria
Quien triunfó de sí mismo en la victoria.

NO faltará quien censure, ó por lo menos extrañe que haya yo puesto por título á las presentes líneas los nombres de César y Bravo, juzgando que me he extremado en la alabanza del segundo con sólo indicar que guarda algún linaje de paralelismo con el primero. Y mayor será la extrañeza si se pára la consideración en las proezas portentosas del general romano, que llevó sus águilas triunfadoras desde un extremo de la Bretaña hasta la Etiopía; ó bien si se mira á su claro entendimiento y á

los talentos peregrinos de orador, historiador y político de que dió siempre clara y larga muestra.

Sin embargo, hay otras dotes comunes á los dos héroes, y en ellas excede con mucho el patricio mejicano al Dictador de Roma. En ambos arde el fuego santo del amor patrio; pero al fin César busca en la grandeza de Roma su propio engrandecimiento, y al pasar el Rubicón inmola la paz pública en aras de su ambición personal. Para él la guerra civil ó extranjera es el camino de los honores, de la gloria y del poder; y si triunfa en las Galias, después en los campos de Farsalia, más tarde en Africa, y por último en España, tiene por mira ser aclamado señor y dueño único del mundo.

Mas el caudillo mejicano, al empuñar la espada, templa su alma en llama de puro y acendrado patriotismo; si algo codicia para sí, es sólo darse patria; y para lograr un bien tan alto, sacrifica toda ventaja y todo provecho personal. En medio de los peligros y fatigas de la guerra, no tiene en prespectiva ni la dictadura ni el consulado; á su vista se levanta más bien el cadalso, como altar donde se ofrezca en holocausto por la liber-

tad é independencia de Méjico; pues tal es el término á que se llega en guerras de exterminio, como fué la de nuestra emancipación. Durante ella, inflamadas pasiones señoreaban los ánimos y anublaban aun los más claros entendimientos, y por esto maravilla que entre tantos combatientes haya uno al menos clemente y misericordioso, cuya generosidad sin ejemplo puso asombro en sus contemporáneos, y lo pondrá asimismo en las generaciones venideras. El General D. Nicolás Bravo es el único que sabe perdonar al enemigo de la patria, que por una terrible desventura lo es también personalmente suyo.

Nadie ignora que Morelos ofreció la libertad de ochocientos prisioneros por alcanzar la del General D. Leonardo Bravo, padre de D. Nicolás; pero desoyendo el Virrey esta propuesta, condenó al jefe insurgente á muerte de garrote, y la sentencia fué ejecutada en la capital de la entonces Nueva España. Al punto comunicó Morelos á D. Nicolás Bravo tan lamentable suceso, ordenándole fusilase á los trescientos realistas que habían caído prisioneros en la función de armas de San Agustín del Palmar.

No se necesitaba tener un conocimiento muy profundo del corazón humano para predecir la suerte que el Gobierno colonial deparaba con su conducta á los españoles vencidos por Bravo; el Virrey mismo había privado á los suyos de toda esperanza de salvación, y el hijo atribulado, para vengar la muerte de su heróico padre, sólo tenía que cumplir una orden terminante del General en jefe, la cual no podía desobedecer sin contraer grave responsabilidad. ¡Cuál no sería, pues, la sorpresa cuánto el júbilo, y qué íntima la gratitud de los trescientos prisioneros, que á punto ya de ser sacrificados, en vez de oir la orden de fuego, escucharon de los labios del General Bravo palabras de perdón que harán perdurable la memoria de quien las pronunció! Hecho tan extraordinario es superior á todo encomio; y apenas estimaría yo alabanza proporcionada á tamaño heroísmo, la que estuviese calcada en el magnífico elogio que Cicerón hizo de César cuando éste perdonó á Marco Marcelo. El arrebatado entusiasmo con que el orador romano celebró por extremada y elocuente manera la generosidad del vencedor de Pompeyo,

á no dudar, habría hallado objeto más digno en la conducta admirable del General Bravo. A él también se le puede decir: "Suelen algunos apocar las glorias militares, arrebatarlas á los caudillos, y hacer partícipes de ellas á quienes éstos tienen por conmilitones. Y en efecto, el valor de los soldados, las armadas poderosas, las ventajas de las posiciones, las provisiones abundantes mucho ayudan; la misma fortuna muchas veces se adjudica como por derecho propio la mayor parte de la gloria. Sin embargo, la que has alcanzado hace poco, por grande que sea, y lo es mucho, toda te pertenece. De tan alto merecimiento nada reclaman para sí el general ó el centurión, nada la infantería, nada tampoco la caballería. No se presenta á compartir contigo esta gloria, ni aun la misma fortuna, árbitra soberana de los acontecimientos humanos; antes bien, declara que toda es enteramente tuya, pues jamás ha pactado alianza la temeridad con la sabiduría, ni la prudencia ha tomado consejo del acaso. Has subyugado naciones crueles hasta la barbarie é incontables por su muchedumbre, que desparramadas por infinitas

regiones, estaban provistas de todo linaje de recursos; pero al fin venciste lo que por su naturaleza y condición podía ser vencido....mas triunfar de tí mismo, sosegar la ira, moderar la victoría, levantar al enemigo caído....son acciones tales, que quien las ejecute, según yo creo, no es igual á los héroes, sino muy semejante al mismo Dios. Cierto es que tus hazañas serán celebradas no sólo en nuestro idioma, sino en las lenguas de casi todas las naciones, sin que haya siglo que pase en silencio tus alabanzas. Sin embargo, no sé por qué cuando se leen estos hechos, creemos que aun somos asordados por la vocería de los combatientes y por el estrépito de las trompetas. Mas cuando leemos ó escuchamos que se ha obrado con clemencia y mansedumbre, con moderación y sabiduría, mayormente en medio de la ira que es enemigo del consejo, y en la victoria que es de suya soberbia y arrogante, ¿con qué encendido afecto amamos aun á aquellos á quienes jamás hemos conocido?"

El grandilocuente panegírico que acabo de traducir, y que puede aplicarse al inmortal Bravo, en cuanto no se refiera á la glo-

ria militar, oscurece cualquier elogio que yo presumiera hacer del rasgo de clemencia que ha legado á la admiración de la posteridad. Solo haré notar que nuestro héroe tiene más merecida tan cumplida alabanza, que aquel mismo á quien fué dirigida. César perdona á los enemigos políticos que le habían sido contrarios como hombre público; pero que hasta entonces no habían ofendido al hombre privado ni en su persona ni en su familia. Es verdad también que la clemencia del Dictador alcanzó asimismo á muchos millares de prisioneros hechos en la batalla de Farsalia, y que todavía en lo más recio del combate mandaba á los suyos no matasen á los romanos; ¿pero se habría conducido con la misma lenidad si se hubiera hallado en circunstancias idénticas á las del General mejicano? ¿No es creible que en tal caso habría vuelto Roma á los días luctuosos de Sila y Mario? Si César perdonando á sus enemigos se venció á sí mismo, más glorioso fué el vencimiento de Bravo, que desoyó la voz imperiosa de la naturaleza por seguir las inspiraciones nobilísimas de su magnánimo corazón.

Creo, por tanto, que no voy descaminado,

[illegible]go punto á estas líneas, aplicando á va[illegible] tan preclaro lo que Publio Siro dijo en [illegible] siguiente verso:

I[illegible]undiam qui vincit hostem superat maximum.

Al mayor enemigo habrá vencido
Quie[illegible] furor ha reprimido.

Méjico, Agosto [illegible] 1886.



ÍNDICE.



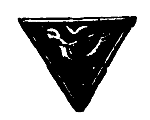
ERRATAS NOTABLES.

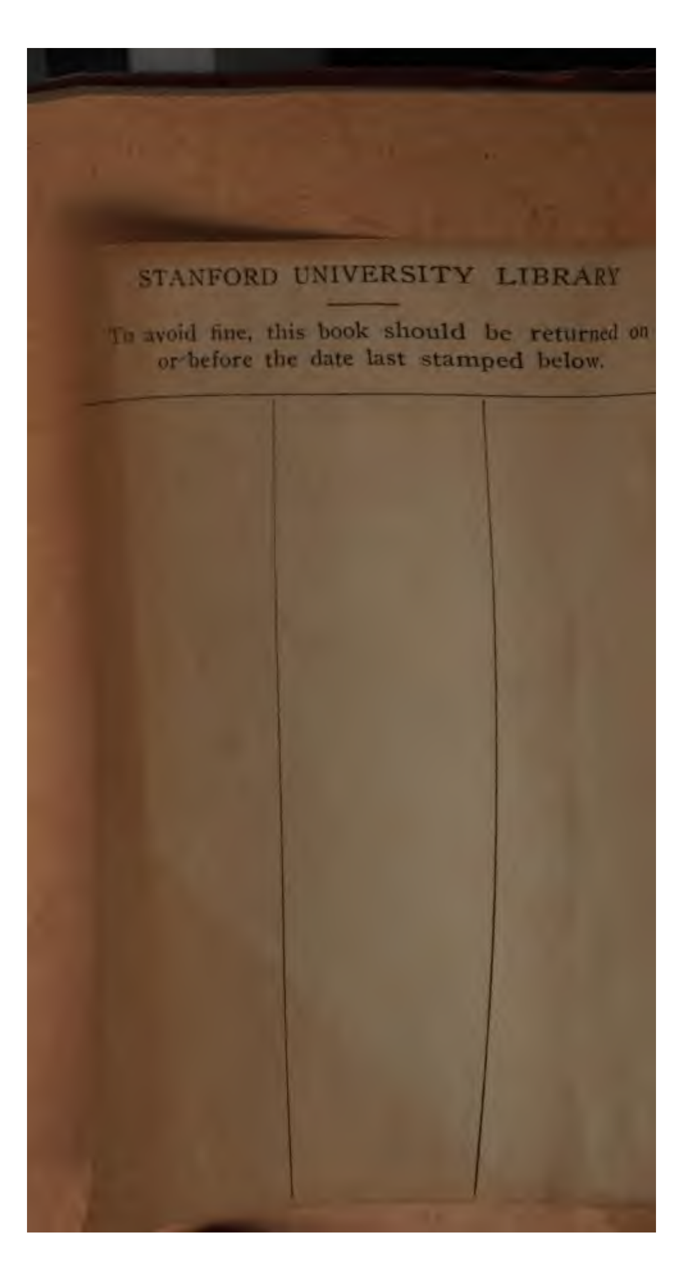
Pág.	Línea	Dice:	Léase:
17	1	propios,	propios;
17	22	otras	otros
19	1	ycapaz	y capaz
21	9	ennumeración	enumeración
24	26	frases: severas	frases severas
33	6	inconciente	inconsciente
64	17	ciusdem	eiusdem
82	6	acepto	acepto,
82	11	espiritu	espíritu
85	9 y 10	el espíritu	al espíritu
90	6 y 7	del "Beato	de "El Beato
93	5	ciásico	clásico
103	12	devolvío	devolvió
113	25	vlrtudes	virtudes
114	21	interponerso	interponerse
130	18	espectáculo descrito	espectáculo descrito,
131	19	docenle	docente

Pág.	Línea	Dice:	Léase:
142	7	fueron	fueran
151	26	artiificiosa	artificiosa
185	2	quellos	aquellos
190	19	fecnnda	fecunda
202	21	*humilesqne*	*humilesque*
207	26	ello	ellos
211	20	ls	la
216	11	blaudo	blando
220	5	blauco	blanco
229	2	politeismo	politeísmo
236	2	positívista	positivista
237	1	uo	no
250	22	México	Méjico
267	21	nna	una
272	8	uegativa	negativa
284	10	humanu	humana
291	24 y 25	reconociéra-mas	reconociéra-mos
292	26	mucbas	muchas
298	12	so	se
303	7	dide	dice
309	7	úliima	última
311	27	la	la elo-
312	10	pudiel	pudie-
313	2	alcauzado	alcanzado
316	23	dichó	dicho
316	3	Ruso	ruso
317	13	eatados	estados
318	21	Estado	estado
325	15	esdruújulos	esdrújulos
325	20	indieaiivo	indicativo

Pág.	Línea	Dice.	Léase:
—	—	—	—
326	3	indebidamento	indebidamente
326	9	qoe	que
328	26	arbitrarías	arbitrarias
329	5	cátedros	cátedras
332	26	*corregi*	*corrigi*
334	1	voees	voces
337	26	lengua *peritonitis*	lengua, *peritonitis*
339	19	sus análisis	su análisis
341	18	estudía	estudia
341	27	periódo	período
345	23 y 24	Humanidad	Humanidades
352	24	*robóla*	*robó la*
356	24	antor	autor
357	12	expnestas	expuestas
359	16	usled	usted
361	15	siño	sino
363	19	misme	mismo
363	19	oración,	oración
366	16	proposición:	proposición
369	19	respondido.	respondido
374	6	*e*	*el*
378	15	vg.:	v. g.:
378	23	oracion;	oración
285	24	Ahi	Ahí
388	16	+ usted	+vuesarced
388	20	añadirse	añadiré
389	21	ipo	tipo
392	20	espeñoles	españoles
392	22	amenudo	á menudo
397	3	*Mexicana*	*Mejicana*

PÁG.	LÍNEA	DICE:	LÉASE:
401	27	discucienes	discusiones
404	6	Mexicana	Mejicana
408	4	Españala	Española
409	8	fuë	fué
416	10	procedida	precedida
416	22	foro	for-
423	6	járdín	jardín
429	7	minencias	eminencias
429	12	consideaarse	considerarse
432	11	Belasquizi	Belasquizi,
456	16	ciencias, exactas	ciencias exactas
463	4	NICOLAS	NICOLÁS
465	15	Etiopía	Etiopia
468	8	heróico	heroico
468	12	la sorpresa	la sorpresa,






868.208 .B582 v.30 C.1
Obras de d. Rafael AngeAAK6707
Stanford University Libraries
3 6105 044 928 906